

XXVIII CONCURSO HISTORIAS DE NUESTRA TIERRA

ANTOLOGÍA

Cuentos, poemas, fotografías y dibujos del mundo rural



* FUCOA 2020 *

XXVIII CONCURSO HISTORIAS DE NUESTRA TIERRA

ANTOLOGÍA

Cuentos, poemas, fotografías y dibujos del mundo rural



Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA
Ministerio de Agricultura



FUNDACIÓN
FUCOA

Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA
Ministerio de Agricultura

Coordinación de contenidos:

Pierina Cavalli y Loreto Alarcón

Diseño gráfico y diagramación:

Caroline Carmona

Ilustración de portada:

Alfredo Cáceres

Edición:

Historias Campesinas: María Teresa Sota

Poesía del mundo rural: David Villagrán

Me lo contó mi abuelito: María Teresa Sota

Corrección de texto: Javier Araya

Derechos Reservados:

El presente libro no puede ser copiado, reproducido, distribuido, publicado, difundido ni en todo ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio mecánico, ni electrónico, de grabación, fotocopia, microfilmación u otra forma de reproducción sin la autorización escrita de FUCOA.

Inscripción Registro Propiedad Intelectual N° 2021-A-5258

ISBN: 978-956-7215-75-1

Junio 2021, Santiago de Chile

Imprenta: A Impresores

★
ÍNDICE

Presentación	8
HISTORIAS CAMPESINAS	
Jurado	10
Palabras del Jurado	11
PREMIOS NACIONALES	
Sentado en el fondo del mar, Ricardo Héctor Olmos Mena. Región de Coquimbo	13
El día que las letras se marcharon del campo, Marcela Alejandra Muñoz Ojeda. Región de Magallanes	15
Misk'i Wañuy, dulce muerte, Katerín Andrea Henríquez Figueroa. Región de Tarapacá	17
La tejedora del tiempo, Javier Alejandro Cerda Reyes. Región de Valparaíso	20
Afilado cuento en décimas, Sebastián Cristóbal Jorquera Álvarez. Región Metropolitana	22
Mi perrito de campo, Gonzalo Alexis Luengo Orellana. Región del Ñuble	25
La vieja Hilda, Rosa Abigail Calluman. Región de La Araucanía	27
Bájese, Armando Aravena Arellano. Región Metropolitana	29
La prueba, Guillermo Alday Cortés. Región de Coquimbo	31
El último ona, Francisco José Lastra Concha. Región del Bío Bío	33
REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA	
Rosa negra de Arica, Iván Amadeo Salas Madrid	34
Pastorcita, Héctor Manuel Jesús Morgado Gámez	36
Mamay, papay, con que corazón de piedra me han regalado, Eduardo Félix Bolaños Flores	38
REGIÓN DE TARAPACÁ	
La foto, Alejandra Makarena Gacitúa García	41
No estoy para alimentar perros con longanizas, Héctor Jonathan Barraza Ahumada	43
REGIÓN DE ANTOFAGASTA	
Layo en El Loa, Gustavo Alex Tapia Araya	45
Viejo de Navidad, Gustavo Alex Tapia Araya	47
El Chaguaita, María Eugenia Vargas Pasten	50
REGIÓN DE ATACAMA	
El duende de las galletas, Daniela Paz Vargas Mandiola	53
Abundancia en casa de los abuelos, Hilda Mercedes Olivares Michea	55
El panteonero, Luis Andrés Aguirre Tiska	57
REGIÓN DE COQUIMBO	
Las chinchillas de la gringa, Claudio Ignacio Araya Villalonga	59
La niña de la mujer, Tatiana Alejandra Cortés Segovia	61
El Jimmy, Jorge Américo Torres Galleguillos	62
REGIÓN DE VALPARAÍSO	
Viaje en el tiempo, Miguel Valero Jara	65
El robo, José Carrasco	68
Una lágrima, Carmen Elena Giralde Tucki	70
Sueños, viajes y burocracia, Mirella Ottone Fernández	73
Las tradiciones de mi abuela, Marta Alicia Chelme Díaz	76
REGIÓN METROPOLITANA	
Ailén Millaray, la partera de Neruda, Rubén Domingo Rojas Álvarez	78
Un caballo de aquellos, Juan Carlos Poblete Romero	81
Los señores de Silvina, Carla Patrizia Davico Giannini	84

REGIÓN DE O´HIGGINS

Todo es mar, Anna Blu Andalien	87
Las espuelas del diablo, Edgar Fernando Jara Galaz	89
El pañuelo de la cueca, Rodrigo Alejandro Torres Garrido	91

REGIÓN DEL MAULE

La veda, Franco Manuel Fornachiari Astudillo	93
En lo más profundo, Franco Manuel Fornachiari Astudillo	95
Cuchilla, Millaray González Gatica	98

REGIÓN DEL ÑUBLE

Retorno, Gabriel Hernández	100
El llanto, Sara Luisa Roldan Lillo	102
Mi niña, Fernando San Martín Bello	104

REGIÓN DEL BÍO BÍO

La leyenda del maqui, Adelina Elizabeth Belmar Aguayo	106
Había una vez... Mirabilis Elegans, María Magdalena Mattar Almazábal	109
La Margot, Sergio del Carmen Melgarejo Fuentealba	112

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

Vientos del este, Oscar Javier Medina Maureira	114
La chiva, Gloria Lepilaf	117
Caminos heredados, Oscar Javier Medina Maureira	119

REGION DE LOS RÍOS

El violinista, Tamara Marlene Contreras Dornemann	121
Un té debajo de las camelias, Fidel Antonio Toledo Jerez	124
El huaso Rodríguez y el mapuche Nehuen, Juan Carlos Medina Poveda	126

REGIÓN DE LOS LAGOS

Con vocación se nace, Luis Fernando Bustos Castro	129
Nazareno 2020, Isaías Lautaro Huentecura Quezada	131
Un campo sin pozo, Hilda Maribel Rozas Silva	133

REGIÓN DE AYSÉN

Dicen que el río llama, Cristián Andrés Arregui Berger	135
La fogata del diablo, Judith Marcela Toro Soto	136
Tabero y tumbero, Rosa Ida Gómez Miranda	138

REGIÓN DE MAGALLANES

Mensajes, Manuel Enrique Contreras Muñoz	141
Acompáñame a la tierra, Gustavo Andrés Pérez Saldivia	143

POESÍA DEL MUNDO RURAL

Jurado	146
Palabras del Jurado	147

PREMIOS NACIONALES

Consecuencia, Jonathan Alexis Alvarado Velásquez. Región de Los Lagos	149
Todos los bosques seremos, Cristián Andrés Arregui Berger. Región de Aysén	151
El viaje, Alejandra Isaura Ziebrecht Quiñones. Región del Bío Bío	152
India soy, Teresa Elisabeth Cornejo Valdés. Región del Maule	154

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

Fabupoema de la aceituna negrita sabrosita de Azapa, Iván Amadeo Salas Madrid	155
---	-----

Jubileo de un Wuayna apasionado, Sebastián Matías Mollo Vásquez	157
Caudal del pueblo, Erick José Alberto Ibáñez Marca	158
REGIÓN DE TARAPACÁ	
Morena, Héctor Jonathan Barraza Ahumada	160
Verdad, Héctor Jonathan Barraza Ahumada	161
La Tirana, Margarita Orielle Arriarán Miranda	162
REGIÓN DE ANTOFAGASTA	
Oh montaña mía, Nael Alejandro Illanes	163
Entre montañas y cerros, Tania del Carmen Sepúlveda Inzunza	165
Cenando con Juan López, Miguel Ángel Castillo Fernández	167
REGIÓN DE ATACAMA	
Fluido vital, Moisés Edelberto Álvarez Monroy	168
Marioneta rota y la playa, Jazmín Rojas Rodríguez	169
Guasco, Juan Carlos Rivera Ávalos	170
REGIÓN DE COQUIMBO	
Lamentaciones, Juan Ramón Cuevas Maldonado	172
Los ojos de mis abuelos, Dana Carolina Donoso Osorio	174
Agua seca, Erick Ignacio Bouey Cordero	175
REGIÓN DE VALPARAÍSO	
Entierro de un campesino, José Osvaldo Rocha Herrera	177
La fonda de los árboles, José Osvaldo Rocha Herrera	179
Érase una vez un río, Ramiro de Jesús Castillo Prado	181
REGIÓN METROPOLITANA	
El último centauro de Los Andes, Nicolás Ignacio Medina Cabrera	182
Décimas a tus manos, Constanza Andrea Mendoza Alegría	183
Canto de urgencia, María José Flores Godoy	184
REGIÓN DE O´HIGGINS	
Aromas y raíces de Colchagua, Paula Elisabeth López Romero	185
Chonchón, pájaro brujo, Nicolás Eduardo Riquelme Abarca	187
El campo y mi niñez, María Mercedes Zamorano Tobar	189
REGIÓN DEL MAULE	
El testamento, Paulina Alejandra Sepúlveda Berra	190
Caballito de madera, Luis Guillermo Godoy Severino	191
Recorrido imaginario de un pescador maulino, Natalia Franco Meza	192
REGIÓN DEL ÑUBLE	
Cavar las viñas en Guarilhue, Ana Elirta Neira Parra	194
Volveré, Miriam Rosa Espinoza	195
Nostalgia campesina, Mabel Ugenia Troncoso Rivas	196
REGIÓN DEL BÍO BÍO	
Recuerdos, Alejandra Isaura Ziebrecht Quiñones	198
Coronavirus en el campo, Ruth Noemí Jara Aqueveque	200
REGIÓN DE LA ARAUCANÍA	
Al pehuenche y su araucaria, Natalia Rida Oliveros Soro	201
Llanto ancestral, Lily Marlene Salvo Torres	202
Pewma, Angélica Sofía Beltrán Barraza	203

REGIÓN DE LOS RÍOS

La tierra de todos, María Nela Acuña Monge	204
Olla y común, Edison Eduardo Jara Carrillo	205
Mi madre doña Lucinda, Ramón Vergara Gallegos	206

REGIÓN DE LOS LAGOS

Bioverso, Sara Ignacia Aucapan Aucapan	209
La casa vieja, María Ximena Burgos Soto	210

REGIÓN DE AYSÉN

Carpintería de Ribera, Erik Radomiro Varas Manríquez	211
Viento norte, Rodrigo Hernán Espinoza Rojas	212

REGIÓN DE MAGALLANES

Triste pronóstico, María Antonieta Barrientos Bahamondez	214
Sueños de música, Mathias Eduardo Pinto Toro	215
¿Cuándo volverán?, Doris Elisabeth Montiel	217

ME LO CONTARON MIS ABUELITOS

Jurado	220
Palabras del Jurado	221

PREMIOS NACIONALES

Bendita chancha, Colomba Jesús Caroca Valdés. Región del Maule	223
El caminante misterioso, Felipe Águila Barrientos. Región de Los Lagos	225
Se llama “El dulzor de la uva”, Omar Alejandro Barraza López. Región de Arica y Parinacota	226
Amir el inmigrante, Amir Alchaer Querales. Región de Antofagasta	227
La niña elegida por el río, Aylén de los Ángeles Inostroza Huincabal. Región de La Araucanía	229

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

Geoglifos, Fernanda Paulina Toledo Claude	230
La triste vida de un colibrí, Francisco Javier Maximiliano Benavides Rubio	231

REGIÓN DE TARAPACÁ

La virgen de Guadalupe, Francisca Páez	233
Flor en la arena, Thayna Monserrat Castillo Chávez	235
La gaviota y el pescador del marinero desconocido, Nathalia Andrea Ramírez Araya	236

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

Peine, Kevin Willam Mamani Fulguera	237
Desapariciones, Melissa Isidora Miranda Cárdenas	238
Los Tüe Tüe del río, Mila Yurac Waltemath	239

REGIÓN DE ATACAMA

Suspiro del valle – Historia de una semilla, Dominga Carrasco Guevara	240
La dama de blanco, Antonia Cumian Miranda	241
Amigos magallánicos por siempre, Isabel Cristina Livacic Sáez	242

REGIÓN DE COQUIMBO

La cueva del águila, Yoeli Rafaela Anjel Arancibia	245
Mi sabio abuelo, York Ángel Valdés Contreras	246
La historia de la trilla, Melanny Cecilia Tapia Carvajal	247

REGIÓN DE VALPARAÍSO

La gran sombra marina, Alejandro Eduardo Aguilar Ika	249
Joaquín y Eluney, Joaquín Eduardo Valencia Silva	251
La quebrada de la señora, Daniel Guillermo Lobos Martínez	254
Hanga Rau y el Tangata Manu, Martina Antonia Yáñez Avilés	255

REGIÓN DE METROPOLITANA

Parte del río, Sofía Pascale Flores Cautre	256
El chercán, Ámbar Trinidad Márquez Barker	259
Un consomé para la novia, Antonia Paz Lagos Novoa	261

REGIÓN DE O'HIGGINS

El armario, Danae Cabello Arce	264
Me ha contado mi abuelita Albertina, Isaías Genaro Murillo Sánchez	265
La noche de San Juan, Álvaro Joaquín Arriagada Suazo	266

REGIÓN DEL MAULE

Un árbol único y milagroso, Konstanza Antonella Montecinos González	267
La extraña suerte de un campesino, Valentina Estrella Gajardo López	268

REGIÓN DEL ÑUBLE

Mis ojos lo vieron, Julissa Roa González	270
El agua de la vida, Yorch Isaías Montenegro Navarrete	272
Las historias de mi abuelo, Emilia Constanza Chamorro Sepúlveda	274

REGIÓN DEL BÍO BÍO

Obsesión carmesí, Eduardo Enrique Cea Garrido	276
El lugar que todos necesitamos, Antonieta Emilia Cid López	278

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

La vida campesina de mi abuela y mi padre, Samary Abello Carinao	279
Huitranalhue en mi región, Pedro Felipe Milla Marcos	280
La plantita regalona, Bernardo Alonso Catrilaf Antilef	281

REGIÓN DE LOS RÍOS

Infancia feliz, María Jesús Abarzúa Poblete	282
Árbol curativo, Isabella Thais Mora Palominos	283
El gato negro, Delia Sofía Huichiman Curiñanco	285
Mateo el niño hierbatero, Bastián Alejandro Molina Obreque	287

REGIÓN DE LOS LAGOS

EL sahumero de las papas, Angelina Trinidad Millalongo	288
Los zapatos chuecos, Florencia Torres Vera	289

REGIÓN DE AYSÉN

Bahía Acantilada, Lucía Estela Aguerri Contreras	290
La aventura de mi abuelo, Vanessa Raquel Águila Saldivia	292
La bota perdida, Sofía Antonia Santander Pinto	293

REGIÓN DE MAGALLANES

Invierno en Cerro Sombrero, Ayleen Millaray Rauque Canio	295
Cumpleaños de Onoru, José Eduardo Pinto Toro	297
El suelo de Alejandra, Katrina Alexandra Graciela Godoy Ávila	299

FOTOGRAFÍA

Jurado	302
Palabras del Jurado	303
Obras	304

DIBUJO

Jurado	312
Palabras del Jurado	313
Obras	314

Presentación

Ministerio de Agricultura

Como Ministerio de Agricultura y como FUCOA, estamos felices de presentar una nueva edición del libro Antología correspondiente al concurso Historias de Nuestra Tierra 2020, publicación que año a año la fundación edita no solo para dar a los ganadores y ganadoras el reconocimiento que merecen, sino también para dejar un registro imperecedero de estas tremendas obras, que reflejan fielmente la tradición oral, costumbres y sabiduría del mundo rural y campesino de nuestro país.

A través de líneas escritas por autores y autoras provenientes de los lugares más recónditos de Chile, cada año las categorías de Cuento y Poema nos permiten recopilar historias y relatos preciosos, invaluable, que nos conectan con la cultura y territorialidad del mundo rural y en consecuencia, con las verdaderas raíces de lo que nos define y une como chilenas y chilenos.

Este tradicional certamen de FUCOA, que cumple 29 años de existencia, es una iniciativa fundamental no solo para la fundación, sino que también para el propio Ministerio de Agricultura, especialmente en años en los que estamos impulsando fuertemente el Desarrollo Rural en nuestro país, política en la que dentro de sus principales objetivos está precisamente la revalorización de la cultura de los territorios rurales y su gente. A través de las miles de obras que el concurso Historias de Nuestra Tierra recibe en cada edición, aportamos de forma importante a cumplir dicho objetivo y, por otro lado, rescatamos y preservamos este patrimonio cultural para las futuras generaciones.

Esperamos que este libro, que con orgullo presentamos, constituya un tesoro personal y familiar para sus autores y lectores, compartiendo así todos juntos nuestro amor por el mundo rural de Chile.

María Emilia Undurraga Marimón
Ministro de Agricultura

Francisca Martin Cuadrado
Directora Ejecutiva FUCOA

Historias Campesinas

Cuentos escritos por jóvenes mayores
de 14 años y adultos



★
JURADO NACIONAL **Historias Campesinas**



Osvaldo Cádiz

Nació en San Fernando, provincia de Colchagua, en 1939. Es profesor de Estado de la Pontificia Universidad Católica de Chile; investigador e intérprete de la cultura tradicional y popular de Chile; Investigador asociado y exprofesor adjunto de la PUCV; Director de la Academia Nacional de Cultura Tradicional Margot Loyola Palacios; jurado del Festival Nacional del Folklore de San Bernardo y jurado de los Premios Pulsar. También participó como jurado pre-seleccionador, y jurado de sala, del Festival de Viña del Mar; participó como conductor, junto a Margot Loyola, de diversos programas radiales y televisión. Exdirector del departamento de Cultura Tradicional del Ministerio de Educación y exintegrante de la comisión para la creación artística del Ballet Folklórico Nacional. Es coautor, junto a Margot Loyola, de los libros La Cueca: Danza de la vida y de la muerte (2010), 50 Danzas Tradicionales y Populares en Chile (2014). Autor de Juegos Tradicionales y Populares en Chile (2018).



Héctor Velis-Meza

Nació en Santiago en 1949. Es periodista, autor y editor de libros, y académico universitario. Se define a sí mismo, como curioso de oficio y lector impenitente. Ha publicado más de 48 volúmenes relacionados con el lenguaje y las costumbres. Vive en el valle de Ocoa, en la tierra de la palma chilena, frente al cerro La Campana.



Diego Zúñiga

Nació en Iquique en 1987. Es periodista y escritor. Ha publicado las novelas Camanchaca (2009), Racimo (2014), Soy de Católica (2014) y el libro de cuentos Niños héroes (2016). Ha recibido diversos reconocimientos, como el Premio a la Creación Literaria Joven Roberto Bolaño 2008. Sus libros se han traducido a diversos idiomas y en 2017 fue elegido como uno de los 39 mejores escritores latinoamericanos jóvenes por el Hay Festival.



Manuel Peña

Nació en Valparaíso en 1951. Es escritor, profesor de castellano y especialista en literatura infantil y juvenil. Autor de libros de cuentos, novelas, crónicas y poesía infantil de tradición oral. Premio Gran Angular por la novela Mágico sur. Profesor de cursos de magísteres de las universidades Andrés Bello, Alberto Hurtado y San Sebastián. Profesor de seminarios y talleres literarios que ha dictado en Chile y Latinoamérica.



Claudia Olavarría

Nació en Santiago en 1980. Es licenciada en letras, máster de promoción de la lectura y literatura infantil de la Universidad de Castilla. Coordinadora General de la Biblioteca Escolar Futuro UC y, socia y editora de Gata Gorda Ediciones.

PALABRAS DEL JURADO

Historias Campesinas

En el año de la pandemia la necesidad de expresar, de retratar, de decir y de contar parecieran no haberse esfumado. Las voces de nuestra tierra siguen vivas, laten fuerte, a pesar de las devastadoras consecuencias de un 2020 cargado de incertidumbres y dolor. Leemos en estas páginas historias de mujeres y hombres de campo, de desierto, de mar y de montaña. Recorremos junto a ellas y ellos las costumbres y tradiciones de nuestro pueblo; nos adentramos en sus casas, en sus escuelas, en sus comunidades; en sus vidas y en sus muertes.

El Concurso Historias de Nuestra Tierra nos permite conocer cómo es vivir en nuestra tierra. Es fascinante leer los relatos campesinos que conforman este libro, ya que nos permiten viajar por los rincones de nuestro país, conociendo cómo se vive, cómo se sueña, cómo se sufre en las localidades más diversas de nuestra tierra.

La invitación a iniciar el recorrido queda abierta. Naveguen, caminen y vuelen a través de los cuentos que aquí se presentan. Atrévanse también a crear y retratar sus propias historias y así poder seguir transitando por los caminos de Chile y su pueblo.

Claudia Olavarría
Presidenta del jurado

Sentado en el fondo del mar

Ricardo Héctor Olmos Mena

Era un día espléndido, cálido y luminoso; la brisa tenue, algo poco frecuente en estos lugares cercanos al mar. El cielo se tornaba de un color celeste intenso, las gaviotas se agrupaban allá abajo en la caleta. Se apreciaba todo el litoral desde donde yo estaba. Arrendaba una casita en el faldeo del cerro Santa Inés, en Pichidangui, lugar que marca “La puerta de entrada a la IV región”; esta era la frase que escuchaba a diario en la radio local, para fomentar el turismo.

Este balneario comenzaba a llenarse de gente, turistas y visitantes temporales, los que aparecían en gran número en estos meses de verano. Los hoteles se disponían a abrir, las casas eran ventiladas de par en par y aseadas profusamente, despertando de un letargo invernal de varios meses. El pueblo comenzaba a reanimarse, pero nosotros que vivíamos aquí, estábamos habituados a estos ritmos de estación.

Emprendí mi camino hacia la caleta, a mi trabajo. Al llegar, subimos las cosas al bote y lo empujamos al agua arrastrándolo por el fango arenoso. Una vez arriba, junto a mi compañero enfilamos hacia donde teníamos los cultivos de locos; en este lugar podían crecer hasta un tamaño adecuado para ser vendidos. Yo era el encargado de vigilar su estado y cuidado; el lugar estaba relativamente cerca de la costa.

Al llegar a la zona demarcada por una boya, me preparé para mi tarea habitual; me vestí lentamente: primero el traje de goma, luego la correa de plomos en la cintura, lo último fue pasarme la manguera por el hombro y ponérmela en la boca; esta me unía al bote y al compresor. Me lancé al agua hacia atrás, para no golpearme la cara con la mascarilla. Mi compañero quedó en la superficie, en el bote, encargado del compresor, para que no me faltara el aire; a él le gustaba leer, podía hacerlo durante horas en el bote, así la espera no era tan tediosa.

La profundidad era algo entre 8 y 10 metros; bajé y al momento ya divisaba las conchas pegadas a las rocas, muchas de ellas. Revisé como siempre todo: el estado de los locos, su tamaño; éramos capaces de saber el calibre solo con colocar la mano sobre las conchas. Solo podíamos sacar moluscos de más de 10 centímetros. También tenía que limpiar el sector, sacar las estrellas de mar y algunas escurridizas jaibas y uno que otro erizo de las rocas; les gustaba mucho comerse los locos, era su comida predilecta. Luego de terminar mi trabajo, me gustaba sentarme en el fondo, en algún lugar sobre la arena; al principio era para descansar, luego se me hizo costumbre.

Me gustaba sentarme en el fondo del mar, porque lograba dejar mis preocupaciones de lado, mi mente dejaba de pensar; todo el lugar estaba lleno de un gran silencio y los tenues rayos de sol que se filtraban en el agua jugaban cerca de mí. Lo que más me gustaba era el sentimiento de paz que me invadía, me desconectaba del mundo.

En ese lugar, yo era uno más con los peces y crustáceos que deambulaban entre las pequeñas rocas y la arena clara.

En ese estado lograba encontrar respuestas sin buscarlas, era como conectarme conmigo mismo. Todo esto era posible en el fondo del mar; aquí nada me perturbaba, nada me alteraba; incluso me llegaban soluciones a algunos problemas, esto me llamaba mucho la atención.

Luego, me di cuenta también de que estaba ausente el miedo; eso ya era la guinda de la torta. Las emociones que yo sentía en mi vida diaria, aquí se percibían muy lejanas. Así pasaba el tiempo aquí abajo.

Cuando llegaba la hora de tener que volver a tierra (o a la Tierra), subía penosamente al bote, y al enfilar hacia la costa, aparecían los pensamientos, preocupaciones y temores: la dueña de la pensión donde vivía quería subirme el arriendo; mi novia estaba aún enojada conmigo por celos infundados; bueno, y por solidaridad, su madre también se enojaba conmigo (ella era la dueña del bote que usaba para trabajar), y para rematar, en dos meses los locos estarían listos para ser vendidos y yo tendría que buscar otro trabajo nuevamente.

De las veces que me iba a sentar al fondo del mar, solían llegarme ideas que al principio me parecían inauditas, como por ejemplo: que la vida es cíclica, así como llega cada cierto tiempo el verano, mi vida trae consigo las mismas emociones, y todo se repite sin ser uno muy consciente de ello.

En otra ocasión que estaba en el fondo del mar me llegó este otro pensamiento: el trabajo que tú elijas debe ser algo que te agrade, y no al contrario, para ser bueno en lo que haces. Y este otro: el fondo del mar es mi interior, y todo lo que está en la superficie son las preocupaciones, el temor y las injusticias. Y dentro del mar está la paz, la inspiración, el darme cuenta de quién soy. Y este: que mi novia es insegura y al ver la relación que llevan sus padres, piensa que nosotros vamos por el mismo camino. Otro pensamiento: a veces mis problemas se solucionan cuando no pienso en ellos, ya que cuando pienso mucho (incluso hasta desvelarme), no aparece una solución adecuada, sino hasta después de varios días.

Unas semanas después, cuando venía de regreso de mis labores en el mar, al llegar a la caleta arrastramos el bote hacia la orilla para luego guardarlo. Me despedí de los muchachos y aproveché de pasar por la feria artesanal que estaba al lado de la caleta. Me gustaba ver libros, había algunos puestos que los traían; también había uno que vendía fotos, una me llamó la atención: era la foto de un monje. Le pregunté al artesano: “¿Y esa foto?”, le dije, apuntando con la mano. El encargado me dijo: “Esa es la foto de un monje en posición de loto, es un monje oriental”.

Aquella imagen me llamó mucho la atención, así que la compré. La tengo en la pared frente a mi cama, es un monje rapado y usa una túnica color azafrán, sentado con los ojos cerrados. Él se parece mucho a mí; la única diferencia es que él se sienta tranquilito en el suelo y yo lo hago en el fondo del mar.

Epílogo:

Bueno, esta historia la he escrito para ti, Matías, hijo mío; tu mamá me dijo que escribiera mis experiencias en un cuaderno que me regaló. Ella le puso como título en la tapa: “Bitácora de mis experiencias”. Así, cuando tengas edad suficiente, quiero que leas este cuaderno. En estas hojas tendrás un papá que te aconseje, aunque no esté contigo; un papá virtual, ja, ja, ja. Un papá que te regale los mejores consejos que me regaló el fondo del mar.

Para terminar, te diré que tu abuela me regaló el bote, y ahora ya no me siento en el fondo del mar, ahora me siento en el suelo blando de la colina que está atrás de nuestra casa, donde me llega la brisa marina y los pinos mueven sus brazos al ritmo del viento costero.

59 años

Los Vilos

Región de Coquimbo

Primer lugar nacional

Primer lugar regional

El día en que las letras se marcharon del campo

Marcela Alejandra Muñoz Ojeda

Cuando el profesor llegó a trabajar a la pequeña escuela rural, fue una exuberante novedad. No era como las personas que acostumbraban ver cada día; él tenía una piel blanquecina como la leche, impoluta, no era como la de ellos, que al estar cada día bajo el sol se había tornado acaramelada como la miel. La voz del profesor era otro tema sin discusión, era como oír el río, cantarina y fresca, pero cuando reía ocurría algo impensable, casi insólito: las mujeres corrían a ofrecerle pan recién horneado, paltas machacadas con ajo y mayonesa casera. Muchos podrían pensar que sus esposos estarían celosos por tanta dedicación a un recién llegado, pero también estaban fascinados con su presencia, con su andar calmo, invisible de huellas en los caminos; era como si flotara dejando una estela de aromas perfectos.

A la escolita asistían cerca de veinte niños de diferentes edades, todos pequeños, ansiosos de escuchar cada día las historias de su profesor, aprender a dibujar cada letra con preciosa caligrafía, como él lo hacía sobre la pizarra.

Su presencia era mágica, tanto que un día apareció con una maleta repleta de libros llenos de ilustraciones de hermosos colores, y en una de las salas acondicionó una biblioteca. Uno de los padres de los niños se ofreció para hacer una repisa; otro también se le unió y arregló las ventanas. Así, don Juan tuvo que hacer otras diez repisas, porque parecía que la maleta no tenía fin: brotaban y brotaban más y más libros cada vez que un niño decía con ilusión que ojalá hubiera un libro de trenes, aviones, kimonos y ¡zas!, aparecía el libro. La biblioteca quedó lista a la semana, era espléndida, cálida y tranquila; tenía mullidos sillones para leer mientras los árboles adornaban hermosamente el suave olor a libro de su interior.

Pasaron cerca de dos años y los niños iban entusiasmados cada día a su escolita y regresaban a casa con sus mentes llenas de números, colores, alegrías y trinos. Todo parecía sacado de un sueño hasta que un día el profesor comenzó a enfermar, sus ojos estaban tristes y apagados, su voz ya no era el río cantarín. Doña Berta llevó a su casa, a pesar de sus quejas. Le puso compresas frías, compresas calientes, y nada. Las otras mujeres le llevaban caldos, calcetas tejidas, y nada; hasta los hombres estaban preocupados. Incluso don Juan lloraba escondido detrás de su caballo.

Los niños parecían ajenos a lo que pasaba, continuaban asistiendo a la biblioteca de su escuela para mantener su orden y limpieza. A los adultos les parecía extraño que no estuvieran afectados por su profesor que cada día parecía apagarse más y más.

Doña Berta lo sacaba durante las tardes de sol a su patio mientras las otras mujeres, y a veces los hombres, se turnaban para darle jugo de sandía o naranja a cucharaditas. Don Juan hizo una primorosa silla para el profesor; doña María la atiborró de cojines para que el profesor estuviera cómodo. Pasaron así varios días que parecieron ser años para muchos, pero el profesor no mejoraba; el médico del pueblo no encontró nada, no entendía el porqué de su decaimiento.

Fue una tarde de domingo, cuando el profesor dormitaba y don Juan le leía el diario, que los niños llegaron por primera vez a verlo desde que enfermó. Cuando estaban ya cerca de su poltrona, el profesor abrió los ojos y les sonrió. La más pequeña le dijo con voz chillona que habían sido muy obedientes y habían guardado su secreto. La niña sacó de su mochila rosa una bufanda muy fea, llena de hilachas y colores que no combinaban en lo absoluto: “Se la hicimos entre todos para que no pase frío allá arriba”. Don Juan estaba callado observando la escena; doña Berta los observaba desde la puerta del patio con una bandeja con una taza de té y pan recién horneado. El profesor inclinó la cabeza y la niña feliz lo envolvió con la bufanda.

Pareció entonces que el tiempo se detuvo; el profesor se puso de pie y caminó muy despacito a un pequeño claro, giró su cabeza y volvió a sonreírles a los niños. Entonces, don Juan y doña Berta abrieron sus ojos de par en par, no daban crédito a lo que veían, la taza de té comenzó a bambolearse de un lado a otro por la temblorina de la mujer. Al profesor, aquel ser de otro mundo —que realmente lo era—, comenzaron a brotarle alas, inmensas y blancas; su piel recobró su color y sus ojos desprendieron su anterior luz. Entonces, envuelto en su colorinche bufanda, se elevó hacia el cielo azul de aquella tarde de domingo.

42 años
Punta Arenas
Región de Magallanes y la Antártica Chilena
Segundo lugar nacional
Primer lugar regional

Misk'i Wañuy, dulce muerte

Katerín Andrea Henríquez Figueroa

Celebrando el Día de Muertos.

Hace casi tres años que ando a la siga de esta mujer como perro faldero, Killari, mi luz de luna. Desde entonces ya no me mira, y hace un par de meses ya ni me habla. Me gusta verla trabajar con esa fuerza de chola que tanto la define, con la cabeza gacha amarra verduras como ninguna. Madruga más de lo necesario, y mientras se toma una taza de hierba, va calentando sus huesos entumecidos. Se amarra el aguayo a la cintura, asegurando así las herramientas de cultivo y la semilla que sembrará más tarde.

Así parte a la chacra, silbando todo el camino. Su tata Eusebio le contó cuando chica que las almas en pena se esconden cuando escuchan a un vivo, y ella no está dispuesta a cruzarse en plena quebrada con una de ellas. Yo la sigo de cerca, casi tocándola, puedo oír su respiración agitada por la empinada del cerro, y su melodioso silbido entrecortado por el esfuerzo, me lo sé de memoria: Guinito tarapaqueño, que tocan los *lakas*¹ en la fiesta de san Santiago.

Ella se pierde afanosa entre los cerros aún penumbrosos, y me invade una pena, esa pena que aqueja a las almas perdidas. ¡Cómo quisiera que me mirase de frente!, no con esos ojos perdidos en memorias. Quisiera ayudarla, pero aquí me tiene.

Nos recuerdo caminando desde el cruce de Mocha hasta la Flor del Valle, Huaviña, es el nombre que le dieron los *Mallkus*² de antaño. Nuestro pueblo, incrustado en la precordillera, se pierde por la quebrada de Tarapacá, un camino serpenteante y vertiginoso que nos lleva hasta el cruce del río; las terrazas junto a este lo desafían verdes frente al pueblo encaramado en el cerro. Cargábamos, en ese entonces, la esperanza de un futuro juntos.

No puedo culpar a mi china que ya no me quiera, me conformo con que no me olvide; fui el primero en su vida y eso no se olvida jamás, aunque no puedo evitar el escozor cuando, con descaro, el Carlos, quien decía ser mi amigo, le endulza el oído. Ella no le es indiferente, lo sé, aunque mi nombre se le escapa de vez en cuando para sacárselo de encima.

Por eso, esta noche me la juego: tengo tres días para reconquistarla. Me vestiré con mis mejores galas, sacaré del ensoñado perfume del monte, y me peinaré estas greñas que La Nada, de tanto esfuerzo por llevarme, se empeña en revolver.

Sé que mi negra se levantará aún más temprano, y podré acompañarla a leudar la masa mientras afuera se calienta el horno. Con manos diestras, amasará graciosos *cucules*³ que precisa en decir que se parecen a alguien, y sonreirá distraída por el trabajo bien hecho. El aroma a pan caliente me viene como un recuerdo, ya no me atrevo a tocarlo, y lo prefiero así, inalcanzable.

¹ Laka: banda musical tradicional de las culturas nortinas (nota de la editora).

² Mallku: deidad aimara, espíritu y fuerza de las montañas (nota de la editora).

³ Cucule: mamas dulces horneadas tradicionales y ancestrales (nota del corrector de texto).

El alba asoma silenciosa este 31 de octubre; los afanes de la cocina ya no se oyen, Killari está ansiosa por arrimar una mesa a la puerta, escoge el aguayo más colorido y lo estira cual mantel, prepara un altar para sus muertos. Hoy vienen las guaguas para la víspera de difuntos, almitas tan puras que partieron antes de tiempo; al mediodía su altar debe estar rebosante de golosinas y de los más dulces y sonrientes *cucules*. Los angelitos revolotearán hasta mañana, esperado las doce del día, cuando los muertos adultos tomen su lugar en la mesa, y ellos, infantes querubes, partirán al cielo de los Santos Inocentes.

Ya estamos a 1 de noviembre, y la mesa se va llenando con fotografías añosas y descoloridas de abuelos que Killari jamás conoció. Aparece sonriente la de su madre, quien la dejara cuando era tan solo una cría. Y mi pecho se presume de dicha al verme apuesto en un retrato y enmarcado en lujosa plata. A mi lado, las flores más hermosas de la quebrada, dulces de anís y vasos de licor; entre nosotros, ella va esparciendo coca e incienso, pronto nos servirá la *calapurka*⁴ de bienvenida. Nuevos *cucules* son el alma de la fiesta y cada uno de ellos representa a los que sonreímos en las fotos.

Pero la veo triste; cuando enciende las velas, brillan en sus ojitos descuidados unas lágrimas. Aún me quiere, también me extraña; y este puente entre la vida y la muerte que nos brinda el 1 de noviembre, me da la valentía para abrazarla; ella siente mi presencia y sonrío melancólica. “Ya nos volveremos a encontrar”, le susurro al oído, y me consuelo no tan convencido.

Mi negra preciosa, Killari, con su trenza azabache alborotada en el viento, realza su perfil aguileño, tan joven aún. Merece encontrar a alguien que fecunde su maternidad tan ausente. Quién iba a imaginar que ese verano la bajada del río llegaría tan diabla, y yo, queriendo ser héroe, me perdí en la corriente escabrosa. Y desde entonces aquí ando, como alma en pena, que muy por el contrario al consejo del tata Eusebio, el silbido de mi china me llama a seguirla.

El canto dulzón de las trompetas me saca de esta ensoñación, la banda del pueblo invita a los deudos a recoger sus rosarios y recordar a sus difuntos. Capean el calor del mediodía rezando y andando por el pueblo, donde tocan marchas fúnebres en cada casa que tenga un altar; rezan por las almas de los fallecidos y agradecen su visita. Postreros a la procesión, va un par de hombres quienes, saco al hombro, cargan las ofrendas de las casas: *cucules*, frutas y un sinfín de dulces se entremezclan con botellas licoreras y especias de bendición, para repartirlas más tarde en el cementerio.

Los muertos nuevos son los anfitriones del festejo, sus deudos invitan a almorzar a quienes quieran rezar por los que hace poco partieron. Tararean unos cuantos coritos de iglesia y, tomándose un licorcito después del avermaría, emprenden su éxodo por las calles hasta la última casa donde homenajearlos.

Terminadas las visitas, todos parten al cementerio, el que cobra vida cada Día de Muertos. Limpian las tumbas de los olvidados y las colman de coronas multicolores; a los más azorados les esparcen cervezas y licores, recordando viejos tiempos. Los bronces entonan en cada sepulcro las canciones que al difunto más gustaban, y comparten anécdotas que las familias insisten en contar. Y yo, a la siga de mi china, quien camina directo a mi tumba. El sol irascible destiñó mi retrato y las coronas de antaño ya no tienen color. Miro con rabia ese bulto posado en el polvo, el mismo que cubre mi nombre y se llevó mis quimeras.

⁴ Calapurka: preparación gastronómica de origen precolombino (nota de la editora).

Pero ella me renueva con agraciadas coronas y las flores más frescas. La banda se prepara para tocar ese cachimbo que tanto me gusta, entonando su entrada singular. Killari la canta en silencio, y unas insistentes lágrimas se dejan ver en esos ojos morenos.

Solo me queda medio día, 2 de noviembre, y me siento tan presente; mi negra me sirvió el conejo con quinua y chuño que tanto me gustan. Me conversó toda la noche, ella recordó mi genio, y cuando la pedí en matrimonio, la challa en la casa antes de irnos a vivir juntos. Y abrazada a mi retrato, llegan nuevamente las doce. Killari, abatida, recoge el altar y lo que va quedando lo reparte entre los vecinos, quienes lo llevarán más tarde al cementerio. La creencia profesa que no debe quedar nada del festejo, o atraerá a la muerte para llevarse algún cristiano, o en el peor de los casos, las almas de los muertos quedarán deambulando en el pueblo.

Ya reparten los hombres las ofrendas traídas en sacos entre los visitantes del camposanto, y lo que va quedando se lo consagran a las tumbas más solitarias. Los vivos colores de las flores y coronas le dan al cementerio un matiz primaveral; melancólico esplendor de membrillos en flor y aromas a pera de pascua. Agradezco las atenciones de mi china, y le planto un beso, cosquilleo que le pone la piel de gallina; sabe que estoy aquí. Prende las velas apuntando al cementerio, las que nos llaman como polillas a la luz; ya es hora de irnos.

Pero bueno, fui un hombre testarudo, y mi alma no se resigna; camino hasta el puente del río y miro con recelo el cementerio. Y sin pensarlo dos veces, me devuelvo a la casa con mi negra, quién sabe si esta vez se me hace el milagrito; y esperando como siempre, el próximo 1 de noviembre, escucharé de sus labios tan dulces un tímido “te quiero”.

35 años
Iquique
Región de Tarapacá
Tercer lugar nacional
Primer lugar regional

La tejedora del tiempo

Javier Alejandro Cerda Reyes

Ya cansado de estar de pie, Víctor toma asiento. Cruje la silla, cruje la espalda: la vieja silla tiene casi tantos años como el artesano que en este preciso momento soporta. El viejo mimbrero continúa con su trabajo, manejando las largas huiras a discreción, de un lado para otro, con habilidad y propiedad, con dominio envidiable. “La práctica hace al mimbrero”, solía inculcarle a su hija, aunque en ella las huiras entraban por una oreja y salían por la otra. Su única nieta, en cambio, jamás se vio entusiasmada con su arte; desde pequeña prefirió gastar el tiempo en otros asuntos, “más interesantes”, decía ella. A pesar del dolor que estas reminiscencias causaban al hombre que ahora vemos sentado en su silla, su concentración no se escapaba nunca a ningún lado, se quedaba siempre con él; y es que se vuelve necesario terminar el trabajo, la familia tiene que comer.

Angelita mira desde su cuna de mimbre al bisabuelo. El compás de su trabajo resulta hipnotizante para ella: vuelta hacia fuera, vuelta hacia adentro, giro y doblez; luego, con la ayuda de unas tijeras corta las varillas una a una —tic, tic, tic, tic, tic—, y comienzan a desperdigarse y a estallar contra el suelo —tac, tac, tac, tac—. Víctor repite el proceso y Angelita repite la sorpresa: se suspende la respiración de la niña, su hambre voraz de media tarde desaparece, los cinco cachorritos dejan de ser tan atractivos, y los colores y formas de la tele pierden gracia. El trabajo del hombre calma y entretiene a la pequeña, que se mece en su cuna, cómoda, junto al fuego, junto al viejo.

El efecto en Víctor es distinto: la agitación mental que hilvana su consciencia se transforma gracias al trabajo en otra cosa. El confuso ovillo de sus pensamientos se va desenredando en la medida que el entramado va tomando forma; los problemas se deshacen y en su lugar se queda con productos concretos: un servilletero, una chupalla, una envoltura de chuica... El trabajo por fin ya está terminado. Entonces, y solo entonces, queda tiempo para escuchar lo que viene de afuera, para desatender lo que brota de adentro. Queltehues graznando al término del día; sufriendo porque el sol se apaga y los enceguece; sufriendo porque las demás estrellas son insuficientes para sobrevivir.

Está cansado de fabricar canastos, lámparas, estantes y sillas. Llegó el tiempo de crear, de gastarse las fichas que le quedan, de volver jóvenes esas palmas llenas de surcos, de distraer a la muerte. Entonces, prefigura un esbelto reloj de arena de mimbre puesto en una de las esquinas de la plaza de Limache, en algún lugar que quede a la vista de Gabriela Mistral. Se imagina entregándole un poco de entretención a la poeta profesora, para que no olvide que el tiempo se fuga como se fuga el aire entre las huiras entretejidas; aviso para toda persona que camine por ahí, de que las apariencias engañan, que el tiempo no pasa, sino que las personas somos las que pasamos. Un recordatorio de que el tiempo no fluye, de que somos acuosos, de que es la sangre la que escurre por dentro del cuerpo tomando decisiones a cada rato, tanteando las bifurcaciones que se le presentan al andar, tal y como el tiempo nos obliga a lo mismo.

Tal vez Víctor quiere crear, porque sabe que ya nadie va a continuar su oficio, que en esta carrera contra la vejez no tiene a quien pasarle el relevo, que lo único que le queda es lanzar un reloj de arena al mar del tiempo. Su hija y su nieta ya no recibieron el mensaje, se dedicaron a labores más ciudadinas, se dejaron llevar por eso que brilla y que, sin embargo, no es más que el reflejo de lo que verdaderamente resplandece.

ce. Pero a lo mejor, alguien de la familia todavía puede ayudarlo a terminar la carrera. Víctor piensa en su bisnieto, en Angelita; quizás todavía no es demasiado tarde para pasarle el testigo.

El reloj de arena por ahora no es más que una idea: un montón de huiras arrumadas en el taller, con una que otra araña haciendo eso mismo que hace él, tejer y tejer. La artesanía-escultura es por ahora un bosquejo, trabajo que tomará por lo menos unos dos años. No obstante, el verdadero desafío será atreverse a hacer algo nuevo. No es cosa sencilla cambiar la caligrafía. A final de cuentas se trata de eso, de vencer la costumbre, siempre habituada a las formas típicas, a los diseños clásicos, impregnados en la memoria colectiva, pero que a él ya no lo emocionan. Lo que necesita Víctor para sentir que su sangre corre con fervor es inventar; aunque a sus años no es llegar y tomar el lápiz y alterar la firma. «Ya no hay tiempo», se dice, «ya no hay tiempo».

Angelita, en cambio, de dieciocho meses, tiene todo el tiempo del mundo. Mientras ve a su bisabuelo sentado, sus manos tocan el mimbre. Eso que siente con sus manos todavía no tiene nombre. Antes que las ideas, su cuerpo conoce la textura del tejido. Ella, al igual que las huiras, es todavía acto en potencia. Sus rústicos pensamientos, así como sus huesos, son dóciles y flexibles, pero eventualmente sus manos son las que podrían llegar a concretar una idea ancestral, esa que su abuelo está tramando frente a ella en este preciso momento.

La estructura está completa, se podría decir acabada; el viejo en el cajón. Pero ahora, él vive en ella, en su determinación. Angelita se ha convertido en tejedora, el mimbre la ayuda a meditar, a hacer tierra, a respirar. El reloj de arena contiene ya una miriada de bolas de mimbre, son las esferas del tiempo, esas que volverán a caer luego de que algún transeúnte gire el reloj sobre el eje en que fue construido. Efectivamente, esas pequeñas bolitas son un regalo de tiempo para toda aquella persona que se detenga un minuto a contemplar la escultura de mimbre. Pero Angelita es ambiciosa y sobre todo una tejedora; para ella, solamente está listo el lienzo sobre el que bordará con mimbre. Al fin, después de unos meses de trabajo, Angelita concreta algo: tejidos que retratan la vida de un pueblo, la vida de campesinas y labradores, la llegada del tren, los árboles (que ahora reposan decorativamente en forma de durmientes en la plaza), las esbeltas garzas con sus polluelos en el dosel arbóreo, el estero y las personas. Ahí está entonces la historia de Limache entretejida, protectora del porvenir, una ofrenda de Angelita que más que reloj es un escudo, un resguardo al paso del tiempo.

Todo esto se trata, sin embargo, de un acto revolucionario, una medida desesperada para revivir a su bisabuelo, para evitar la fuga, ya no del tiempo, sino de la raigambre que la sostiene, como raíces y hongos sosteniendo la tierra. Tejido que también se rebela a la fuga de jóvenes que parten en búsqueda de eso que el campo no les entrega. Angelita, en cambio, decidió quedarse en la vieja casa de campo, entregar su vida a su propia tradición, al presente. Después de todo, entre esa historia y su historia, entre la textura y la forma del mimbre, vive Angelita, y vive también Víctor. Para cuando ambos pasen, quedará el mimbre, quedará su entramado.

30 años
Limache
Región de Valparaíso

Premio especial oficios tradicionales

Afilado, cuento en décimas

Sebastián Cristóbal Jorquera Álvarez

Con mi flauta todo el día yo me anunciaba a la gente, y asomaban los clientes al oír mi melodía. Pero ahora hay carestía, la ganancia es abismal. Hoy en día hay algo mal, que yo no logro aguantarlo: ir, comprar algo y botarlo, ¡nos parece lo normal!

Yo empecé siendo un chiquillo —por allá por el sesenta—, trabajando por mi cuenta, de afilador de cuchillos. Siempre viví muy sencillo, de un lugar a otro lugar, viviendo del afilar navajas, hachas, tijeras. Le doy filo a lo que quieras con mi rueda de amolar.

Me tomo en serio la pega, porque soy hombre de oficio. A mí me saca de quicio aquel que siembra y no riega. Mi arte está ya que se friega, pero yo le tengo afecto. Y es que hasta hoy tuve un proyecto —como un norte cardinal—, un deseo personal: sacar el filo perfecto.

Me rondaba en la cabeza esta idea singular. Lo que yo quería lograr era afilar una pieza con tan perfecta fineza, que el filo que yo le diera marcara el fin de una era. Por años fue idea vana, y hasta esta misma mañana parecía una tontera.

Yo ni siquiera sabía qué podía ser “perfecto”. ¿Muy cortante? ¿Sin defecto? “Perfecto”, ¿cómo sería? Parece una tontería, pero en cosas no resueltas te obsesionas, no las sueltas. ¡Estas ideas te acaban! Mientras las chispas saltaban, yo le daba y daba vueltas.

¡Y esta mañana lo hice, y de la forma más diestra! Hoy labré mi obra maestra, aunque no fue porque quise. Bueno, por ahí hay quien dice que el talento es puro azar. Y fue cosa singular, esta extraña situación: hoy logré la perfección en la piedra de afilar.

Doña Cota es de las pocas que me quedan de caseras. Siempre saca sus tijeras cuando siente que le toca repararla y la coloca en mis manos, ya algo tiesas. Y es que cortar telas gruesas pide un cuchillo afilado, para ese molde sacado de unas revistas francesas.

Doña Cota es como yo, siempre tan profesional. Es que para ella está mal si en sus vestidos se nota una mancha, punto o mota, o cualquier mala factura. Perdería la cordura si le fallara una sisa y por eso es tan precisa en su taller de costuras.

Esa mañana soleada me puse a sacarle filo y —según era su estilo— doña Cota, allí parada, me hablaba de todo y nada, de su hijo y sus tres niños, nuera, primos, todo el piño. Y yo le ponía color: su instrumento es de labor, ella le tiene cariño.

Es una buena tijera, una pieza negra, antigua; una hoja que atestigua poder cortar lo que fuera. No es herramienta cualquiera, de esas nuevas, ¡para nada! La miré a la luz, alzada, porque soy muy detallista y, aunque parecía lista, fui y le di otra repasada.

Por fin detuve el pedal cuando acabé de afilarla. La acerqué para mirarla con un gesto maternal. Noté que algo andaba mal al sentir —muy delicado—, al pasar aquí a mi lado, el filo, con suavidad. Se oyó un “ris”, con claridad, como que algo había rajado.

Me corrió un escalofrío al escuchar el rasgido. ¡Nos asustó tanto el ruido, como si fuésemos críos que se meten en un lío y los van a castigar! Fue algo como destrozar el florero de los peces con que dijeron mil veces QUE NO HABÍA QUE JUGAR.

“Oiga, don Pepe, ¿qué fue...?”. La Cota tragó saliva y luego agregó esquiva: “Eso que sonó ¿por qué...?”. “Oiga —dije—, no lo sé; solo sé que escuché un ruido como al romper un zurcido. ¿Cómo voy a saber, yo?”. En voz baja, preguntó: “¿Y qué cree que haya sido?”.

Frente a mí, algo brillante —no sé cómo describirlo... *pucha*, a ver, ¿cómo decirlo? —. Lo que tenía adelante era una... raya flotante, difusa, como si fuera una manchita cualquiera. Y comprendí, asombrado, que era el mismo AIRE, rajado donde pasé la tijera.

“Doña Cota, ¿sabe *usté?*, nos mandamos un *condoro* de un alcance que yo ignoro, porque, mire, ¿sabe qué? Aquí, por lo que caché, dejé el filo tan finito —error mío, eso lo admito, pero no fue de perverso— que al mismísimo universo, sin querer, le hice un hoyito”.

“Pero, ¿ve usted que *la caga?*”, dijo, y me cayó remal. “Una regla universal —agregó—, es la de Moraga: el que la hace, la paga”. Aquí los dos nos callamos, hasta que di mis reclamos: “¿Usted me quiere huevear? ¿Y a quién vamos a pagar si al UNIVERSO rayamos?”.

“Ah, doña Cota, carajo, no se me venga a correr, porque fue usted, mujer, la que me encargó el trabajo”. Me miró de arriba abajo: “¡Pero no le pedí tanto! Yo me voy. Dígame cuánto le debo, don Pepe, y quédese la tijera”. “No, espérese —grité—. Yo, esto no lo aguanto”.

“Los dos vamos a arreglar esta raya, este *cagazo*”. Se encerró, dando un portazo, y se fue así, sin pagar. Yo me quedé en el lugar, diciéndome con zozobra: «¿Por qué hacer TAN bien la obra?». Y me agregué, muy molesto: «Todo el mundo sabe esto: más o menos, ¡basta y sobra!».

Ahí vino la ocurrencia, un recurso muy fantástico: cuando quieres sellar plástico —y lo sé por experiencia—, tú calientas con paciencia un cuchillo y, con cuidado, lo aplicas, bien apretado sobre el corte o la rotura. Con esta forma segura, al instante está sellado.

Como no andaba con fuego, usé la piedra de afilar, comenzando a pedalear, calentando la hoja luego. Sabía que estaba en juego algo grave, en mi mente lo sabía, muy consciente. Cuando ya vi que brillaba al rojo, como esperaba, le acerqué la hoja caliente.

Se escuchó un fuerte siseo —como al poner de repente aceite en la lata ardiente—, y luego un chisporroteo. Pero ahí vino lo feo: al mirar, de esta manera, vi una cosa muy ligera, era apenas un hilito que flotaba, muy finito, de la raya a la tijera.

Era algo similar al queso de la empanada. Tirar no servía de nada, no lo lograba cortar. Comencé a desesperar al verlo flotar al viento. Decidí hacer otro intento con la tijera, después, calentándola otra vez, el mismo procedimiento.

Pero entonces me fijé que, entre tirón y tirón, el pequeño desgarrón se agrandaba, y pensé: «No me quedaré de pie por siempre en este lugar, ¡tengo que intentar cortar esta hebra de una vez! Si lo hago con rapidez, tal vez lo pueda sacar».

Armándome de valor, pensé: «Bastará, yo creo, si tiro sin titubeo, con gran fuerza y sin error». Dejé a un lado mi temor y me dije: «Ojalá sirva. Sí, ¡sé que lo hará! Un buen tirón, de una vez. ¡Vamos! ¡Uno, dos y tres!».

... Y así es como llegué acá.

37 años
Ñuñoa
Región Metropolitana
Premio especial Margot Loyola

Mi perrito del campo

Gonzalo Alexis Luengo Orellana

Soy inmigrante. Me vine de Venezuela a Chile, porque sencillamente ya era difícil vivir allá. En el aeropuerto de Caracas había caras tristes, lágrimas de despedida y abrazos eternos antes de pasar a la puerta de embarque del avión que a mí y a otros nos llevaría a Santiago. Yo no lo pasé igual, solo esperaba hacer la fila para subir. Siempre viví solo, desde que mis padres murieron. Por eso he sido más bien frío e independiente, desde que tenía doce años de vida. En Chile me esperaba algo lejos de las noches de parranda y bailar usando videojuegos, de la vida urbana, de los estados publicados en redes sociales (donde me veía divirtiéndome con los pocos conocidos que tenía): me iba a vivir a un lugar rural llamado Rafael, en la provincia de Concepción.

Después de horas en avión y en un bus, había llegado a mi nuevo trabajo, que conseguí gracias a la parroquia a la que iba en mi país y un contacto que tuvieron en estas tierras. Rafael es un caserío y yo debía estar a cargo de una plantación de trigo cercana, dejar los sacos resultantes de ella en una camioneta y llevarlos a un tren que pasaba por Coelemu, la ciudad principal que está justo al norte. Los días de cosecha eran tan intensos, realmente agotadores. No se imaginan lo complejo que es aprender a usar las máquinas para aprovechar la plantación al máximo. El dueño de la tierra, si bien era muy amable y justo en su paga, me hacía sacar el trigo a mano en varios sectores donde los ingenios no llegaban. Mis articulaciones (como codos y rodillas) me dolían todas las noches, de tanto acarrear sacos y cosechar. Pero a esto se sumaría algo horroroso para mí: la presencia de un perro en un predio cercano. Al día de empezar en estas labores, un chiflido muy agudo y fuerte se sintió de lejos, seguido de un grito masculino y molesto que decía: "¡Ven a cuidar las ovejas, maldito, que encima me comes el almuerzo!". De pronto, en medio del tragal, se percibía cómo la energía de aquel perro iba de arriba hacia abajo, intrépido, corriendo, armando surcos a través de las plantas y mordiéndolas cada cierto tramo. Estaba tan lleno de felicidad el animal. Así, finalmente, apareció ante mí, antes de volver a continuar su andanza. Supe, al hablar más tarde con el hombre que le gritó, que al perro lo tenían para cuidar las ovejas que poseían al lado, pero nunca hacía nada. Un perro vecino, libre y feliz, al fin y al cabo, ya que a sus dueños poco les importaba. Pero acá venía, arruinaba la calidad de la plantación y me molestaba de forma constante en el trabajo. Después de cada jornada, me seguía hasta el tren (le tomaba unos veinte minutos y los corría con gusto tras la camioneta), y ahí mi desazón seguía: mordía los sacos de los granos, haciendo que varios terminaran rotos. ¿Existe algo más molesto que un perro que ladra y te rompe las cosas? No saben cuántas piedras le tiraba y cuántas patadas al aire le lanzaba, sin lograr que se alejara de mí. Pero jamás pasó por mi mente matarlo o algo así. Nunca olvidaré cuando me subí a una avioneta a fumigar el campo, y aprecié desde el aire, con espanto, la decena de caminos que el dichoso perro hizo en la plantación que estaba, antes, impecable. Un desastre del que el dueño del predio nunca se enteró. De alguna manera, mi madurez en esto me hizo asimilar en paz todo y asumir mi trabajo profesionalmente. Ya llevaba en el bolsillo una aguja de saco e hilo que compré en Coelemu, y cosía así sobre el vagón del tren, los sacos rotos por el perro. Al final de cada día, el tren partía después que cerraba la compuerta, y el perro corría junto a la máquina por minutos hasta que el trigo ya iba lejos y el animal estaba tan cansado, que subía sin vergüenza a la camioneta para llegar a Rafael de vuelta, luego bajarse y acurrucarse en un hoyo perfecto que hacía en medio del trigo, sin antes, extrañamente (y en un gesto del afecto del que yo carezco incluso hoy) pasarme la lengua por mis pantalones.

La época de cosecha en el campo ya se estaba acabando y yo había conseguido un empleo en Santiago, en una gasolinera donde otros compatriotas trabajaban. En una de las últimas jornadas de trabajo, el perro, por

alguna razón, me molestaba más de lo normal. Después de morder otro saco, estando yo cosiéndolo rápido antes de que el tren se fuera, él parecía no estar conforme: empezó a tirar sacos de la pila que armé en el vagón, quedó colgando de uno y, de pronto, le cayeron todos los sacos encima. El borde de la línea del tren era un pequeño acantilado por donde la pobre criatura rodó junto a los sacos que le golpearon. La situación de verlo inmóvil en el suelo y la bocina del tren anunciando su partida, me hizo sentir una enorme angustia. Me lancé por ese corto promontorio y, entre lágrimas que nunca tuve hasta entonces, no sé qué pasó por mi mente, pero sabía que debía darle de mi aliento a ese perro. Le tomé la cabeza y hocico con mis manos, y soplé hacia su interior. Le intenté hacer un masaje cardíaco a la vez. Con todo mi temor, ignorancia, con mi boca llena de la mucosidad y baba del pobrecito, con su aliento ya impregnado en el mío —y el mío de seguro en el de él—, después de un minuto que pareció una eternidad, respiró. Fue tan extraño. Lo abracé. Sentí como absorbió el aire que tenía más cerca. Tragó oxígeno de una forma tan humana, que me conmovió. Desde entonces, su respiración era también la mía.

El campo ya estaba sin trigo. La temporada acabó. Y yo me quería llevar el perrito a Santiago. Hice lo necesario: hablé con los dueños y me dejaron. Perro. Se llama perro, porque es como yo, estamos solos en el mundo y no somos algo tan especial. No tener nada, ni siquiera nombre, nos hace más libres. Y así se fue conmigo en una jaula de transporte que le compré en Concepción y partimos en la camioneta de siempre, que me prestaron. Valía la pena. En Santiago conseguí una pieza en una casa del centro, como la que tenía en Rafael, con un baño. No necesitaba más. El perrito podía estar en el patio. No pasó un mes y se enfermó. Yo lo sacaba a pasear por el centro. En la Basílica de La Merced había un jardín en el que me dejaban que estuviera. Ahí se sentía un poco mejor, porque estaba rodeado de plantas. Creo que la contaminación lo afectó. Pero un veterinario lo examinó y supe que el golpe de los sacos le trajo más consecuencias de lo esperado. Mi perrito estaba mal.

Después de un turno de noche en la gasolinera, lo saqué a pasear mientras amanecía. Salimos de la basílica e íbamos caminando hacia la Plaza de Armas. Él caminaba rápido delante de mí, tosiendo como nunca lo había oído. Sabía que estaba mal. Algunas personas lo miraban ahí, en la calle, enfermo. Una cuadra antes de llegar a la plaza, por calle Merced —como ahora leo en un recorte de diario que conservo—, la gente nos miraba muy extrañada. Mientras más débil mi perro estaba, cada paso que daba iba dejando unas grietas en la vereda y el pavimento, de las que se levantaban espigas de trigo enormes y fuertes, brillantes. Donde pisaba, salía trigo. La gente sacaba sus celulares y grababa todo. Otros veían extrañados y tocaban el trigo. Un hombre, en la esquina de la plaza, arrancó de raíz una planta y quedó con trigo en la mano, maravillado e incrédulo. Con sus pocas energías, y yo siguiéndolo, mi perrito llegó, después de varias vueltas en la Plaza de Armas de Santiago, justo al centro de la misma. Todas las vueltas que se dio, dejaron trigo por doquier. La plaza era un trigal. La gente estaba impresionada y muchos salían de lugares cercanos, como del correo o de la catedral a ver el fenómeno. Y ahí se acurrucó mi perrito, como lo hacía en Rafael, pero ahora estornudando sangre. Me acerqué llorando y le di de mi aliento de nuevo. Llorando de nuevo. Aún pienso, con mucha pena, que la primera vez debí darle más aire del que le di. Que lo que le había dado no fue suficiente. No me quedó más que acurrucarme junto a mi pequeña bestia, en el mismo hoyo de trigo que hizo ahí, en medio de la plaza. Había cerrado mis ojos, llorando mientras lo abrazaba y sentía cómo el aire se le escapaba. Los gritos de la gente y el ruido del tumulto en medio de este extraño suceso, se apagaron dejando un total silencio. Volví a abrir mis ojos de inmediato. Los tenía mojados de lágrimas. Y ahí estábamos: de nuevo en Rafael, en el trigal. Él ya no respiraba. Se me fue el perro molesto, el alma que sentí antes de verlo mientras corría agitadamente a través de las espigas, la criaturita que pasaba su lengua por mi pantalón. Se fue la mitad de mi aire. Se me fue mi angelito guardián. Se me fue mi perrito del campo.

33 años

Chillán

Región del Ñuble

Premio especial migrantes

La vieja Hilda

Rosa Abigail Calluman P.

Vivía en una zona rural, cerca de Galvarino, entre unos campos rodeados de bosques. Todos la conocían como la vieja Hilda, una anciana campesina que vivía sola y que siempre estaba dispuesta a tender una mano caritativa a los demás. Los niños la querían mucho y solían ir a visitarla después de la escuela para que ella les narrara algunas historias mientras comían pan amasado con mantequilla. Cuentos y leyendas que cobraban vida ante la mirada asombrada de los niños, y es que la vieja Hilda tenía un don de contar las historias de tal forma, que parecía que uno las estaba viviendo en carne propia. Las vecinas, a su vez, iban a veces también a tomar mate y conversar con ella, hacerle compañía. Era una anciana cariñosa y dadivosa, que apenas aparecía alguien pidiéndole algún favor, ella procuraba ayudar en lo que podía.

—Vecina Hilda, ¿no tendrá por casualidad un poquito de azúcar que me convide? —decía a veces alguna dueña de casa, asomándose por su puerta.

—¡Cómo no, vecina! Aquí tiene un kilito de azúcar para que no le falte —decía la anciana con una sonrisa.

Nunca pedía nada a cambio ni aceptaba que nadie le pagara nada, pero sus vecinos siempre estaban dispuestos a ayudarla cuando lo necesitara. Su vecina Juana, que vivía más cerca de su hogar, se encargaba de cuidarle su casa y dar un vistazo a sus ovejas cuando la vieja Hilda iba a la ciudad a vender sus verduras, hasta que esta regresaba por la tarde.

La vieja Hilda solía levantarse apenas clareaba el alba, para ir a seleccionar las verduras más frescas de su huerto que luego llevaría a la feria a vender. Apenas tenía todo eso listo, salía a arrear sus ovejas por el campo, encerrándolas en un potrero que su difunto esposo había hecho para eso. Luego, debía cambiar sus ropas de casa para salir a tomar la micro con sus verduras, que se encargaba de vender para que de esa forma también obtuviera un ingreso extra, ya que la pensión era muy poca para solventar todos sus gastos. A veces tenía problemas con los carabineros, que incluso le llevaban gratis los productos o los arrojaban a la calle, cuando se armaban las peleas con los comerciantes ambulantes. Entonces, debía volver a casa con las manos vacías e incluso a veces debía pagar una multa. Pese a todo, no perdía su amabilidad ni su sonrisa.

Cuando el invierno se dejaba caer sobre los campos y soplaba el frío viento cordillerano, se solía divisar la silueta de la vieja Hilda a la luz del amanecer ventoso, tiritando bajo su manta de lana, arreando siempre sus ovejas hacia el potrero, al igual que en los atardeceres, apenas se ocultaba el sol. Generalmente, en invierno no salía a comerciar sus verduras, ya que con las lluvias y crecidas del río, la micro no corría y la vieja Hilda no tenía carretón para salir. Antes habían tenido caballo y carretón, pero luego de la muerte de su esposo, ya no hubo caballos.

La vieja Hilda tenía tres hijos: dos hijas y un hijo, aunque casi no se les veía por ahí, a excepción de la menor, que cuando podía iba a visitarla. De los dos mayores no se sabía casi nada, solo iban unos días por las vacaciones de verano. Los tres habían sido educados con esfuerzo y habían conseguido sus profesiones

y un buen trabajo. Vivían en la ciudad, cada uno con su casa propia y los mayores con automóvil. Apenas si veían un par de veces a su madre.

—No diré yo, comadre, que esos muchachos son unos ingratos con su madre —decían algunas vecinas, cuchicheando entre ellas—. La pobre de nuestra comadre Hilda y el finado Manuel, que en paz descanse, se esforzaron tanto en educarlos y ahora resulta que se les fueron los humos a la cabeza.

La vieja Hilda estaba al tanto de lo que se decía de sus hijos. Esto la entristecía mucho, ya que siempre intentaron darles lo mejor para que no se sintieran discriminados por ser mapuches y campesinos. Su hija mayor se tituló de enfermera y siempre dijo que el campo no era para ella. Solía evitar que su madre se apareciera por su universidad, siempre poniendo alguna dificultad, confiada en que su madre no se daba cuenta. Pero la vieja Hilda lo sabía y le dolía, mas no la reprochó por eso. Su hijo también hizo lo mismo, aunque de su parte sí fue un golpe doloroso, no directamente para Hilda, ya que fue hacia su difunto esposo. Este un día había ido a visitarlo, armándose de dinero, ya que estudiaba en Santiago. Viajó, llegando a casa de un pariente que vivía allá y se dispuso a visitar a su hijo, y de paso observar la universidad en la que estudiaba. Su hijo no se alegró de verlo, como el viejo. Se enojó y dijo que lo hacía solo para avergonzarlo, al verlo vestido de campesino, y que no se le ocurriera montarse otro espectáculo apareciendo por allá. No los invitó a su titulación.

El viejo aquella tarde había regresado triste, desanimado. Con lágrimas en los ojos, le contó a su mujer lo que había ocurrido, omitiendo algunos detalles para no hacerla sufrir.

—No sé por qué los educamos —se lamentó el viejo—. Tanto sacrificio por darles una mejor educación, para que estemos orgullosos de ellos y que puedan tener una mejor vida, y ellos se avergüenzan de nosotros. ¡Mi propio hijo me desconoció!

Este disgusto fue un grave golpe al corazón del viejo, que luego se enfermó y no se recuperó hasta que la muerte vino a llevárselo. La vieja Hilda procuró no guardar rencor en su corazón por su hijo, pero el dolor le quedó ahí, arraigado en el pecho. Su hija menor, en cambio, era más apegada al campo y solía estar con ella siempre, ayudándola y cuidándola. Pero luego, al conseguir un buen trabajo en la ciudad, había tenido que mudarse, no sin antes insistirle a su madre por llevársela con ella, a lo que la vieja Hilda se negó.

—He vivido toda mi vida en el campo —le dijo—. ¿Qué voy a hacer en la ciudad?

Al final, la hija había terminado por comprenderla y desistió, marchándose sola, aunque siempre que podía se escapaba al campo a ver a su madre. La vieja Hilda la esperaba siempre, contenta y con una sonrisa en su rostro arrugado. Sus vecinos siempre procuraban hacerle compañía, visitándola de vez en cuando por las tardes, para tomar mate con ella y para que no se sintiera sola. Todos la conocían y la querían mucho por su corazón bondadoso y dulce, siempre dispuesto a extender la mano al prójimo. Los niños también iban a visitarla, por sus dulces caseros y sus cuentos; ellos la llamaban el hada madrina de los cuentos.

19 años
Temuco
Región de La Araucanía
Premio especial mujer rural

Bájese

Armando Aravena Arellano

—Bájese —ordenó el hombre tras pasar la empalizada que rodeaba la inmensa casa patronal.

La joven pareció no haber escuchado la orden de su padre y solo cuando este se volvió, cogiéndose de la montura, se giró y calmadamente fue deslizándose hasta tocar el suelo.

Tras aguardar un par de minutos, apareció en la puerta la gruesa figura de una mujer que se secaba las manos en su delantal.

—Dígale al patrón que traje la niña... —dijo el hombre.

La mujer pareció no entender lo que se le había pedido y, luego, permaneció unos segundos examinando a la joven en la distancia.

—Ya voy... —dijo en tono severo.

Solo después de unos largos minutos de espera apareció el dueño de casa.

—¿Qué pasó, hombre? —preguntó mientras se hacía una visera con su mano para evitar la molestia de la luz del sol de la media mañana.

—Esta es mi niña... yo ya le había hablado...

El hombre avanzó unos pasos acercándose a la joven. En silencio recorrió su cuerpo y las modestas prendas de ropa que se lo cubrían.

—Pero es muy niña... —dijo, finalmente, cuando había terminado su observación, acercándose al hombre para que la joven no escuchara.

—No crea don ...ya cumplió dieciséis... la situación en la casa está muy mal, son otros tres hermanos que hay que alimentar.

El hombre la seguía observando tratando de descubrir el cuerpo que había detrás de esas modestas ropas. La joven, a su vez, no atinaba siquiera a dar un paso sosteniendo una pequeña bolsa con sus cosas personales.

—Y tú le dijiste pa' lo que era...

—Bueno, algo le estuve diciendo... pero usted sabe más de eso.

El hombre pareció estar pensando lo que iba a hacer. Tras un par de minutos, le ordenó a la joven...

—Pase pa' dentro, niña, para que le muestren su pieza.

Volviéndose al padre le comentó:

Déjame ver primero cómo anda la cosa... después te doy tu plata.

El hombre pareció no entender al principio, pero luego tiró la rienda para girar su caballo no sin antes ver cuando su niña desaparecía tras la puerta de la inmensa casa.

72 años
Providencia
Región Metropolitana
Premio especial a la trayectoria

La prueba

Guillermo Alday Cortés

Aquel día, cuando desperté aún no amanecía, así que permanecí en la cama por un par de minutos más, esperando que el sol comenzara a salir detrás de los cerros e iluminara la pieza. En la cama contigua estaba mi madre, a quien podía escuchar cómo susurraba. No podía entender lo que decía, pero yo sabía que estaba orando por mí y mi futuro.

Ella quería que yo siguiera estudiando y que incluso llegara a la universidad. Yo, en cambio, con solo trece años, quería convertirme en lo único que veía a mi alrededor que podía ser: un criancero, como mi padre. Tener cabras, alimentarlas y cuidarlas, para luego obtener de ellas la leche para elaborar el queso que pretendía vender en la feria de Ovalle, como lo hacían todos en mi pueblo... Era mi único anhelo.

En aquel entonces estudiaba en la única escuela en Pichasca, en la comuna de Río Hurtado. Allí la señora Gladys, nuestra profesora, intentaba enseñar todas las asignaturas al grupito que conformábamos solo seis alumnos, todos de distintos niveles. Durante años caminé ida y vuelta los 10 kilómetros que separaban mi casa de la escuela y allí, en la puerta, estaba la profe Gladys para darnos la bienvenida con una sonrisa, cada día. Luego, ingresábamos al salón para aprender las distintas materias que ella escribía en un gastado pizarrón.

Yo vivía solo con mi madre en una pequeña casa de adobe construida por mis abuelos. No teníamos agua, y para obtenerla, ella tomaba un balde en cada mano y acudía a un riachuelo cercano. Si el agua era para la bebida, esta debía hervirse en una tetera que ponía al brasero.

Tampoco teníamos electricidad, por las noches prendíamos velas. Para practicar mi lectura, mi madre me obligaba a leer el único libro que teníamos en casa: una destartalada Biblia. Yo leía los evangelios en voz alta, mientras ella me escuchaba y se emocionaba por los milagros de Jesús, a veces incluso hasta las lágrimas. Ella nunca aprendió a leer.

Mi madre no pudo ir al colegio, ya que sus padres no entendían la necesidad de los estudios. Desde muy pequeña debió colaborar en las distintas labores del hogar. Ya adulta, comprendió que estudiar era el único camino para salir adelante.

Yo, a los trece años, no lograba entender el mensaje que ella repetía y repetía hasta el cansancio: “Estudia, hijo, estudia; solo así serás alguien en la vida”. A esa edad, yo solo quería seguir los pasos de mi padre.

Aquel día estaba muy emocionado, porque tenía planeado ir con mi padre hacia las veranadas para finalmente convertirme en criancero y dejar la escuela en el olvido. Las veranadas era un viaje que todos los años, durante los primeros días del mes de noviembre, mi padre realizaba con la ayuda de un sobrino y un par de perros hasta la cordillera. La travesía se extendía por tres días de viaje e implicaba cruzar la frontera para que en suelo argentino pudiera alimentar a sus más de cien cabras. Durante el día hacía calor, pero el viento cordillerano servía de refresco. En las noches, la temperatura disminuía y las majadas —construidas de rocas y madera— servían de refugio.

Mi padre era un hombre alto y fuerte, y de muy pocas palabras. Conmigo prácticamente se comunicaba con monosílabos, pero ambos nos entendíamos perfectamente. Aunque no vivía con nosotros —creo que incluso tenía otra familia—, todos los días visitaba nuestra casa para dejar algo para comer.

Nunca supe cómo mis padres se conocieron, solo tenía ideas vagas de su historia. Parecía improbable que él, un cuarentón rudo y tosco, lograra enamorar a una veinteañera que soñaba con salir de la casa de sus padres. Creo que las rancheras tuvieron la culpa. Luego, ambos se separaron, principalmente cuando ella se aferró a la fe tras la visita de un coro de la iglesia Adventista al poblado. Siempre me relataba que quedó encantada con las voces de los integrantes. “Parecían ángeles”, me decía.

Pero ese día debía tomar el bus para viajar a Ovalle, ciudad donde mi madre pretendía que yo cursara mi enseñanza media, en el Liceo A-9 que se ubica en plena plaza de la ciudad. Antes, claro, debía rendir una prueba de selección. Durante semanas escuché a mis padres discutir acerca de qué pasaría aquel lunes. Yo, claro, sabía que mi padre no se dejaría convencer por mi madre y que, finalmente, viajaría a la cordillera. Junto a mi madre, tomé un desayuno de té y churrascas, cuando ella quebró el silencio. “Esta mañana pasa el bus de don Ruperfino que nos llevará a Ovalle”, dijo. Yo esperé un par de segundos para responder: “Yo me voy a la cordillera con mi papá”. Y ambos pusimos fin al diálogo. Ella sabía que mi padre quería que yo siguiera sus pasos y que contra él no podría discutir.

A través de la ventana comencé a escuchar el balido de las cabras de mi padre, así que salí a esperarlo. Entusiasmado, saludé con la mano a la distancia a él y sus ayudantes. Pero él no sonrió, estaba frío. Algo había sucedido. Trataba de pensar qué había pasado, cuando recordé que la semana anterior mis padres se habían reunido en la plaza del pueblo para conversar.

Ahí estaba entonces yo, listo para el viaje, con mi mochila en la mano, cuando mi madre insiste: “Ya hijo, vamos al paradero”. “Hazle caso a tu madre”, dijo para mi sorpresa mi padre. “Pero, papá...”, alcancé a decir cuando él insistió, esta vez con la voz más fuerte: “Hazle caso a tu madre, Héctor”.

No se discutía más. No había opción. Sabía que nunca lograría convencerlo y que mi madre de alguna u otra forma había logrado persuadirlo de que yo debía seguir estudiando. Tras un instante, solo atiné a darme vuelta, para que no vieran cómo me mordía los labios por la rabia y mis ojos se humedecían por la tristeza.

El mismo día viajé a Ovalle y rendí la prueba; los siguientes cuatro años estuve internado y estudié en el liceo. Luego, aunque muchos en el pueblo nunca lo creyeron, me fui a Santiago y me convertí en universitario. Hoy, cincuenta años después de aquel día, regreso a mi querido pueblo para ejercer como profesor de un puñado de estudiantes. También pretendo visitar la tumba de mis padres, sepultados en el viejo cementerio del pueblo, y darles mi agradecimiento.

44 años
La Serena
Región de Coquimbo
Premio especial profesor rural

El último ona

Francisco José Lastra Concha

Los cazadores estaban tan ocupados limpiando sus rifles, que no notaron que yo había despertado. Con el botín en sus alforjas y un par de fotografías para inmortalizar su triunfo, poco les importaba la pila de cuerpos que tenían frente a ellos. Mi madre todavía me rodeaba con sus brazos y sentía los fuertes muslos de mi hermano a mis pies, aún tensos y calientes de la persecución. Los cazadores luego se alejaron entre risas, adelantando la borrachera, dejando un par de trapos sucios con el aceite de sus armas que el viento de mi tierra arrastraría como lo hace con todo. Me gustaría decir que nos odiaban. Que odiaban lo primitivo de nuestras flechas, la costra de suciedad en nuestros pies y el olor mustio de nuestras pieles de guanaco. Que nos odiaban, porque les recordábamos lo que ellos mismos habían sido alguna vez. Pero no. Éramos tan poco que ni merecíamos odio. En sus acciones predominaba la objetividad de una transacción económica. Éramos un negocio. Uno lucrativo. Cada oreja valía diez botellas; agua de vida pagada con muerte. Esperé hasta escuchar los susurros de la noche. Luego, me moví entre los cuerpos y navegué en sus fluidos como lo habría hecho en el vientre materno, hasta encontrar un agujero en esa masa de mi propia carne. Nací de nuevo bajo la luz de la luna que transformaba el rojo en plateado, y corrí. Corrí con la sangre caliente de mis antepasados aun cayendo de mis dedos.

Vagué por años, saltando de isla en isla y de pueblo en pueblo. Mi guía eran los cuatro cielos y mi piel, roja y oxidada, el lienzo donde escribiría mis nuevas vidas. Fui el valiente pescador del estrecho, que toma la red y recibe la sal en las grietas de sus manos quebradas. Fui la mujer que acepta en sus faldas a un niño ajeno y lo cría como si fuese de su propia sangre. Fui el hombre de la tierra que lo echan de la suya, porque no entienden que la propiedad no está escrita en papel, sino en la sangre.

Fui rico y pobre, libre y esclavo, colonizado e independiente. Comí y me emborraché, morí y maté, crecí y crucé más allá de las posibilidades que mi pueblo alguna vez tuvo. Conocí el desierto de arena y las montañas vestidas por las nubes. Viví el odio de un patrón inconforme y el calor del amor comprado. Mi piel de negra a blanca, de joven a vieja, de sana a enferma.

A veces recuerdo aquellos parajes vacíos, el viento que corta la piel, los glaciares testigos del fin del mundo, la alegría del festín de la ballena. Muchos de aquellos cazadores murieron años después, envenenados en hoteles, desapareciendo sin más en el mar o delirando sobre flechas y lanzas que los atravesaban en las colchas de sus ranchos y mansiones al otro lado del mundo. Si fue venganza, no fue la mía, porque sé que la venganza no es sino mendicidad disfrazada de justicia. La verdadera justicia es vivir por ellos; por el vigor de mi hermano, el calor de mi madre y la sabiduría de mi gente. Una y otra vez. Ese es el poder depositado en mí por los espíritus de mis antepasados. Soy el último de mi gente, soy mi gente, y, por eso, más cercano a la eternidad que a la exterminación.

Soy el *koliot*⁵, el hombre rubio sentado en las alturas con miras a la cordillera, el poeta que escribe por cada ola en su mar embotellado y el joven cegado por los que no quieren ver. No tengo nombre, ni color, ni ocupación, porque lo soy todo. Haz la prueba. No importa cómo me vea, lo que haga o lo que diga. Si rascas un poco, ahí me encontrarás, acurrucado en la carne de millones, vivo. El último ona. El último y para siempre.

30 años

Concepción, Región del Bío Bío

Premio especial pueblos originarios

⁵ Koliot: extranjero, hombre blanco en lengua selk'nam (nota de la autora).

Rosa negra de Arica

Iván Amadeo Salas Madrid

I

Una marea de polleras viene ondeando como blancas banderas por la calle principal del barrio Negro. Estamos en el pueblo de San Miguel de Azapa. Un sonido ancestral llena nuestros oídos con cientos de tambores que rugen su “tan tan” de vida. Nos transportan, no solo en el tiempo a épocas pasadas, sino en el espacio a lejanas praderas africanas.

Melenas enruladas y cuerpos morenos laten al viento en el compás del repique, el *shekere*⁶, el cencerro⁷ y la huira. Contradictoriamente, llevando la libertad a su máxima expresión en la danza del tumbé.

Estamos esperando al rey mago Baltazar, es Pascua de Negros y Negras en el barrio afro. Rosa Güisa Lanchipa, de miles de años de sabiduría negra, encabeza el bloque de ancestras tumberas. Se la ve bailando con una bandera, que es la misma que hizo para aquella lejana primera vez que el pueblo tribal afrodescendiente salió a mostrar su identidad por las calles azapeñas.

Su corazón late al ritmo de los tambores con madera de olivo. Se ve rodeada de gratitud y negritud por todos lados: sus descendientes, sus amigos, sus amigas, sus vecinas la rodean con cariño y admiración.

Manos negras van repartiendo golosinas, queques y chocolate caliente, entregando una dulce felicidad en esta ya tradicional fiesta del pueblo tribal afrodescendiente.

II

Rosa se separa un momento de la fiesta, su cuerpo cansado le pide un momento de tregua. Se sienta bajo un añoso olivo que ha regalado su sombra por cientos de años.

Como muchas veces, le habla al árbol que la escucha con su verde paciencia.

“¿Recuerdas, amigo olivo, que hace muchos años yo fui una de las primeras en organizar la Pascua de Negros y Negras como fiesta que representara lo propiamente afro? ¿Recuerdas que fue difícil convencer incluso a nuestra propia gente, que se sentía invisibilizada y temerosa después de siglos de discriminación? Amigo olivo, tú has sido testigo de los dolores de nuestro pueblo”. En ese momento unas lágrimas negras le corren rodando como cadenas por sus mejillas.

“¿Te acuerdas de mis ancestras y ancestros que me transmitieron sus historias traídas, como sus cuerpos esclavos, desde las lejanas praderas africanas? Yo te conté esas historias. ¿Recuerdas que te conté de los criaderos de negros? ¿Recuerdas los tiempos en que esta zona pertenecía a Perú?”.

⁶ Shekere: instrumento musical hecho a partir de una calabaza (nota de la editora).

⁷ Cencerro: instrumento musical de percusión (nota de la editora).

Otra lágrima cae bajo el olivo, esta vez por sus abuelos y abuelas que una vez que Arica pasó a ser territorio chileno, tuvieron que vivir la época del llamado “blanqueamiento”, cuando todo lo que se relacionaba con los negros y negras debía desaparecer. Se acuerda de los castigos, de las persecuciones. Cuando las tradiciones afro fueron chilenizadas; sus palabras ancestrales cambiadas: ya no fue la bamba sino la boca, y le enseñaron a cachetadas; las comidas intervenidas, ya no fue el mondongo sino las guatitas, ya no fue el frijol con arroz sino los porotos con rienda.

“Pero, arbolito querido, también tienes que acordarte de los negros cimarrones, de esos héroes afro que burlaban las patrullas de carabineros y militares que los buscaban por todo el valle. De esos negros viene mi estirpe, mi valentía y mi capacidad física, que incluso me hizo famosa como atleta sénior en la zona. ¿Te acuerdas que vine un día a mostrarte el diploma que me dieron de la municipalidad? Decía clarito: A Rosa Elcira Güisa Lanchipa, hija ilustre de la comuna de Arica. ¡Qué tal si me vieran mis ancestras y ancestros! Tendrían un momento de alegría en medio de sus pesares.

Tengo que contarte, olivo de mi corazón, que estamos esperando una buena noticia. Se trata del proyecto que otorga reconocimiento legal al pueblo tribal afrodescendiente chileno, y a su identidad cultural, a su idioma, a su tradición histórica, a su cultura, instituciones y cosmovisión. Sería lindo verlo convertido en realidad, antes de partir a juntarme con mis ancestras y ancestros a las amplias praderas de la eternidad. Amigo olivo, estoy segura de que en esas praderas debe haber olivos, no puede ser de otra manera. Así que allá también te veré, querido corazón de aceituna”.

III

La marea negra avanza por los amplios pasillos del Congreso Nacional, es el momento de celebrar la declaratoria de reconocimiento del Estado chileno al pueblo tribal afrodescendiente.

La ancestra afro Rosa Güisa Lanchipa esta vez no va bailando, esta vez su pollera está quieta, esta vez sus manos no llevan el compás del tumbé. En cambio, va orgullosa, va risueña, va hermosa, va más negra que nunca en un gran letrero con su retrato que la recuerda como una de las muchas que han partido. Pero lo que más llena su corazón de tambor, es que va presente en los ojos brillantes de su bisnieta, en esa pequeña tumberita que, bailando al ritmo del tambor, hoy se siente reconocida como perteneciente al pueblo tribal afrodescendiente chileno.

55 años
Arica
Primer lugar regional

Pastorcita

Héctor Manuel Jesús Morgado Gómez

Siente en la espalda el peso de su hijo envuelto en el aguayo⁸. Escucha el balbuceo alegre de su hijo cuando mira los animales que corretean nerviosos por el bofedal. Con su pollera multicolor y su sombrero hongo cuida el rebaño y se abre camino entre las alpacas y llamas para mirar a lo lejos. Está temerosa que pueda comenzar una tormenta y perder animales por el rayo, tal como sabe que les ha sucedido a otros pastores que, en un santiamén, han perdido decenas de animales y años de trabajo y sacrificio. Está consciente de que en la inmensidad del altiplano los peligros son permanentes, pero confía en que el Tata Inti⁹, dios creador y padre protector, la cuidará de las amenazas que puedan existir en su camino.

Desde pequeña acompañó a su madre a pastorear y se entretenía asustando a las taguas¹⁰ que corrían raudas rozando la superficie de las lagunas en los bofedales en las cercanías de Alcérreca. Surge vívido el recuerdo de la ocasión en que su madre, en cuclillas, la abrazaba y levantaba la mano al cielo para enseñarle las señales que entregaban las nubes. La voz de su madre al oído le señalaba cada recoveco de la geografía del lugar para mostrarle los lugares de buena pastura, los sitios peligrosos y aquellos en los cuales podía cobijarse en caso de una tormenta sorpresiva. Le enseñaba, también, los rastros que en la tierra lodosa dejaban los animales ajenos a la tropa: como la pisada a tres dedos del *suri*¹¹, que fugaz desaparecía al sentir la presencia humana; como la huella, inconfundible, del león de montaña, que en la oscuridad de la noche acechaba, con ojos luminosos entre la paja brava, para saltar al corral y morder la yugular de las alpacas desprevenidas. Su madre también le enseñó a encender queñuas¹² secas y paja brava para espantarlo.

La pastorcita siente el tronar de nubes sobre las montañas y azuza a los perros para que la ayuden a arrear los animales al corral que está próximo a la casa de adobe que se ve en lontananza. Debe cruzar el río antes de que aumente el caudal. Sonríe al recordar que en su niñez las lluvias hicieron imposible cruzarlo para guarecerse. Con su madre tuvieron que refugiarse en una cueva húmeda y fría, protegida en la entrada por una pirca. Con gran dificultad, pudieron encender una fogata para preparar once. Del aguayo su madre sacó harina, grasa de alpaca y sal; y con el agua que les proveía el aguacero amasó calatantas¹³ que arrojó a las piedras blanquecinas de la fogata. Colocó dos tazas de aluminio con agua de lluvia al fuego, y cuando hirvió, le depositó hojas de coca. Fue lo mejor que probó en su vida. Los recuerdos, después, se trasladan a la adolescencia, al día en que su madre le enseñó la forma natural de parir, modo en que su abuela y su bisabuela lo habían hecho y que era contrapuesto a lo que le dijo la matrona en una oportunidad en que fue atendida por la ronda médica: “Esa no es la forma normal de tener un parto en estos tiempos”. ¿Por qué no era normal?, se preguntaba, si su madre y su abuela habían nacido de esa forma. Para ella la cosmovisión andina de su abuela y su madre eran las acertadas, porque eran enseñanzas que estaban probadas en las tierras altas. Tal como aquella ocasión cuando su madre le dijo que cuando el aire escasea

⁸ Aguayo: tejido cuadrangular de variados colores que usan las mujeres aimaras para cargar bebés en la espalda, servir alimentos, etc. (nota del autor).

⁹ Tata Inti: dios sol en lengua aimara (nota del autor).

¹⁰ Tagua: ave que habita en lagunas, lagos y bofedales sobre los 4.000 metros de altura (nota del autor).

¹¹ Suri: ñandú, avestruz en aimara (nota de la editora).

¹² Queñua: especie arbórea nativa de las zonas altiplánicas de Chile, Perú y Bolivia (nota del autor).

¹³ Calatanta: kala (piedra) y ttantta (pan) en lengua aimara. Se cocina sobre piedras calientes (nota del autor).

y se tiene que caminar kilómetros siguiendo buenas pasturas para la tropa, hay que masticar la hoja de coca, que mata el hambre y la fatiga.

La pastorcita advierte que el río viene torrencioso y se apresura para situarse delante de la tropa; levanta los brazos y con un fuerte grito detiene a los animales. Los perros ladran alrededor manteniendo a raya a aquellos que intentan separarse. Deberá resguardarse en la cueva de su niñez. Arrea los animales lo más cerca de la entrada, los junta en círculo y golpea sus lomos y los hace echarse. Dentro de la cueva saca a su hijo de la espalda y lo sienta en medio de los perros que están echados y jadeando. Prepara una fogata como le enseñó su madre. Del morral saca harina, grasa de alpaca y sal. Siente que no está sola. El espíritu centenario de sus ancestros la acompaña. Por la entrada de su refugio alcanza a divisar la intensa luz de un rayo seguido del trueno y la arremetida de una lluvia torrencial. El mal tiempo pasará. Mañana será otro día de pastoreo.

57 años

Camarones

Segundo lugar regional

Mamay, papay, Con qué Corazón de piedra me han regalado

Eduardo Félix Bolaños Flores

Esta historia se ha repetido varias veces en los pueblos del altiplano de Arica.

Hijos, gracias por celebrar mi cumpleaños. Como estamos toda la familia, creo que es la oportunidad de descargar mi espíritu de un gran secreto. Saben que su papá y yo somos socoromeños. Si hoy cumplí 68 años, entonces nací en mayo de 1952. Todos mis documentos dicen así. Sin embargo, tengo un recuerdo que se ha ido perdiendo en la camanchaca del tiempo. Nací en un día que hubo un gran temblor. Hubo uno muy fuerte en 1948, por lo tanto, yo nací ese año. Mi mamá Lucía me confesó, antes de fallecer, que yo era adoptada. Mis sueños recurrentes, sin explicación hoy cobran vida y esta es mi historia...

—Guagüitay, ya levántate. Vamos a viajar muy lejos —me dijo mi papá.

—Alaláu... alaláu... Tengo mucho frío, oscuro nomás está —yo le comenté.

Temprano nomás tomamos tecito. Mi mamá no dejaba de llorar. No entendía el porqué, si pronto volveríamos. Despertó a mi hermanito. Me dijo que lo abrazara mucho. Yo también lloré un poquito...

Los llamos cargados con sus costalitos subían lentamente la cuesta; papá y yo íbamos detrás. Pasamos por una pampa larga. A un lado había muchas cuevas y vizcachas tomando sol. Cruzamos bojedales con llamos y alpacos. También vimos vicuñas y guanacos. Caminamos todo el día y en la noche dormimos en un corral de piedras.

Muy temprano al otro día, me pareció oír decir a mi papá que teníamos que pasar oscuro la frontera. No entendía nada. Rodeamos un pozo de agua muy grande. Papá dijo que se llamaba laguna; muy grande nomás era. Los cerros tenían mucha nieve, el viento helado nomás era. Seguimos por otra pampa larga, cruzamos un lugar donde había muchas yaretas. Después seguimos por un río que corría hacia el otro lado. Donde nací, los ríos corren hacia donde sale el sol; estos corrían para el otro lado. Algunos ríos tenían muchas llaitas (algas de agua dulce), bonito nomás era.

Pasamos cerca de un pueblo muy bonito, bajamos por un lugar de tierra blanca. Antes de llegar al río, mi papá me tomó en sus brazos y mucho nomás lloró. Había un barranco muy alto y por allá abajo corría un río. Ahí dormimos, estábamos muy cansados.

A la mañana siguiente nos levantamos con el sol alto. Subimos por una cuesta larga, llegamos a un bojedal, donde los llamos pastearon un rato y tomaron agua. Seguimos caminando y cruzamos con mucho miedo unas grietas, parecían papas reventadas. Mi papá me cargó en su espalda, seguía llorando. A mí no me parecía tan peligroso. No podía entender por qué papá lloraba tanto. Pasamos un río seco y llegamos a un lugar donde había una cruz muy bonita, tenía muchas cintas de colores. Estaba sobre una tiaña (montículo de piedra) y había velas apagadas. Vimos al frente un pueblo y bajamos hasta el río. Al llegar al pueblo, papá saludó a una

señora, parece que se conocían.

Almorzamos una comida muy rica, con un chuño (papa deshidratada) que nunca había probado (después supe que era chuño nuevo o Q'achuchuño). Encerramos los llamos en un corral de piedras. Mucha gente nos miraba. Carnearon varios llamos. Mi papá cambió las bayetas, hondas, sogas, tijunas, lluchus¹⁴, chalinas, llicllas¹⁵, paños que mis papás habían tejido allá en mi pueblo. Contentos nomás estábamos. Después que cambió todo por papas, choclos, chuño, habas, azúcar, arroz, fideos, fósforos, velas y muchas cosas más, mi papá muy triste me dijo que me pusiera la ropa más bonita.

—Una señora con su esposo quieren conocerte... Apúrate, ya es tarde...

Esa señora me hizo mucho cariño; su esposo solo nos miraba. Me tenían regalos, me dijo que esa noche podría dormir con ella, me dio muchos besitos.

Antes de acostarnos, fuimos a dejar a mi papá donde estaban los llamos. Mi papá me abrazó muy fuerte, me dio muchos besos y lloró amargamente. La señora me tenía una cama calentita para mí solita. Tenía géneros de muy bonitos colores, que eran para mí.

A la mañana siguiente, tempranito me convidó a ir al campo a buscar flores. “Son para la Virgen”, dijo. Desde el caminito saludamos con la mano a mi papá, que estaba arreglando la carga. Muy contenta iba yo con esa señora. Bajamos a una quebradita donde había muchos eucaliptus y álamos. Con lentitud arrancamos flores. De vuelta fuimos a un pozo a buscar yerbabuena. “Para cocinar chanchito”, dijo. En mi tierra no hay árboles, solo hay queñua¹⁶, yareta, tolas... Yo miraba con mucha curiosidad esos árboles tan bonitos. Cuando veníamos de vuelta, ella miraba mucho hacia el frente, hacia Aroma. Nos demoramos mucho. Al volver, me pareció ver unos llamos que se perdían por Cruz Vilque, donde había visto una cruz con muchas cintas de lindos colores. Desde el chorro miré el corral donde deberían estar los llamos de papá. ¡Ya no estaban! La señora me abrazó llorando... Ahí comprendí que papá me había dejado. Lloré bastante y por muchos días.

La señora me hizo varios vestidos. Me dijo que pronto volvería mi papá. Pasaron los días, los meses y años, y nunca más volvió...

Tanto lloré, que parece que me enfermé. Después de varios días, desperté y no me acordaba de nada...

En esa familia me querían mucho nomás. Por años lloré amargamente mirando hacia Aroma. Nunca entendí por qué mis papás me habían regalado... Hasta el día de hoy sigo llorando. Me gustaría volver al lugar donde nací.

A muchos llameros les pregunté si sabían de alguna familia que había regalado a una hija. Nadie sabía, o si sabían, no querían decirme.

Una vez, para la fiesta de San Francisco, una banda de bronce vino al pueblo. Venían desde Sajama, Bolivia. Mucho nomás se bailó ese año. Un músico joven me miraba mucho, y yo me sentí nerviosa. Me daba miedo.

¹⁴ Lluchu: gorro generalmente tejido con lana de alpaca, usado por campesinos altiplánicos (nota de la editora).

¹⁵ Lliclla: manta tejida con la que las mujeres del altiplano se cubren los hombros y la espalda (nota de la editora).

¹⁶ Queñua: especie arbórea nativa de las zonas altiplánicas de Chile, Perú y Bolivia (nota de la editora).

Venciendo mi miedo, hablé con él y le pregunté por qué me miraba tanto. Él dijo que tenía algo muy delicado que decirme. Había oído hablar en su pueblo de una familia que tenía un niño, que tenían un secreto, el que los ponía muy tristes, que lloraban mucho por la pérdida de una hija que la habían regalado... Ellos vivían en Munaipata, muy cerca de donde vengo.

Varios años después fui a pastear ovejas al cerro Tarujache, donde están las grietas. Al llegar a ellas, tenía miedo. Creo que miedo de recordar; tendría quince años. Llegué a un bojedal y un poquito más allá hay una cruz sobre un mogote (loma). Mis ojos se nublaron, lloré desconsoladamente mirando ese bojedal. El recuerdo sacudió todo mi cuerpo. Recordé todo. Cómo había sido mi viaje desde esa mañana fría de mi pueblo, los llantos de mi mamá, el último abrazo de mi hermanito.

Tengo conmigo el único recuerdo de mis padres, es esta Q'urawa u honda, la lana la hiló mi mamá y la honda la trenzó mi papá. Siempre la llevo conmigo. Nunca he querido lavarla por temor a perder el olor de mis padres.

También mucho me acuerdo que jugaba con mi hermanito sobre las champas de un bojedal, frente a mi casa. Abrazados nos reíamos mucho.

—Jaime, tú ya eres ingeniero y tu hermana Ángela, matrona; Dios me ha premiado con cuatro lindos nietos. Nada más le pido a la vida.

—Mamita, Ángela y yo vamos hacer hasta lo imposible para ubicar el pueblo donde naciste. Vamos a viajar a Bolivia y preguntaremos hasta encontrarlo.

Transcurrido un mes le dijeron a su mamá que irían los tres a Bolivia. En bus viajaron a Sajama y de ahí caminaron hasta Munaipata. Estaban muy cerca de la cordillera, cruzaron un bojedal muy largo... caminaron por unos senderos que lo orillaba... Al alero de un farellón, había unos corrales, y junto a ellos, una casita de piedras, techada con *jichu*, paja brava. Un niño de diez años abrazaba un perro que ladraba enojado. Les dijo que en casa estaba su mamá, a quien le extrañó ver tanta gente. Le dijeron que buscaban una familia. La mamá del niño miró con mucha detención a Corina; tenía muchos rasgos de su esposo y les invitó a pasar a su casa. Su esposo volvería muy pronto, andaba en los cerros buscando un guachito de llamo que estaba perdido.

Corina, impaciente y muy nerviosa, esperó la llegada del papá del niño. Bernabé se llamaba. Bernabé de repente se paró en la puerta. Y sin decir más, Corina se levantó y lo abrazó llorando, comprendió que abrazaba a su hermano menor después de 68 años. Bernabé cayó de rodillas y se desmayó al saber que su hermana aún vivía. Los dos hermanos abrazados caminaron hasta una gran roca donde había dos cruces. Arrodillados y en silencio lloraron por largo rato, como también lloraban todos los que les acompañaban. Bernabé contó a Corina que su mamá y su papá lloraron durante toda su vida por la hija que habían regalado. Su papá viajó dos veces escondido a verla, vio que estaba bien, que la querían como habían prometido, que iba a la escuela. Volvía a su casa con sentimientos encontrados. Supo que la habían adoptado legalmente, como hija única heredaría todos los terrenos y casa de sus nuevos papás. Esas dos veces no entró al pueblo, escondido entre chilcas y yaretas, desde lejos vio a su hija. Todo el camino de vuelta lloró amargamente.

La foto

Alejandra Makarena Gacitúa García

Quizás no se ha dado cuenta, pero lo he estado mirando hace mucho. Mientras estábamos colgando con mama Clara las guirnaldas, sacó tímidamente su cámara fotográfica, se arregló su mascarilla, dio un par de vueltas y nuevamente está allí parado.

—Hola, buenas tardes, ¿puedo? —preguntó tímidamente haciendo el gesto de mostrar su cámara—. Estoy haciendo una recopilación de fotos... Soy del sur. Perdón, Javier es mi nombre —titubeó.

Con mama Clara te escuchábamos en silencio, pues notábamos tu nerviosismo.

—¡Yo Soy Clara! —dijo mi madre sonriente, quien sin soltar las guirnaldas, lo interrumpió para ayudarlo a respirar.

Nos explicó que estaba maravillado por cómo se veía la ciudad con todo el decorado amarillo y rojo.

—Es por Lorenzo —dije, asumiendo que Javier, el forastero, ya lo sabía, pero quería aportar a la conversación monosilábica.

Por el brillo en sus ojos, noté su curiosidad y ganas de fotografiarlo todo. Bajé de la escalera, le señalé la decoración de la fachada de las casas de mis vecinos, las veredas pintadas y los banderines.

Me preguntó nuevamente si había problemas con sacar fotos, le respondí acompañándolo a varias casas. Mis vecinas miraban al forastero y posaban para las fotos; pensaban que era para el diario.

Salieron la vecina Lucy y doña Techa a saludar. Jaimito posó con su perro “El Cholo” y su casa decorada con la réplica de la iglesia. “Cubro mil por foto”, dijo alegre, y luego explicó melancólicamente el sentimiento que lo motivó a construir esta iglesia de miniatura en su casa, por no poder estar en Tarapacá. Interrumpía entonces doña Lucy y le contaba de los preparativos para la víspera, de las bengalas, de la organización para el chocolate caliente y los dulces... Javier estaba con los ojos que se le salían por las ganas de que ya llegara el “bendito 10” y de la gran fiesta que le hablaban.

Lo invité a sacar fotos a mi casa, pues yo también tenía un altar. Le conté sobre mi baile, tradición que heredé de mi papá, de las historias y anécdotas de cada año cuando vamos a acampar, de los permisos en la pega para faltar, y tantas cosas más, que no sabía por dónde empezar.

—¡Mamá, él (Javier) no cree que en Tarapacá penan! —le grité fuerte para que viniera a corroborar mi historia, ya que el invitado me miraba incrédulo.

—En plena noche se oyen risas y pisadas de niños corriendo, como que jugaran a las pillas —le dijo al fotógrafo—. Algunas veces nos abren las bebidas que llevamos y nos esconden los trajes. ¿Te acordai, Carlos?

Mientras, Javier nos miraba extrañado y entusiasmado por escuchar más.

Le sacó fotos a todo lo que le mostramos; teníamos listo para colgar esa tarde una tela con todos los recuerdos que hemos recibido para estas fiestas: kilos de devoción materializado, kilos que decorarían mi casa para la víspera, tradición que sigue intacta a pesar de todo, y le dimos un banderín bordado con los apellidos de mi familia.

Mi mamá Clara, ya más en confianza, le mostró unas fotos de cómo era la fiesta en la quebrada cuando ella era niña y estaba en brazos de mi Tata Lorenzo. Sí, Lorenzo se llamaba mi abuelo, para que vaya entendiendo que esto es tradición de generación en generación.

Escucho a mi madre contarle con tanto detalle sobre la fiesta, y lo deja ilusamente invitado para el próximo año, para que “cuando esto pase” saques fotos, que sé que nunca tomará, pero él le dice que sí, por cortesía.

Encuentra todo tan lindo, tan llamativo, que ya ha mencionado cuatro veces “que en el sur las cosas no son así”.

Mientras él hace más preguntas y alaba la dedicación de los devotos por decorar sus casas, yo trago lágrimas amargas, sí, por cada guirnalda que he cortado, por cada metro de vereda que he pintado, por cada flor puesta en el altar, junto a mi matraca; lo he hecho llorando, tengo el corazón dolido, pero la fe intacta. Él toma y tomas fotos de todo, me pide una junto a mi madre al lado del altar.

—¡Sí! Tómame una foto —digo—, con tu máquina capturas el reflejo de una devoción, pero no se ve la pena que llevo en el alma por no estar en la Quebrada del Amor, ese lugar mágico, bailando, agradeciendo a san Lorenzo, patrón de Tarapacá.

35 años
Iquique

Segundo lugar regional

No estoy para alimentar perros con longanizas...

Héctor Jonathan Barraza Ahumada

—¡Luzmira!, ¡Luzmira!, ven aquí ahora mismo.

—¡Qué pasa, Rogelio!, ¿por qué tanto grito?

—Esto tiene que parar, ya es el colmo.

—¿A qué te refieres, mi amor?

—Nada de mi amor, ni de cositas que no vienen al caso.

—No te entiendo, ¿por qué el enfado?

—¡Tu hijo!, el Manuel, ese irresponsable, no llegó a trabajar hoy, lo esperé todo el día en el potrero, tuve que florear solo a los llamos, ¿no te parece una falta de respeto?

—No sé qué decir, mi amorcito, pues...

—Ese es el punto, no hay que decir nada. Yo ya no estoy para alimentar *perros con longanizas*. Tu hijo ya tiene trece años, es la escuela o el trabajo, las dos cosas no son compatibles. Aquí, en el altiplano la ley es así, el ganado primero, lo demás para después...

—Entonces yo también estoy después que tu ganado.

—Entienda lo que quiera entender, Luzmira. No le puedo dar techo a un vago como tu hijo...

—Pero si es un niño aún, Rogelio. Mi hijo estudia y trabaja, no lo trates así... Él no puede todo el día estar con el ganado, tiene sus deberes también.

—A mí no me importa eso, y te vuelvo a repetir, yo ya no estoy para alimentar perros con longanizas, por eso es mejor que se ponga *achillao* tu hijo, o los dos se me van para la frontera por donde los recogí...

Luzmira no podía comprender la amenaza de Rogelio. La confundida mujer se mordía su orgullo, ideaba a duras penas, intentaba eludir su confusión, pero un miedo endemoniado la acompañaba al meditar sobre la sentencia de su amado. En su sano juicio, no quería perder lo poco y nada conseguido en esa tierra ajena a su cultura, su raza, su fe e incluso sus sentimientos. Su reflexión la mantenía en un oscuro peregrinar de intrigas y aciertos, y la sola idea de volver a su natal Bolivia la hacía replantearse todo. Según su parecer, a esas alturas del partido, y en los tres años de convivencia en una tierra tan indomable como su olvidado pueblo Toledo, sentía que algo podría jugar a favor de su suerte...

A la distancia, el sonido de un alarido incorregible la vuelve en estado de alerta. El causante de ese grito de guerra era su hijo, la única alegría en su perra vida. El encorvado y flaco Emanuel Copa Copa se abría camino entre los indiferentes llamos de su padrastro. En sus manos se dejaba notar una avalancha de libros y papeles, mientras su sonrisa, que se expandía como eterna luz en su rostro, dejaba escabullir unas escuálidas palabras: “¡Mamita!, ¡mamita!, me gané la beca”...

35 años
Alto Hospicio
Tercer lugar regional

Layo en el Loa

Gustavo Alex Tapia Araya

Les decían Pili y Mili, como a las artistas españolas. Y como la película de aquellas, eran dos gotas de Laguna. Nacidas el mismo día y con minutos de diferencia, ninguna preguntaba jamás dónde estaba la otra. Lo sabían instantáneamente. Así fue como el día que una de ellas ganó un concurso de canto en Calama y al bajar del escenario resbaló, a la otra se le produjo una tremenda hinchazón en la pierna izquierda, la misma que se había dañado la primera.

Layo, el padre de las chicas, era funcionario de la Empresa DuPont en Río Loa, campamento productor de explosivos a dos kilómetros al oeste de Calama, apenas cruzando el río Loa y en las cercanías del aeródromo loíno. DuPont era, a pesar del nombre industrial y metropolitano, una zona rural, pampina y desértica. Por lo mismo, a Layo el tiempo le alcanzaba para ir a ver el aterrizaje de los aviones en fin semana, aprovechando la cercanía con la pista.

Fue un empedernido admirador de las máquinas voladoras hasta el día en que la bruja local lo miró con dolor y le sentenció que uno de esos aparatos le rompería el corazón. Que debería dejar de verlos e incluso destruir el pequeño juguete que de pequeño le había regalado su padre: un avioncito de madera.

Creyente casi absoluto de la nigromante, reemplazó las visitas al aeródromo por los partidos de fútbol, aunque jamás quiso deshacerse del pequeño juguete recibido en la niñez. Supuso que el augurio de la hechicera aludía a los aviones de verdad y no al regalo que había recibido en Navidad cuando aún corría a pie pelado por las calles de Calama.

Tras el encuentro con la hechicera local, puso su mente en sus hijas.

Las gemelas crecían y requerían de educación. Con grandes esfuerzos y unas becas de la empresa, logró sacarlas adelante en un colegio comercial de Iquique, donde tras estudios de cuatro años egresaron para trabajar como secretarías. Una en Potrerillos y la otra cercana a Chuquicamata, ambas en empresas norteamericanas y con buenos salarios. Él se sentía feliz de haberles entregado un destino sólido y asegurado. Que vinieran los años, porque en tales puestos jamás sufrirían de necesidades.

Un detalle que desdice la felicidad del padre es que para las hijas la distancia no era lo mismo. Por primera vez se vieron separadas, y aunque se querían mucho y habían cruzado la infancia y la adolescencia juntas, las exigencias del trabajo las distanciaba para siempre. Y encima, por aquellos adustos años 60, las comunicaciones eran difíciles y deficientes.

Sin embargo, a través de cartas, la venerada cercanía de las hermanas mantenía vivo el amor de una por la otra, e incluso, en el campamento Río Loa, que era pequeño y de corridas cercanas de casas, se sabía que ellas mantenían una especie de nexo neurosensorial. Las brujas calameñas decían que se trataba de un caso de embrujo. Que cuando una iba a decir algo la otra lo adivinaba de antemano. Los curas hablaban de comunión espiritual y, esto ocurre siempre con los gemelos, en lo cual los médicos también concordaban, más todavía tratándose de gemelas idénticas.

Cuando la gemela de Potrerillos se embarazó y tuvo el parto, la otra, a kilómetros, en Río Loa, sufrió los mismos dolores del parto y se desmayó a la misma hora en que nació el bebé de la primera.

La anécdota, que pasó a los anales históricos de Río Loa, fue complementada por una segunda circunstancia cuando la primera, en sus vacaciones, subió al avión para dirigirse a Calama, instante en que a su hermana, a kilómetros de distancia, le subió la presión y debieron ingresarla al hospital.

Fue a través de la radio Calama —en Río Loa todos la escuchaban mañana, tarde y noche— que los auditores se enteraron con sorpresa, por su juventud, de la súbita muerte de Pili en Chuquicamata, a causa de un ataque cardíaco.

Pero la desgracia no había llegado sola. Segundos después se supo, por una segunda tanda noticiosa, que el habitual avión de Potrerillos con destino a Calama había capotado al despegar, a consecuencia de una racha de viento, y todos, absolutamente todos los pasajeros habían fallecido. Entre ellos, la menor de las gemelas.

Como el padre de Edipo, Layo había tratado de evitar el desastre, pero convertido en un sonámbulo tras ambas desgracias, solo tuvo fuerzas para mirar el avión de su niñez por unos segundos antes de molerlo con un martillo. Tarde, porque no había evitado la muerte de sus hijas, habiendo estado la suerte entre sus dedos.

68 años
Antofagasta
Primer lugar regional

Viejo de Navidad

Gustavo Alex Tapia Araya

En mi niñez, el primer día de diciembre anunciaba la Navidad. Luces, guirnaldas, árboles cargados de regalos y villancicos que pregonaban la proximidad del Viejo Pascuero. Han pasado los años y, como antaño, espero algún día encontrarme con él. Por ese entonces, todos los niños lo esperábamos la noche del veinticuatro. Pero siempre me dormía antes de su aparición. Jamás lo vi, pero sí descubría una pelota o un trompo nuevo, fiel testimonio de su visita.

Esos recuerdos revoloteaban por mi cabeza en el instante en que, sin gana alguna, había tenido que aceptar el viaje desde María Elena a Quillagua el día veinticuatro. Para un hombre que ya transita por la edad mayor, esos viajes no son ninguna gracia.

—Estarás de vuelta antes de que comience el atardecer —me dijo mi jefe para endulzar la misión. Y en la camioneta, por la mañana, subía hacia el aislado oasis del río Loa. Eran los tiempos de un destartado camino, cuando ningún gobierno jamás tocaba esas rutas, porque no solo las provincias no existían para Santiago, sino que tampoco los *ayllus*¹⁷ para las grandes ciudades. Solo que mi jefe había nacido en Quillagua, y a través del correo de las brujas le habían hecho saber que el equipo electrógeno con el que se iluminaba al pequeño poblado estaba a oscuras hacía una semana, en pleno período navideño.

Y allí iba yo cuando, sorpresivamente, el motor comenzó a fallar, a fallar, hasta que se paró. Y no obstante que soy mecánico y de fierros conozco, supe de inmediato que la falla estaba lejos de mi alcance. La detonación en los cilindros me indicó el prematuro encendido de la gasolina en la cámara de combustión y hasta allí llegábamos. Solo quedaba bajarme y esperar a que, en esas tierras lejanas del mundo, alguien casualmente pasara. O que sencillamente, no pasara nadie en días. Ante tal perspectiva y revisando mi mapa, supe que podría hacer un corte por el cerro y mantener el río Loa a la vista, a mi derecha. La distancia ya no era mucha y la mañana apenas rozaba las diez. Comencé a caminar.

El calor empezó a sofocarme y se me acabó el agua. Los metros se convirtieron en kilómetros. También me vino el hambre y mi cálculo había sido erróneo. En camioneta, por el camino, el viaje es una cosa; a pie, por los cerros, aunque fuese acortando camino, era otra. Mis zapatos no estaban hechos para tal esfuerzo y pronto uno se abrió. Escaparon mis dedos por la abierta boca en que se había convertido el mocasín. Eran las cuatro cuando me detuve y pensé que la vida tiene momentos horribles. Por un capricho familiar del jefazo, me encontraba solo, en el ombligo de un desierto, sin provisiones y con el viento de la pampa soplando por mis espaldas.

El maldito había comenzado a soplar, como es su costumbre, pasado el mediodía, apenas entrando la tarde. Me senté un rato, el sudor caía de mi frente, de mi cuello, de mis axilas. Cerré los ojos y respiré profundamente. Entre el frío del viento y el calor de mi cuerpo, entendí la disonancia. Me iba a enfermar. Ya había agarrado un catarro.

¹⁷ Ayllu: unidad básica de organización social y económica durante el Imperio inca (nota de la editora).

No quedaba, a pesar de mi zapato roto, más que seguir. Al levantar la cabeza, allá lejos, hacia donde presumiblemente se encontraba el río, había aparecido una casucha destartada, casi como un espejismo. Y sin saber cómo ni con qué entusiasmo, me puse de pie. Enfrenté el trayecto y poco después estaba golpeando la puerta de la casita, con ventanas de madera, casi de juguete. Más hacia la derecha se veía el río y al norte se anunciaban los primeros verdes del oasis de Quillagua.

La recepción fue amable. Un viejo, viejísimo minero, de sombrero rojo desvaído y forro blanco, con barba tan alba como en la niñez imaginé a Papá Noel, me abrió la puerta. Sin mayores trámites ni interrogatorio, me invitó a pasar, me sirvió agua y me ofreció almuerzo, el cual apenas era un humilde pan con charqui y una copita de vino. No hablaba, pero me observaba con esa mirada cariñosa de los ancianos que saben comprender al mundo y a los hombres.

No supe cómo ni cuándo me dormí, resultado del cansancio, del resfrío, lo que fuese, pero cuando desperté era de mañana otra vez y estaba curiosamente abrigado, tendido sobre el pasto, a las orillas del río, con una temperatura tan agradable que hasta me daban ganas de cantar.

Sorprendido, desaparecidos la casa y el viejo, me levanté y casi como quien ha enfrentado a un esperpento del diablo, arranqué hacia el oasis, a ratos mirando hacia atrás por si alguien me seguía. Pero nada de ello ocurrió hasta que entré despavorido a Quillagua, a la casa del familiar de mi jefe.

“Hermosa historia de Navidad”, respondió el alguacil del pueblo con una sonrisa comprensiva, como haciéndose el loco por mi relato, y quizás pensando que el desierto me había hecho delirar. Sus acompañantes me habían traído zapatos nuevos y me tenían listas las herramientas para meterle manos al equipo. Lo que para mí era una historia extraordinaria, para ellos pecaba de insignificante. Su equipo eléctrico era lo que importaba, no me daban escapatoria, así es que me enfrenté al bicho hasta que lo pusimos a funcionar. Ese veinticinco fue mi regalo para la comunidad, porque todos, aunque era de día, encendieron sus arbolitos de luces y colores.

—Tiene suerte, vendrá el vehículo de María Elena que nos trae los regalos del municipio para los niños y se podrá ir en él —me anunciaron.

Entonces recorrí el pequeño pueblo, me comí unos choclos con mantequilla, bebí chicha de algarrobo y llegó la camioneta con los regalos.

—Vi su camioneta abandonada en el camino y era obvio que lo iba a encontrar acá —me dijo el chofer mientras viajábamos de vuelta.

Al alcanzar mi vehículo, me bajé de la camioneta para sacar la soga de arrastre, pero grande fue mi sorpresa al escuchar el suave ronroneo de mi vehículo, como si fuese recién salido de fábrica. No tenía puesta la llave de encendido, aceleré en neutro y todo bien. Puse la llave, detuve el motor, volví a encender y agarré vuelo a la primera. Entonces me bajé a revisar el motor y no había señales de fallas, ni siquiera de mis dedos. Sorprendido, le pedí al chofer que nos fuéramos en tren. Que lo seguiría por si volvía a fallar mi vehículo. Y así fue como llegamos de vuelta a María Elena ese mismo día veinticinco.

Solo recordar que, al subirme al vehículo miré por el retrovisor y sobre la meseta, en dirección hacia donde yo había caminado el día anterior, vi al viejo de la barba que, vestido con pantalones y chaquetón rojo de bordes blancos como la nieve, se despedía agitando un gorro rojo. Y, no sé cómo, a mi corazón volvió desde la infancia una querida canción: “Jingle Bells”.

Aquello que no me entregaron mis vigiliass de la niñez, casi en la vejez me lo había regalado la vida justo cuando más lo necesitaba. A veces, los regalos son mucho mejores de lo que uno espera. Y sacando la mano por la ventanilla, me despedí de Papá Noel, que a lo lejos empezó a desaparecer como un espejismo.

Yo conocí a Papá Noel.

68 años
Antofagasta
Segundo lugar regional

El Chaguita

María Eugenia Vargas Pasten

El Chaguita vivió toda su vida en una vieja vivienda de adobe, en las afueras del pueblo de Toconao. Nadie conocía su nombre, ya que toda la vida le dijeron Chaguita, sobrenombre que ganó de niño, luego de ser picado por una vinchuca, aunque tardó en desarrollar la enfermedad de Chagas, mal que llevó a la muerte a su madre. Los vecinos tenían la certeza de que en algún momento sería atacado por esa dolencia, por lo que fue bautizado de ese modo.

El padre de Chaguita marchó un día a trabajar en las salitreras y no regresó, por lo que el niño y su hermana menor fueron criados por su abuela y su madre. Justo el día que cumplió doce años, su madre falleció aquejada de una dolencia cardíaca producida por el mal de Chagas.

Chaguita era curioso y emprendedor, por ello se propuso juntar dinero trabajando en la cantera de piedra volcánica, con el propósito de viajar a Antofagasta, donde le dijeron que podrían atenderlo para determinar si había contraído esa enfermedad.

Así fue como un día de primavera, el niño toconar¹⁸ viajó a Antofagasta con su orden de interconsulta que le dieron en la posta rural de San Pedro de Atacama. Sin embargo, acceder a la consulta fue más difícil de lo que había previsto: cuando, acompañado por su tía, fue al hospital, allí le dijeron que no lo podían atender sin carnet de identidad, por lo que tuvo que hacer ese trámite para lo que previamente necesitó un certificado de nacimiento.

Cuando le entregaron su cédula, la observó. La foto y nombre le parecieron desconocidos; esa cara no era la suya y el nombre Ladislao Tolentino Cruz Colque le pareció que pertenecía a otra persona. Finalmente, admitió que esa debía ser su identidad y regresó al hospital, donde la enfermera había empatizado con este niño de Toconao que concurría solo al médico e hizo ingentes esfuerzos para conseguir que el único infectólogo del plantel, que no tenía hora disponible hasta varios meses después, aceptara atenderlo.

Cuando el facultativo le preguntó su nombre y él le dijo Chaguita, no pudo evitar sonreír.

—Pero aquí dice Ladislao Tolentino...

—Es que esos nombres son muy raros; a mí en Toconao todos me conocen por el Chaguita, porque mi madre falleció del mal de Chagas y a mí, cuando era niño, también me picó una vinchuca, y por eso creemos que también me enfermaré de lo mismo y moriré como mi madre.

Al médico le sorprendió la seriedad y madurez con que el niño hablaba de esa enfermedad, y le dijo que iban a hablar de hombre a hombre para entenderse mejor. Le explicó que en 1909, un epidemiólogo brasileño, Carlos Chagas, describió la enfermedad que probablemente acabó, no solo con la vida de su madre sino también de mucha gente; entre ellos, el naturalista Charles Darwin. Le mostró un set de fotos

¹⁸ Toconar: oriundo de Toconao (nota de la editora).

de vinchucas, le explicó que era el insecto que transportaba en su intestino un parásito llamado *Trypanosoma cruzi*.

Le informó que la vinchuca está presente a lo largo de la cordillera de los Andes, desde Colombia hasta Chile, y que hay unos 6 millones de infectados. Le dijo que, aunque no existe una cura específica, la ciencia ha avanzado bastante en controlar el vector y el tratamiento de los síntomas. Le explicó que deberían hacerle varios exámenes, y aunque estos salieran negativos, debería controlarse cada uno o a lo más dos años.

Le dijo que debía estar preparado a la reacción de las personas, ya que el mal de Chagas, por estar asociado a la pobreza, no es bien visto por la sociedad, porque la vinchuca se aloja en casas humildes, de adobe y mal iluminadas.

El niño le respondió que eso en Toconao no era problema, ya que allí todos eran pobres, y en general, cual más cual menos, todos estaban expuestos a la misma posibilidad de ser picados por una vinchuca.

El doctor le preguntó si sabía lo que era un divulgador científico y el niño negó con la cabeza.

—Cualquiera puede ser un divulgador, simplemente es una persona que sabe más que el resto y que ayuda a que su comunidad sepa más sobre estas enfermedades. Yo te voy a pasar varios folletos explicativos y un listado de acciones de higiene que se deben considerar para evitar la presencia de vinchucas en la casa. Lo más importante es limpiar muy bien las casas, echar desinfectante e iluminar lo más que se pueda, ya que las vinchucas se desarrollan en la oscuridad.

El doctor simpatizó con el niño, le regaló unos cuadernos, dos potes de desinfectante y un frasco de vitaminas para la familia, y lo citó para el siguiente año.

Chaguita abandonó la escuela y empezó a trabajar en la cantera; también siguió al pie de la letra las instrucciones del médico. Los fines de semana hacía aseo profundo, habría puertas y ventanas, y colocaba insecticida en todos los rincones.

Cada dos años iba a Antofagasta para los controles y las noticias siempre fueron buenas hasta el año 2000. En esa oportunidad, notaron algo raro en el electrocardiograma, por lo que el médico ordenó un escáner. Efectivamente, el parásito que no había sido detectado hasta el momento se había alojado en el corazón de Chaguita. Se hicieron todos los esfuerzos posibles, pero nada dio resultado y Chaguita falleció a la edad de 55 años.

La enfermera revisó la mochila del paciente y junto a sus efectos personales, Chaguita tenía uno de los cuadernos que le regaló el médico. Lo tomó y corrió a mostrárselo al doctor.

—Mire lo que le encontré a don Ladislao.

El doctor abrió el cuaderno y en la primera página había un título que rezaba:

“Cosas necesarias para un buen divulgador científico”.

Las páginas siguientes tenían dibujos de vinchucas y consejos para higienizar las casas, así como notas

escritas con una letra prolija que en varias páginas describía de forma muy sencilla las características de la enfermedad, cómo evitarla y cómo estar atentos a los síntomas.

El doctor permaneció en silencio y luego dijo a la enfermera: “Don Ladislao nos da una gran lección sobre cómo hacer la divulgación de contenidos médicos en la comunidad. Este cuaderno contiene pistas que nos van a ayudar mucho en la campaña de enfermedades infecciosas, ya que nunca sabemos en qué momento podemos ser picados por una vinchuca, una araña de rincón o infectados por un virus”.

69 años
Antofagasta
Tercer lugar regional

El Duende de las Galletas

Daniela Paz Vargas Mandiola

No eran buenos tiempos. Catita y Mati casi no veían a papá. Los turnos en faena lo hacían salir cuando aún era de noche, y volvía cuando los chicos ya estaban dormidos. Con todo, la plata no estaba alcanzando. Catita había escuchado a mamá quejarse con doña Rosa del negocio de la esquina, que a Juan lo veía muy preocupado, que andaba con el ceño fruncido y los labios apretados. La pega estaba “ahí no más” y a los jefes solo les interesaba el número. En mayo habían echado sin asco a don Raúl, el trabajador más antiguo de la compañía, y Juan temía que en cualquier momento le podía tocar a él.

Hace rato que ya no habían regaloneos en la mesa; pancito con margarina y té con leche antes de ir a la escuela. Sin embargo, una mañana particularmente fría, apareció un canastito tapado con una servilleta de papel. Mati se había levantado antes a tomar desayuno y pegó un grito de alegría: bajo la servilleta el aroma a masita recién horneada llenó la pequeña habitación. Unas tiernas galletas llenaban el canastito. Las había rosadas con borde blanco, otras de cuadritos de chocolate y vainilla, y unas más blanquitas con centro de chocolate o rosadas enteras.

Catita probó una y cerró los ojos. Imaginó a mamá pidiendo fiado a doña Rosa y pensó: ¡qué suerte tiene la señora de tener para ella todas las galletas que quiera! Esa mañana, la leche tibia tuvo un sabor distinto, con esas masitas crujientes disolviéndose en la boca, soltando sabor a mantequilla, chocolate y frutilla, y dejando el dulce del caramelo dando vueltas en la cabeza de los pequeños. Mamá repartió unas pocas en bolsitas plásticas para que los chicos comieran en el recreo y, por qué no, para que compartieran una que otra con un par de amiguitos.

A la vuelta del colegio, los niños pasaron donde doña Rosa tratando de ver en qué estante tendría guardado el frasco con las galletas de colores. Mati había pensado en escoger solo las de cuadritos de chocolate con vainilla, y Catita había dicho que las rosadas con borde blanco, que sabían a frutilla y mantequilla, serían todas para ella.

Sin embargo, la señora no tenía las galletas. Seguramente las había guardado en algún estante secreto, de tan valiosas que eran. Tal vez temía que otros niños las sacaran sin permiso o que un asaltante quisiera romper los candados del negocio para robar el dulce tesoro. Seguramente eran muy caras, y mamá tendría que hacer muchas costuras para pagar las que había pedido fiadas ese día.

Pasó una semana. Pan con margarina y té con leche... Pero el lunes, ¡de nuevo estaban ahí! Su aroma a caramelo, su forma de cuadritos o de círculos rosados... con borde blanco. ¡Qué desayuno más rico! Mamá guardó algunas para el colegio igual que la vez pasada, excepto que esta vez hizo un tercer paquetito: “El Duende de las Galletas pidió que le llevara unas pocas a doña Rosa del negocio”.

¿Duende de las Galletas? ¿Llevarle a doña Rosa para que las pruebe? ¿No era que esa señora tenía las galletas guardadas mezquinamente para que nadie las pudiera saborear a menos que pagara una gran suma de dinero?

Los pequeños quedaron perplejos. O sea, hay un duende que deja galletas en la mesa. ¡Qué ganas de decirle que sus galletitas eran exquisitas, darle las gracias y pedirle que hiciera más de chocolate con vainilla y de frutilla con borde blanco! Mamá dijo que ella se encargaría.

Así pasaron los días. Papá llegaba tarde, cansado y con cara de preocupación. En puntillas entraba en la pieza de los niños, daba un beso a cada uno con cuidado de no despertarlos, y se iba a la cocina:

“Un trozo de mantequilla, unas cucharadas de azúcar...”. Sus toscas manos que en el día tomaban fierros y herramientas, ahora empuñaban un cucharón para batir los ingredientes hasta tener una suave crema. “Luego, unas cucharaditas de leche y un huevo, otro poco de batido, y harina para formar la masa. De la fuente al estante, del estante al cajón, del cajón de vuelta a la fuente, de la fuente a la tabla de amasar... Un polvito de chocolate por acá... otro poco de polvito de frutilla para allá”. Papá bailaba en la cocina haciendo montoncitos de masa de distintos colores, estirando pequeños lulos en la tabla, poniéndolos juntos, enrollando y estirando cuidadosamente con sus dedos. El ceño estirado, los ojos brillantes, la boca sonriente con masa cruda entre los dientes —para probar cómo va quedando—. La masa ahora eran caricias concentradas para sus pequeños que dormían en la habitación del fondo del pasillo.

Once de la noche y al horno. Un bostezo y estirón de brazos, y a lavar los útiles para pasar la tensa espera hasta que estén suavemente doradas. “¡*Reflauta!*, ¡me quemé los dedos!”. La lata aún caliente sobre el mesón, mientras el Duende de las Galletas termina de llenar la canastita desprendiendo el aroma a azúcar caramelo, y la pone sobre la mesa del desayuno. Otro estirón y a la cama. Hay que dormir apuradito para levantarse a las cinco, no sea que nos deje el bus de la planta.

Mati y Catita seguirán tratando de imaginar cómo es ese Duende de las Galletas, mientras mamá sonreirá a solas en la cocina, haciendo paquetitos para el recreo y para doña Rosa, que nunca había probado galletas más ricas para vender.

32 años
Copiapó

Primer lugar regional

Abundancia en la casa de los abuelos

Hilda Mercedes Olivares Michea

No hago otra cosa que cerrar los ojos sin obligarlos; sin indicarle, mi memoria se va al tiempo de niño, de paz y abundancia, porque la memoria y el hombre siempre vuelven donde se fue feliz, y yo lo fui. Me regresa al lluvioso sur, a la casa grande que olía a cazuelas de campo y pan amasado, a la abuela con su delantal grande y un moño en su cabeza, a las gallinas y pollos por entre mis piernas buscando migajas caídas bajo la mesa, a la familia reunida saboreando las empanadas domingueras; afuera chirriaba la parrilla, siempre encendido el fogón.

Era el ayudante del abuelo en la extracción de leche a las vacas y también el voceador cuando comenzábamos el recorrido llamando a las vecinas: “¡Leche fresca, caserita!”.

La carreta y los cascos de los caballos competían con los ruidos de los gallos despertadores anunciando la mañana.

El primer vaso de leche tibia era mi ganancia. Éramos hartos en la casa; mientras unos, junto al arado y azadón, picaban la tierra y plantaban, cultivaban la huerta; otros ayudaban en la cosecha, las canastas llenas de papas, lechugas, pimientos rojos y verdes, acelgas y choclos para el caldo. Mientras el abuelo cantaba, nosotros tarareábamos la canción. Los más pequeños nos subíamos al manzano, al peral o agitábamos las ramas; era el tiempo de mermeladas, hay que guardar para el invierno, ensacábamos porotos y garbanzos, y hasta la manteca de los cerdos faenados.

Y recuerdo las siestas bajo la sombra del limonero, arrullados por el canto de los gorriones; lejana la voz de la abuela que sola regañaba: “¡No coman fruta verde! ¡No se bañen en la acequia que los pican los moscardones!”.

Abundancia y precariedades: no había luz eléctrica ni baño; la casa no se enceraba ni había vidrios que limpiar. La buena vida era jugar y en las tareas cotidianas, todos ayudaban; los más pequeños buscan alfalfa y alimentan los conejos; otros preparan afrecho para los patos; los más grandes cuidan de las cabras, las juntan, las marcan, las cuentan y reparan la cerca para que no se escapen a los fundos vecinos. También preparan queso de cabra.

No era obligación usar zapatos, ni ropa cara era necesaria; si faltaba, el primo compartía.

¡Qué bueno terminar el día sentados a la mesa! A la luz de las velas esperábamos que la abuela sirviera la comida y el ritual diario, dar gracias a Dios por el alimento, enseñanza que no he olvidado.

Sur lluvioso con sus matices: dorado por el sol, su verdor, en el día; y oscuridad total en las noches, sur con sus nubes negras cargadas de agua, negras como la que se posó en la casa de los abuelos, esa que disgregó a la familia cuando el abuelo enfermó. Molesta sentenció la abuela: “¡Hay muchas bocas que alimentar y cada cual hace su vida de aquí para adelante! ¡Tu taita ya no puede trabajar!”.

Y de la mano de mi madre partí un día buscando otros rumbos. A la capital emigramos, con el traquetear de la gente, con su bulla y los bocinazos. Un duelo, mi primer duelo; lloré hasta que el tren nos dejó en la estación de Santiago. Ya extrañaba a los abuelos, la tranquilidad y el silencio.

Ansioso miraba el calendario, esperando el sol que indicaba la llegada del verano; quería apurar el tren, quería llegar luego al campo, abrazar a los primos y pensar: «Nada ha cambiado».

Y así pasaron los años; el moño de la abuela cada vez más blanco, el abuelo había muerto, todo era distinto. Abrazos fríos de las tías y muchos primos no llegaron, y esos otros no querían ensuciar los zapatos ni jugar en el charco.

Recordé lo que dijo mi nuevo padre: “¡Los hombres no lloran! ¡Hay que apechugar en la vida!”.

La vida me hizo recordar que ya no era niño, que no se puede volver atrás, que los recuerdos no se pierden en la memoria, siempre están, y nunca está de más echar unas lágrimas por esos abuelos que nos entregaron los valores, el cariño, el dar.

70 años
Chañaral

Segundo lugar regional

El panteonero

Luis Andrés Aguirre Tiska

Con tanto mineral existente en la zona, la tierra se había convertido en dureza mezclada de piedras rocosas, lo que hacía muy difícil el cavar en sus profundidades, pero don Fermín estaba acostumbrado a excavar hoyos, incluso a sus ya casi 80 años de edad. Él no sabía cómo ni cuándo llegó al pueblito de Puquios; lo único que sabía a ciencia cierta era que nunca conoció madre ni padre ni escuela. Desde muy niño vagaba por las calles de tierra al amparo del viento y del sol nortino. De su padre, se contaba que era un vividor que a la primera de cambio se las emplumó con rumbo a la capital; y de la madre se decía en el pueblo que era una gran mujer con ansias de tener hijos, pero que lamentablemente falleció en el parto para la tristeza y congoja de todo el pueblo que cariñosamente la llamaba 'ña Julia. El niño Fermín se fue criando gracias a la beneficencia y misericordia de los puquianos, desarrollando una vida nómada, comiendo, bebiendo y vistiéndose por aquí y por allá. Con el pasar de los años entabló una pequeña amistad con el panteonero del pueblo, quien le fue enseñando su oficio a punta de picota y pala, hasta que le llegó su propia muerte y Fermín se hizo cargo de las labores del más allá. Para eso se arranchó en una chocita cercana al cementerio y a la cancha de fútbol.

Al hacerse adulto, la soledad de su oficio lo fue llevando a otros mundos paralelos desconocidos para el común de las personas. Todo comenzó la noche en que sintió durante la madrugada el llanto desgarrador de una mujer que clamaba por su hijo, los pocos niños que aún jugaban en las calles polvorientas salieron arrancando despavoridos gritando al unísono “la llorona, la llorona”. Fermín, al ver fijamente a la llorona, sintió una profunda sensación de abrigo. Fue tanta la paz que le transmitió, que lo único que atinó a decirle fue “¡ña Julia!”, y en su corazón sintió que la llorona le respondió: “Hijo mío”.

Este hombre podía mover un cerro entero con su pala, comentaba la gente de Puquios, pero en cada palada más loco se volvía para el común de las personas. En realidad, lo que le pasaba era que los muertos de su cementerio se le mezclaban con la realidad. Allí bajó a sus últimas moradas santas a rudos mineros, a esforzados ferroviarios y a destacados futbolistas del combinado local; también enterró con sus propias manos al capitán de bomberos, don Jacinto Flores, quien era muy querido por todos, al igual que el curita padre Bartolomeo, garante de las buenas costumbres de la pequeña capilla existente en medio de la nada. El mundo de Fermín se fue enriqueciendo con el paso de los años, aunque la gente lo llamaba loco y los niños se reían al mirarlo pasar a diario camino al cementerio. Él era el único que aún veía y conversaba amenamente con el curita Bartolomeo o el capitán Flores, y por las tardes se sentaba en las bancas del estadio a disfrutar partidos memorables entre las Minas de Puquios y Tres Puntas, mientras compartía a toda risa con la multitud de mineros las anécdotas de toda una vida eterna. Por las noches resguardaba el cementerio de lado a lado, esperando la fortuna que le tocara. Cuando tenía suerte, veía a su madre llorando entre la inmensidad de la noche; pero en otras oportunidades, se le aparecía el mismísimo diablo a la vez que la gritadera de Fermín era acompañada con una arrancadera a toda velocidad por los estrechos pasajes del camposanto, cual toro persigue a su matador. Así, la vida fue transcurriendo hasta llegar a la vejez, y para mala suerte del pueblo, en la década del 30 el mineral comenzó a escasear, y con ello los mineros se empezaron a marchar en busca de otras vetas, hasta que el pueblo puso fin a su historia. El alcalde del pueblito minero dio un discurso de despedida y se marchó a la ciudad, seguido de todos los habitantes, pero quedaba uno, y ese era don Fermín. Cuando se dispusieron a buscarlo en el cementerio,

notaron que se encontraba un nuevo sepulcro de más de cinco metros en donde el panteonero cavaba día y noche desde que se supo la noticia del cierre, y desde esa profundidad nadie lo pudo sacar y él no estuvo dispuesto a marchar, puesto que allí tenía toda su vida, sus recuerdos y su locura. Fiel panteonero se quedó vigilando las almas en pena de todos sus amigos de antaño, y fue así que el panteonero Fermín fue el último en enterrarse para morir entre los suyos y descansar en las lejanías de la precordillera atacameña.

36 años
Copiapó

Tercer lugar regional

Las chinchillas de la gringa

Claudio Ignacio Araya Villalonga

Y resultó que Benito, luego de encontrarse ya casi por dos horas a la espera de algún vehículo de los escasos que muy de tarde en tarde pasaban por el lugar, tuviese la voluntad de llevarlo, advirtió de pronto que —a lo lejos— se acercaba un desvencijado automóvil. Y por lo que le pareció en aquel momento, aguzando la vista, era que venía con serias intenciones de detenerse y —ojalá—, esperaba Benito, terminara de una vez con su larga espera. Quiso la suerte que así lo hiciera en efecto, deteniéndose solo a algunos metros de donde estaba y Benito —luego de correr con prisa para alcanzarlo y subir, sacándose el viejo sombrero— agradeció efusivamente a quien había tenido la gentileza de atender su pedido. Grande fue su sorpresa cuando advirtió que se trataba de una mujer. Una mujer algo entrada en años, pero todavía atractiva. Benito entonces, azorado por su pobre indumentaria, intentó alguna excusa que se perdió en el bullicio ocasionado por el coche que, rugiendo, partía con este nuevo pasajero.

El trayecto a recorrer desde donde se encontraba hasta la ciudad de Illapel duraría —a lo menos— unos treinta minutos... así es que, hubo tiempo demás para que se produjera espontáneamente un breve intercambio de experiencias. Y resultó ser que la gringa era una científica norteamericana que llevaba a cabo un acucioso estudio sobre las chinchillas lanigeras, una especie que —según se temía— se encontraba en grave peligro de extinción. La gringa se explayó con pasión en sus características morfológicas, científicas y ambientales, y también dedicó un tiempo a quejarse debido a la caza ilegal que se ejercía sobre ellas, por lo cual —dijo— existía la imperiosa necesidad de rescatar esta valiosa especie que alguna vez fuera la proveedora de suntuosas pieles que vistieran a orgullosos incas. Tan bella y fina piel fue —naturalmente— objeto de furiosa persecución hasta la actualidad, y causa de su peligrosa situación. Gracias a Dios —contó la gringa— existe en este sector una reserva que el Estado ha instalado para la protección de este simpático y valioso animalito, y esta medida ha logrado aumentar en algunos pocos ejemplares la escuálida población existente. Hablaba la gringa con tal convicción y con tanto amor por su trabajo, que Benito, por una —hasta entonces— desconocida e íntima razón, comenzó a sentirse en falta y, en silencio, solo se limitaba a asentir, cada cierto tiempo. Muy a su pesar pues, a medida que la gringa hablaba, se percataba cada vez más de su propia responsabilidad en el tema.

La verdad es que muy pronto se sintió en la obligación de afrontar la situación y confesó que él era un experto cazador de chinchillas y que en esta actividad se ganaba algunos pesos, abasteciendo pedidos que llegaban desde la capital.

Quiso así el destino cruzar la vida de estas dos personas tan disímiles entre sí que, en pocos días terminaron siendo amigos, y la gringa celebraba por ir convenciendo a Benito para que este dedicase sus horas libres a otra actividad y, aún más, se uniera a ella en su actividad.

¿Cómo? Pues la última vez que se encontraron, previamente concertados, fue en el propio sector, cuando la gringa, cercano ya el retorno a su país y con la necesidad imperiosa de intentar atrapar algún ejemplar que le sirviese en beneficio de continuar sus estudios y de paso, para entregarla en reconocimiento a la reserva por su ayuda, Benito le ofreciera sus vastos conocimientos para lograr éxito en la búsqueda.

Tan seguro estaba Benito de su habilidad, que insistía una y otra vez en la calidad de sus métodos y experiencia para dar con los lugares donde con seguridad tendría éxito. En fin, la gringa, cansada de tanta autoridad, acordó con él una apuesta, para zanjar quién era el mejor buscador de chinchillas: ganaría el que lograra atrapar alguna o en el mejor de los casos, una mayor cantidad de ejemplares en aquella última noche. Ardua tarea pues, hubo semanas enteras en que muchos lo intentaron y se fueron con las manos vacías. Establecida la apuesta, partió cada cual —esa misma noche— a ocupar su lugar en la zona, llevando los implementos adecuados para la labor. No se verían sino hasta el día siguiente, cuando se encontraran de nuevo para revisar las trampas. El asunto es que la gringa, aquella mujer que nunca vivió en el lugar y donde además su presencia se justificaba solo por su exclusivo interés científico, logró atrapar, en una sola noche, tres ejemplares, y Benito —muy a su pesar— debió conformarse únicamente con alabar los métodos y el olfato de la gringa, puesto que él no había logrado atrapar siquiera uno para muestra. De más está decir que, luego de iniciada esta amistad, Benito dejó del todo la cacería de chinchillas, convirtiéndose de paso en ardiente defensor de la vida de estos bellos roedores.

Esta historia es absolutamente real y así fue como la propia reserva decidió, en la celebración de uno de sus aniversarios, reconocer a través de un estímulo honorífico el trabajo de estas dos personas por su aporte a la difusión de la prevención en favor de la *Chinchilla Lanígera*, única en el mundo y sobreviviente solo en la provincia de Choapa, en la Región de Coquimbo, Chile.

75 años
Illapel

Segundo lugar regional

La niña de la mujer

Tatiana Alejandra Cortés Segovia

La vivienda de madera sulfatada estaba construida al estilo palafito, de manera que los pies de la niña quedaban colgando desde la viga longitudinal del zaguán. Ella mecía rítmicamente las piernuchas delgadas, llenas de rasguños y con carachas en las rodillas. Tendría unos ocho años y estaba aprendiendo a silbar. Su rostro moreno-greda estaba sucio, la nariz mocosa, su pelo mal cortado, negro azabache, hirsuto... y sin embargo, era feliz. Cada mañana le eran otorgadas algunas labores domésticas, muchas veces cumplidas a regañadientes, pero otras le gustaban, como, por ejemplo, dar de comer a las gallinas. Después de lanzarles maíz y rellenarles los tiestos con cáscaras de tomate, pepinos o lechugas de la cocina, se quedaba observándolas. Preguntas inverosímiles se le venían a la mente: «¿pensarán?», pensaba ella misma mientras trataba de mirar de cerca los ojos redondos que le devolvían una mirada desconfiada, curiosa y a veces hasta ponzoñosa, anunciando las ganas de picotearla. Luego empezaba a imitarlas con los codos pegados en las costillas, el cuello alargado y la cabeza girando rápida y nerviosa de un lado a otro emitiendo un sonido similar a este: “Kuokuooo kuokooooooooo”.

Aquella era su hora favorita del día, porque su madre en la casa dormía la siesta. Ella escapaba de su mirada vigilante haciéndole creer que dormiría a su lado, y en ocasiones efectivamente se quedaba dormida, pero en otras, apenas la veía adentrarse en el sueño profundo de las tardes, se deslizaba de la cama con mucho cuidado de no hacer ningún ruido para poder salir al exterior en absoluta libertad. El tibio sol de comienzos de la primavera no estaba aún hostigoso. El aire fresco de fuertes ramalazos golpeaba suavemente su carita salvaje y hacía sonar el móvil de llaves metálicas colgando en la entrada que, junto a su madre, había fabricado. Una tenca se paró unos instantes en el pasamanos del balcón captando su atención. La niña, aunque moviéndose lentamente, ocasionó el abrupto vuelo del ave. «¿Qué se sentiría al pararse con el liviano equilibrio de un pájaro?».

La madre despertó de súbito con el corazón tamborileándole como ratón salvaje enjaulado dentro del pecho. Automáticamente, empezó a llamar a la niña, pero solo le respondió el viento colándose entre las vigas. «¿Dónde se habrá metido mi cabrita de cerro?»... El abismo negro de un charco de sangre afuera de la casa. Los miedos más aterradores galopándole por las venas... La cogió delicadamente en sus brazos y salió gritando por ayuda, desesperada, en paroxismo, en dirección a la única huella de tierra.

Nunca estuvo tan limpia como en los días siguientes. Bañada, perfumada, ropa limpia, dientes lavados y corte con estilo, de peluquería, alrededor del pelón donde le pusieron los cuatro puntos y sendo parche de gaza. El aroma del queque que su madre preparaba en la cocina le arremangaba la nariz golosa. La madre cantaba, la niña la acompañaba silbando como un pájaro.

46 años
Ovalle

Tercer lugar nacional

El Jimmy

Jorge Américo Torres Galleguillos

Eran tiempos difíciles, el COVID-19 llegaba a Chile, causaba estragos, sobre todo en los empleos, más aún cuando las personas eran extranjeras. De oficio panadero, desde muy joven aprendí el arte de elaborar el pan, aprendí con maestros que ya están solo en la historia y en mi mente.

Recorrí muchas panaderías, por distintas razones; conocí a muchas personas, pero nadie como Jimmy, un hombre luchador que, a pesar de la adversidad, siempre tenía una sonrisa para todos.

Jimmy, de nacionalidad haitiana, un joven tranquilo, quien desempeñaba labores agrícolas en los predios del valle de Elqui, con motivo del COVID-19, quedó sin trabajo y sin ningún peso en los bolsillos. En la panadería había mucho trabajo y poca mano de obra, nadie quería trabajar de noche, más encima con toque de queda no había personal para enfrentar el día a día.

Todos los días increpábamos al patrón por no encontrar un panadero y él respondía que nadie quería trabajar. El punto era que él tampoco quería bajar el amasijo (cantidad de masa a trabajar). Como siempre, el patrón no iba a perder.

Una noche, llegó el patrón muy contento diciendo que había encontrado a una persona para trabajar, pero que no tenía idea del trabajo de panadero; no le había ido bien en las parras, pero quería trabajar sí o sí, en lo que fuese. Jimmy la había pasado mal; sin trabajo, pagar arriendo, tener para comer, era muy complicado para él sostenerse. Decepcionado de todo, cayó en una depresión, la vida no le sonreía, venía de un país donde las cosas estaban mal y llegó a otro donde todas las puertas se le cerraban.

No muy contento con la persona, pues queríamos un panadero no un aprendiz, fue entonces cuando llegó Jimmy. Me recuerdo que le dije: “¡Hola!”. Y él respondió “¡von yur!”, algo así escuché yo. Realmente quedé perplejo, ¿cómo iba a enseñarle a trabajar si yo no entendía su extraño balbuceo? Él, con una sonrisa de oreja a oreja, me miró y me dio la mano.

Comenzó la maratónica lucha de enseñarle el oficio de panadero; buscaba por todos lados cómo enseñarle, ¡pero era una cosa imposible! Yo, un bruto, escasamente con primero medio, que apenas sabe hablar, y lo que es peor, mi idioma madre era el *chilensis, made in Chile*. No había forma de explicarle, así que comencé aprendiendo yo de él. Colocaba un objeto y le preguntaba: “¿Qué es eso?”, y él respondía; y así fui conociendo el idioma *créole*. A ratos igual se enojaba, me costaba un mundo memorizar sus palabras, y a él le pasaba lo mismo, ¡era una locura! Entre risas y enojos, Jimmy estaba aprendiendo, pero como todo hijo mal educado y alzado, se me subió por el chorro: cuando encontraba algo malo, me lo decía y clarito, tal como le enseñé; no podía decirle nada, pues yo le había enseñado así.

Poco a poco, con el transcurso de los días, fuimos armando un pequeño vocabulario, lo suficiente como para poder coordinarnos en las tareas. Comencé a hablar de otras cosas con él, de Dios, de la vida, de sus tristezas, de su familia y de sus sueños; eso me mató. Recuerdo que llegamos al desayuno como a eso de las tres de la mañana, después de una jornada apocalíptica. Yo hice unos panes con mucha manteca y

bañados en aceite, que se llaman *cagaditas*; un pichel con té, y nos sentamos a la mesa, yo pensando que él no servía para el trabajo, era muy lento y torpe, y era mucho el esfuerzo. Estaba decidido a hablar con el patrón para que lo echara. Pero al escuchar sus relatos de vida, un nudo ciego, muy ciego, cerró mi garganta.

Me hacía recordar que siempre yo reclamaba por el descanso, por el poco dinero, y sin embargo, él trabajaba por la mitad de lo que a mí me pagaban; me tocó el corazón, Jimmy. Venía de una tierra corrupta y violenta, donde el hambre y la injusticia gobernaban felices; a veces él lloraba, rezaba, recordaba a su madre y hermanos, fue triste escucharlo. Uno todavía llegaba a casa y besaba a los suyos; él, sin embargo, solo acariciaba el recuerdo de su memoria.

Me recuerdo que cuando nos pagaron estaba muy feliz. Él recibió \$400.000; los dividió y mandó un poquito para cada uno de sus seres amados allá en Haití. Él decía: “Estoy feliz con este trabajo, le doy gracias a Dios por poner una persona como tú en mi camino”. Me partió el alma, yo no lo quería mucho, fui egoísta con él. Él vivía preocupado por los suyos, ¡qué hombre más leal a su familia, un hombre con un corazón muy grande! Lo que él no sabe es que he aprendido mucho de él, algunas palabras en *créole*, su idioma, y le he tomado cariño como a un hijo; me hace rabiar y sin darme cuenta estoy comenzando a hablar un poco más su idioma y a conocer sus costumbres.

Me recuerdo que para el 1 de mayo hicimos una convivencia; todo marchaba bien, hasta que pusieron esas famosas bachatas, el Jimmy dio clases magistrales de baile y nosotros éramos pura cueca y cumbia. Todas las mujeres alborotadas con el negrito y nosotros arrinconados como perros apaleados. ¡Qué envidia!

Ha aprendido bastante sobre el oficio, ya es ayudante; sueña un día volver a su patria para ver a los suyos, hablarles de los panaderos de Vicuña, quienes le dieron alegrías y lo ayudan siempre en lo que se pueda; él dice que somos su familia...

Yo le aconsejo que siga aprendiendo bien este oficio, que puede llegar a ser maestro, que es un oficio muy hermoso, pero sacrificado; el pan nunca le faltará, y si es ahorrativo, pronto podrá traer a su familia a Chile.

Jimmy sigue ayudando a su familia, él dice que en Haití “todo malo, todo violencia, mucha plata, nada trabajo, mucho corrupto”.

Él siempre dice: “En Haití si tú reclamar, muerte; si tú pedir medicina para haitiano, ¡disparos!; todo con plata, haitiano no vale nada”. Sus palabras siempre me conmueven. Él sufre mucho, es por eso es que le enseñó de todo un poco. En la agricultura y en los parrones, no le fue bien; ganaba muy poco. Me contaba que los contratistas se aprovechaban de ellos y les pagaban mucho menos por sus labores agrícolas y en muchos casos, los trataban muy mal. Aquí aprendió a hacer el pan.

Estoy orgulloso de él, que esté aprendiendo de este oficio. Tal vez en la agricultura no le fue bien, pero aquí se está desarrollando como persona, como ser humano, ha vuelto a sonreír, está pensando en traer a su esposa e hijos a Chile, se siente pleno, y me ve como parte de su familia. Me causa tristeza cuando lo escucho, porque yo quería que se fuera, pero él me enseñó a ser una nueva persona, le estoy muy agradecido.

Nunca me imaginé que a mis años viviría esta experiencia, de ayudar a un hombre, de aprender el uno del otro, de saber que las fronteras solo existen en el pensamiento de los hombres.

He querido manifestar esta historia con el fin de que nos acerquemos un poco más a estas personas, para que no se sientan solas, que tengan una nueva oportunidad, ya que son seres humanos al igual que nosotros. En mi caso, he aprendido sobre su cultura, sus idiomas, el francés, inglés y *créole*.

Nunca pensé que iba a aprender un nuevo idioma, “el chiliano” (chileno-haitiano), claro chancadito nomás, pero igual sirve para hablar, aunque sea un poco con otros haitianos.

44 años
Vicuña

Mención honrosa

Viaje en el tiempo

Miguel Valero Jara

—Me encanta Quillota. Ese tremendo sol como que te alegra la vida, ¿cierto? —mira a su esposo, pero este deambula entre otras preocupaciones, contemplando con tristeza una figura al otro lado del patio— ¿Qué te pasa, Felipe? —insiste ella.

—Mira mi viejo, Sandra, parece otro.

Más allá en el jardín, de pie sobre el suelo de tierra, los colores de su chaleco pierden brillo en el rostro pálido y serio del anciano. Parado, sin un gesto en su rostro, como poseído por un fantasma indiferente y gélido, pese al calor que crece esa mañana.

—*Pucha*, qué lata, mi amor; recuerdo que tu papá era tan alegre. Desde que pololeábamos andaba con la broma en cada frase. ¿Qué le habrá pasado?

—Los años, yo creo. Comenzó a olvidar las cosas y también olvidó sonreír; ya no recuerdo cuándo fue la última vez que lo vi alegre.

—Pero al menos, se lleva bien con la Sofía. Está siempre acompañándola cuando ella juega —interrumpe la oración y levanta la cabeza buscándola en el jardín—. ¿Y la Sofi?, ¿la viste?

—Ahí está —le muestra sonriendo—, dentro de la caja que sobró del refrigerador nuevo. Me dijo que está jugando a que viaja en una nave o algo parecido.

—Esta Sofi —hace una risita— es tan loquilla. Oye, ¿y no habías ido al doctor con tu papá? ¿Qué te dijo? —Sí, fuimos ayer. Me dijo que el viejo está olvidando las cosas de su pasado más lejano. ¿Cuál fue el diagnóstico que me dijo? A ver... espera, lo anoté por acá —mete su mano en el bolsillo trasero y saca un papel blanco doblado—. Aquí está: “Deficiencia severa de memoria autobiográfica...” o algo así.

—Entonces, ¿don Raúl recuerda solo cosas de hace algunos años, pero olvidó las cosas más antiguas que le pasaron?

—Sí, pero por alguna razón ese olvido se llevó su energía, se llevó también su ánimo.

—Tata, ven a sentarte conmigo, acá está tu asiento —dentro de una inmensa caja de cartón posicionada horizontalmente, en el fondo de una esquina se encuentra Sofía. Con una sonrisa que luce todos sus dientes, sobre su cabeza lleva un casco de bicicleta, mientras sostiene en sus manos un viejo manubrio de triciclo. A su alrededor se acompaña de piedras de colores, frutas y verduras desplegadas en el piso como botones de una inmensa máquina.

—Acá *poh*, Tata. ¡Siéntate!

Raúl la mira extrañado, pero tranquilo. Lentamente dobla sus rodillas, y apoyándose de una mano, logra sentarse en el suelo sobre el cartón que tiene dibujado un asiento con su nombre.

—¡Ya, prepárate! ¡Vamos a ir al pasado! —dice Sofía sonriendo aún más—. No olvides apretar los botones cuando te diga.

—¿Cuáles? —respondió su abuelo, aún más confundido.

—Ese *poh*, Tata —extiende el dedo índice para mostrarle una singular figura a su derecha. Una palta. La toma en su mano y como acto reflejo palpa sus irregularidades e intenta dar un sutil masaje para probar su madurez, mientras su nieta comienza la cuenta regresiva.

—¡Cinco! ¡Cuatro! ¡Prepárate, Tata! ¡Tres! ¡Dos! ¡Uno!...

Acerca la palta a su nariz, y como la hipnosis de un psicoanalista, el conteo y aroma lo van enredando en un suave baile de figuras y sonidos, borrosos y difíciles de distinguir, hasta que al abrir los ojos aparece sobre una gruesa rama de árbol, tomando en su mano la palta y escuchando unos gritos que lo llaman.

—¡Raulito! ¿Estás bien? Te quedaste pegado mirando la palta —la figura bajo el árbol sonríe y se cubre la cara del sol con una mano.

—Sí papá, estoy bien; estas ya están maduras, ¿cuántas saco?

—Todas las que puedas. Recuerda revisarlas y todo lo que te enseñé.

El pequeño Raúl toma las paltas. Examina el color sacándole el tallo, las toca y aprieta suavemente, las agita y trata de escuchar su semilla jugando en su interior. En un momento pierde el equilibrio y se siente caer, pero su viaje al suelo es interrumpido por su padre que lo toma con firmeza.

—¡Oye! —da una carcajada abrazándolo con fuerza— ¡baja con cuidado!

Raúl aún con el corazón agitado, mantiene los brazos alrededor de su padre por varios minutos. Luego, su papá lo acaricia y juega con su pelo rascándole por encima de la cabeza, desatando más risas de su hijo, y entonces le entrega una de las paltas, la más turgente y oscura.

—Este es tu premio, hijo, esta es solo tuya —Raulito sonríe y cierra los ojos mientras su padre lo carga, relajando cada uno de sus agotados músculos mientras viaja otra vez.

—¡Raúl! ¡Raúl!... ¡Tata Raúl!

Don Raúl abre los ojos y mira con sorpresa a la pequeña Sofía, le sonríe y en forma sorpresiva salta sobre ella buscándole cosquillas y haciéndola reír. El bullicio llama la atención de Felipe y Sandra que se acercan a la improvisada máquina del tiempo.

—¡Papá! —dice Felipe asombrado—, ¡estás sonriendo!

—Claro *po*, si lo estoy pasando bien con mi nieta. ¿Cierro, Sofi?

—¡Sí! ¡Papá, viajamos en el tiempo! ¡Al pasado! ¿Cierro, Tata?

—¡Así es! —mientras contesta, abre su mano y la extiende hacia Felipe. El reflejo de la oscura y turgente palta brilla bajo el sol de esa mañana. Luego, sonrío otra vez y agrega:

—Y trajimos un recuerdo.

47 años
Valparaíso
Primer lugar regional

El robo

José Carrasco

La joven iba sentada en la parte trasera de la carreta, con los pies colgando, de espaldas al conductor, algo mohína, algo triste, algo cabizbaja. Miraba, aunque sin ver, cómo por ambos costados del camino pasaban los árboles, los matorrales y los pastos. Era mediodía y el carretero no hacía nada para apurar el tranco de las jacas. Y, mientras el carromato avanzaba y crujía, la joven pensaba, o más bien dicho reflexionaba, o más bien dicho especulaba, o discurría, con el estómago encogido y el corazón latiéndole de prisa, en lo que diría don Jaco, su jefe, quien era en extremo tacaño, cuando se enterara de que el dinero obtenido con la venta de los pollos, tras jugar en una máquina tragamonedas en el pueblo, ella lo había dilapidado. Lo más seguro era que mes a mes, de su exigua paga, lo descontara. Y esa cantidad, para ella, dado el elevado número de aves motivo del trato, era excesiva. Y quizás, incluso, una vez saldada la deuda, su trabajo perdería. Y aquella había sido la primera vez que iba al pueblo a efectuar una venta, pues el experto en este tipo de trapicheos era su jefe. Pero en esta oportunidad justo él enfermó, y no le quedó otra alternativa que enviarla a cerrar el trato a ella. Y allá, una vez consolidada la transacción, dada su inexperiencia y un repentino afán lúdico, entró en un local que disponía de máquinas de azar, y convencida que la fortuna le sonreiría, apostó y perdió, en cuestión de minutos, hasta el último de los billetes...

En este punto dejó de divagar, pues de improviso la carreta se detuvo y al voltear la cabeza vio que en el camino y frente al armatoste se habían apostado dos hombres, ambos con gorros pasamontaña y sendas escopetas. Y también, por un costado divisó a un tercero, el que se acercaba empuñando un revólver. Angustiada, supo que se trataba de un asalto. Sin casi respirar, se quedó muy quieta, de una pieza, espeluznada, presintiendo que algo trágico acontecería. Los asaltantes, en tanto, para disimular sus voces, hablaban con entonación ronca. Pero se notaba, por sus estructuras físicas, nerviosismo y movimientos, que eran jóvenes o quizás adolescentes. El carretero alzó las manos y permaneció sin pronunciar palabra.

—¡No se preocupen, que si cooperan no les pasará nada! —dijo uno de los salteadores, dirigiéndose al conductor mientras zarandeaba con movimientos pendulares su escopeta.

—¡Tú! ¡Dame el bolso con el dinero! —agregó a su vez el del revólver, dirigiéndose a la joven.

Esta, sin oponer resistencia, dejó que el malhechor se apropiara de lo que pretendía.

—¿Lo tienes? —le preguntó uno de los que portaba escopeta al del revólver.

—¡Sí! —dijo este, e hizo un gesto ampuloso con la cabeza.

—¡Revisalo! —pidió el de la escopeta. Y el del revólver se dispuso a abrir el bolso.

Al ver esta acción, la mujer se sobresaltó. Y es que ya había entendido que los asaltantes de algún modo estaban enterados de la venta. Y también supuso que hasta eran capaces de matarla cuando vieran que, aparte de los papeles, no había nada dentro.

—¡No tema usted! —le dijo el facineroso a la joven, al ver su nerviosismo—. ¡No se asuste, que no le haré nada!

Justo en aquel instante se escuchó un galope a lo lejos.

—¡Vámonos! ¡Rápido! ¡Hay que huir! —dijo el que portaba el revólver, poniendo el bolso bajo uno de sus brazos—. ¡Alguien viene!

Y los tres maleantes corrieron en dirección a un bosque.

En pocos minutos llegó quien se aproximaba.

—¡Vaya! ¿Y quiénes eran esos?

—¡Asaltantes! —alcanzó a balbucear el carretero, con voz grave, en extremo pálido y temblando como hoja de palmera al viento.

—¿Y qué querían?

—Solamente dinero. A ella le robaron un bolso.

La mujer nada dijo, pues la situación la incomodaba.

—¡Don Jaco me mandó a escoltarlos, pues tenía un negro presentimiento!

—¡Y los tres tenían armas de fuego y capuchas! —agregó el carretero.

—¡Menos mal que no les dispararon! —señaló el jinete—. Aunque cuando lo sepa don Jaco, puede que hasta le dé un infarto. Y tendrán que hacer la denuncia.

—Claro que si llegaran a atraparlos, no creo que del dinero recuperen mucho —dijo el carretero con tono pesimista.

La mujer siguió en silencio; aunque ahora pensando que, dadas las circunstancias, tal vez lo del asalto era lo mejor que podía haberle pasado. Y es que lo de la pérdida del dinero se lo achacarían a los bandoleros. Y, por suerte, de su fallido plan de ganar dinero jugando en una alucinante máquina de azar no le había contado nada a nadie.

El carretero hizo andar el pesado vehículo, apremiando a las jacas, y la pasajera en forma espontánea sonrió, sabiendo que en esta ocasión, y solo por un albur del destino, aparte de la frustración de los asaltantes cuando se percataran de que no había ningún botín, de su despilfarro, el que nunca más repetiría, por esta vez se había salvado.

Una lágrima

Carmen Elena Giralde Tucki

¡Oti! ¡Estoy lista!... Me miro al espejo y aún no puedo creer que esté aquí, de vuelta en mi isla amada, y muy preparada para trabajar... ¿Quién lo diría?... ¡Ni yo misma! Aún no creo todo el recorrido hecho que me ha llevado hasta este día.

Mi época de infancia transcurrió con apremio, porque siendo de las hermanas mayores entre doce hermanos, me tocaba ayudar a mis padres. Idas al volcán Rano Kau para lavar la ropa, limpiar los pescados que traían mis hermanos, ir a recoger frutas o verduras o productos del mar, además de cuidar a mis hermanos. Así, siempre haciendo algo, intentaba ayudar a que la comida alcanzara, ya que, si bien éramos muchos, se hacía más por los primos u otros que pasaban a comer. De ello, recuerdo a mi madre y su cocina a leña que siempre estaba encendida con algún plato para compartir. La sopa de carne, pollo o pescado acompañado con taro, mañoka o algún otro tubérculo, era lo más fácil de hacer cundir, si se requería. También, recuerdo que cuidaba mucho la ropa, especialmente la del domingo, porque era la única tenida más decente, hecha de sacos de harina, correctamente lavados y almidonados; y qué decir de los zapatos, que con suerte teníamos un par y que no siempre se ajustaban a la talla, por lo que era muy habitual caminar a pie pelado.

En época de colegio, mi vida era aun más ajetreada; a las labores en casa se sumaba la exigencia de las monjas, que eran quienes impartían educación. Yo no era de las que tenían mayores problemas, porque estaba acostumbrada a ser rigurosa y cumplir prontamente lo encomendado, pero debo decir que también lo hacía, porque era muy vergonzosa y sufría ante la posibilidad de ser expuesta, como algunos congéneres, que en el peor de los casos se ganaban un varillazo de parte de alguna, además de la culpa que podía significar el irse al infierno por ser una mala niña. Pese a ello, solo llegué a 6° básico. Al ser de las mayores, debía apoyar aún más en casa y comencé a trabajar en casa del gobernador marítimo. Ello fue muy bueno en términos económicos, porque me acogieron en el seno de su familia, invitándome a irme con ellos al continente, al efectuarse su traslado. Como empleada doméstica, podía ayudar en los gastos familiares.

Sin cumplir la mayoría de edad, severa en la exigencia a mis hermanos, pero muy tímida en mis otras relaciones, partí al continente. La quinta región me recibió, pero no me acogió. Mi escaso dominio del castellano, mi mala pronunciación y la creencia de que todo Rapa Nui tenía lepra, no hicieron nada de fácil mi estadía. Sumado a ello, la complejidad de vivir en una ciudad como Valparaíso, con tráfico, tiendas, donde importaba demasiado el cómo te veías, hacían que la añoranza fuera un sentimiento constante. La cocina de casa de mis padres que a veces me irritaba, porque veía que le exigía a mi madre trabajar todo el día, ahora la extrañaba. Esa cocina eternamente prendida, sin tanta variedad en el menú, no por falta de creatividad, sino de insumos, era el alma de nuestro hogar y recién ahora lo entendía. Era refugio, calidez, intimidad, risas; era el olor a tierra, a mar; era la esencia de mi madre cuidando de todo y a todos.

Un día de 1956, una desconocida llegó a tocar la puerta de mis patrones y a invitarme a vivir con ella. La periodista Aida Ferrer había ido a la isla y se hospedó en casa de mi madre. Ella se conmovió con mi historia, que ya encontraba que hacer el viaje sola en barco, era una gran proeza. Mal que mal, Rapa Nui

es el lugar más aislado del mundo, y a mis dieciséis años, el haber viajado en barco, sin vínculos cercanos, claro que resultó ser una gran hazaña.

Me fui con ella y terminé por estudiar auxiliar de enfermería. Ella me animaba y enseñaba lo que no alcanzaba a comprender. Yo agradecía llevando el orden de su casa, que era algo que siempre me resultó fácil de hacer, pues mi mamá, pese a las carencias, siempre fue muy exigente con el cuidado y limpieza de los lugares, así como de nuestra presentación personal. En realidad, no era tanto lo que había que hacer, ya que ambas teníamos itinerarios bien exigentes, y en casa cada cual se abstraía leyendo, no desordenando.

A mis veinticinco años, titulada, el regreso a casa era inevitable. Tuve portada en una revista de la época, por ser la primera auxiliar de enfermería de Rapa Nui; claro que el periodista lo que más valoró fue que me gustaran tanto los helados, porque le asombró que en Rapa Nui no teníamos electricidad, por lo que no había dónde congelarlos. ¡Claro que fue un rico descubrimiento!... Pero para gastar tanto espacio en ello, me pareció superfluo. Había muchas cosas que se hacían en la ciudad que no tenían mucho sentido para mí.

... Y ahora me miro en el espejo y soy un mar de emociones. Pelo arreglado, tenida blanca y una vivencia imposible de describir, se resumen en una lágrima que desciende por mi rostro y me recuerda todo lo que me ha costado, lo que tuve que dejar, lo que tuve que trabajar. Esa misma lágrima es el reflejo de mi éxito, de mi valentía, y que ahora hace que todo valga la pena.

Desde la casa de mi madre son quince minutos caminando por una calle de tierra. El hospital de dependencia de la Armada había sido mejorado en 1960 por una expedición canadiense. Se habían agregado *containers* e insumos, y aun así, la precariedad fue un aterrizaje forzoso a la realidad. ¡La ruralidad me cacheteaba con todo! La simpleza del espacio permitía tener un lugar para el dentista, una sala para operaciones, otro espacio para consultas generales y otro con algunas camas para los hospitalizados, y finalmente, una bodega. Afuera de esta última había un fogón que permanecía todo el día prendido y donde se hervían las herramientas que se utilizaban.

La cachetada duró poco, porque Nati salió a recibirme con tanto cariño que me recordó por qué había querido volver. Necesitaba estar con mi gente, quería ayudar, quería poder hablar en mi lengua, aunque nunca fui especialmente comunicativa. Me sentí un poco boba, porque tal vez podía contarle muchas cosas a Nati, pero le expresé en tres oraciones lo que había sido mi estancia en el continente, para rápidamente preguntarle qué debía hacer o por dónde debía comenzar. ¡Para ello estaba ahí!

Ese día limpié la sala de operaciones —había que hacer de todo— y ayudé en curaciones menores. Llegó un sobrino, Matías (aún no se podían usar nombres rapanui), todo raspado en el pecho haciendo haka honu (deslizamiento sobre olas, sin tabla). Según él, a sus 10 años era muy bueno, pero por estar preocupado de su hermana de 6 años, se rasmilló entero en Hanga Roa O Tai, cosa que nunca le había pasado. Mientras contaba su historia, pensé en mi papá que me decía: “Lo que no pasa en mucho tiempo, puede suceder en un segundo”, y se lo dije a él, como si fueran palabras mágicas que fueran a calmar su dolor físico y el de su ego también.

En el equipo médico, el dentista fue el más simpático de todos. Tal vez, porque con él no iba a trabajar. El doctor Rodríguez fue más serio y reticente, quizás para recordarme que él iba a ser mi jefe, pero ello no me molestó, porque mis profesores no habían sido especialmente afables.

Esa tarde llegué cansada a la rutina de una casa siempre llena de gente, con mis hermanos menores jugando, el mayor visitándonos, porque ya se había casado. Me senté a comer. Sin alcanzar a probar bocado, se acerca José llamándome y diciéndome que me llamaba el doctor. Era una urgencia... Y las palabras eran ciertas, había que estar preparada siempre. ¡Respiré profundo, me levanté y fui!...

43 años
Isla de Pascua
Tercer lugar regional

Sueños, viajes y burocracia

Mirella Ottone Fernández

La voz del comandante de vuelo resonó fuerte en la cabina: “Señores pasajeros, tengan la bondad de ajustar sus cinturones, estamos aterrizando en el Aeropuerto Santo Domingo”.

Elinx Joseph se despertó de la modorra que lo había dominado durante la madrugada y se dispuso a bajar de los primeros.

Durante el desvelo del viaje había recordado con intensidad la frustración de unos meses atrás, cuando se fue al aeropuerto con su pasaje de American Airlines y, al momento de embarcarse, no le permitieron abordar el avión por no tener visa a Estados Unidos.

En esa ocasión, sus jefes trataron de ayudarlo desde Cuncumén, el pueblo rural donde trabajaba, explicando a la encargada de embarque todo el esfuerzo que había hecho él para viajar a ver a su familia, a su hijito que lo esperaba con la ilusión de sus cinco años, pero la funcionaria fue implacable y, a pesar de que solo estaría una hora en Miami para trasbordar al vuelo a Santo Domingo, se mantuvo firme en la negativa.

Todos en el hotel habían solidarizado con su situación y habían sido tan cariñosos, que él había logrado superar la gran amargura. Repasando sus días en Chile, reconoció que tanto en el trabajo como por los vecinos del pueblo, había sido acogido con los brazos abiertos. La gente lo invitaba a sus casas y no se demoró nada en ser uno más, compartiendo asaditos y bailando cumbias y rancheras con el agregado de su ventaja racial para aquellos trotes. Su español era fluido y adornado de puchas, al tiro, y *poh* y verbos terminados en *-ís*.

En vísperas de Navidad había tenido una alegría inesperada cuando la dirección del hotel le anunció que le tenían un pasaje para el 25 de diciembre. Así fue como, convertido en un moderno y moreno Papá Noel, se despidió una vez más de todo el personal, y partió nuevamente al aeropuerto.

Tal como se lo había propuesto, Elinx tomó su pesado bolso de mano, estiró como pudo su metro ochenta minimizado tras las ocho horas de vuelo y tomó su lugar en la puerta aún cerrada del avión. Los otros pasajeros estaban recién desperezándose cuando la azafata lo despidió y desapareció por la manga de aterrizaje.

Fue también el primero que llegó a retirar el equipaje, pero sus maletas no aparecieron. Toda su prisa fue superada por este retraso, pero él estaba decidido a que nada alteraría su momento feliz, así que decidió pedir ayuda en Policía Internacional.

Una vez en el mesón, y por el tono del empleado, se dio cuenta de que se precipitaba a una situación inesperada. El policía abrió su pasaporte y sin mirarlo siquiera le gruñó:

—Visa.

—Vengo a Haití —explicó desconcertado Elinx.

El hombre, molesto, levantó la vista y modulando lentamente con su voz ya alterada, repitió:

—Necesito su visa.

—No la tengo —respondió Elinx, ya en estado de angustia, pero entendiendo que debía reaccionar, alzó la voz y agregó:

—Señor, hace dos años que no veo a mi familia.

Las palabras convertidas en un peso salían con dificultad luchando con los músculos que parecían cerrarle la garganta.

—Saliendo del aeropuerto, tomo el bus a mi casa que está en Hinche, a dos horas de aquí, señor.

Luego, recuperando el habla, le explicó que venía por un mes después de dos años; de que su padre lo esperaba afuera, porque trabajaba allí muy cerca; que su niño de cinco años ya había hecho una crisis en el frustrado viaje anterior, que lo dejara hablar con la policía, que lo dejara hablar con su jefe, que le permitiera avisar a su trabajo para que gestionaran desde Chile un permiso en la embajada, que por favor, que por favor, que por favor.

Nada conmovió al funcionario que, como única respuesta, le indicó que lo haría detener si seguía obstaculizando su atención al próximo pasajero. En la demora del diálogo de sordos, sus maletas siguieron ruta desconocida y cuando las reclamó, le indicaron que las desviarían al avión en que lo mandarían de vuelta. Lo único que pudo hacer fue seguir las instrucciones que otro funcionario le daba y en una especie de neblina mental, dirigirse al vuelo en que lo devolvían.

Entre tanto, en Cuncumén, la gente comentaba con alegría sobre el encuentro familiar tan deseado hasta que, a las cinco de la tarde, el administrador del hotel recibió un mensaje desde Perú. Elinx escribía para contar que venía de vuelta y que si lo podíamos ir a buscar, porque había perdido sus maletas y se le había acabado el dinero que llevaba para sus gastos de viaje.

Fue un revuelo de tristeza y de incredulidad. Nadie podía dar crédito a lo sucedido, ya que cada quien, sentía ese encuentro familiar como propio.

Ya en Cuncumén, supieron por sus propios labios lo ocurrido y es que, desde hacía un mes, por problemas absurdos entre pueblos que comparten una misma isla, la República Dominicana había decidido cerrar sus fronteras con Haití y exigir visa a sus ciudadanos. La familia de Elinx, gente humilde y poco enterada de problemas políticos, no supo de esto y no lo pudo advertir.

Elinx supo consolar a cada uno de nosotros con una sonrisa. En una lección de coraje y fe, nos explicó pacientemente que él ya estaba resignado y que iba a seguir trabajando con la misma fuerza y alegría. Nos pidió que no sufriéramos por él, ya que estaba seguro de que tendría su compensación cuando llegara el momento y que, además, este rincón de Chile ya era también suyo.

Epílogo

Después de tres meses de reclamos y muchos sinsabores, gracias a un alto funcionario de LAN que se compadeció de la situación, Elinx pudo recuperar sus valiosas maletas que aún aguardan en un rincón de su pieza, la próxima partida.

76 años
San Antonio
Mención honrosa

Las tradiciones de mi abuela

Marta Alicia Chelme Díaz

Mi abuela, María de La Cruz, era alta y bonita; vestía siempre con faldas negras y largas, que dejaban ver unos relucientes botines. Quedó viuda y vistió de medio luto para siempre. En verano usaba blusas con pequeñas florcitas blancas. Peinaba su pelo largo y plateado bien tirante, el que terminaba en un moñito en la nuca. Lucía orgullosa sus únicas joyas: unos aros de plata mapuches; los limpiaba y les sacaba brillo con ceniza para lucirlos relucientes. Completaba su vestuario su inseparable delantal bordado y con dos bolsillos grandes. Mi abuela tenía un olor inolvidable, olor a abuela, mezcla de aromas diversos: a canela, a postres de leche, a pan amasado; aromas que envolvían todos los sentidos.

Mi abuela era de carácter fuerte, indomable. Inspiraba respeto y se tenían que seguir todas las reglas de conducta que ella imponía. Cuando se cruzaba de brazos, levantaba el mentón y nos miraba fijamente, sabíamos que algo andaba mal. La casa de mi abuela estaba ubicada en un sector rural cercano a Vallenar. Era de adobe con pequeñas ventanas y el patio era todos los cerros libres y soberanos, como ella decía.

Con tiempo se empezaba a preparar para el mes de septiembre, el cumpleaños de la patria, a la que tanto nos enseñó a amar. El amor por la tierra, por nuestras raíces, por sus tradiciones, por el folclor, el respeto por nuestros símbolos patrios, por sus autoridades; nos enseñó los valores cívicos que se aprenden en familia y dan frutos en la madurez.

El día 17 de septiembre preparaba una ceremonia con los niños del sector. Mi hermana y yo nos poníamos vaporosos vestidos que ella nos había confeccionado, nos peinaba con trenzas y cintas de colores y a los niños les ponía gomina en el pelo, la que había preparado con la goma de los membrillos. Cantábamos el himno nacional mientras mi abuela ponía la bandera en el frontis de la casa, entremedio de enredaderas y buganvillas.

Siguiendo una tradición de raigambre campesina, mis tíos preparaban en el patio una “chingana”; era como una fonda improvisada, con ramas, palos y colgantes tricolores, y una bandera chilena en la cúspide. Se reunía la familia y amigos; los hombres jugaban dominó o cacho; las mujeres se reunían en entretenidas “tertulias” donde se comentaban los acontecimientos ocurridos en la familia y en el pueblo. Mi abuela se concentraba desde la mañana en una especie de rito: se sentaba en su sillón de mimbre bajo la sombra del sauce, y empezaba a afinar su guitarra moviendo las clavijas y dando la tensión adecuada a las cuerdas. Decía que estas debían emitir sonidos claros y puros como el sonido del viento, como el agua del río que se desliza entre las piedras, como el canto de los pájaros en las madrugadas, y como las gotas de lluvia que caen sobre el techo. Ponía en su interior ají cacho de cabra para que no se humedeciera.

En la mañana se realizaban competencias y juegos para los niños: carreras de ensacados, con caídas, lesionados, llantos y risas a granel. El palo encebado era otro momento divertido también la competencia de volantines, que siempre ganaba mi hermano con su volantín con hilo curado...

En la tarde, cuando mi abuela entraba con su guitarra a la chingana, todos los invitados se ponían de pie y la aplaudían. Siempre la acompañaba su octogenaria cuñada, la tía Matilde, quien era la encargada de

amenizar las cuecas haciendo dúo con mi abuela y tañar rítmicamente con los nudillos y las palmas de las manos en la caja de resonancia de la guitarra. Las dos animaban a los presentes con divertidas arengas y payas. Todos bailaban y cantaban al ritmo de cuecas y corridos, acompañados por el aromático olor a naranja del vino navegado. Antes de iniciar su canto y al terminar, humedecía su dedo índice con agua ardiente y hacía una cruz en su garganta; a veces lo hacía con agua bendita que guardaba en un frasquito, la que se había conseguido con el sacerdote del pueblo.

Mi abuela repentinamente se enfermó; pedía la vihuela y cantaba sus clásicas tonadas sentada en la cama. Pasó varios días en estado de letargo, hasta que una mañana no despertó. Estaba en el regazo de la muerte. Fue sepultada en el pueblo donde era muy querida y respetada. Los folcloristas campesinos le hicieron un pasacalle y bailaron cueca; los almacenes cerraron sus puertas; los hombres se sacaban el sombrero en señal de respeto. Las niñas de la casa de remolienda salieron a acompañarla; se sacaron las pestañas postizas, sus labios no tenían carmín, cubrían sus oxigenados cabellos con delicados velos negros y en sus manos llevaban hermosos lirios blancos, azules y rojos. El féretro fue cubierto con una bandera chilena y sobre esta, su inseparable guitarra con una cinta negra enredada entre sus cuerdas, como una señal que no volverían a sonar. Guardarían silencio para siempre.

Cada año cuando llega el mes de septiembre con su suave brisa, el recuerdo de mi abuela y sus tradiciones se hace más potente. Los trinos de los chincoles y los zorzales en las madrugadas. Los cerezos que tiñen las calles con flores rosadas y blancas. Empieza el cielo a ser surcado por volantines y cometas multicolores, que luchan por mantenerse en el aire danzando entre pájaros y nubes. Se siente la patria con todos los sentidos, en el olor a empanada, a asado, a chicha, en el flamear de las banderas, en las fondas, el circo, los aires marciales, las cuecas y tonadas. Se sienten, se esparcen y se huelen por todos los rincones de la patria. Desde el desierto árido y seco, sigue por los valles de las uvas y el vino, continúa envolviendo copihues y enredándose en las añosas araucarias, se mezcla con el agua de los ríos y los lagos, con las majestuosas montañas y volcanes, terminando en los hielos eternos y en la nieve de la Antártica con los hermosos pingüinos vestidos de frac.

“Con cada palabra y ejemplo de mi abuela, la identidad era más probable, las raíces se hicieron más profundas. Nos enseñó a amar y sentirnos orgullosos de cada rincón de esta tierra bendita, de sus oficios, del folclor y de sus tradiciones”.

76 años
Viña del Mar
Mención honrosa

Ailín Millaray, la partera de Neruda

Rubén Domingo Rojas Álvarez

Ailín Millaray, *püñeñelche* o partera mapuche, avecindada desde su nacimiento en una comunidad mapuche limítrofe con la ciudad de Parral, recibió una noche mientras dormía una revelación especial. Sucedió tres meses exactos antes de que lanzara su primera gritadera el futuro Premio Nobel, Pablo Neruda. En aquel descanso nocturno, le comunicaban que la llegada del futuro poeta se veía complicadísima. A la madrugada siguiente, se le anunció que una dama joven se atendería con una bruja de un pueblo cercano y que ella le solicitaría encarecidamente que utilizara la magia negra para interrumpir el eminente nacimiento y también, cómo no, que junto a ello, falleciera su madre.

Cuando esos sueños premonitorios caían los días quince del mes, justo un viernes, y además aparecieran escritas en las paredes del granero las palabras “fe y retiro”, eso era muy grave. Ailín Millaray entendía que debía prepararse espiritualmente más de lo acostumbrado, porque algo siniestro y provocador se encontraba a punto de ocurrir en Parral. En la práctica, significaba para Ailín Millaray extremar fe y reanudar de forma diaria los ejercicios espirituales en los queridos bosques de sus antepasados.

Cuando los primeros rayos del sol se dejaron caer anunciando un nuevo día, la partera bajó cuidadosamente de su cama para no despertar a su marido que, en esos momentos, roncaba fuertemente. Luego, se dirigió a la alacena de su cocina en busca de una vieja libreta de anotaciones, que había heredado de su querida madre machi. La cogió con nerviosismo, revisándola frenéticamente como si en la práctica estuviese poseída por otra persona. Su mirada se detuvo bruscamente en la página seis y párrafo tres, que revelaba lo siguiente:

“Goliat ha renacido. Peligro. La muerte sigue viva”.

En efecto, Elizabeth, una novia de juventud despechada por el padre del futuro poeta, al enterarse de que este iba a ser progenitor nuevamente, concurrió a solicitar los servicios de la bruja más temida del pueblo. Antes de que la hechicera osara preguntar a Elizabeth el motivo de su visita, ella, en extremo alterada y fuera de sí, le solicitó la muerte de la madre y, lógicamente, la del hijo que portaba.

—¿Cuánto dinero vale ese trabajo? No tengo problemas en cancelarlo.

La trabajadora de la magia negra la observó detenidamente murmurando para sí: “Este trabajo le va a costar un ojo de la cara”, pero considerando la determinación de la nueva clienta en realizarlo, le dijo en voz alta:

—Deje todos los datos del infeliz y de su señora con mi asistente. Cuando finalice y dé cumplimiento a lo solicitado, su segunda casa va a ser completamente de mi propiedad. ¿Estamos de acuerdo, señorita?

—Sí, completamente de acuerdo; en ello me va la vida.

El mismo día del parto, Ailín Millaray cogió las mudas necesarias para el viaje, las hierbas que acostumbraba utilizar en estos menesteres, más los respectivos aceites para masajear delicadamente el vientre de la

parturienta. También, se dirigió en busca de su gallina favorita, la kollonka, esa que ponía huevos azules, para dirigirse al domicilio de la futura madre. No tenía la más mínima idea dónde quedaba; no era importante saberlo, llegaría igual. El día anterior había conocido que iba a ser varón, por revelación de voces. Lo anticipó, porque lo vio manejando herramientas generalmente de uso masculino.

Por otro lado, la mujer encinta fue avisada de la misma manera, que una persona bondadosa llegaría a auxiliarla. Apenas Ailín Millaray ingresó al domicilio, comenzó con los ritos de los masajes en el vientre con sus aceites probados en tantas ocasiones, para acomodar la bajada del bebé. Enseguida procedió a colgar un recio cordel del techo, para que la parturienta se afirmara con todas sus fuerzas en el momento preciso del parto.

Paralelo a lo que estaba sucediendo en la casa del futuro poeta, el domicilio de la bruja fue cubierto por un pestilente olor a azufre. A pesar de todas sus rogativas e invocaciones a los espíritus del mal, ellos no escucharon en lo más mínimo su desquiciada petición. Su iniciación en las artes de la magia negra quedó derrotada, como siempre, por las fuerzas de los justos.

Como de costumbre, el ejercicio de la fe y los retiros espirituales diarios cumplieron a cabalidad su cometido. Cuando nació Pablo, la partera, de acuerdo con las costumbres de sus iguales, lo revisó por todos los lados, para comprobar que viniera sanito. Seguidamente, lo cubrió con un calentito cuero de oveja, como lo realizan siempre la gente de su raza. Proporcionó después a la madre las hierbas conocidas por ellas que se utilizan en estos casos. Posteriormente, dispuso cuidadosamente la placenta en un paño cubierto con ajeno para proceder a enterrarlo bajo un árbol nativo. Lo realizaba para proteger a los infantes del mal de ojo, amén de otras calamidades que anidan en los cerebros de algunos seres humanos desquiciados.

Apenas llegó la noticia a los oídos de Elizabeth, que la hechicera no cumplió con lo pactado, ardió en cólera y locura. Se dirigió inmediatamente al domicilio de la mujer de las malas artes, para empapar con parafina los cuatro costados de la casa y luego incendiarla. Muchos de los que la trataron posteriormente señalaron que, desde esa maldita jornada, nunca más descubrió dientes y menos entabló conversación con alguien.

Como toda *püñeñelchefe* sabía, Ailín Millaray conocía al revés y al derecho el arte de leer la placenta. Descubrió en ella que el recién nacido venía para enamorarnos por medio de sus escritos, y que algún día no muy lejano, nos traería para alegría de todos un Premio Nobel.

Ailín Millaray recién ahí entendió el porqué de la tenaz oposición para que se concretara este nacimiento. Corrió a informarle a la dichosa madre lo que había leído en la placenta. Esta se alegró tanto que, alzando sus manos, dio gracias por el gran hijo que había sido otorgado a su cuidado, y que ahora reposaba tranquilamente en sus alicaídos brazos.

La partera por única vez realizó una acción inusual en ella: besó siete veces la frente del niño y le susurró suavemente en el oído derecho: “Traerás mucho amor y encantamiento al mundo”. Estaba segura de que el bebé la escuchaba atentamente.

Por último, como ofrenda al triunfo de la vida sobre la muerte, recubrió de pétalos blancos el dormitorio de la dichosa madre. Antes de despedirse, le obsequió a ella el bien más preciado que portaba en esos mo-

mentos: su gallina kollonka favorita, la de los huevos azules, para que un tiempcito más tarde alimentara al niño con esos nutritivos huevos de color.

Ailín Millaray, tatareando su canción de gracias favorita, se despidió desde la puerta de ella y del niño, con su amplia sonrisa de copihues y digüeños.

67 años
La Florida

Primer lugar regional

Un caballo de aquellos

Juan Carlos Poblete Romero

Está por amanecer, la lluvia ha cesado y el aire tibio de su entrecortada respiración produce pequeñas nubecillas de vapor que se amalgaman con la espesa bruma, desdibujando el entorno en un paisaje apagado y monocromático.

Le llamó la atención que se encendiera la luz del segundo piso; tal vez la tórrida lluvia o el llanto del niño que se hacía oír desde hacía más de una hora, habían despertado a la joven mamá que acostumbraba dormir hasta más tarde. Fijando sus grandes ojos en la ventana amarillenta, divisó a través de los visillos la silueta de un hombre que levantaba al crío de meses, pero en vez de apaciguarse el llanto del infante, se sumó una zalagarda de voces y gritos acompañados por el encendido de luces en las ventanas contiguas. Al cabo de unos minutos, reconoció al alterado llanero que salió corriendo de la casa en dirección a la motocicleta que descansaba a la entrada del cobertizo. Como fisgón impertinente que observa detrás de la empalizada, relinchó molesto al notar que el baqueano no acudía a él; dolido en su orgullo comprobó que era desdeñado por ese raro artefacto de pequeñas ruedas embadurnadas de lodo. Empecinado, miró como el urgido patrón pisaba reiteradamente el único estribo que tenía el extraño artilugio para ponerlo en marcha, y al verlo montado en una ridícula posición, con el fin de sujetarse a esos malformados cuernos que no intimidaban a nadie, resopló desafiante.

Desairado al notar que sus relinchos y bufidos no causaban ningún efecto para atraer la atención, arremetió con mayor brío dando fuertes coces a la empalizada que lo tenía confinado junto a los animales que pastaban indiferentes al fondo del corral. La dura testuz de bestia favorito de la caballada, no lograba comprender cómo el viejo Renzo, a quien consideraba un verdadero vaquero de aquellos, pudo reemplazarlo por ese feo artefacto, que con un atronador ruido mata todos los sonidos, hace correr despavoridas a las aves de corral y espanta a las bandadas de pájaros que pernoctan en los árboles circundantes. En su rotundo malestar busca respuestas de la real capacidad de aquella ruidosa máquina. ¿Acaso se podría, en ese mamotreto, perseguir una desbocada vaca, o subir y bajar por las escarpadas montañas en los escabrosos días de lluvia o nieve?

Renzo, haciendo caso omiso a los relinchos del negro alazán, más aún, creyendo que lo alentaba a apurarse, giró el acelerador al máximo alejándose a toda velocidad, dejando una visible estela de polvo y humo con apestoso olor a gasolina. Angustiado al no saber con cuánto tiempo contaba para contrarrestar los efectos del veneno, gritó instrucciones precisas a su hija para que controlara la fiebre, y sin demora corrió tras del antídoto para suministrárselo a su nieto, que había sido picado por un mortífero alacrán.

Su arraigada costumbre de madrugar a pesar que aquel día no tenía razón para ello, y la preocupación ante el persistente llanto que atribuyó al hambre insaciable del bebé, lo llevó a subir y entrar al dormitorio de la joven madre que dormía profundamente con la cabeza apoyada en la cuna, agotada por el cansancio. Apelando al nuevo sentido paternal que lo invadía hace unos meses, levantó suavemente a la criatura de la rústica cuna y al acunarlo contra su pecho advirtió al alacrán, que, al verse descubierto, huyó sigilosamente escondiéndose entre las blancas sabanitas. La visión del temido bicho lo paralizaron; el claro color marrón y el agujón de media luna indicaba que era la especie más letal con las que tenían que convivir en

aquella zona olvidada por Dios. Debido a la persistente intermitencia de lluvia y calor de un verano húmedo, la cantidad de estos peligrosos bicharracos había aumentado desmedidamente, transformándolos en una verdadera plaga, anulando todo esfuerzo por mantenerlos fuera del hogar.

Controlando su pánico, Renzo ejecutó una rápida inspección al cuerpo del niño, y al subir la manga del pijama, advirtió en el rollizo antebrazo pequeñito, lo que no quería ver: la enrojecida aureola en torno a la picadura sumada a la evidente calentura no le dejaron ninguna duda. Había que actuar rápido; consideró que lo más urgente era ir en motocicleta al caserío más cercano, bajando por el agreste camino que bordea la maciza montaña, trayecto que le tomaría un poco más de una hora en ir y volver.

Porfirio no aceptó el vil menosprecio, y haciendo ostentación de su tozuda soberbia, retrocedió un par de metros y arremetió contra la valla dando un brinco que lo dejó fuera del cerco, maniobra que realiza a menudo cuando todos duermen. Una vez que se sintió libre, corrió en pos de Renzo para darle alcance, y de esa manera demostrarle que aún era el caballo más veloz de la comarca y más fuerte que la usurpadora máquina de dos ruedas. Bajó a todo galope por el camino resbaloso ladeando su cuerpo en las cerradas curvas cuidando de no perder el equilibrio. Una vez pasados los primeros recodos, aplicó toda su fuerza en los cuartos traseros para lograr un mayor impulso y así aumentar progresivamente la aceleración. Era cosa de minutos, unas cuantas curvas más y lograría alcanzarlo. El incipiente sol, entremetiéndose entre el ramaje, iluminaba a ráfagas la jabonosa ruta; su piel comenzaba a expeler abundante sudor a causa del esfuerzo, y el boscaje devolvía en una especie de eco, el rítmico golpeteo de sus herraduras contra el suelo arcilloso. Habiendo avanzado dos curvas más, le inquietó no escuchar la ruidosa moto; pensó que tal vez había subestimado su rapidez, así que, consciente de la desventaja, tomando un segundo aire, aceleró con más ímpetu, comprobando con satisfacción que sus capacidades estaban intactas. Rebasado medio kilómetro, oyó el esperado ronroneo que aceleró su corazón más que el esfuerzo por correr. Ansioso, exigió al máximo a las nervudas patas que en la desenfrenada carrera parecían no tocar el suelo. Cincuenta metros más y a la vuelta de la próxima curva le daría alcance. El zumbido del motor que resuena con mayor nitidez a medida que se acerca, lo contenta; sobreexcitado aceleró con la energía que da la proximidad de la meta, poniendo mayor cuidado en asentar bien sus cascos al suelo y apegar su ladeado cuerpo a la pared rocosa para sortear la cerrada comba, contrarrestando así el efecto de la inercia y cuidando no despeñarse en la profundidad de la quebrada. Al tomar la resbaladiza curva que lo pondría al alcance del objetivo, erró por milímetros la distancia con el muro rocoso, sintiendo en su lomo la fricción con las piedras que rajaron su sudorosa piel, pero no fue impedimento para alcanzar la meta triunfal. Entonces los vio: la moto y el jinete; la moto rugiendo con las ruedas girando al aire, como brazos que suplican por ayuda, volcada al pie de un cedro descascarado por el golpe a mansalva. Más allá, entre el ramaje espinoso, el cuerpo doblado e inmóvil de Renzo, como durmiendo a la intemperie. Frenó en seco, tensando sus cuatro patas que se arrastraron dejando un surco de lodo y piedras descuajadas que rodando fueron a parar metros más allá. No se podría decir que el caballo contuvo la respiración, pero sí que bufando por el esfuerzo se acercó lentamente a Renzo oliscando su cuerpo, y luego de notar que aún respiraba, lamiscó su rostro con la áspera lengua, húmeda de espuma y babas. Renzo, reaccionando al estímulo acarició al caballo y giró su cuerpo para levantarse, pero el agudo dolor en una de sus piernas que no siguió el movimiento corporal, lo hizo emitir un fuerte alarido. Tenía unos huesos quebrados, lo que le imposibilitaba ponerse de pie. Entonces el fiel corcel, rememorando pretéritas travesías, dobló sus patas delanteras y girando su cuerpo se dejó caer recostándose al lado del amo. El experimentado gaucho, sacándose el cinturón de cuero, lo pasó a través del cuello del leal alazán abrochándolo lo más cerrado posible. Luego, montando

a horcadas y sujetando la improvisada rienda, con un chasquido de su boca azuzó a Porfirio quien, obedeciendo prestamente la orden, se levantó de un envión, arrastrando sobre su lomo a Renzo que profirió otro desgarrador grito seguido de un estallido de palabrotas que acallaron a la motocicleta de cuernos rotos, la que, aceptando su derrota, dejó de chillar y de girar gradualmente las ruedas, hasta que estas se detuvieron totalmente.

Entonces Renzo, montado a caballo, sobre el animal y sobre la situación, tomando con toda propiedad la actitud del avezado jinete que era, con un leve movimiento tiró de la improvisada brida dirigiendo al fiel cabezotas en dirección a la quebrada; debía recuperar el tiempo perdido.

68 años
Santiago

Segundo lugar regional

Los señores de Silvina

Carla Patrizia Davico Giannini

Nunca estuve en una casa con tantos bichos. El señor Luis se hubiera muerto. No le deseo mal, pero en alguna oportunidad lo hice. Cuando me fui de su casa, escupí la ventana de su pieza, no sé si se dio cuenta. No importa, fue hace años.

Al frente de la pérgola se está bien. Me gusta este patio, todo menos los bichos. Aprendí a usar bolsas de hielo en las patas para espantarlos y opacar, de pasada, el calor. Lo malo es que se acaba luego; heredé los pies amarillos y calientes de mi papá. El señor Armando me preguntó por qué estaba tan mojado el piso y le dije que había llorado a mares. Me creyó, porque él lo hace todas las noches desde que enviudó. Y tiene tapizada la casa con fotos de ella, pobre. Hoy por hoy, soy lo único que tiene, por eso me contrató tiempo completo. De eso se trata, pagar por un poco de cariño, pero poco nomás.

Ya se me están aguando los pies; en un rato voy a tener que ir por más hielo. El campo del señor Ciro era más grande y ruidoso. Tenía una gran variedad de animales, principalmente cerdos y pollos, aunque prefería a los primeros, porque ir a matarlos era aventura de toda la tarde, en cambio a los pollos los tenía yo solita, para complacer sus cazuelas espontáneas. Pero lejos lo que más me gustaba era su choroy. Se lo había dejado su esposa; lo había traído del sur. No sé bien cómo lo conseguí, creo que el señor Ciro tampoco lo supo. Cacareaba muy pocas palabras, nadie le enseñó, pero gritaba peor que un mono. Un poco antes del amanecer, estiraba sus alas y lanzaba un grito de ultratumba que parecía que lo fuese a desarmar. A mí, me desarmaba. Su única muestra de cariño hacia el señor Ciro era levantar una patita para alcanzar su mano. A veces me enternecía, cuando estaba de humor.

Una vez, en el lavadero, mientras lavaba los paños, escuché al señor Ciro rezando. También era viudo, pero nunca me habló de su difunta. Sus peticiones eran bastante superficiales pero una, la última, no la voy a olvidar. Amenazaba a la Virgen con hacer justicia con sus propias manos si es que ella no tomaba las riendas del asunto de una vez por todas. Ese día lo supe todo. Él había recibido una amenaza de muerte de parte de un grupo del Ejército, en el cual había estado unos años. Se retiró luego de discutir fuertemente con un mandamás del Gobierno, quien le pidió de manera poco amable que renunciara. Ya llevaba un año de vuelta a la vida de civil cuando llegó la amenaza. En aquel año, había dejado atrás los saludos militares, las armas, los uniformes (uno de ellos se lo regaló a mi hijo), y se dedicaba a vender teléfonos y cuidar de su esposa. Siempre creyó que las deudas con el Ejército ya estaban saldadas, nunca se esperó tan drástica medida. Además, según él, siempre pasó desapercibido, era blanco y flaco como un poste, un palo de escoba, una cosa invisible a primeras. Las amenazas se hicieron frecuentes. En forma de carta anónima, llegaban una tras otra al buzón, pero él nunca estaba cuando las dejaban. Los vecinos anunciaban su muerte e incluso dejaban abiertas las ventanas de noche por si se llegaba a escuchar alboroto, balazos, parafernalia, pero tampoco se lo esperaron. No fue al señor Ciro a quien mataron, sino a su esposa; no fue de un balazo, sino de un golpe preciso y silencioso en la cabeza, que le dio muerte de inmediato. Un desperdicio, era hermosa. Y esos vulgares la dejaron ahí mismo, con la mitad de la cara borrada. Esas cosas le contaba el señor Ciro a la Virgen. Después de ver el cadáver, se volvió el hombre más infeliz que he conocido. El viejito se enojaba tanto, que en ocasiones me lanzaba la comida en la cara, con plato y todo. Yo me quedaba quieta, esperando sus burlas, sus disculpas, y luego

se retiraba del lugar, repitiendo mi nombre en una melodía desafinada. Menos mal que yo tampoco era partidaria del Gobierno.

Distinto fue con el señor Luis. Trabajé en su casa por unos meses solamente. Me compró un delantal rosado, que dejaba colgado tras la puerta de entrada. Se volvía loco si no me veía con el delantal puesto. No hacía más que leer en la sala y de vez en cuando jugar cartas con algún amigo del sector. Yo trataba de ausentarme mientras él estaba acompañado. Aprovechaba sus idas al baño para asear la sala. En una barría, en la otra trapeaba, y así. No parecía viudo, sino abandonado, pero era demasiado orgulloso para buscarse a otra.

Una noche dejé el delantal colgado, como siempre, pero me devolví a buscar un pan que había sobrado del almuerzo, lo unté en margarina y me lo llevé para el camino. Cuando volví a la puerta para irme, ahí estaba el señor Luis con las manos empuñadas. Susurró mi nombre dos veces y me tapó la boca de un manotazo cuando quise disculparme. Era un hombre fuerte, el hijo de puta. Me tiró al suelo y rápidamente me violó hasta quedar vacío. Me despidió y se llevó el delantal a su pieza, colgado de los hombros como macho llevándose a su presa. No volví.

Se ponía tan nervioso cuando una mujer entraba a la casa, que creo haber escuchado alaridos en el baño, similares a los de los militares cuando se lanzan al ataque, o al grito del choroy por las mañanas. Yo despedía a las damas en la puerta y después acudía donde el señor Luis, quien repetía mi nombre (le encantaba hacerlo), y me preguntaba cómo es que una india como yo tenía esa sutileza de nombre. Al final del día me entregaba una bolsa de género con billetes y varias monedas. Solo los contaba llegando a mi casa, ya que contar plata delante del jefe era de mala educación.

Y el señor Navarro. Nunca nos pudimos comunicar, él era ciego y yo medio sorda. Tenía los brazos largos, tal vez más desarrollados de lo normal debido a la ceguera. Se sostenía en un bastón de pino semipodrido, que apoyaba entre la ventana y la silla mecedora. Hace poco había adquirido la parcela, en un arrebato por escapar de la ciudad. Y una hacienda lo contrario, por eso no nos comunicamos. De vez en cuando pasaba su hija y lo llevaba a caminar una vuelta a la manzana. No salía en las mañanas, porque el sol le quemaba las pupilas blancas y el viento terroso se le incrustaba en la débil piel y pulmones.

A los dos años dejó de caminar y eso bastó para que su hija —Carmen, creo que se llamaba— brillara por su ausencia. Estuvimos solos tanto tiempo que dejé de molestarme por las telarañas. Su aspecto fantasmal y su ceguera llegaron a tal punto, que no notaba si había alguien más a su alrededor. De hecho, murió solo. Simplemente olvidó despertarse de la siesta. Desde la otra vida me recrimina haberlo dejado, “Silvina...”. Vaya a saber una.

El budín de conejo ya debe de estar. Al señor Armando le gusta bien especiado, así que le puse más aliño que nunca. Ahí viene con su traje oscuro y apolillado, el mismo que seguramente se va a llevar al ataúd. Parece que está de humor, me cerró un ojo. El señor Ciro también lo hacía; el señor Luis no me saludaba siquiera, igual que el señor Navarro. Le dije que se sentara, de buen modo y en un español regular, y le llevé el plato servido con una caña de vino tinto. Había que correr a cerrar el horno, porque los bichos, hasta los menos carnívoros, se metían volando. Y es que el señor comía mucho, la casa olía siempre a frituras y a pelaje de animal.

El gato negro del señor Armando acarició mis pantorrillas con su cola frondosa. Por primera vez, me agaché y le besé la frente, agarrándolo del cogote suavemente. Ronroneaba por el olor a carne. Ahora me mira con curiosidad, sabe que en el fondo odio a los gatos. Entonces me voy a la cocina arrastrando los pies para que no se me vaya a cruzar por abajo. Espero que el señor termine de comer para ponerme a lavar. No tardará. El cuadro está chueco, la llave gotea, el horno sigue caliente, calcinando a los bichos que lograron inmiscuirse. Ningún señor me miró más tiempo que este gato.

“¡Silvina! ¡Silvina!”, aúlla el señor Armando tras la puerta de la cocina. Se ahoga con la sangre infectada y las tripas de conejo, ya imposibles de masticar. Esta vez acaricio el gato, me quedo hasta el final.

35 años
Ñuñoa

Tercer lugar regional

Todo es mar

Anna Blu Andalien

Solercio se frotó con fuerza la cara, para espantar los restos de sueño, y se sentó en el borde de la cama. Desde que el frío se le había metido en los huesos, como decía él, dormía siempre vestido, arrebujado en su viejo chaquetón, y le bastaba calzarse los bototos para estar listo. Calentó en la cocinilla su desayuno: el tarro grande de Nescafé con la choca, medio litro de café bien cargado, y una marraqueta con revuelto de pescada, tomate y cacho de cabra. Masticó a grandes bocados, escrutando el cielo aún negro allá afuera. Luego salió, encasquetándose su viejo gorro, del que jamás se separaba.

Caminó hasta donde terminaban las casas en la costanera, y sintió enseguida el golpe de sal en la cara. Allí estaba el mar.

En la caleta vio al Chato, conversando con otros tempraneros que, como él, nunca perdían la esperanza. “¿Vas a entrar, viejo?”, le preguntó el Chato. “Está un poco picado todavía”. Él hizo que sí con la cabeza, sin querer pararse a conversar. El Chato lo siguió con la mirada y luego se dio vuelta hacia sus compañeros, pateando la arena para quitarse el frío. “Lleva tiempo raro este viejo. Ya ni saluda. Si es por andar con la mala, andamos todos. Yo cada día me levanto más temprano y llevo tres días que vuelvo con el chinguillo vacío. No cae ni uno, hermano”. “*Andai* más desnudo que el Niño Dios”, contestó otro. Y en seguida una carcajada espontánea, contagiosa, se extendió entre esos hombres ásperos, hechos a los rigores de esa vida difícil.

Solercio llegó hasta su bote, el Tres Marías, y comenzó a desatar la cuerda al tiempo que se ponía las botas. Luego se adentró en el agua negra a puro remo, sin prender el motor, para no espantar a los peces. Aquella era la hora en que acudían, muy temprano en la mañana, cuando el agua era aún lo bastante fría cerca de la orilla y había abundancia de alimento.

Una vez que estuvo lo suficientemente adentro, dispuso cinco puntas de sedal en un borde de la embarcación y amarró las carnadas, sardinas metálicas que bailaban, plateadas, en su palma dura y callosa. Atrás habían quedado los tiempos en que pescaba ensartando simplemente cabezas de pescado en el sedal, o aún reparaba sus redes a mano. Atrás habían quedado, también, los tiempos de la abundancia, volver de amanecida con el bote lleno de merluza, congrio, reineta. Y la felicidad de ver a Estela, su mujer, esperándolo en casa con el desayuno, su sonrisa feliz, el olor del pan cocándose, el tarro de harina tostada abierto sobre la mesa.

Ahora, en cambio, llevaba muchos años de volver solo a una casa fría y silenciosa. En la pesca, lo único que dejaba algo era la corvina y el loco, para los que se atrevían a desafiar la veda. Por culpa de las compañías pesqueras, que echaban la red y arrasaban con todo a su paso, el mar ya no daba casi nada. Pero siempre daba algo, y a ese algo se aferraban los pescadores que iban quedando. Todos viejos como él, acostumbrados a esa vida de escasez, a pasar horas en el frío de amanecida o de anochecida para ganar cien mil pesos al mes en invierno.

Sin embargo, nada de esto lo preocupaba ahora. Miró con indiferencia hundirse las carnadas en un remolino de agua gris. Su mirada se detuvo en su mano derecha. La herida que se había hecho con la cuerda

tiempo atrás, tal como le había dicho el doctorcito joven y lleno de buena voluntad que lo había atendido en el consultorio, no se cerraba, y había comenzado a ponerse negra. Todo lo que le había pronosticado el doctorcito había salido cierto: comenzaba a ver mal del ojo derecho, no podía mover bien las manos, las heridas no le cicatrizaban. Sin embargo, había agregado el doctorcito, no era necesario apresurarse. Había hablado de exámenes, luces, máquinas que extraían líquidos y que obligaban al cuerpo a cumplir su obligación cuando ya no deseaba hacerlo.

Pero él se había limitado a darle las gracias, con su modo simple y tosco. “No, doctor. Eso no es para mí. No quiero terminar en un hospital lleno de tubos, entre gente que no conozco. Si no le importa, prefiero morirme en mi casa”.

De eso hacían cinco días, y él seguía preguntándose cuál era su casa. Su cabañita de Infiernillo, ahora que no estaba Estela ni había hijos en qué afirmarse, ya no significaba el hogar. Pichilemu entero, transformado últimamente en un sitio de moda, lleno de letreros y casas elegantes, con jóvenes alocados que montaban olas en una punta linda donde él antes solía ver rebullir lobos marinos, y que ahora de lobos solo tenía el nombre, había dejado de ser su hogar.

Sin embargo, siempre quedaba el mar. El ancho e inmutable mar, compañero de diarias batallas por más años de los que le cabían en el recuerdo.

El viejo permaneció inmóvil en la oscuridad largo rato. Por fin, cuando el mar cambiaba de color con las primeras luces del alba, su silueta se recortó decidida sobre el filo del bote. Pareció dudar un instante. Luego se dejó caer, lentamente, y se perdió sin esfuerzo en un pulso abierto de mar, ese mar azul, porque no es más que la continuación del cielo, ese mar generoso de alimentos y de protección y de silencio; ese mar incansable, ese.

51 años
Marchihue
Primer lugar regional

Las espuelas del diablo

Edgar Fernando Jara Galaz

Se movía literalmente como alma que lleva el diablo por las calles de la Lucana, allá por los campos de Chimbarongo. El contrato por diez años vencía hoy y era el mismo demonio que venía por él, tal como aquella vez: vestido de huaso con chamanto negro, cabalgando un potro azabache, con ojos rojos, que resoplaba el fuego del infierno.

Mientras corría hacia la parroquia, Luis se recriminaba a sí mismo, ¿cómo tan torpe? ¿Cuántos hombres dedican su vida a un propósito virtuoso?, ¿cuántos se dedican a una buena causa en cuerpo y alma? Él, sin embargo, había cambiado esta última por sentirse admirado, por glorificar su ego.

Toda la vida había sido un sujeto introvertido y apático; si bien sus acaudalados padres le habían dejado una enorme fortuna, nunca le enseñaron a tratar a las personas. Como patrón era bastante jodido; como parroquiano, evitado e ignorado, salvo en septiembre cuando en la localidad, que era reconocida en toda la zona por sus fondas (las más grandes de la región, incluso superiores a las de Palmilla), durante el día diecisiete por la mañana, los lugareños realizaban una competencia de cueca; la pareja ganadora era la encargada de inaugurar las fiestas en frente de las autoridades. Luis llevaba quince años ganando el concurso, las chinas más bellas de la localidad y de la ciudad incluso se peleaban por bailar con él; era una apuesta segura de lucirse frente a la comunidad, por lo menos hasta ese día hace diez años.

En ese entonces, llegó a vivir a la localidad un médico proveniente de Olmué, don Sebastián Santibáñez. De crianza huasa, al enterarse del concurso no dudó en participar. Su forma de bailar era superior a todos los demás; el doctor ganó por amplio margen la competencia y fue reconocido con aplausos de todos los competidores; menos de uno. Luis se sintió profundamente dolido y celoso; le habían quitado el único espacio en el que era bueno, la envidia le brotaba por cada poro del alma, y es que al ser humano le importan tanto las apariencias que, por el simple hecho de sobresalir, es capaz de hacer cualquier cosa... incluso condenarse a sí mismo con tal de sentirse vanamente admirado. Furioso y amargado, decidió ahogar las penas a orillas del estero Chimbarongo, junto a un par de botellas de cabernet. Bebió toda la tarde, y cuando el alcohol se agotó, comenzó a lanzar las botellas al río pensando en seguir las tras lanzar la última. Cuando estaba a punto de entrar al agua, un fuerte olor a azufre le espantó la curadera; de entre los sauces surgió un huaso con sombrero y chamanto negro, era delgado, de nariz aguileña y sonrisa burlona; sus ojos le parecieron ser de un color rojizo, pero Luis pensó que era efecto de lo que había bebido. El huaso sacó una bota de vino y se la ofreció; entre conversa y conversa, Luis le contó su problema. El extraño, entonces, llamó a su caballo, un semental azabache, con ojos rojos que parecían de fuego; ahí Luchito comprendió con quien hablaba. De la silla, el diablo sacó un par de espuelas de plata y él mismo se las puso a Luis; estas, al zapatear, sacaban chispas hasta en la tierra mojada. El demonio vio la reacción de aquel hombre y ofertó: “Bailarás como ninguno, pero en diez años a la media noche vengo por tu alma”. Luis aceptó, pidiéndole dos cosas más, a las que el diablo accedió encantado: la bota de vino y dejar en ridículo al doctor esa misma noche.

Durante la ceremonia de inauguración de las fiestas, mientras el doctor Santibáñez bailaba la primera de tres cuecas frente a las autoridades, Luis tomó del brazo a la primera china que se topó por el camino y la sacó a bailar; nadie atinó a detenerlo, así que ambas parejas bailaron al unísono. Las comparaciones fueron odiosas, Luis se lució delante de todos, deslumbró, y en un extraño accidente, el doctor se tropezó

con sus propias espuelas, enterrándose una de estas en el pie (hasta el pigüelo, fíjese); debió ser llevado de urgencias al hospital entre las risas de los presentes.

De ahí en adelante Luis se convirtió en una autoridad en la cueca a nivel país; ganó tres veces el nacional, para luego ser juez del torneo y presidente de la federación nacional de cueca por varios años; todo era felicidad, todos lo querían y estimaban; pero ya se acercaba la fecha de pago y empezaba a sentir horror. Investigó cómo eludir el pago, pero nadie le daba esperanzas; hasta que alguien le sugirió que fuese velado en vida, pero no consiguió párroco que lo hiciera. Entonces un día se encontró a un viejo, que según decían las malas lenguas, había hecho y deshecho un pacto con el maligno. Este le señaló que si quería evadir el pago, al cumplirse la fecha, debía esconderse en alguna parroquia, y aguantar ahí tres días sin salir ni caer en las provocaciones de satanás.

El plazo del contrato vencía ese 17 de septiembre a la medianoche; el único problema era que debía bailar en la inauguración de las fondas a las veintidós horas. Según sus cálculos, bailarían y se retiraría a la capilla hasta pasadas las Fiestas Patrias. Ese año, el mismo intendente de la región inauguraría las fondas, después, claro, de una pequeña recepción en Chimbarongo, la capital del mimbre. La recepción se alargó hasta las 23:30; recién un cuarto para las doce pudo presentarse. Faltaban cinco minutos para la medianoche, cuando pudo salir corriendo hacia la iglesia. Por el camino le dio la hora y vio cómo detrás suyo venía el diablo a caballo gritando como huaso en rodeo. Corrió y alcanzó a encerrarse en la capilla. El *cola 'e flecha* montado en su bestia le gritaba desde fuera que saliera, que era tiempo de pagar, que había un contrato de por medio y que se lo haría cumplir. Luis se acurrucó en posición fetal y cubrió sus oídos para tratar de no escuchar al demonio. Así transcurrió el tiempo y al atardecer del tercer día, ante la posibilidad de perder pan y pedazo, el diablo le ofreció un nuevo trato: le dejaría las espuelas y le daría diez años más, a cambio de que le bailara cueca hasta la medianoche. Al ver la posibilidad de quedarse con las espuelas y su nuevo estilo de vida, Luis se tentó sin recordar que el demonio es astuto. El diablo sacó la guitarra y comenzó a cantar como nadie, una cueca tras otra, mientras el condenado bailaba. Pero en cada canción, las espuelas se le incrustaban más y más en sus tobillos. Finalmente lo consiguió, logró bailar hasta la medianoche. El demonio guardó su guitarra y se fue, llevándose la bota de vino. Cansado y adolorido, Luis se sentó en el piso y trató de quitarse las espuelas. No pudo. Sus pies hinchados y sangrantes parecían reventar dentro de sus zapatos y de tanto dolor, se desmayó.

A la mañana siguiente fue encontrado y llevado de urgencia al hospital debido a la gravedad de sus heridas. Irónicamente, fue el mismísimo doctor Santibáñez quien debió amputarle ambos pies. Así, en una silla de ruedas, sin poder volver a bailar y con una sed que el agua no podía quitar (consecuencia de haber bebido el vino del diablo por tantos años), vio pasar una década. Cierta día, su casa fue consumida por un misterioso incendio. Los bomberos no encontraron más señales de sus restos que la silla de ruedas completamente chamuscada en medio de una mancha negra que tenía un fuerte y misterioso olor a azufre; incluso algunos señalaron que mientras la casa se quemaba, una siniestra risa resonaba en el ambiente. Sin embargo, lo que llamó la atención de todos una vez apagado el incendio, fue un par de espuelas de plata que se encontraron sanas y salvas sin señales de haber estado en un siniestro de tal magnitud.

36 años
Requínoa

Segundo lugar regional

El pañuelo de la cueca

Rodrigo Alejandro Torres Garrido

Un par de años después de que don José Miguel, junto a otros criollos, irrumpiera en la Primera Junta Nacional del 18 de septiembre, y mientras fuera gobernante de un Chile que aún no soltaba la mano del sistema colonial, ocurrió la historia a la cual haré referencia; aunque quizá por la lejanía temporal o por las imprecisiones propias de la transmisión oral, puede tener varios matices que escapen a la objetividad, aun cuando, por su naturaleza, contiene una porción de fantasía que, por haberse tratado de un “hecho constatado”, fue lo que hizo que muchos testigos y personas cercanas apenas dieran crédito a lo ocurrido.

Se cuenta que, en las inmediaciones de Rancagua, cerca de San Vicente, vivía un joven criollo descendiente de andaluces que, aunque poseía un estatus medio, al amparo de cierta fortuna familiar y algunas tierras, no podía aspirar a yerno de un importante hacendado de la zona de Copequén.

El joven, de unos dieciocho años, conoció a la muchacha en una de las tantas faenas en las que se negociaba con ganado vacuno y caballar. Se dice que ella correspondió a su mirada y desde entonces él iba a oír misa a la parroquia de Coinco, solamente para verla y hacerse llegar mensajes por medio de sus criados. Dícese, también, que llegó el día en que el rico hacendado haría la presentación en sociedad de su única hija que, a la sazón, tendría unos quince años.

Estos saraos, como antaño se le llamaba a este tipo de fiestas, eran acontecimientos muy bien recibidos por la sociedad agraria de aquel entonces. Todo el mundo se preparaba para asistir y, por supuesto, los jóvenes de la aristocracia criolla deseaban con ansia conocer a la joven de la cual se contaban maravillas: hermosa como pocas veces se viera una doncella por estas tierras; que tocaba el piano como los ángeles (piano que su padre había mandado traer de Europa y había ido personalmente a buscar al puerto de Valparaíso); que cantaba con una voz maravillosa y que hacía unos bordados magníficos que superaban los realizados por las otras damas de la casa, tan bien ponderadas. Nadie sabía que uno de sus bordados más queridos consistía en unas cruces de Santiago en las cuatro puntas de un pañuelo que guardaba para un joven que no tenía tanto para ofrecerle como su padre esperaba.

Debido a la desesperación, a la ignorancia, al ímpetu, en fin, a aquellas condiciones a las que suelen llegar los jóvenes enamorados que ven desvanecerse sus esperanzas, el muchacho de nuestro relato llegó a la conclusión de que, sin ayuda, no podría formalizar el noviazgo con su amada. Así que decidió solicitar una colaboración superior... no divina precisamente.

Cuentan algunos que pidió consejo a un curandero mestizo; otros, que simplemente se ubicó bajo una higuera durante la noche de san Juan. Lo cierto es que, un día antes de asistir al sarao que se daría en Copequén, el mismísimo señor de la oscuridad le otorgó riquezas a cambio de llevarlo consigo en el momento en que se lo requiriese. He ahí la “letra chica” que esta alma, joven e ingenua, no supo captar, por lo que no vaciló en firmar con una promesa de sangre aquel macabro pacto.

Pasado el mediodía de aquel hermoso domingo primaveral, al salir de misa, la muchacha le hizo llegar el

pañuelo al joven, después de haber untado sus puntas en agua bendita. Nadie sabe ciertamente por qué. Quizá presintiera algún mal augurio, o solo fue con el afán de saber protegido lo que más amaba.

En aquella época, la zamacueca, llamada después cueca, estaba recién alegrando las casas de los chilenos menos acomodados, y a esta fiesta, a diferencia de las elitistas tertulias que se realizaban en Santiago, había asistido mucha gente pueblerina y de “medio pelo”, no solo algunos representantes de las familias más opulentas de la zona. Por eso es que esta música, con su baile, comenzó a sonar insistentemente luego de la comida, aunque el dueño de casa, que por cierto era un realista solapado y que no simpatizaba con el actual gobierno, la toleraba con mal disimulado disgusto.

El joven vestía con una elegancia inusitada y ella estaba feliz de saberle próspero, porque así, su padre seguramente le aceptaría y, como suelen hacer los enamorados, se dieron maña para citarse en un corredor interior de la casa a espaldas de los celosos sirvientes y de las miradas curiosas.

Comenzaron a bailar la danza que se hacía cada vez más popular, cuando de pronto, apareció un hombre elegantemente vestido de negro, que, dirigiéndose al joven, dijo ser su acreedor y que venía a exigir la consumación del funesto contrato. Cuentan que le ordenó que se fuera con él, pero el muchacho no estaba dispuesto a dejar su felicidad así como así.

Se oyeron unos gritos. Luego un estruendo, como una explosión. Un pesado olor a azufre y después... silencio. Todos corrieron a ver qué pasaba. La joven estaba pálida y con las manos crispadas sobre su vestido. El corredor, cubierto de un humo denso y oscuro.

Hubo quienes dijeron que el joven, dando fustazos con su pañuelo, se defendía de alguien que lo atacaba; otros, que zapateaba y agitaba esta prenda como un lazo al ritmo de la zamacueca. Lo cierto es que, muchos años después, la joven, ya anciana, aún bordaba cruces de Santiago en las puntas de los pañuelos, las cuales después humedecía con agua bendita, tal como lo hizo aquella vez con el de su amado, al cual nadie volvió a ver jamás.

A pesar de que aquella fatídica noche solo ha quedado en la memoria de unos cuantos que han escuchado su relato, construido a base de rumores y conjeturas, la cueca ha llegado a nuestros días convertida en danza nacional. Pocos pueden suponer que ese movimiento de lazo al enarbolar el pañuelo y el elegante zapateo, no solo son signo de galanura, sino que también una velada semblanza de la desesperada defensa que hizo de su alma un joven enamorado.

45 años
Coltauco

Tercer lugar regional

La veda

Franco Manuel Fornachiari Astudillo

Kevin estaba cansado y comenzaba a cuestionar, en secreto, que su padre lo hiciera caminar tantos kilómetros por los potreros inundados y vegas anegadas; cruzar bosques de pinos perfectamente alineados, o entre oxidados alambrados. Los baldes estaban vacíos, no solo desde esa mañana, sino desde hacía varios días, y las máquinas camaroneras en vano irrumpían las deshabitadas cuevas.

Ya no había tantas oportunidades como antes, menos con las cuarentenas de ese año. Los fundos traían sus maquinarias para reemplazar a varios hombres, quienes debían partir a la ciudad o a Santiago para buscar una pega. Quienes no tenían contactos o *pitutos* por allá, debían quedarse en las vegas, escudriñando sus entrañas para pasar el invierno.

—Papá —se lamentó el niño—, quiero irme *pa'* la casa. Estoy aburrido.

José lo ignoró. Luego, se detuvo, se giró hacia su hijo y se inclinó. Sostuvo su mirada en unos pequeños ojos que le recordaban a los de una esposa y madre que, en casa, pelaba kiwis. El viento frío acarició esos rostros morenos, mientras pequeñas gotitas los salpicaban como pecas. La faz de José era dura, curtida por los años; pese a ello, una cálida y paternal sonrisa se esbozó en él.

—Siempre me quejaba con tu abuelo —dijo revolviéndole los cabellos con su mano—, que en paz descanse, por lo mismo.

En esos años, la gente del sector salía en familia a recorrer las vegas con las máquinas camaroneras. Era una gran oportunidad de ingresos cuando llegaba el invierno, y todo un evento comunal. Pero la falta de oportunidades los alejó a todos.

José le quitó el balde y la máquina a su hijo. El primero lo introdujo en su balde, y ambas máquinas las metió en los baldes que eran uno. A continuación, alzó a Kevin sobre sus hombros, aun cuando aquello alentaba a la tierra para que intentara arrebatarle las botas de agua.

—Cada año que pasaba —continuó José hablando, mientras avanzaba por el potrero— nos adelantábamos un poquito más a la fecha de extracción.

Las gotas comenzaban a caer más de prisa y en mayor cantidad, cubriendo la campiña anegada, como si cientos de camaroneros salieran a recorrer esos parajes que en invierno se volvían verdes y húmedos, pero que en verano se transformaban en amarillo y seco.

“De la abundancia a la escasez”, murmuró José, recordando unas lejanas palabras que le dijo su padre años antes de morir, mientras contemplaban la distancia que habían recorrido para conseguir unos baldes de camarones. «Cada año se pone más mala la cosa, Pepe», resonaron esas palabras en los recuerdos de José. «Cada año debemos salir un mes antes a recorrer las vegas, y más lejos», recordó a su padre decir aquello en un tono melancólico y nostálgico, mientras bombeaba la máquina camaronera infructuosamente.

—Al menos tu abuelo no está para vivir esto —dijo José bajando a Kevin y, así, poder cruzar la alambrada.

—¿La pandemia o que no haya camarones? —José se quedó pensativo por un momento, incluso cuando su hijo ya había cruzado la cerca.

—Ambos —replicó con una sonrisa que contrastaba con el duro rostro de negras barbas—, pero sobre todo la escasez de camarones.

José quiso tomar nuevamente a Kevin en brazos, pero este le hizo un gesto con sus dedos de que seguiría a pie y agregó, dejando escapar un cálido vaho por entre sus labios:

—¿Y si no sacáramos más camarones?

José no se detuvo; siguió caminando a pesar de la impresión que le causaron esas palabras. Su mente fue la única que se detuvo en esa revelación.

—¿Y de qué viviríamos? —replicó a su hijo, como poniéndolo a prueba— ¿Y de qué viviríamos si se mueren los camarones y no vuelven más a la tierra?

—¿De dónde sacas esas ideas?

—De un reportaje que leí en la escuela. Hablaba de que con las vedas de pesca se protegían los peces y estos podían tener hijos. Quizá acá están matando a todos los camarones, y por eso huyen de estas tierras. Tras una hilera de delgados álamos, que parecían querer rascar la gris barriga del cielo, se veía un lejano cerro, y en sus faldas estaba el hogar de Kevin y José. Ellos eran los últimos camaroneros que no se habían visto obligados a huir a la ciudad amenazados por la cesantía y el desamparo que depredaba a quienes vivían en el campo.

«Quizá necesitamos de una veda», pensó José al cerrar la puerta, tras llegar a su hogar.

32 años
Retiro

Primer lugar regional

En lo más profundo

Franco Manuel Fornachiari Astudillo

En el fondo, el agua estaba serena y reflejaba un cielo gris. De súbito, sobre la superficie apareció reflejado un rostro lozano. Se quedó, por un momento, observando el fondo y tratando de calcular cuánta agua podría haber en el pozo, y desapareció. En su lugar, asomó una mano sosteniendo una piedra. La mano se abrió y dejó que la gravedad arrastrara la piedra para romper el liso reflejo del cielo y del rostro, curioso, que volvía a asomarse.

«¡Clap!». El sonido fue decepcionante.

—No hay *na'e* agua en el pozo. Es una capita sobre la roca, nomás —dijo Miguel sosteniendo la mirada en el fondo. Mientras Rubén, su padre, se asomaba para ver la profundidad.

—Al menos está saliendo agüita —intervino el dueño de la parcela.

—Muy poca, *iñor* —replicó Miguel—. Con la semana que lleva sin que le dieran pique, no ha subido *na'e* agua. Normalmente debería haber *subío* un metro, sino más. ¿*Verdá'*, papá?

El padre no respondió.

—¿*Verdá'*, papá?! —insistió Miguel, ahora con un vozarrón profundo como un pozo. Rubén despabiló y asintió sin musitar palabra alguna.

—¿Cuánto me van a salir los cuatro metros de pique? —preguntó el parcelero algo preocupado, pues le habían dicho que estos excavadores de pozos estaban cobrando el doble que los demás.

Miguel miró a Rubén y le parafraseó con voz fuerte: “¡Qué cuánto le vamos a cobrar!”. Rubén meditó un instante. Luego dijo:

—Es que a nosotros nos están llamando para terminar todos estos cachitos que están dejando. Hay unos tipos que están haciendo pozos, llegan hasta cierta profundidad y dejan la pega botada. Siempre van cobrando por tramos, y cuando terminan una cierta cantidad de tramos, se largan.

Guardó un breve silencio mientras indagaba en las profundidades del parcelero.

—Mire —dijo Rubén, en un incómodo tono elevado—, nosotros normalmente cobramos cincuenta mil por metro, pero eso es cuando empezamos nosotros el pozo, desde cero. Ahora mismo terminamos un pozo que dejaron botado. Allí cobramos cien mil por metro, pero eso se debió a que estaba dura la tierra...

—¡Mucha piedra! —interrumpió Miguel, mientras miraba el pozo, como si lo contrastara con el que habían terminado.

—Por favor, sean piadosos —replicó el parcelero esbozando una sonrisita.

Rubén solo lo observó.

—¡Que no le cobremos tanto! —parafraseó Miguel.

—A usted —respondió Rubén—, como lo conocemos, y porque el terreno no se ve duro, le cobraremos setenta por metro.

Siguieron platicando un tiempo más para acordar los pormenores e iniciar la faena. Midieron la profundidad actual del pozo: nueve metros y medio, cincuenta centímetros menos de lo que le habían dicho al parcelero. Acordado todo, se fueron.

Al día siguiente, temprano y sin el parcelero, llegaron e instalaron el generador y el armazón para la roldana. Y bajó, el padre, a las profundidades.

“Bájame la manguera de la bomba”, gritó Rubén. Miguel la bajó con cuidado y extrajeron el agua. Ni diez centímetros había en el fondo. “Bájame la guagua”, volvió a gritar el padre. El hijo, con cuidado, bajó el martillo demoledor. Rubén comenzó a trabajar para contribuir con su sordera y, por supuesto, con la profundidad del pozo. En tanto, Miguel esperaba arriba para girar la manivela del mecanismo de la roldana y extraer los escombros.

—¡Miguel! ¿Estás? —gritó el padre—. ¡Saca los escombros, estamos trabajando! ¡Siempre lo mismo con vos!

En lo alto, la mente de Miguel divagaba entre oscuros recuerdos de su infancia: «No, papá...». «Silencio, solo es un juego, no le digas a tu mamá». Siempre regresaban cuando él estaba allá arriba, pues desde allí contemplaba la fragilidad de su padre, lo vulnerable e indefenso. «¿Esto es lo que mi papá sentía? ¿Esto se siente tener poder sobre los demás?», se cuestionaba Miguel cada vez que trabajaba en reprimir esos siniestros sentimientos de venganza; pero nunca cedía ante ellos...

... hasta hoy.

—Silencio, papá —vociferó el hijo—. Solo es un juego; no se lo diremos a mamá.

Rubén no comprendió lo último debido a la sordera, solo vio subir el balde cargado de piedras. Al llegar al tope se balanceó con bríos, pero Miguel no se asomó a estabilizarlo para vaciarlo. ¡No!, solo lo dejó caer con toda la furia de su infancia.

El grito del padre y sus brazos elevados no sirvieron para frenar el balde, así como este no fue suficiente para matarlo. Mal herido, desde el fondo, Rubén vio asomar a su hijo, y desaparecer. Luego, vio como desde el borde caía tierra. También vio aparecer una roca y el rostro de su hijo. Después no vio nada más; la muerte lo segó.

Las pericias concluyeron que fue un accidente producto de la fatiga del material. La cuerda en un punto cedió, dejando caer la enorme roca sobre Rubén Reyes. Sin embargo, los lugareños, gente propensa a los pelambres, inventarían que fue el hijo quien, por venganza, le habría dado muerte a su propio padre. Todo quedaría en rumores y habladurías de gente sin nada más que hacer.

32 años
Retiro

Segundo lugar regional

Cuchilla

Millaray González

Los perros no hablan; cuando se acostumbran a los golpes andan cabizbajos, sumisos, implorando piedad y demostrando sumisión. Tal vez así les lancen un pedazo de pan duro y no les den un palo más en el espinazo. ¡Claro que los perros no hablan! Aúllan y ladran, pero el perro que yo conocí no ladró ni gimió, se ahogó en su propia mierda.

Recuerdo al Cuchilla como un espejismo, iba todos los días de arriba abajo por la carretera, y en su espalda acarreaba una mochila con el cierre malo, desteñida y sucia; adentro escondía cervezas y cajas de vino, para no darle tanto que hablar a la gente. Sus vicios los compraba al fiado, o bien con la plata que su mujer recibía todos los meses del subsidio estatal por hijo.

Su grupo de buenos amigos para el tinto se hacían apodar de forma inverosímil “Los Chicos Malos”, nombre que decían haber tomado prestado de una serie televisiva argentina de los años 80. Los integrantes de este grupo, todos alegres y joviales, fueron envejeciendo de golpe, muriendo de cirrosis año tras año. Los pocos que quedaban hace un tiempo atrás, vivían a duras penas aferrados al vino, vomitando sangre con bilis, y entre esos estaba el Cuchilla.

El Cuchilla siempre fue de contextura delgada, esquelético y de extremidades largas. El vino, por otro lado, le había quitado buena parte del hígado y la cordura. Su apodo se lo habían dado sus amigos, y es que tenía aspecto de una cuchilla. Pero de una cuchilla sin filo y oxidada, con la cacha de madera podrida y astillosa, con la navaja negra, que apenas corta, y repleta de grasa putrefacta. Era algo así como una cuchilla hechiza, hecha de pedazos y amarrada con alambres.

El día en que murió, lo vi sentado en el paradero de buses que hay en la carretera, frente al clandestino de la Mami Cleme. Estaba bajo un espino seco y con la casaca puesta a las tres de tarde, hora en que el sol pega como azote, pero él parecía no sentir calor.

Saludó a todos quienes pasaron frente a él, pero nadie le devolvía el saludo. Era un hombre invisible e inmutable, sentado bajo un espino eterno hasta que llegara la noche y con ella el olvido momentáneo de la borrachera.

Aquella tarde decidió caminar solo por la carretera y no ir al almacén por más vino al fiado, encargo que le habían hecho sus amigos. Él conocía las consecuencias de negarse a esta petición, sus amigos lo harían pagar a garrotazos por ser un perro desobediente. Lo sabía y ya no le importaba, el dolor se pasaba rápido y los moretones en una semana.

Caminó a lo largo de la carretera hasta que oscureció, luego volvió donde había estado tomando durante la mañana. Ya era tarde y todos estaban borrachos, cocidos, tirados en el piso. Él estaba sobrio, pero débil, no había comido casi nada ese día. El dueño de casa, “el Cojo”, le pidió que le sirviera una copa de vino, pero el Cuchilla se negó. “¡Hoy no!”, le dijo; entonces tomó la garrafa y bebió solo.

Apenas le corrió el vino por el gargüero, sintió que lo golpeaban en la espalda con un palo, le dolió, pero no dejó de tomar vino, soltó la garrafa y gritó: “Sírvanse el vino ustedes solos, perros de mierda”.

Por la osadía lo apalearon en grupo; cada uno le dio un garrotazo en el espinazo.

Entonces, aturdido se dejó caer al piso, para que lo siguieran pateando, no iba a oponer resistencia. Como ya no podía seguir en pie, se desplomó. Luego, sintió que le bajaban los pantalones y, otra vez, como ya había pasado antes, alguien lo violó, para humillarlo frente a todo el grupo de borrachos.

Deshecho, no podía moverse; permaneció ahí, mirando el techo con los pantalones a media pierna. Entre murmullos intentó cerrar los ojos, pero alguien lo tiró al piso de golpe y lo comenzaron a patear nuevamente, esta vez, boca abajo; solo logró cubrirse la cabeza con los brazos.

Le dieron patadas en el estómago hasta que dejó de quejarse, hasta que dejó de llorar. Lo colocaron boca arriba para mearlo entre todos, pero el Cuchilla ya no sentía las humillaciones, y en un segundo un ruido sordo le llegó a la cabeza, comenzó a vomitar vino, pan y bilis. Boca arriba no podía respirar, porque su propio vómito lo ahogaba. Nadie pensó siquiera en moverlo, entonces, el Cojo sentenció: “Déjenlo así como está, ¿no ven que los perros se comen su propia mierda?”.

Después de aquello, las horas pasaron lentas, pensó en la vida que no tuvo y en los errores, pero no estaba arrepentido, solo sentía la agonía de la asfixia, y cómo el sabor de la mierda le llegaba a los pulmones.

Comprendió, entonces, que ya no habría otro día. Todo se terminaba ahí, el destino le cobraba su osadía.

24 años
Yerbas Buenas
Tercer lugar regional

Retorno

Gabriel Hernández

Sin darme cuenta me vi recorriendo el mismo camino que mi madre realizó hace veinticinco años conmigo en brazos, pero en sentido inverso. No tengo recuerdo alguno de ese viaje, porque recién había nacido y tampoco me gustaría tenerlos porque, aún hoy, me resulta difícil lograr comprender los sentimientos que obligaron a mi madre a dejar su familia, su casa y su pueblo. Ella había tenido un hijo siendo soltera y sin apoyo alguno de sus padres ni de mi padre, la única alternativa era salir a buscar un trabajo en la capital para entregarme un mejor futuro. Y sin duda lo hizo.

Al salir de Coihueco prometió nunca más volver, y hasta ahora lo ha cumplido.

Hace solo una semana, me llamó mi mamá al trabajo y me pidió que pase a su casa en la tarde. No me pareció extraño, porque desde que ya no vivimos juntos, es una rutina constante pasar por su casa después del trabajo y antes de ir a hacer dormir a mi hija. Me bastó entrar a la casa y verla sentada a la mesa de la cocina para saber que algo había pasado.

—Me llamó la hermana de tu padre.

Bastó esa sola frase para que algo en mí se removiera.

Nunca pensé que mi madre aún mantenía contacto con alguien de Coihueco, y menos con la hermana de mi padre. El pueblo era ignorado por completo en casa y toda noticia que viniera de él era escondida.

Me quedé en silencio. Me senté a la mesa y la escuché con calma, tratando que mi rostro no reflejara lo que sentía.

Me contó, sin dar mayores detalles, que mi padre estaba muy enfermo y que la llamaron rogándole que yo fuera a despedirme de él.

Lo primero que pensé es que nos despedimos de lo que conocemos, pero me resultaba extraño viajar a despedirme de quien no conocía y de quien apenas había escuchado frases sueltas durante toda mi vida.

Mi madre me contó, después de veinticinco años, que mi padre fue el gran y único amor de su vida. Que la última vez que lo vio fue el día en que yo nací. Pues estuvo con ella en el parto, se despidió y nunca más volvió a verlo. Me dijo que seguía viviendo en Coihueco, que se había casado después de mi nacimiento y que tenía dos hijos. Me resultó tan extraño saber que no solo mi padre estaba muriendo, sino que además tenía dos hermanos.

—Es tu decisión, Carlos. Si no quieres ir, lo entiendo perfectamente —dijo mi madre, y siguió lavando los platos.

Me demoré tres días en tomar la decisión y cinco en subirme al tren con destino a Chillán. No sabía ni dónde quedaba el pueblo ni cómo llegar a él; solo sabía que la hermana de mi padre me esperaría en la estación y sería ella quien me llevaría a Coihueco, pues quedaba a veinticinco kilómetros de distancia.

Durante las cinco horas de viaje me cuestioné por qué estaba viajando a ver al hombre que no me quiso desde niño, por qué hacía ese camino de regreso a un pasado ignorado; de hecho, aún no sé si el viaje lo realicé por él, por mí, o por mi mamá, que, sin decirlo, me pidió volver.

En la estación, la hermana de mi padre me recibió y en pocas palabras me dijo que entendía que este viaje era muy difícil para mí y que me agradecía este gesto para su hermano. Durante el trayecto a la casa de mi padre, ella me contó que su hermano estaba muriendo por un cáncer fulminante y que su gran deseo era conocerme.

Al llegar al pueblo y recorrerlo hasta llegar a la casa, me resultó tan lejano todo, pensé que yo debí de haber crecido en esas calles, pero la valentía de mi madre hizo que todo fuera distinto.

Llegamos a una casa grande, blanca y con un jardín inmenso. Recuerdo que la hermana de mi padre me dijo que esperara en el auto, que avisaría que habíamos llegado, y que podría ver a mi padre de inmediato.

Tengo recuerdos difusos de las personas que se acercaron a saludarme. Solo sé que me llevaron a un dormitorio al final del pasillo donde estaba una persona acostada. Todo lo que ocurrió desde ahí en adelante se difumina en mi memoria y se transforma en recuerdos borrosos. Solo sé que me acerqué, e instintivamente tomé su mano.

—Aquí estoy. He vuelto —fueron las únicas palabras que fui capaz de pronunciar.

Él solo abrió los ojos, apretó muy fuerte mi mano y comenzó a llorar.

Quizás debí decir algo más, tratar de obtener respuestas a muchas de las preguntas que durante años me hice. Pero ya no era el momento de hacerlas y a veces es mejor dejar preguntas pendientes. Pues al final de todo, el pasado no se puede cambiar.

Solo recuerdo que la hermana de mi padre se acercó y me susurró que era momento de despedirme. Le apreté muy fuerte su mano y salí de ahí.

El tren me lleva de regreso a Santiago.

Sé que quizás debí decir muchas cosas o hacer otras, pero verme reflejado en los ojos de mi padre bastó para entender que hice lo que tenía que hacer.

En la estación estaba mi madre esperándome. Al bajar del tren, me abrazó muy fuerte, como si hubiesen pasado meses sin vernos. Me miró a los ojos, me preguntó si estaba bien, como lo hace siempre.

—¿Me acompañas a comprar pan para la once? —me dijo retomando la rutina.

Y nos fuimos caminando juntos...

38 años
Chillán

Primer lugar regional

El llanto

Sara Luisa Roldan Lillo

Son cálidas las noches de verano que guardan el remanso nocturno allá en el campo. Paradójicamente, la noche estrellada alumbrada por una luna de plata que brillaba en las alturas contrastaba con la pena de la joven que la miraba por la ventana de su cuarto. Lucinda era la menor de seis hermanos. Hija de Froilán Valenzuela, lechero del fundo donde nació y creció trabajando para la antigua y nueva generación de los Urrutia Campusano.

Lucinda, con mucho esfuerzo había logrado terminar enseñanza media el año recién pasado. Su padre soñaba con verla titulada de profesora y a ella también le gustaba enseñar. De hecho, todos los veranos la llamaban de las casas patronales para apoyar en castellano y matemáticas a los nietos de los patrones, que venían de vacaciones. Ese trabajo la honraba y lo realizaba con mucho esmero y preocupación. Aunque a veces, los voluntariosos pequeños le tiraban de su cabello negro, largo y brillante lanzándole improperios y descalificaciones, pero ella no bajaba la guardia. La paga era generosa y esto compensaba todos los sinsabores que podía recibir. Además, su presencia no pasaba inadvertida: era una joven morena, alta y buenamoza, de rostro ovalado, grandes y expresivos ojos claros, con un par de labios carnosos y sensuales. Manuel, uno de los hijos menores del patrón, después de terminar la universidad vino de vacaciones al campo. Esta vez, el encuentro con Lucinda, la hija del lechero, lo impactó. La niña morena y desgarbada que había conocido algunos años atrás se había convertido en una atractiva mujer.

El galán no perdió el tiempo y comenzó a cortejarla. En un comienzo, ella se incomodó ante las insinuaciones del joven, pero aquel apuesto galán alto y buenmozo, de sonrisa ancha y ojos azules de mirada penetrante, terminaron seduciéndola con el robo de un beso furtivo un día cualquiera.

Todo había comenzado como un juego de jóvenes adolescentes. Lucinda estaba en conocimiento de que Manuel, una vez terminada su carrera de Derecho, se había comprometido con María Soledad, una rubia y atractiva joven, hija de los patrones del fundo aldeaño. Ella, en su ingenuidad campesina, creyó que entregando todo su amor a Manuel, él podría haber desistido de su compromiso; sin embargo, apenas supo de su embarazo, se alejó de ella.

“Esto te puede ayudar a solucionar el problema”, le dijo parcamente una tarde, entregándole un sobre muy abultado, sin desmontar del caballo. No escuchó una palabra cariñosa de sus labios y se esfumó de su presencia a galope tendido. Lucinda sintió que la tierra se hundía bajo sus pies. Recién comenzaba a darse cuenta de que su enamorado la estaba abandonando a su suerte. En medio de su angustia y desesperación, buscó un refugio y se sentó bajo un añoso encino. Observó el sobre y lo abrió; era una gran suma de dinero. Estaba comprando su cariño en \$1.000.000. Ya todo estaba consumado. Recordaba a su padre trabajando de sol a sol y sentía vergüenza de haberse comportado tan irresponsablemente al embarazarse a los diecisiete años sin medir las consecuencias para su futuro y el de su familia.

Aquella tarde regresó a casa desconsolada. Observó a su madre en el pequeño huerto detrás de la casona. Entró en su dormitorio y guardó el dinero debajo del colchón, como lo hacía siempre. Allí guardaba todo lo que ahorra para costear sus estudios. Luego, se tendió sobre la cama y se puso a llorar desconsoladamente.

A partir de entonces, una fatídica idea comenzó a rondar por su mente. No compartiría su dolor con nadie aún ni con sus padres. Ellos no merecían pasar por el disgusto y la pena de saber que la hija menor en la que habían depositado todas sus esperanzas, iba a ser madre soltera. Había pensado en un aborto, pero lo consideraba abominable. Y ella jamás lo olvidaría. Se convertiría en un martirio para toda su vida. Lo mejor era desaparecer. Sus padres, con el tiempo se resignarían.

Después de tanto pensar y pasar noches en vela, cuando su vientre plano comenzó a erguirse por la nueva vida en gestación, pensó en la frondosa higuera apostada en la cerca distante de la casa. En pleno verano, las ramas de la higuera se ponen blandas y ceden al menor peso. Sin embargo, treparla a plena luz del día despertaría muchas sospechas. Así es que la abordaría por la noche y se lanzaría desde su altura.

Les escribió una larga carta a sus padres. Les agradeció por todo el amor y el cariño que le habían brindado. Les contó de su embarazo de tres meses que comenzaba a desarrollarse y el rechazo del joven Manuel al saberlo. Y les pidió su infinito perdón por alejarse de sus vidas de esa manera. Junto al sobre les dejó el dinero recibido y el ahorrado por ella en el último tiempo.

Con un verano en retirada, a fines del mes de marzo, con la luna alumbrando los campos maduros, secó sus lágrimas y se escabulló en medio de la noche con un solo destino. Caminó hasta los pies de la higuera y se dispuso a trepar dificultosamente sus brazos. Con mucho esfuerzo alcanzó su cúpula; desde allí miró hacia el despampanante cielo estrellado, que parecía increparla. De improviso escuchó un gemido que la sobrecogió. Era el llanto de un recién nacido. Tambaleó y lo volvió a escuchar más nítido y estridente esta vez; instintivamente se aferró fuertemente a la rama principal que la sostenía para no caer. Gruesas lágrimas empaparon su rostro y sus entrañas se retrajeron por la emoción. Y el arrepentimiento fluyó de su alma quebrantada y se mantuvo abrazada a la higuera. Permaneció allí algunos minutos. Desde la casa se oía la voz desesperada de sus padres que voceaban su nombre. Un sobresalto los habría despertado.

Al regresar a casa, con todo su ser contrito, les relató lo sucedido a sus padres que, muy conmovidos, ya habían leído la carta que les había dejado.

“Ese niño será una bendición, está escrito en la naturaleza de su llanto hija”, le dijo su madre.

Aquella noche, Lucinda, más tranquila, se quedó conversando largo rato con sus padres junto al fogón en la cocina. Le contaron que toda madre que escucha el llanto de su hijo antes de nacer, está protegida por una estrella y que el futuro de ese niño se vislumbra muy auspicioso.

Después de la travesía nocturna, antes de irse a dormir, la joven contempló la higuera. Lucía esplendorosa bajo la luna de plata. Una decisión precipitada pudo arruinarle la vida. Desde ese momento añoraría ver nacer a su hijo, escuchar su llanto y apretarlo contra su pecho.

64 años
Chillán Viejo

Segundo lugar regional

Mi Niñita

Fernando San Martín Bello

El aroma a poleo y manzanilla invadía la tarde de ese verano. Los árboles cercanos sin viento parecían Emustios por el calor de ese día, y la huella carretera que por unos cientos de metros se unía al camino principal, estaba tachonada de pequeñas flores amarillas y rosadas, las cuales ribeteaban las orillas de esta, enmarcando un jardín natural de colores que eran la delicia a los ojos de quienes la contemplaran.

Pero a don Manuel ya nada le atraía de aquel paisaje, salvo traer a su recuerdo como todos los días, el momento más triste de toda su vida. Por ese mismo sendero de flores y aromas de verano, su hija, a la cual cariñosamente llamaba “mi Niñita”, se había marchado para siempre. De esto, hacía ya poco más de dos años.

En cada labor diaria de su pequeño campo, su recuerdo le rondaba una y otra vez en su cabeza. Y también en su corazón. Aún no lo podía entender. Él y su esposa también habían estado enamorados. Y aún lo estaban, pero ella... ¿cómo había podido hacerles eso!, y dejándoles solo una breve nota donde les repetía que los amaba, pero que se marchaba junto al hombre que estaba amando con todo su corazón.

¿Cómo poder entenderlo? ¿Cómo poder olvidarla... si ella era su corazón... era su vida... su compañía en todas las labores del campo, desde la mañana hasta la noche, era su ilusión... su todo?

En un comienzo, su corazón bramó de dolor e impotencia, de rabia y desconsuelo. Hasta pensó que la habría castigado, de tenerla cerca... y con mayor razón al que había sido el causante de tanta pena y angustia.

Él nunca había sido una persona violenta, pero en ese momento su corazón se encabritó como un tropel de caballos que lo demolió por dentro. ¡No! No podía entenderlo. Tampoco era capaz de soportar ver a su pobre vieja que desde el día que su Niñita se marchó, no habló más, no lloró ni una sola lágrima, no emitió ni un quejido, siquiera. Solo se encerró en sí misma, ahondando más tristeza, para empezar a marchitarse como flor sin agua.

Sí. Es cierto que en los primeros días y semanas de su partida su dolor lo trastornó en deseos de maldecirla, pero después... al sorprenderse pensando en tamaña locura en contra de su Niñita, terminaba en llanto pidiendo perdón por haberle deseado tanto mal. A ella... a su Niñita... ¡No! ¡Eso no! Si nunca la había regañado siquiera...

Así fueron pasando los días, los meses, y con el tiempo la desesperanza se adueñó de él. Habría hecho cualquier cosa para que regresara a casa, sin importar en qué forma y de qué manera. Ya no había ni una pizca de rencor en él. Su amor por ella había crecido aún más. La recordaba como la buena hija que había sido toda su vida, la que les entregaba cariño y atenciones a ambos, la que alegraba la vida en la casa. Y ahora... ¿dónde y cómo estará?

Pero si la Juana la había tenido casi vieja, casi en el otoño de su vida. Cuando pensaban ya que Dios los había castigado por algo al no darles ningún hijo. Y cuando la Juana brisaba ya los 40, Dios se había acordado de ellos y les había hecho el mayor regalo que podían desear dos viejos; cuando el afán diario de

ambos ya estaba destinado solo a cultivar el terrenito heredado, cuidar la huerta, las avechitas y los animalitos que eran el sustento para vivir.

Y así llegó mi Niñita a alegrarnos la vida. La criamos como un tesoro y así pasaron los años llenos de felicidad juntos los tres. No nos dimos cuenta cuando un día ya era una preciosa mujer. Y tampoco nos dimos cuenta de que un día su naturaleza la despertaría al amor. Y ese día llegó cuando se detuvo frente a nuestro rancho uno de los camiones que transportaba áridos para una represa que se construía en la cercanía. Allí bajó el hombre que deslumbró a nuestra Niñita y sin saber cómo, el amor hizo su magia para que ese día, ya hace más de dos años, nos abandonara y nos dejara sumidos en la más cruenta tristeza y soledad.

Ahora solo nos queda la pena. Todo el enojo y frustración del comienzo se fue. Poco a poco fuimos entendiendo su proceder, aunque nos dolió su decisión. Tal vez pensó que jamás comprenderíamos su sentimiento. El amor tiene cosas que solo la persona entiende. Nosotros con la Juana también las tuvimos y tal vez, en esos momentos hubo algunos que tampoco lo comprendieron.

Por las noches, y cuando solos los dos alrededor del fogón compartíamos los últimos mates, ambos nos sorprendíamos rezando para que algún día regresara. Y si eso no era posible, que fuera feliz donde se encontrara y con la persona que ella había escogido. No podíamos ser tan egoístas... Ella era una persona buena y se merecía la felicidad. La vida nos regala cosas, pero así también tiene el derecho de quitarlas, cuando el destino o Dios así lo dispone. Cuesta entender eso, cuando uno se aferra a las cosas que ama o quiere.

Se ha venido la tarde y pareciera que el perfume de las flores, antes de irse a dormir, se despiden del día soltando sus mejores aromas. Don Manuel ya ha encerrado sus ovejas y la rutina diaria le indica que debe ir a cerrar las trancas para que las vacas no se salgan por la mañana.

Con su paso cansino, su cabeza agachada y cubierta de su vieja chupalla se encamina hacia el portón que da al camino afuerino. De pronto siente una extraña sensación dentro de su pecho y sin entender qué, su corazón comienza a acelerarse. Instintivamente levanta su cabeza y a una decena de pasos adelante están detenidas dos personas. Una más alta y una pequeñita tomada de la mano. No sabe si es una ilusión. Trata de fijar más la vista y se da cuenta de que la mujercita grande está llorando. Se resiste a creerlo. «¡Pero si es mi Niñita!».

Turbado y atolondrado, da unos pasos hacia delante, se detiene y vuelve su cabeza en dirección a su casa y una voz llorosa brota de su garganta para gritar: “¡Vieja! ¡Vieja! ¡Mi Niñita, mi Niñita!...” “¡Papá!... ahora tienes otra Niñita”, en momentos que don Manuel la abraza llorando. A la distancia, y con sus ojos llenos de lágrimas, doña Juana, tomando su delantal con una de sus manos, se lo lleva a sus ojos para que “sus Niñitas” no la vean llorar...

El sol casi se entraba por la tarde dejando sus últimos destellos en la cresta de los árboles cercanos y el aroma del poleo y de la manzanilla lo impregnaba todo a su alrededor.

75 años
Chillán

Tercer lugar regional

Leyenda del maqui

Adelina Elizabeth Belmar Aguayo

Chile es una tierra de gente belicosa desde el comienzo de nuestra historia. De una exuberante belleza, se le ha denominado muchas veces como el edén de Latinoamérica. Su gente, aguerrida, de carácter agresivo, le da su identidad de fuerza y coraje, no solo del hombre, sino de sus mujeres.

Maylen, una princesa mapuche, como lo indica su nombre, era poderosa entre su gente, enérgica y valiente, con un indiscutible liderazgo. Su pueblo era más bien nómada, ya que iba de un lugar a otro buscando mejor pastura para sus rebaños y yendo en pos de las distintas bayas y frutos que la tierra les daba por alimento.

Una tarde se encontraba de pie disfrutando la belleza de unos manantiales que formaban como una taza en el descanso de sus aguas; el perfume de los aceites esenciales de plantas silvestres como el romero, el tomillo, la salvia y el hinojo, se mezclaban con el fuerte aroma del néctar floral. Los ojos se deleitaban con este paisaje; esta magnificencia botánica renace una y otra vez maravillando los sentidos.

De pronto, un alboroto y gritos cercanos le alarman. «¿Qué sucede?», se pregunta. Corre hasta donde está su aldea y la sorprende un contingente de hombres a caballo que llevan unos extraños vestidos y portan en sus manos un madero con un hombre herido tallado en la madera. Queda sorprendida, pero se planta desafiante ante ellos.

—¿Quiénes son?, ¿qué buscan aquí?

Uno de ellos se adelanta.

—No temáis, somos hombres de Dios. Soy el abad Ignacio Ponce del Rey, y venimos en el nombre de nuestro Dios a ayudarlos a conocerlo y bautizarlos en el nombre de Cristo.

Maylen mira desafiante esos extraños ojos color del mar.

—Ya conocemos a nuestros dioses, y les veneramos cada día —dice, mientras no puede apartar sus ojos de esos, color del mar.

Los hombres regresan de cazar y su padre interroga a los extraños. Mientras conversan sobre lo que los trae hasta allí, los frailes se arrodillan para orar; es la hora nona, hora de misa. Extrañados, los nativos los observan; están tranquilos pues los visitantes no portan armas, pero les inquieta la actitud que no logran comprender.

Maylen está inquieta, un extraño presentimiento abraza su espíritu, sus sentidos la golpean como una piedra en el pecho.

Se aleja silenciosamente. Va hasta la ruca de la machi, su confidente; la conoce desde siempre, la única enterada de su secreto.

Los Marilao y los Llao Paillao han sido enemigos mortales; sus aldeas solo están divididas por un río; allí se conocieron, bañándose en aquellas aguas, siendo muy niños. Quillén era muy apuesto, la amaba y ella lo adoraba, pero no podían estar juntos; desde que se conocieron no podían separarse y se reunían en secreto bajo el sauce a la orilla del Bío Bío. Ese lugar tenía una angostura que acercaba sus orillas.

A medida que crecían, se enamoraron con pasión; eran como esas aguas, salvajes, indómitas, y su torrente sanguíneo les quemaba el alma; solo querían estar juntos, pero estaban conscientes de que jamás podrían decírselo a sus familias; es más, estaban conscientes de que podrían perder la vida por ello. Sus familias se odiaban a muerte y preferirían su muerte a unir las aldeas por medio de un matrimonio.

Quillén y ella habíanse cruzado con el abad; un día, buscando agua para beber, los frailes bajaron hasta el río. Estaban abrazados y fueron reprendidos por ellos. De inmediato comenzaron a hablar de aquel Dios desconocido; ellos se negaron y se fueron, pero a los frailes no les pasó desapercibida la turbación de los jóvenes, y comenzaron a espiarlos en los días sucesivos. Un día llegaron hasta la aldea de Quillén y les hicieron preguntas; así se enteraron de la relación que unía a las familias y entendieron el miedo de los jóvenes.

Decidieron que debían evangelizar a aquellos nativos y unirlos como familia, pero se encontraron con seres hoscos, salvajes, y totalmente cerrados en sus tradiciones, no les escuchaban. El abad, soberbio en sus ideas, trataba de imponer aquel evangelio, pero fueron absolutamente rechazados y expulsados de las aldeas, sobre todo cuando querían hablar de sus enemigos. Ignacio Molina, despechado por la actitud de los jefes, les echó una maldición y decidió la muerte de los infieles.

Aprovechando el amor que se tenían los jóvenes, sabiendo que se reunían en aquel lugar, envió a uno de los frailes a una de las aldeas a decirles que los amantes se reunían a tal hora en ese lugar, pero que era una emboscada para matar a Quillén; y a otro fraile lo envió a la otra aldea con el mismo mensaje: que sus enemigos querían matar a su hija Maylen.

De inmediato, ambos jefes se pusieron en campaña para combatir a sus enemigos, y calladamente reunieron a sus guerreros para capturarlos por sorpresa.

Pero la machi, enterada de todo, avisó a Maylen y le pidió que no fuera a reunirse con Quillén. Ella, a su vez, le avisó al joven. Así lo hicieron, pero el destino juega a ser villano y tuerce los caminos para construir su leyenda.

Quillén va a la cabeza de los soldados mapuches, su padre se lo exige; va tranquilo, porque sabe que Maylen no estará allí, lo que no sabe es que su padre envió un mensaje en su nombre a la joven para reunirse en el río antes de la batalla, pero le pide que cruce al otro lado, donde él la estará esperando. La joven va convencida de que la espera, seguramente quiere que huyan juntos. La machi trata de impedirlo, le dice que es una trampa; le dice que, si va, la sangre se convertirá en río; suplica, más no la oye, corre a su lado; el amor le pone alas y vuela rauda.

Ya cruza, va a la mitad de camino cuando aparece la tropa de Quillén; este la ve y aterrado corre hacia ella. Están muy cerca, casi juntos, cuando dos mortíferas lanzas vuelan hacia ellos traspasándoles; una de estas cruza a los dos uniéndolos para siempre, su sangre se traspasa al otro convirtiéndolos en una sola. Los frailes, que les habían seguido, quedaron aterrados; no imaginaron eso, pensaron en una batalla de adultos, de guerreros, no en la ejecución de dos adolescentes enamorados.

La machi es testigo de aquella terrible matanza, y se yergue furiosa y dolida, levanta su amuleto en el aire y maldice a todos con terribles muertes. Luego se acerca a la pareja que, unida por las lanzas, parece abrazarse, y con dulzura la envuelve en una extraña bruma, un cántico brota de sus labios. A medida que crece su voz, el lugar va cambiando, el río se seca y la bruma se disipa poco a poco. En el lugar donde estaba la pareja, crece un arbusto, se llena de flores y, cosa curiosa, sus hojas se enfrentan, son distintas, parecen besarse, son macho y hembra en una misma rama. Luego comienza a llenarse de pequeñas bayas, brotan como lágrimas, de verde van poniéndose rojas como la sangre, luego casi negras. La machi los enfrenta: “Este arbusto les recordará para siempre su pecado y el amor de estos jóvenes, pero, sobre todo, les enrostrará que el odio solo trae muerte. ¡Ay de ustedes! Su dolor será tan grande que sus lágrimas serán como esas pequeñas bayas. Su nombre será Maqui, uniendo los dos nombres, como recordatorio de su amor”.

68 años

Hualpén

Primer lugar regional

Había una vez... *Mirabilis elegans*

María Magdalena Mattar Almazábal

Capítulo I

Su destino, grabado en sus genes, era ser bella, elegante y causar la admiración de todo aquel que tuviera el privilegio de verla.

La característica más propia de sus antepasados había sido siempre proporcionar alegría y belleza con su sola presencia, y eran invitados obligados a fiestas, bautismos y bodas.

Los poetas habían escrito poemas en su honor y los pintores la representaban en dibujos, óleos y acuarelas. Reinas, reyes, príncipes y princesas contaban con su presencia permanente en sus salones y ceremonias.

Pero ella parecía contradecir aquel destino feliz.

Capítulo II

Su frágil cuerpo ya no resistía aquel encierro al cual estaba confinado. La oscuridad era absoluta y su soledad parecía no tener fin.

Año tras año, días ardientes y noches frías se sucedían sin que ella lograra su liberación.

¿Cuántos inviernos, primaveras, veranos y otoños habían transcurrido desde que fuera encerrada en aquella oscura prisión?

Había permanecido inconsciente y sin memoria durante mucho tiempo. Años, tal vez.

Lo que más la torturaba era la falta de agua. Las escasas reservas naturales se habían agotado y quizás moriría sin ver jamás la luz. Pero una energía vital y unas ansias infinitas de ser le impedían claudicar y perder definitivamente la conciencia de sí misma y morir.

Capítulo III

¿Conciencia de sí? ¿Quién era ella? ¿Quién sería cuando saliera de aquel intolerable encierro?

Su opaca apariencia nada decía de la belleza que guardaba en su interior.

El espíritu que anima toda vida le permitía soñar y recordar: colores blancos, azules, rojos, violetas, amarillos, celestes... Fuertes vientos y suaves brisas; el calor y la luz del sol, el frío de noches azules iluminadas por la pálida luna y por refulgentes estrellas...

Su nostalgia era infinita... Nostalgia es el dolor por algo que se recuerda y que se ha perdido. Por lo tanto, ella había existido antes; el recuerdo de esa existencia y de sus orígenes sí estaba en su memoria, aunque su actual situación pareciera desmentir esa vida anterior.

¿De qué color se vestiría al salir de su encierro?, pensaba, no por vanidad, sino porque la aspiración de ser bella y elegante era intrínseca a su ser femenino.

La incertidumbre le causaba dolor. ¿Saldría algún día?

Los años pasaban y nada ocurría. Solo un verdadero milagro la podría salvar, y ella esperaba ese milagro, aunque nada parecía estar a su favor, sino, por el contrario, todo era adverso.

Su vida parecía signada por un destino fatal que no contemplaba la realización de sus sueños.

Ella prefirió dormir... y dormir y, tal vez, ya jamás despertar.

Capítulo IV

Pero aquel año ocurrió algo extraordinario. Su ruego fue escuchado por los espíritus de la luz, de la lluvia y del viento, los cuales se reunieron y tomaron una decisión: actuarían en conjunto, ejerciendo su máximo poder, para ayudarla a realizar sus sueños de belleza, de plenitud y de libertad.

El sol calentó más que nunca la tierra durante aquel verano, y fue por esta razón que ella creyó que moriría, agotadas sus ínfimas provisiones de agua. Pero en realidad, fue para que las aguas de los ríos cercanos se convirtieran en vapor que se elevó hasta las zonas del cielo donde esperaban los vientos fríos que lo condensaron en nubes, y que se volvieron huracanados y las arrastraron, que no hicieron oposición, siendo llevadas hasta la zona desértica donde las mantuvieron suspendidas hasta el tiempo preciso en que se transformaron en lluvia que cayó sobre la tierra seca y árida del desierto, donde dormía la semillita color marrón de una bella flor: *Mirabilis elegans*.

Capítulo V

Verdaderos torrentes de agua cortaron caminos, puentes y vías férreas, siendo noticia destacada en la bella República de Chile la abundancia de la lluvia caída, fenómeno inusual en el Norte Chico, y considerado por espíritus poéticos, el efecto que produciría, como un regalo de la naturaleza en el año de su bicentenario. Finos hilos de plata penetraron hasta lo profundo de la tierra donde había esperado tantos años la semillita que ahora dormía un profundo sueño parecido y próximo a la muerte.

Capítulo VI

Ella despertó y sintió que la vida volvía a su ser. Solo que, al mismo tiempo, la vida significaría también su muerte como semilla, porque la delicada piel que la envolvía se rompió y ella se convirtió en algo nuevo: un pequeño brote que subía y subía. Otra parte de su ser se ramificaba hacia abajo y la mantenía aferrada a la tierra que la sustentaría. Ahora, solo quería salir... y emergió a la noche oscura.

Capítulo VII

Al día siguiente, el pequeño botón se abrió. Se desplegaron delicados pétalos azul-violeta y la bella flor ascendió a la luz junto a millones como ella, formando un jardín multicolor.

El desierto costero parecía nevado por millones de huilles, celestinas y suspiros blancos; ríos rosados de patas de guanacos lo cruzaban, destacando el contraste. Añañucas, dengues, rositas, retamas, copas de oro, cebollines, flores del pato, aguanosas, coronillas del fraile, heliotropos, flores del jote, ñames, tomatillos, alcaparras, varillas, espinos rojos, verbenas, violetas, cuernos de cabra, senecios, sanalotodos, maripositas, garras de león, lirios del campo, y miles de *Mirabilis elegans*, iguales a ella, desplegaban sus pétalos de mil colores.

Era... el desierto florido.

72 años
Concepción
Segundo lugar regional

La Margot

Sergio del Carmen Melgarejo Fuentealba

—¿Así que te metiste con la Margot, cabro bruto, y ahora no *ballai* qué hacer?

La voz transfigurada de la mujer sonó con fuerza. Su rabia tantas veces contenida desde aquel día en que su hombre la dejó con un chiquillo en los brazos para tomar otros rumbos bajo el juramento de que algún día no muy lejano volvería a hacerse cargo de él, era la respuesta a todos los años de sufrimiento en el duro batallar de la crianza en el campo. Tomó entre sus manos la sartén de cobre en la que hervía un resto de cazuela de pava puesta a calentar sobre el fogón y la llevó a la mesa. El viento que se colaba por las hendijas de la bodega que servía de cocina, hizo vacilar la luz del chonchón alertando lo que se venía. Habría temporal esa noche. Afuera y adentro.

—¿Tú *sabís* quién es la Margot, no es cierto?

Ismael no respondió y miró a su madre con temor. Su rostro brilló recortado en el claroscuro de la incógnita. No sabía qué hacer. Sí, ella tenía razón en molestarse, pero ¿qué iba a hacer? Cuando la mujer decide abrir los sentidos y entregar todos sus secretos, no hay cuerpo de macho que se resista, y él no quería ser apuntado con el dedo por sus amigos, ni mucho menos ser el hazmerreír del pueblo cuando bajara de la montaña a echarse unos tragos al bar de *'on Cleme*. Pero la Margot, que era la mujer más codiciada en muchos kilómetros a la redonda por su belleza y juventud, siempre escuchaba todas las canciones que le cantaban al oído; luego ella elegía el ritmo que más le acomodaba y se dedicaba después a desprestigiar su buen nombre. Y esa noche, ella lo había elegido a él para abrirle los ojos y hacerle ver que había otra vida más allá de los cerros, una vida distinta, de otra felicidad. Alta, muy delgada, tenía una rara voluptuosidad, mezcla de garza y de puma, y sus profundos ojos ambarinos eran la perdición de todos los lugareños que bajaban al pueblo.

—¡Toma! —le dijo—. ¡Come, será mejor!

La fuente de greda pasó por delante de los ojos de Ismael y por efecto del golpe sobre la mesa, derramó parte de su contenido sobre el sucio mantel. La presa saltó y cayó al suelo siendo prestamente arrancada de sus manos por los hambrientos dientes del Rambo, su fiel perro, que lo acompañaba en todas sus correrías. Él pensaba convidarle, como siempre hacía, un trocito de carne, pero ahora era el Rambo el que tenía que haber pensado en él, y no lo había hecho. Mientras comía la sopa escuchó la voz de su madre que le dijo:

—¡*Vai* a tener que irte de aquí nomás, ahora mismo, Ismael! En el *pueulo* ya andan hablando de esto y no faltará que la noticia llegue a oídos del Chamba, que tú le entraste mano a su mujer, *pa'* que quede la *tendalá*. Vos *sabís* cómo es ese punga de *güeno pal* cuchillo. Él es hijo de la maldad, Ismael por Dios, y no te lo perdonará; así que arregla tus cosas, será mejor, y déjame sola nomás, yo puedo arreglármelas; ¡no será la primera vez que lo haga!

Ismael salió al patio arrastrando los pies hasta llegar a la tranquera como queriendo abrazar la tierra que lo había cobijado desde niño. Miró a la montaña. Quería que una pequeña parte de esos cerros se le pegara al cuerpo como una segunda piel para irse tranquilo. A lo lejos, negros nubarrones sitiaban el cielo sus-

pendidos en los altos picos cordilleranos. Sí, tenía que irse, estaba corriendo un gran riesgo quedándose allí y metiendo en problemas a su madre. Comenzaba a anochecer y tenía que actuar con rapidez. Su madre, con todo el dolor del mundo, lo estaba echando de la casa y tenía que obedecerle. Era por su bien. Volvió sobre sus pasos y entró a la pequeña casa buscando la antigua maleta de propiedad de su padre que le dejara como recuerdo cuando se marchó. Cerró los ojos y lo recordó como un hombre alto, muy alto. Claro, él era solo un niño, y si bien nunca había entendido las razones de su partida, pensaba que en algún momento lo iba a necesitar. Pero se había ido dejándolos solos y marcando, como un animal, la propiedad al pie del castaño de la casa.

Y salió. En la maleta, algo de ropa, un sombrero y algunos zapatos viejos y, en un rinconcito, muy camuflados y custodiándolo todo, sus más queridos recuerdos: el hogar, la huerta, los amigos, y especialmente, el recuerdo de su madre, suave y severa como siempre, mirando al cielo alterado por la lluvia. El Rambo, entretanto, desconcertado, enredaba sus pies y no lo dejaba caminar. “¿Te vas conmigo?”, le preguntó, acariciándolo, pero el perro no respondió. Al pasar por el castaño decidió que él también tenía que dejar su marca y orinó la raíz. “Abre los ojos, hijo”, le había dicho una vez su padre; “el tiempo también madura, y si alguna vez te vas, debes saber que los animales siempre dejan su marca cuando se van. Algunos regresan un día; otros se van para siempre”.

No pasó un gran tiempo para que Jacinta supiera de Ismael. Estaba en el sur trabajando con el tío Peyuco. Eso la tranquilizó. Las noticias en el campo, según decía, “vuelan en el pico de los pájaros y no mueren hasta llegar a su destino”. Por lo menos sabía que su hijo estaba bien y eso bastaba para tranquilizarla. Si volvía o no, era cosa de él; total ya era un león de montaña y tenía que enfrentar la vida solo, como un animal que, enriquecido de experiencia, nace y muere en soledad.

Era tardecito ya cuando Jacinta, que estaba aporcando una hilera de papas en el huerto y midiendo el paso del tiempo en su cama de siembras, vio venir a lo lejos una carreta. Su corazón latió con fuerza. Hacía tiempo que nadie venía a casa y los “tablones” habían verdeado más de dos veces. El Rambo, parado en el vano de la puerta, frunció el ceño y ladró fuerte echando a correr hacia los bueyes. Al llegar a las puertas de la tranquera, el carretero detuvo los animales y de la carreta bajó una mujer alta y flaca que traía un pequeño bulto en los brazos.

—¿Está el Ismael? —le preguntó a Jacinta.

—¡No, no está!

—Bueno —dijo, dejando el bulto entre sus manos—, ¡dígame a ese, cuando llegue, que aquí le traigo a su hijo *pa'*que lo críe!

Quizás sería por la sorprendente familiaridad en el trato de esa mujer que Jacinta, desconcertada por la situación, se quedó allí sola parada en la huerta, con el pequeño bulto entre sus brazos y mirando cómo se perdía la carreta en la lejanía. Luego, en un impulso irresistible, levantó el paño que cubría el rostro del niño, y al ver la luz que brillaba en esos pequeños ojos azules, dijo: “¡Yo siempre supe que mi hijo volvería algún día!”.

Vientos del este

Óscar Javier Medina Maureira

No estaba seguro de si el camino que había tomado correspondía a las indicaciones aparecidas en el papel que mi madre anotó. Recordaba un poco haber pasado una vez por ahí, hace un par de años atrás, cuando la acompañé a ver a una señora, quien le había cantado unas canciones bastante raras, llevando el ritmo de solo un tambor de cuero pintado. Fue hace tanto tiempo que, la verdad, me costaba encontrar una ayuda para orientarme, como un árbol, una piedra, o algún otro indicio que me indicara que iba por la ruta correcta.

Me costaba respirar, y los dolores de los huesos se intensificaban por momentos. Llegué hasta una intersección de dos caminos, muy parecidos entre sí. Uno me llevaba hacia el este, mientras que el otro seguía hacia el oeste. Revisé el papel que tenía en mi mano, lo extendí con cuidado y leí lo que estaba marcado. En él solo aparecía un camino con una mancha extraña, y no se asemejaba a lo que estaba en frente de mí. Me di cuenta de que me había perdido.

Giré para regresar, pero algo me detuvo. Una imagen del otro lado del cerco atrajo mi atención. No era habitual que se encontraran objetos llamativos en lugares aislados. Lo único que ves es vegetación, troncos de árboles viejos, animales perdidos y viejas casas abandonadas por aquí y por allá, que fueron habitadas por personas que ya hacía tiempo no existían. La figura estaba sobre una roca en medio del campo. Desde ahí no lograba distinguir qué exactamente era. Intenté ajustar la visión, pero me fue imposible. Estaba muy alejado. Dudé un momento antes de saltar. No acostumbraba invadir terrenos ajenos, pero la curiosidad me estaba matando por dentro. Así que subí con dificultad y salté hasta el otro lado.

Caminé con miedo. Miraba en todas direcciones por si veía aparecer al dueño apuntándome con un arma, o un embravecido animal dispuesto a morder al intruso. El ruido, al dar los pasos sobre el pastizal seco, silenciaba todo a mi alrededor, hasta los chillidos de los pájaros que veía volar sobre mi cabeza pasaban desapercibidos.

Estaba a solo metros de la piedra. Por suerte, nada había ocurrido en el angustiante trayecto. Las sienas de mi cabeza palpitaban dolorosamente. La figura que se posaba en la base de la roca, comenzaba a tomar forma. Primero, noté una silueta como la de un insecto gigante, pero a medida que me acercaba, la estructura se transformaba en un aspecto más realista. El modelo era de una viejita, en una pose humilde y solitaria. Sus manos, entrelazadas sobre su regazo, sujetaban un pequeño cofre brillante. Todo estaba hecho de madera, menos el cofre.

Me sentí extraño ante aquella inusual escultura. Me pregunté, por qué algo como eso se encontraba abandonado, expuesto en medio de la nada, exhibiéndose como el arte de un artista desconocido en una galería sin público. Era muy raro. Comencé a buscar algo más que señalara que alguien lo habría dejado ahí por alguna razón en particular. No vi nada.

Tuve el impulso de regresar y dejar ahí la figura de la anciana. Ya había saciado la inmensa curiosidad de saber de qué se trataba. Se estaba haciendo tarde, y era hora de regresar. Además, aún me quedaba por

encontrar la casa que estaba buscando. Pero no pude. No quería dejar ahí la escultura. Al verla era como si me pidiera que no la abandonara en ese lugar frío y aislado; que la tomara y me la llevara conmigo a un lugar más cálido y reconfortante. Y como si me lo hubiera dicho con su propia voz, la saqué de la piedra y me la guardé debajo de mi manta. Esperé un momento por si algo pasaba. Al notar que todo seguía igual de tranquilo, me fui por donde había llegado y me alejé a paso raudo hasta llegar a la cerca, cansado y sin poder respirar por el ataque de tos. Esperé hasta recuperarme. Crucé la cerca y seguí mi camino con mis piernas adoloridas.

Pasó un buen rato antes de encontrar lo que estaba buscando. Había tomado la ruta que iba hacia el oeste, y fue ahí, justo al terminar la estrecha senda, donde hallé la supuesta casa. El camino se unía con la única entrada, sin puertas, como si por alguna razón que desconocía, el acceso a la vivienda mirara hacia el este de forma exacta.

No era para nada como me lo había descrito mamá. Para empezar, no era precisamente una casa, sino una ruca. Una construcción que me parecía haber visto antes. Revisé el papel por cuarta vez. No había ningún error. El dibujo estaba bien. Al regresar a casa me disculparé con ella por decirle que no sabía dibujar.

Un familiar y agradable aroma salió del interior de aquel lugar. Tan delicioso que los sentidos del gusto y del olfato se alocaron. Me sentí como un animal hambriento.

—¡Hola! ¿Hay alguien? —pregunté con timidez.

—Pasa, niño. Te estaba esperando —dijo una voz suave y temblorosa. Su acento, que había oído antes en algún momento de mi vida, caló hondo en mi cerebro—. Ya están casi listas las empanadas de digüeñes, tus preferidas.

«¿Cómo lo sabe?», pensé mientras entraba.

En medio había una fogata. Sobre ella, una olla de fierro que colgaba entre unas vigas de madera rústica. Una anciana sacaba de la olla unas humeantes empanadas, que dejó sobre una tabla. El olor se intensificó.

—Ven, ven. Siéntate —dijo ella apuntando con el dedo, pero sin levantar la vista—. Calientitas y recién salidas, son mejores.

Extendí la mano para sacar una. Me senté frente a la extraña mujer.

—Mi mamá me mandó. Me dijo que viniera donde usted a buscar algo para ella —la anciana asintió. Cuando lo hizo, su cintillo hecho con monedas de plata tintineó melódicamente. Sus trenzas se sacudieron al mismo ritmo.

—¿Trajiste algo para mí?

—No —dije mientras me llevaba la empanada a la boca. A pesar de estar caliente, disfrutaba el sabor del jugo que corría por mi barbilla—. Nada me pasó para usted.

—¿Y lo que traes debajo de tu manta? —respondió ella aún sin mirarme. Removía las cenizas debajo de la olla, hasta que sacó un disco ahumado parecido a un trozo de pan.

La estatuilla estaba tan bien guardada que lo había olvidado por completo. «¿Cómo lo supo?», me pregunté. La saqué y la miré con más detenimiento. Para mi sorpresa, noté que la figura se parecía bastante a la misteriosa anciana. Levanté la vista y por primera vez ella me miraba fijamente.

—¿Te costó mucho encontrarla? —negué con la cabeza—. ¿Alguien o algo trató de impedir que la sustrajera? —respondí que no—. Cuando la sacaste de la roca, ¿sentiste algo entre tus manos, como una corriente eléctrica? —volví a negar con la cabeza. Las preguntas me confundían y me asustaban—. Bien, déjala junto con las demás. Pero antes, dentro del cofrecito que la estatuilla tiene en sus manos, debes echar uno de tus cabellos.

A pesar de que todo era muy extraño, lo hice sin decir ninguna palabra. Deposité la estatuilla en una repisa donde descansaban otras más.

—Ahora, llévale estas ricas tortillas y empanadas a tu madre, y dile que su deuda ha sido cancelada, y que el mal que les aquejaba ya fue eliminado.

Al salir de la ruca, las palabras de mi madre resonaron en mi cabeza: “Hijo, depende solo de ti ahora. Ve y vuelve sano con nosotros”. Por alguna razón ya no tenía tos, ni tampoco dificultad para respirar. Los mareos se esfumaron, y mi piel volvía a su color natural. Era como si ya no tuviera aquella espantosa enfermedad: leucemia.

45 años
Temuco

Primer lugar regional

La chiva

Gloria Lepilaf

Magdalena es la mayor de tres hermanas, por lo que debió reemplazar al hermano que nunca tuvo. Aún de noche y amparada en la espesa neblina, ella se encaminaba hacia el fundo de los gringos para atalajar su ganado en los abundantes pastizales, cuando este escaseaba en el reducido predio de su padre.

La feminidad pasaba inadvertida bajo una tosca vestimenta masculina. Su larga y oscura cabellera la ocultaba en un andrajoso sombrero y la manta de cáñamo era lo suficientemente abrigadora en las brumosas mañanas. Si algún campero advertía su presencia infamándole con un lenguaje poco decente, llamándole “indio de mierda”, mencionando a su madre o cosa semejante, Magdalena respondía con los mismos insultos, ocultando siempre su identidad femínea.

De vuelta en casa, continuaba ayudando a su padre en distintas tareas. Enyugaba los bueyes a la velocidad del rayo, y colgando la carreta, se disponía a transportar los sacos llenos de cereales hacia el granero.

Cuando la niebla extendía su manto por largas horas, era el día predilecto de Magdalena, porque facilitaba la caza del apetecido conejo, la escurridiza liebre o la bulliciosa perdiz. Siempre traía algo entre manos, a veces el cadáver de un zorro bastaba para hacer presunción de su fama de buena cazadora, o el apestoso aroma de algún chingue, con el cual, según su versión, tenía que luchar auxiliada por Wiki y Guardián, sus perros e inseparables compañeros.

Magdalena era capaz de doblegar al más chúcaro caballo solo con un buen rebenque, y aunque fuera en pelo, clavando la puya recorría al galope los ondeados caminos.

Con su trabajo logró reunir una cantidad de reses que administraba personalmente, entre las cuales, a veces, también sufría pérdidas, como la vez en que vio morir a su vaca overa junto a su ternerillo recién nacido. Magdalena enfrentó la difícil situación y comercializó la carne entre los vecinos, con lo cual obtuvo adecuados ingresos. Con la piel del recién nacido fabricó coyundas y cabestros, mientras que la resistente piel del animal madre se oreaba para ser comercializada por un precio mayor.

Un pariente de la comunidad contigua, que sabía mucho de negocios, hizo una tentadora oferta que Magdalena no pudo resistir. Pronto llegaron a un acuerdo y cerraron el trato. El tío le ofreció una chiva joven y fértil.

—Es “mellicera” y está *preñá* —comentó el tío Félix, entusiasmado aún más a Magdalena.

Magdalena nunca había tenido chivos, por lo que aceptó casi sin pensarlo. La permuta quedó fijada con fecha y hora, y el tío se fue con el cuero y lazos de los fallecidos animales.

Magdalena soñaba despierta con blancas lomas cubiertas de chivos balando y saltando retozones por las faldas aldeañas a su casa.

Llegado el día, se levantó temprano y echó rumbo hacia el sur. Allá, detrás de los cerros, humeaba la casita del tío Félix. El ganado ya pastaba en medio de los faldeos. Ella esquivó los quiltros que ya mordían sus pantorrillas.

Félix se tomó su tiempo antes de atender la presencia de Magdalena, hasta que salió entre rezongos y muecas. Magdalena no tuvo tiempo siquiera de saludarlo, cuando él la pone al tanto:

—No te daré la chiva, porque justo esa se perdió —le dijo secamente.

—Entonces me da otra y asunto arreglado —contestó Magdalena con firmeza.

Félix era conocido por su mal genio y arrebató de palabras, pero como al fin y al cabo era su sobrina, se excusó con una serie de explicaciones sin ninguna base aparente, con el fin de no darle el animal acordado.

Magdalena se dio cuenta de que no tenía caso seguir con la discusión y volvió a casa con las manos vacías y un amargo sabor por la burla recibida. No lograba entender cómo pudo ser engañada por un pariente que resultó ser un gran bribón y que echó por tierra toda la ilusión de convertirse en dueña de una manada de juguetones caprinos.

Aún no llegaba a casa cuando su madre la divisó entre los matorrales, y advirtiendo su malestar, le preguntó en alta voz:

—¿Y la chiva?

—¡Quééé, si allá el viejo me salió con otra “chiva”! —respondió Magdalena demostrando su enfado.

—¿Trajiste dos? —preguntó con una mezcla de duda y ambición la ilusionada madre.

51 años
Galvarino
Segundo lugar regional

Caminos heredados

Óscar Javier Medina Maureira

Cada rebote que daba, la espalda me dolía más y más, y mi cabeza retumbaba por cada salto, al pasar sobre un bache o piedra esparcida por doquier en el camino. Estaba acostumbrada a estar arriba de la carreta, pero nunca había durado tanto en ella. Ya habían pasado más de dos horas y todavía no llegábamos a nuestro destino. Mamá me había comentado que el viaje iba a ser largo, pero jamás creí que tanto. En un principio disfrutaba del trayecto, pero al pasar las horas, esa grata sensación se transformaba casi en un suplicio. Mis manos temblaban de cansancio al aferrarme con fuerza a la tabla en donde estaba sentada. No entendía por qué teníamos que ir tan deprisa si aún quedaba mucho tiempo para que el día acabara. Salimos de casa muy temprano, pero a pesar de eso, mamá se empeñaba en poder llegar lo más pronto posible a aquel lugar, como si de eso dependiera la vida de ambas. Cada vez que intentaba entablar alguna conversación como para sobrellevar de mejor manera el viaje, ella solo respondía de manera apática, y con argumentos que no lograba comprender. Se comportaba de manera extraña, como si el solo hecho de respirar a su lado le molestara de sobremana. Pero en algunas ocasiones, cuando me la quedaba mirando, notaba que sus ojos parpadeaban de manera repetitiva y constante, llenándose de lágrimas que luego corrían por sus mejillas. Pensé por un momento que quizás era producto del fuerte viento existente, pero cuando su boca temblaba, esa idea quedaba en el limbo de la posible realidad. Me quedé pensando un buen rato, buscando alguna razón de su extraño comportamiento. Algo pude haber hecho, algún motivo le di para que estuviera molesta conmigo. Pero la verdad, no encontré ninguno que hiciera creer aquello.

Toda mi vida me he dedicado a ayudar en casa a primera hora de la mañana. Antes de que el gallo cante al amanecer, yo ya estaba levantada, preparando el desayuno, luego de haber ido por agua en el pozo para servir el mate que tanto le gusta a mamá, y a ordeñar a Luly, nuestra vaca, para preparar la mamadera para mi hermanito menor que nunca debía faltar. Cuando mi madre comenzaba a trabajar en la confección de mantas en su viejo telar, yo me dedicaba, durante el resto del día, a las labores de limpieza de la casa y el cuidado de algunos animales que aún conservamos. Así que por ese lado, no existía nada malo en mi gestión. Muy pocas veces me quedaba el tiempo para salir a jugar con mis amigas, Sara y Mirta, en el pequeño arroyo que estaba detrás del gallinero. Pero apenas lograba encontrar ese tiempo, y sin perjudicar las labores de mi madre, no dudaba en salir corriendo a buscarlas, a pesar de hallarme al borde del cansancio. A mis nueve años no podía pensar en otra cosa que salir a jugar y disfrutar con las demás niñas de mi edad. No desaprovechaba esos pocos minutos. Claro que no, ya que no todos los días tenía esa suerte. Pero ayer fue distinto. Un día como ninguno que haya vivido antes. Nunca me habían celebrado el cumpleaños. No porque no hayan querido, sino que la situación no daba para invertir en ese tipo de cosas, y yo lo comprendía perfectamente. La falta de un padre en el núcleo familiar, hace que las cosas se vuelvan más difíciles para cualquier mujer con dos hijos a su espalda. Ese día, todo fue como un maravilloso sueño, un sueño del que no quería despertar jamás. Por primera vez, no estuve dedicada a servir a los demás, más bien ocurrió lo contrario, como si fuera una elegante e importante princesa a quien había que consentir con regalos y manjares. La verdad es que así me sentí durante todo el día. Por un momento pensé que no me lo merecía, que no era necesario tal festejo, pero al ver a mi madre reír conmigo, disfrutando de la fiesta, sentí que tanto yo como ella nos lo merecíamos.

—Hemos llegado —dijo mi madre repentinamente, interrumpiendo mis pensamientos.

No me había dado cuenta de que el paisaje había cambiado por completo. El caballo no empujaba la carreta sobre tierra, piedras o barro, sino que caminaba en una hermosa alfombra verde, con muchas flores amarillas

que decoraban el amplio suelo. Cuando levanté la vista, una enorme construcción se interpuso ante nosotras. Una gran casa, con muchas ventanas y grandes puertas, magnificaba el paisaje como un gran castillo medieval. No podía creerlo. Daba la impresión de que estaba en el sueño de ayer, y que no había despertado aún.

Mamá se detuvo al ver que, de la entrada principal, salía una mujer de avanzada edad. Ella caminaba erguida hacia nosotras con una mirada elocuente y un tanto adusta. Mi madre se bajó de inmediato, mientras que yo me tuve que quedar arriba sentada sin saber qué hacer. Luego de un momento largo de espera y de que ambas entablaran una conversación un tanto extraña, la mujer me hizo una seña con la mano para que me acercara.

A medida que caminaba, comencé a recordar muchas cosas, mientras observaba con más detenimiento el lugar en el que me encontraba. Hacía un tiempo que yo había dejado de hacer cosas de niña, para convertirme en alguien mucho mayor para ayudar en casa de forma permanente. Y los estudios habían pasado a un segundo plano, dejando la escuela repentinamente y sin un motivo aparente. Creí que solo era por un tiempo, pero ya habían pasado dos años; un tiempo demasiado largo sin poder abrir un libro delante de una profesora y de mis compañeros. Recordé algunas palabras de mi madre cuando me contaba de su vida cuando era muy pequeña. Historias de cómo se había dedicado a trabajar a muy temprana edad para ayudar a su familia. De cómo había aprendido de la vida sin la necesidad de tocar un libro; o las tantas ocasiones en que su madre, y otra señora, le enseñaban a usar las manos en diversas labores, de manera que lograra valerse por sí misma. Cada palabra que rememoraba de la boca de mi madre, comenzaba a cobrar sentido en esos momentos.

Los pasos que daba me significaba un esfuerzo descomunal, al comprender la razón por la que yo me encontraba realmente ahí. El silencio de mi madre durante el viaje y las miles de historias contadas por ella repitiéndose en mi cabeza, estaban cobrando un sentido aterrador.

—Hija, ella es la señora Marta —al oír aquella palabra, todo encajó finalmente. Todas las historias estaban basadas en un solo nombre, y era el de esa señora que me miraba seria y sin expresión. La mujer que ayudó a mamá de pequeña, la que había sido como una segunda madre para ella, la señora que al final había sido su patrona—. Es la persona de la que tanto te he hablado. Desde ahora te quedarás aquí, tal como yo lo hice a tu edad.

No dije nada. Me quedé en silencio viendo a mi madre intentando contener sus lágrimas. Comprendí que la fiesta de ayer no había sido un festejo real por mis diez años, sino más bien fue como una despedida, un adiós definitivo a la infancia para pasar de lleno a la vida de una adulta en un lugar ajeno. No me apenaba dejar a mi madre sola ni a mi hermanito a su cuidado, más bien me entristecía el hecho de no haber tenido la oportunidad de poder elegir. Por lo visto, eso era prácticamente imposible.

Mi madre me dio un beso en la frente, asintió a la señora y se fue hacia la carreta sin decir nada ni voltear para mirarme. Mientras ella se alejaba, yo caminaba junto a la mujer, quien me empujaba con su mano en mi espalda hacia el interior de su gran casa. Miré hacia atrás con la esperanza de ver a mi madre correr hacia mí, arrepintiéndose de lo que había hecho. Pero nada de eso ocurrió.

Suspiré entristecida, pero no lloré. Di mi último paso hacia mi nueva casa, hacia mi nueva vida. Una vida de soledad, sin infancia y sin niñez.

45 años
Temuco

Tercer lugar regional

El violinista

Tamara Marlene Contreras Dornemann

Para Roberto, el tiempo siempre había sido un misterio que, a pesar de todos sus intentos, jamás había podido descifrar. No comprendía que, aunque rara vez sintiera su paso, siempre pudiera ver tan claramente sus huellas. Hoy, ya no podía referirse a sí mismo como un hombre joven. Sin embargo, el tiempo que se llevó su juventud le dejó en su lugar sabiduría. Y Roberto estaba por darse cuenta de que el intercambio no había sido tan injusto.

Ya no estaba en su tierra, ya no estaba con su gente. Había llegado tan lejos como podía, y aquí era casi imposible encontrar el menor vestigio de familiaridad. Solo había logrado traer consigo un poco de dinero, una maleta vieja con ropa y su violín, pero en el campo, ¿de qué podría valer su oficio? Este era el último lugar donde se podría necesitar un violinista. Así, entonces, no tenía más que dos opciones: quedarse donde no podía trabajar, o vender su instrumento de trabajo para ir a un lugar donde sí pudiera, pero sin nada que se lo permitiera.

«Estoy prácticamente en medio de la nada —pensó Roberto—. ¿Qué podría hacer acá? Debo salir de aquí primero, podré comprar otro violín después».

Le tomó un poco más de una hora llegar al pueblo más cercano. No había mucha gente, pero era más de la que había visto en días. Sin intentar disimular, algunas personas lo observaban mucho; era para ellas muy evidente que él no era de ahí, porque de serlo, por supuesto, ya sabrían todo sobre él. Tímidamente se acercó a una anciana para preguntarle dónde había una tienda, y se sonrojó cuando ella apuntó justo atrás de él. Luego de darle las gracias, se apresuró a entrar.

—Buenas tardes —dijo Roberto, casi como una disculpa.

—Buenas tardes —contestó afablemente el vendedor—. ¿En qué le puedo ayudar? ¿Qué desea comprar?

—La verdad es que no vengo a comprar nada. Al contrario, quisiera vender algo: mi violín. Necesito venderlo para poder irme. Bueno, lo que necesito es dinero y no tengo nada más que vender.

Él vendedor guardó silencio por unos segundos. No era usual que un extranjero llegara a la tienda y menos intentando vender algo. No obstante, él entendía muy bien su situación, y bastó solo un momento para que se viera a sí mismo en Roberto, porque, aunque no lo aparentaba y ya no lo sentía, el vendedor tampoco era de allí.

—Me llamo Pablo —dijo el vendedor—. Soy el dueño de esta tienda... bueno, el dueño, el vendedor, el cajero, el repartidor...

—Mucho gusto —contestó sonriendo Roberto.

—Mucho gusto. ¿Puedo ver el violín, por favor? También me gustaría escucharlo tocar, si es posible.

Pablo lo observó por unos instantes, empatizando con la nostalgia que Roberto mostraba al tener que venderlo y siendo inundado al mismo tiempo por la propia, la cual no supo esconder.

—Claro, se dará cuenta de que la calidad del sonido es excelente —afirmó Roberto.

Tan pronto él comenzó a tocar, Pablo pensó en su madre. Ambos habían llegado a Chile cuando él era tan solo un niño, huyendo de muchas cosas, tal como él sospechaba que lo había hecho Roberto. Ella era profesora de música, y desde su fallecimiento, la única escuela de la zona no había vuelto a contar con quien la enseñara.

Habiendo terminado de tocar, Roberto notó que los ojos de Pablo brillaban con lágrimas que aún no caían. Y aunque esta situación lo confundía, al mismo tiempo estaba un poco reconfortado por cierta familiaridad que él le hacía sentir.

—¿Por qué desea irse de aquí? —le preguntó Pablo—. Dice que necesita dinero para eso.

—No puedo trabajar aquí, nadie necesitaría un violinista en el campo. Llegué hasta donde me lo permitió el dinero que tenía. Tuve suerte, porque un amigo de un amigo me recibió, pero no me puedo quedar por siempre con él, y si quiero seguir mi camino, necesito más dinero. Al menos en otro lugar podré trabajar en otra cosa. Aquí no veo en qué podría ser útil.

—Tenemos mucho de qué conversar —aseveró Pablo con una leve sonrisa.

El tiempo continuó pasando con su acostumbrada sutileza, pero la sabiduría con la que hoy contaba Roberto, lo ayudó a aprovecharlo y a impedir que pasaran los años en vano. Y luego de cuatro años como profesor de música, miraba cómo sus estudiantes amaban aprender tanto como él amaba enseñar.

—¿Cómo le está yendo a mi hijo? —preguntó Pablo—. Le compré el mejor violín que pude.

—Excelente, como quien lleva la música en su sangre —declaró Roberto.

—Muchas gracias —manifestó Pablo.

—¿Por qué?

—Por estar aquí.

—Es raro... —dijo inmerso en sus pensamientos, Roberto.

—¿Qué cosa?

—Sentirse bienvenido. Sentirse necesitado. No era algo que yo esperara.

—Bueno, uno nunca sabe dónde lo van a necesitar. Y, de cierta forma, yo creo que ellos sí te esperaban a ti —declaró Pablo, mirando a los estudiantes prepararse para dar un concierto.

Roberto se alegró al darse cuenta de que, aunque la juventud ya no era parte de su vida, todavía quedaban muchas historias por ser escritas en ella. Porque, a pesar del paso del tiempo, siempre habría nuevos comienzos.

28 años
Valdivia

Primer lugar regional

Un té debajo de las camelias

Fidel Antonio Toledo Jerez

—Mamá —gritó Alfredo—, ¿qué es un misterio?

—Algo complicado —respondió Rosaura, sin mucho afán.

Alfredo nada se interesó por una respuesta que le pareció sosa. Aprovechando el día soleado, tomó su caballo de palo y se endilgó hacia el río. Pese a que ya había entrado el otoño, el día era cálido, corría un viento tibio y solo algunas nubes tenues empañaban el cielo. Era un viaje sin destino, corretear lagartijas que aprovechaban los últimos días de sol para calentarse sobre troncos caídos; pasar a recoger algunas uvas al viñedo colindante a su casa, matar algún parajillo distraído a la orilla del río. Rosaura le previno que no tardara, que los días ya estaban empezando a acortar y que oscurecía más temprano. Para un niño de 10 años, esas eran recomendaciones para no tomar en cuenta; la aventura siempre implica riesgos. A orillas del río encontró el tronco de ciprés con el cual navegaban con su primo Enrique durante los veranos. Eran tiempos felices, días completos junto al río, almuerzos al aire libre, la casa llena de gente y sus padres muy alegres. Le encantaba el verano. Por eso ahora, preso de la nostalgia estival, se encaramó en el tronco y se echó al agua. Su imaginación se fue volando a mares lejanos, caudalosos ríos que se juntan con el mar; se hizo capitán de un gran barco y conquistó una isla llena de tesoros. Volvió a su pueblo, pequeño, polvoriento, de casas pobres, pero era su pueblo que lo había visto nacer y él volvía triunfante. Fue tan largo el viaje y tan agotador, que, haciendo eco de la recomendación de su madre, emprendió el regreso al ruco. Sin embargo, al pasar por el frente de la casa patronal del fundo de los Garmendia, notó que uno de los portones estaba entreabierto. Movidio por la curiosidad, alimentada por el aspecto misterioso que el paso del tiempo le había otorgado a la casona, se acercó a la vieja estructura de fierro y, desde ahí, escudriñar algunos detalles del caserón que el grueso cerco de ligustrinas no dejaba ver desde el camino. Mientras sus ojos miraban curiosos el aspecto de abandono del jardín, aromáticas adelfas hipnotizaban el ambiente. Por eso mismo, no advirtió el momento en el que una anciana apareció en el corredor de ladrillos de la casona, en el acceso principal. No tuvo tiempo de pensar en retirarse cuando la mujer de cabellos plateados, alta y de aire distinguido, le sonrió y, con una mano, le hizo señas para que se acercara. Con algo de timidez, Alfredo y su pingo de palo caminaron por un largo pasillo de arcilla roja hasta estar junto a la longeva figura; era misiá Altagracia Montes.

El fundo de los Garmendia llevaba años en estado de abandono. A la muerte de Federico, su viuda Altagracia mantuvo en alto la producción del campo. En verano, eran decenas de trilladoras que salían y entraban al fundo, miles de sacos de trigo eran enviados al centro de carga de ferrocarriles de San Agustín. El fundo también se vanagloriaba de tener una de las lecherías más grandes y modernas de la zona. Más de trescientos peones le daban vida al cultivo de trigo, la ganadería, la cría de cerdos y cien hectáreas de viñedos de las mejores cepas. Fueron años de gloria del fundo de los Garmendia. Sin embargo, en un abrir y cerrar de ojos, el campo cayó en desgracia y el abandono. Poco a poco, los peones fueron despedidos; se dejó de producir leche y el ganado rápidamente desapareció del campo. Junto con ello, se empezó a notar el abandono de la casa patronal, otrora una verdadera mansión, flanqueada por una hilera de elegantes palmeras abanico. Por el costado sur del primero de cuatro accesos a la casona, se erigía una pequeña pérgola, rodeada de una variedad de camelias; las había blancas, rosadas, rojas, jaspeadas y granates; la entrada de la pérgola estaba custodiada por una fuente de agua que un querubín se encargaba de alimentar eternamente.

Alfredo no tuvo temor de acercarse hacia la anciana que le hacía señas. Sí se mostró sorprendido de que supiera su nombre y de quién era hijo, si él jamás la había visto y tampoco sabía que sus padres la visitarían. Sin embargo, eso no le inquietó mayormente. Acariciado por la idea de conocer el enorme caserón y sus jardines, se dejó llevar por la amabilidad de misiá Altagracia. Caminó por largos corredores de ladrillos y por jardines de rododendros y magnolios. Sin embargo, todo estaba en un avanzado estado de abandono. Los hierbajos habían crecido y las zarzamoras cubrían lo que alguna vez debió ser el más lindo jardín de la comarca. Misiá Altagracia confiaba muchas particularidades de su vida a Alfredo, de su misión a cargo del campo en tiempos difíciles y decisiones complejas, como tener que terminar con la fiesta de la trilla, dada la llegada de las trilladoras modernas que no requerían tantos peones. Y también le contó la soledad en la que vivió los últimos años.

En la pérgola de las camelias, misiá Altagracia invitó a Alfredo a tomar un té. Una mesa redonda de fierro forjado, dos tazas de porcelana y cuchillería de plata. Todo el servicio de té en una bandeja de porcelana con borde dorado y flores rojas dispersas por todo su interior. Junto a la taza de té, un platillo con tres alfajores. Alfredo se sirvió confiadamente el té y disfrutó de esos alfajores que son propios de los fríos días de invierno. El aroma a chancaca y el suave sabor a cáscaras de naranjas lo transportaron a los alfajores que elaboraba su madre para su cumpleaños. Que como él decía: “¡Qué rico haber nacido en junio, así puedo comer alfajores!”. Altagracia le pareció una mujer llena de bondad y cariño. Quedó más fascinado cuando le comentó que cuando fuera grande, se podría hacer cargo del fundo y continuar el trabajo de los Garmendia. “Te encargarás del personal, de la viña, del cultivo de trigo y del ganado”. Para eso había 1.200 hectáreas de buena tierra para cultivar. El ofrecimiento que misiá Altagracia le hacía lo encandiló de alegría. Ahora, lo único que quería era despedirse, agarrar su caballo de palo, correr hasta su casa y contarle a su madre el episodio en el fundo de los Garmendia. Agradecida de la visita del niño y, en señal de cariño, misiá Altagracia posó delicadamente sus manos sobre las de Alfredo. Al niño le pareció que las manos eran extremadamente gélidas, pero no le dio importancia. Su mente alucinaba, andaba a caballo, estaba a cargo de cientos de peones, era el nuevo encargado del fundo de los Garmendia. Después de una breve y afectuosa despedida, misiá Altagracia le saludó desde el añoso portón de fierro con la mano levantada. Alfredo tomó su pingo de palo y corrió raudo hasta su casa.

No hizo más que entrar y contarle a su madre la increíble aventura que le había ocurrido. No contó pormenores de su paseo en bote por el río. Todo se centró en el encuentro con misiá Altagracia en el fundo de los Garmendia. Cuando Alfredo pronuncia el nombre de Altagracia, fue en el mismo instante en que su madre dejó el trapo para secar la loza, se apretó las manos y se dispuso a escucharlo. Le costaba tragar saliva cuando Alfredo se adentraba en descripciones precisas de misiá Altagracia. Haciendo acopio de fuerzas, se atrevió, disimulando su notorio nerviosismo, a preguntarle detalles de la anciana. Alfredo la describió como una señora alta, de ojos claros, mirada alegre y pelo encanecido. Una ola de frío punzante recorrió la espalda de Rosaura, no podía dar crédito a lo que escuchaba. Cuando Alfredo le relató el episodio del té y los alfajores debajo de las camelias, Rosaura no pudo contenerse y simplemente le gritó: “¡No, no puede ser!”. Acto seguido se mordió las uñas, oprimió todo su cuerpo, y solo tuvo una mirada oblicua para con su hijo. Disimuló su angustia. Se sintió frágil. Como nunca, hubiese querido estar con alguien más en quien refugiarse, pero estaban solos.

No fue capaz de revelarle la verdad. Misiá Altagracia había fallecido hacía ya 10 años.

El huaso Rodríguez y el mapuche Nehuen

Juan Carlos Medina Poveda

Era un día soleado cuando nació un niño en la ciudad de Los Ángeles, en la Región del Biobío. Su padre, al tenerlo entre sus brazos, dijo: “Este niño, sin duda alguna, se volverá huaso”. Sus padres decidieron, sin alguna duda, llamarlo Rodríguez, pues ese era el nombre de su abuelo, quien se fue al otro mundo, pero no sin antes inculcar a sus hijos la danza de la cueca.

Mientras esto sucedía, otro niño nació en Paillaco, Región de Los Ríos; su padre desapareció mucho antes de que su madre supiera que ella estaba embarazada, por lo cual tuvo a su hijo sola, pero ella era de espíritu fuerte, pues ella era una mujer mapuche. Cuando sostuvo a su hijo en sus brazos, supo que sería un fuerte mapuche. Sus abuelos eran importantes en la familia. Mientras esperaban fuera de la sala de parto, tuvieron la idea de llamar al niño Nehuen, que significa fuerte. Su futuro ya estaba pensado: el niño sería fuerte, inteligente y valeroso; sus abuelos se encargarían de eso.

Mientras el tiempo pasó, ambos niños crecieron. Cada uno dejó su huella por donde pasó.

Al cabo de diecisiete años, su destino era encontrarse, aunque no sería una reunión normal.

Los intendentes de las regiones del Biobío y Los Ríos se pusieron de acuerdo: organizaron un concurso de canto y baile. Este se realizaría por un sector ubicado cerca del Parque Nacional Alerce Costero, al aire libre, pero solo para jóvenes menores de dieciocho pertenecientes a las dos regiones; los únicos requisitos eran saber sus cantos y bailes.

Para esta competencia trajeron a profesores de baile y de canto, y un ilustre jurado compuesto por gente de diferentes etnias.

El día de la competencia, todo era colorido. Imagínense: ver huasos, chinas, sambos caporales, pascuenses y muchos otros. Cuando empezó la competencia, muchos se pelearon por decidir cuál era el mejor baile y canto. Mientras unos competían, los demás estaban discutiendo, hasta que Nehuen, que recién llegaba, les dijo:

—No sirve de nada discutir cuál es mejor, pues uno siempre supera a otro en diferentes aspectos.

Uno de los concursantes que participaba para representar a los sambos caporales, le preguntó sobre qué sabía él acerca de bailes y cantos.

—Tu danza es aburrida y tu canto extraño, mientras que yo tengo un buen traje, buenos movimientos y mi canto se entiende fácilmente.

Nehuen le respondió:

—Es cierto lo que dices de mi canto y baile, pero el mío es para celebrar y rezar a la tierra, no para atormentar y demostrar lo bueno que soy.

El sambo le iba a responder, pero en eso llega Rodríguez, quien rápidamente se vuelve el centro de atención; incluso el que estaba concursando en ese momento casi se equivoca en sus pasos al verlo entrar.

—Hasta aquí llega nuestra conversación, mapuche —le dijo el sambo a Nehuen.

El penúltimo concursante era nada más y nada menos que Rodríguez, quien estaba acompañado de su pareja de baile, pero antes de empezar a bailar, dijo: “Le doy gracias a mi abuelo, aunque él no se encuentre aquí, le agradezco por dejar en mi familia su danza y canto, ¡viva Chile!”.

Terminó de hablar y le dio la señal al encargado de la música, y así empezó a bailar, demostrando todo lo que sabía de la cueca. Con sus zapatos hacía temblar el suelo al momento del zapateo, y sus espuelas sonaban en todo momento, incluso yo mismo diría que sin verlo pensaría que escuchaba un cascabel. Sabía todo sobre la cueca, mostró la cuatro esquinas, la redonda, la medialuna, la corralera... Demostró todo lo que su abuelo había aprendido y todo lo que le terminó enseñando. Los jueces no habían visto tal destreza, mucho menos en un adolescente.

Esto no era todo, aún faltaba el canto. Interpretó la misma música con la que acompañó su baile, solo con su guitarra; dejó sorprendidos a los jueces.

Llegó el último concursante; era el momento de Nehuen. Él bailarían acompañado de sus amigos. Los jueces no tenían grandes expectativas ya, pues creyeron que todo estaba definido. Antes de empezar la música, Nehuen respiró profundamente, comenzó su número cuando todo estuvo tranquilo; su simple baile expresaba algo diferente a los demás. Esta paz duró hasta que los jóvenes terminaron su danza, después de eso parecía como si todo regresara. Por los minutos que duró el baile, todos olvidaron los problemas que tenían, fue como si quisieran que Nehuen y sus amigos bailaran otra vez.

Cuando llegó el momento de cantar, pasó lo mismo: paz y tranquilidad, tal vez sería el sonido del kultrún que tocaba Nehuen, o tal vez su misma voz es la que daba tranquilidad.

Ese día, los jueces estuvieron muy indecisos al elegir los lugares, pues Rodríguez y Nehuen demostraron ser buenos en lo que representaban. Rodríguez, por su parte, demostró ser un buen huaso, y mostró todo el talento que heredó de su abuelo. Nehuen, en cambio, enseñó que lo más simple es igual de importante y especial al igual que todo lo demás.

—¡Hey, Nehuen! Así te llamas, ¿verdad? No sé mucho de mapuches, pero tu canto fue el mejor que haya escuchado —le dijo Rodríguez.

—Y tu forma de bailar merece ser elogiada; es bueno poder concursar con gente como tú —le respondió Nehuen.

—Lo mismo digo —le contestó Rodríguez.

Finalmente, los jueces decidieron darle el trofeo de primer lugar a Rodríguez, y darle el segundo lugar a Nehuen.

Ese fue el mejor día que se puede recordar. Aunque estos dos chicos no se volvieron a ver nunca más, ambos tienen una foto guardada, donde en el centro están las dos estrellas del concurso. Jamás fueron amigos, pero la foto mostraba lo contrario, como si se hubieran conocido toda la vida.

16 años
La Unión

Tercer lugar regional

Con vocación se nace

Luis Fernando Bustos Castro

Era noche de luna llena en el verano del 82, cuando a duras penas la yegua primeriza estaba a punto de parir, pero las dificultades que enfrentaba saltaban a la vista y hacían suponer que la labor de parto se le estaba complicando, y que necesitaría ayuda para traer a su cría al mundo. Su amo, bastante preocupado, se encargó de llevarla hasta la pesebrera, arroparla con mantas, darle agua e intentar ayudarla, pero los ojos rojos y llorosos de la hembra le hacían saber que la cosa no estaba bien encaminada. Ya la yegua acostada en la paja, suspiraba y sudaba, pero su estrechez de primeriza o lo grande del potrillo entorpecían el éxito esperado por todos en la casona.

Ya Juan, cuando pudo observar que esto no tenía buena solución, intentó ayudar a su animal, y tras la dilatación de la yegua y con palpaciones iniciales de su amo, este logró determinar que la criatura venía en la posición incorrecta y que se debía dar vuelta para lograr sacarla del vientre materno con éxito. Juan, un hombre grande, corpulento, de grandes manos y gruesos brazos, en este caso, poco podía aportar en bien de la necesitada de ayuda; por lo mismo, debió tomar la decisión de pedir ayuda a su hijo menor, un niño aún de solo doce años, con largos brazos y delgados como coligües. La noche avanzaba y la cosa se ponía bien tensa, por lo que Juan pidió a su esposa que Pedro, su hijo, viniera en su ayuda en ese difícil momento. A pesar de un leve silencio, ella pudo comprender que la única forma de prestar auxilio a la bestia era con su hijo, y a pesar de que aún era un chico, no habían minutos para discutir detalles ni responsabilidades en ese instante. La mujer levantó a Pedro que estaba despierto y preocupado por toda la situación, y lo llevó a la pesebrera acompañándolo con un candelero para iluminar su camino. Por la premura de la situación, el padre rápidamente pudo explicarle a su hijo lo delicado que estaba ocurriendo. Así raudamente, el niño se sacaba su camisa, quedando solo en polera y en un lavatorio de agua tibia se enjabonaba y lavaba muy bien sus manos y brazos para lo que debía realizar.

La verdad, Pedro nunca pensó verse inmiscuido en una cosa de este tipo, pero como buen hijo de su padre y sabiendo que su persona podría ser de utilidad en esta tarea, obedeció silenciosamente; además, nunca presentó el más mínimo desprecio por las labores del campo. Cuidadosamente comenzó a introducir su delgada mano en la yegua quejumbrosa que ya estaba dilatada y con mucha viscosidad en su entrepierna; con algo de curiosidad y miedo a la vez, el niño introdujo su antebrazo en la yegua que soplabla y suspiraba acostada, casi entregada a su suerte. El niño escuchaba atento las instrucciones de su padre que le pedía que investigara sin temor en el interior de la yegua; el joven de a poco empezó a palpar y a sentir al potrillo en el interior; pudo detectar sus patas traseras y al subir, logró ubicar su cola. Así, con las palabras de aliento de su papá y ya con su brazo completo en el interior de la madre —mojado y apretado envuelto en un líquido tibio y gelatinoso—, empezó a recorrer el cuerpo de la cría. Empezó a tantear hasta llegar a su parte delantera; después de un minuto, encontró su primera mano, y tras tirarla suavemente, llegó hasta la otra y de allí siguió tocando para llegar hasta su cabeza. Poco después, y para su propia sorpresa, llegó hasta el hocico del animal; allí un poco de temor invadió al niño quien instintivamente recogió su brazo, pero al oír los lamentos de la yegua, continuó con su labor.

De pronto, la yegua empezó a botar abundante agua, mojando completamente al chico. Al ver esto, su

padre le insistió que fuera valiente y pudiera ayudar a la yegua, pues ya se acercaba el momento del parto, pero en la posición en la que venía el potrillo, no lograría nacer, así que debía continuar y lograr voltear a la cría para sacarla de su madre.

El chico ya había perdido el recelo y comprendía lo necesario de su aporte en esta gestión; su brazo se estrangulaba en la entrepierna de la yegua, pero Pedro continuaba en su misión. Así logró ubicar la cabeza del potrillo y de ahí volvió a una de sus patas delanteras; con bastante dificultad consiguió tomar la segunda pata de la cría, y de a poco comenzó a girar al animalito en el interior de su madre. Las palabras de su papá le retumbaban en el cerebro y oídos, pero al mismo tiempo, se diluían e iban como eco hacia lo alto, pues estaba concentrado en la ayuda que prestaba a la yegua y en toda esta experiencia de vida que estaba teniendo.

Ya tomadas ambas patas delanteras de la cría fuertemente, Pedro comenzó a retirar su brazo del interior de la yegua, que intentaba levantar su cuello y mirar como pidiendo ayuda hacia el menor. Pedro logró a duras penas ir sacando su antebrazo sin soltar la cría, hasta que comenzó a asomar la mano del niño que traía agarradas las patas delanteras de la criatura. El asombro de Juan fue grande al ver empezar salir las manos del potrillo, y luego se comenzó a ver el hocico y su cabeza, mientras la yegua jadeaba agitada, dando su último esfuerzo para expulsar a la cría. Eran pocas las fuerzas que le quedaban; asomó así la cabeza completa de la cría, e inmediatamente Juan intervino para ayudar a tirar al potrillo y lograr sacarlo de su madre, dejándolo recostado a su lado.

Distintas emociones se vivieron en todos los participantes de este acontecimiento. Por una parte, Juan estaba contento y emocionado por el parto exitoso que había tenido la yegua y por el nuevo potrillo que se incorporaba a su campo. La madre de Pedro, igualmente contenta, pero mucho más orgullosa de su hijo, sabiendo que sin su ayuda este bello momento jamás habría sido posible. La yegua, ya madre, quien cobijaba al potrillo a su lado y lo acariciaba con su cabeza, ahora descansaba como dando gracias por toda la ayuda prestada. El potrillo que aún temblaba y se apegaba a su madre, solo acostado en la paja buscando su calor; y Pedro, quien recién venía a comprender lo que había hecho, callado pensaba y miraba toda la escena; cansado, mojado, pero igualmente muy contento. Aquella noche, Pedro comenzó a dejar de ser niño, y logró saber que su verdadera pasión en la vida sería llegar a ser veterinario.

Las historias que más adelante Pedro vivió junto a este potrillo que acababa de nacer alcanzan para contar varias historias más, pero esas ya son parte de otro cuento.

50 años
Puerto Montt
Primer lugar regional

Nazareno 2020

Isaías Lautaro Huentecura Quezada

Ellos dicen que me sacaban en procesión, pero la verdad es que yo salía por mi propia voluntad de aquellas iglesias impregnadas de humedad, aroma de flores muertas y cera quemada, y emprendía la navegación desde Castro, desde Ancud, o desde cualquier lugar que tuviese puerto, o no, porque al final, yo puedo navegar por donde quiera y cuando se me antoje.

En esos tiempos iba a Caguach, que es mi preferida, dicen. El viaje era demoroso pues había que despertar a los borrachines que tenían que rendirme pleitesía y sacudir las convicciones titubeantes y animar a los que oficiaban mi culto. Había que congregarse usando la persuasión, ya que los fieles se hacían escasos desde que los carnales deseos y su consumación habían traspasado los muros de las sacristías, de las casas parroquiales, y habían rebasado las celdas de los escasos seminaristas.

Cada año me pesa más la mirada cansada de mis discípulos que siguen oficiando, catequizando, y lo hacen, porque la inercia es más fuerte que la duda y la conformidad más fuerte que la incertidumbre. Ya no quieren sentir lo que yo sentía cuando no tenía un lugar en la Tierra y, allí donde me sorprendía la noche, allí estiraba mi manto raído en un suelo blando o guijarroso, y descansaba confiado sin saber qué comería cuando el sol apareciera de nuevo en el horizonte.

La verdad es que Caguach no es mi iglesia preferida. En realidad, no me gustan estos espacios cerrados en que queman incienso y arden cirios que despiden humos de grasa animal que me recuerdan las hecatombes de antaño a las cuales me opuse con fuerza. Me gusta la iglesia del mundo, el templo de la pradera que se extiende más allá de la mirada; me complace meditar a la orilla del mar que a veces me recuerda el carácter irascible de mi Padre, que una vez me abandonó tal como se retira el mar después de un movimiento telúrico.

Tampoco me gusta la explanada delante de la iglesia repleta de los mercaderes que expulsé alguna vez y que vuelven cada año más numerosos, y menos aún me complacen las casas circundantes, entre cuyos muros flota el hálito caliente del vino, ese que debería solo servir para celebrar los misterios.

Cuando se van y me devuelven a mi lugar, todo, la playa, el campo, queda manchado de vómitos alcohólicos, de impúdicas deyecciones, de basuras irreconocibles. Y ahí están, ansiosos, esperando que los favores que pidieron se realicen lo antes posible.

Es invierno, hay pandemia. Las iglesias están desiertas y las flores en mi altar están marchitas. Los muros exhalan ese extraño hedor que deja el humo de los cirios. El frío de agosto magnifica la sensación de desamparo, ahora que el silencio hace recordar los fervientes cánticos de otros años. El día está nublado y pronto caerá la gélida lluvia.

¡Aleluya! ¡Gracias pandemia! ¡Gracias, porque este año me dejaron encerrado en una vitrina en la puerta de iglesias y capillas!

Ahí estoy tranquilo. Ahí estoy feliz, porque ya no quiero escuchar los lamentos de aquellos que se auto-destruyen y luego me ruegan que les arregle la vida.

Hace mucho frío y me duelen un poco los huesos, pero ya pasará.

66 años
Ancud

Segundo lugar regional

Un campo Sin pozo

Hilda Maribel Rozas Silva

A don Valentín Alvarado de Cheuquemó, por procurarme el agua que bebo.

Es noviembre y llueve. Se escuchan ensordecedoras gotas en el techo, en las hojas de los árboles, los troncos, el suelo; en las paredes y en los animales del campo. Llueve, como solo se ve llover en la provincia de Osorno.

Don Luis piensa: «¡Cómo puede ser que este campo tan lindo ahora no tenga pozo! Con toda el agua que debe haber en estas tierras».

Él tenía claro que este campo antes fue más grande... Al morir sus dueños, fue repartido entre cinco hermanos. Cuatro de ellos, vendieron sus posesiones a Arauco. La parte que él compró, a pesar de tener la quinta de frutales y una casa, no tenía agua, debido a que la línea divisoria lo había despojado del pozo y ahora le pertenecía a la forestal.

Debía contratar una empresa que detecte napas e instale un pozo profundo... sacaba cuentas y se rascaba la cabeza.

Los lugareños le comentaron que fuera a ver a don Valentín. Decían que todos los pozos entre Osorno y Río Negro, habían sido encontrados por él; decían que ese hombre tenía un don especial, porque toda agua detectada por él, nunca se secaba.

Decían que aparte de encontrar las napas subterráneas, él podía decir con exactitud, a qué profundidad estaba. De esa manera, las personas que cavaban la tierra sabían cuánto ganarían y cuándo estaría terminado el pozo.

Don Valentín vivía como a cinco kilómetros de allí. Su campo era igual a todos los campos de por acá, con su pasto verde oscuro, una quinta de manzanas limonas para la chicha del año, los hualles blancos de pinatras, un par de vacas sanas y gordas, gansos criados a toda pampa, que pastaban atentos al zorro y al puma... y la infaltable jauría de quiltros que, avisada por los treiles, se ponía a ladrar cuando llegaba alguien.

Don Valentín estaba sentado en el corredor de su casa de madera sin pintar; esperaba tranquilo a los desconocidos. No se levantó del asiento, miró amable, y su piel morena y brillante se estiró en la sonrisa que nos regaló ese día. Recuerdo que llevaba puesto un sombrero de hongo verde oscuro y vestía sencillo.

—¿Tiene sed, patrón? —preguntó con tono apacible y sonriente. Sabía que cuando un vehículo llegaba a su casa, era porque a alguien le faltaba agua.

—¡Me dijeron que usted era el hombre para eso!

—Así dicen... —contesta don Valentín.

—Compré el último pedazo de campito a los Gallardo, estoy recién llegado; necesito saber si hay agua y dónde está...

—La mejor fecha es en marzo; ahí se encuentran las aguas que son buenas. Si vamos ahora, las napas todavía están arriba y su pozo se le va secar en el verano. Es engañosa la tierra... hay que saber leerla. Venga en tres meses más y ahí conversamos... ahora nada que hacer, patrón...

Nunca pasaron tan lento los días; la falta de agua molestaba a cada uno de los integrantes de la familia, pero por fin llegaba marzo...

Don Valentín comenzó a recorrer el campo solo y en silencio, equipado con dos alambres de cobre de unos cincuenta centímetros, a los que les dobló una punta y la entrelazó por los dedos de sus manos.

Las varillas de cobre se veían alejadas del cuerpo a la altura de su vejiga... Caminó y caminó hacia todos los puntos cardinales; a veces se detenía unos minutos para luego seguir; recorrió durante horas mientras los niños atentos lo miraban a través de la ventana. Finalmente llegó a la casa, y dijo:

—¡Listo!, le voy a mostrar.

En una planicie, como a cien metros de la casa, había marcado el suelo con una pequeña estaca de madera. Los niños lo miraban curiosos y se preguntaban: «¿Cómo es que ese hombre lo sabía? ¿Cuál era la magia?». Y no dejaban de mirar las varillas de cobre... Entonces él se dio cuenta y les dijo: “El cobre, el agua de mi cuerpo y el agua de la tierra están conectados, todos fluyen... así es cómo lo sé. Ahora falta saber a qué profundidad hay que cavar”.

Sacó del bolsillo interior de su chaqueta gris una bolsita de terciopelo negro y gastado. En ella había un péndulo de cuarzo transparente que colgaba de una cadena larga de plata, con un destorcedor de pescar en el otro extremo.

Les dijo a los niños que en silencio iban a contar cuántas vueltas daba esa joya. Dejó suspendido el péndulo justo sobre la marca que había hecho. El péndulo comenzó a girar en círculos muy amplios, movido por una fuerza invisible que venía de lo más profundo de la tierra, o tal vez del interior de don Valentín. Dio en total doce vueltas. Entonces dijo: “El agua está a doce metros debajo de sus pies”. Cobró y se fue dejando a todos tan intrigados como convencidos de que así sería.

Una empresa cavó el pozo y a los ocho metros brotaron hilos de agua, sin detenerse.

—¡Está listo! —dijo el jefe—. En unos días o semanas estará lleno de agua. Se acabó la pega.

—Necesito que cave hasta los doce metros —fue lo único que oyó de vuelta.

Cuando llegaron a los doce metros, un manantial brotó desde la tierra, y en cosa de horas, el pozo quedó lleno de agua hasta la superficie.

Don Valentín sabía su oficio, sabía más que cualquier jefe de cualquier empresa que detecta napas o cavaba pozos. Conocía el secreto que encierra el cobre, el péndulo, los ríos que surcan las praderas, y lo armonizaba con la sencillez de quien era. El más grande buscador de agua en la Región de Los Lagos.

50 años
Osorno

Tercer lugar regional

Dicen que el río llama

Cristián Andrés Arregui Berger

Dicen que el río Aysén llama. Me cuentan que, en las noches, sus aguas tienen un magnetismo que llama a los jóvenes por sus nombres. Los más tristes, perdidos o enamorados, muy sensibles a su voz, terminan a veces por lanzarse hacia su hondura, hartos quizá de las superficialidades del día. O a lo mejor divisan, en sus fondos, los senderos de un país mejor; o lo indeterminado de sus aguas les promete otra realidad sin nombres ni deberes. Yo me he sentido así. He mirado el río en su negrura, sí, pero también lo he contemplado largamente en días quietos y transparentes. No nos devuelve entonces lo oscuro, sino la clara imagen del paisaje, y buena parte del pueblo se ve en su reflejo, orillando el río del cielo.

Quisiera decirle a mi hermano, al Pancho, a quien el río llamó una noche, quisiera decirle que viniera a contemplar las aguas bajo esta luz del día. “Míralo, Panchito, basta un poco de luz y en el ancho del río hay cupo para tanta belleza. En su corriente confluyen nuestras transparencias y oscuridades. Ven —debí decirle—, ven, Panchito; vamos a mirar el río en este día lindo”. A lo mejor hubiese evitado que su noche lo llamara tan *refuerte*. Se paró en la baranda del puente y, según dicen, cayó por error. Yo creo que se quedó mirando la hendidura del río y este lo llamó con la voz más sombría. Acaso mi hermano creyó que la noche del agua le traería paz a su noche propia. ¡Ay!, pero si hubiese visto la luminosidad de esta hora, a pleno día, tal vez... También es tuya la luz.

Camino por el puente. Luego, bajo a una playita en la ribera sur del río. Acá nos ubicamos con la familia y los amigos cuando buscábamos su cuerpo. Fueron los días más fríos de la vida. Lo encontraron bien abajo, casi al llegar a los fiordos. Lo vio un pescador que recorría el estuario en un bote a remos.

No fue culpa del río. Fue culpa de la oscuridad de todas las aguas, que a veces viene de crecida, a llevárselo todo. Fue culpa de que nadie nos enseñara nunca a contemplar imparcialmente las noches y los días.

La tarde va cayendo. Estoy muy triste. Mejor me voy a casa, antes de que el río se transforme.

42 años
Aysén

Primer lugar regional

La fogata del diablo

Judith Marcela Toro Soto

Era el tiempo de las distancias y del silencio. Estaba por terminar la Segunda Guerra Mundial, pero allí no se sabía mucho sobre eso. Allí se reían de esos acentos extranjeros y mentaban sus costumbres como historias de niños, como películas. Era tierra de pobladores criollos, donde vencía la ley del más diestro. En ese tiempo, se botaban recién los primeros árboles para hacer las sendas, se inventaban nombres para los pueblos. La muchachada se venía desde el norte hasta las estancias lejanas para ganarse la vida y perderse la vida también. Todo lo que faltaba entre la soledad y las penurias, se reponía entre días afanosos y cielos estrellados, al calor de la fogata ahumada, en la risa y las bromas de la cuadrilla, en el asado al palo compartido de pie y los cantos *valseados*, con acordeón y guitarra. Cantos antiguos, traídos con devoción hasta la pampa de la Trapananda.

Manuel y Juan se cruzaron en el alto de Río Mayo, uno de los mejores pasos, en esos tiempos, para pasar de un territorio al otro. Uno de vuelta de la temporada de esquila y el otro de ida a la fiesta de las domaduras. “¡Tanto tiempo, *ché!*”, gritó emocionada la figura tan parecida a la otra, parando su caballo en seco y levantando un remolino de polvo. Manuel tiró fuerte de las riendas y miró por debajo del sombrero ladeado. Se lamentó el viento, por entre los cerros cercanos. Ambos criollos se miraron en vilo, desde las monturas detenidas a medio camino. Manuel se tocó la faja por detrás de la espalda, revisó que su cuchillo estuviera bien enfundado. Cuando la mamita Juana lo acorralaba por la tranquera, Juan siempre se reía a más no poder, mientras le daban sin alma, con la huasca grande que se guardaba a la entrada de la casa. Un par de días cojeaba un tanto, pero no se quejaba. Era valiente o muy mauloso, pensaba Manuel. “Eres un ángel”, le decía la mamita, y Juan lo miraba con odio redomado. El tiempo ahora era un río ancho, ya cada uno vivía por su cuenta, después de que se farreó todo lo que le dejaron los viejos. Hasta que el río del tiempo los rejuntaba. Sí, el cuchillo carneador estaba allí, en su faja.

Juan se apeó primero y comenzó a descargar su pilchero. Miró a Manuel, mientras hacía lo propio, desde el otro lado de la senda. “Voy a la leña, *ché*. *Usté* ármese la mateada mientras...”, dijo Juan, sonriente, así como si nada. Manuel ni siquiera pudo recordar cuántos años iban ya, por el río aquel. Como en un trance, movió unas piedritas imaginarias del suelo con la bota; mientras sujetaba las riendas de su caballo, decidiendo qué iba a hacer. Exhaló bien fuerte. “¡Que macana, *ché!*...!”, dijo entre dientes. Lentamente, fue sacando de su alforja un poco de pan de huevo y charqui, también una ristra de cholgas ahumadas que ensartó en un palo y puso al fuego cuando estuvo encendido. Juan, más animado, sacó la bota de cuero con el vino, la apuntó desde lo alto y abrió la boca bien grande; se echó un buen trago y se relamió, mientras se la alcanzaba a Manuel. La misma sonrisa apareció en la cara de Manuel. Allí se detuvo el río y comieron juntos de nuevo, salieron las payas jugando al truco. Luego matearon, hablándose de los recuerdos y las novedades. Fue como antes, cuando recién partieron hacia las estancias y se cuidaban uno al otro, en la domadura, en la esquila, en el *pilchero*, en el traslado por el río o subiendo la cuesta con un buen piño de animales, pegados al farellón, o en la fiesta después de la esquilada, cuando había que pelear, a sillazo limpio nomás, mándale puñete en la oreja y el otro caía al piso, y ahí le llegaba su pateadura y ellos se reían mientras tanto, a veces vencedores, a veces caídos, pero siempre juntos.

El fuego está llamando visitas, las chispas suben hasta lo alto, un búho dice que es ya de noche y que hasta mañana. Manuel recordó de pronto, sin más razón, al argentino aquel, al que Juan había matado en una

pelea. Las tripas saliendo por el tajo abierto como una sonrisa; la vida escapando por la sonrisa, ellos huyendo hacia la otra estancia. Ahí se cabreó él, el recuerdo se le hace amargo. Ahí se fue de vuelta a Aysén, se casó con la Eduvina y comenzó a ayudar a su padre en el molino de trigo. Giraba y giraba la rueda en el río, cada cosecha de trigo, de alfalfa, de cebada. Estaba más viejo el Juan, pero seguía bueno para la risa. El cuchillo macho apareció de pronto, con su empuño de plata tallado de flores, ladeado entre su faja, a la derecha. Un golpeteo de nostalgia sorprendió a Manuel y la rabia le asestó en el pecho; Juan se lo había ganado en una partida de truco y no lo recuperó jamás. Cinco pesos de entonces le había costado el facón.

La noche cayó llena de estrellas y la luz de la fogata encendía los rostros de ambos hombres, mostrando las facciones en común que les dio la vida, el perfil aguileño, la contextura delgada. Uno más claro; el otro moreno, la misma silueta estrechada entre las sombras. La fogata hacía figuras alargadas y revoltosas con los cuerpos sentados a su alrededor. En medio de la conversa y los largos tragos de vino, regresaban las bromas y los dichos. Justo cuando Manuel ya pensaba que había vuelto a encontrar a Juan, apareció la sombra negra y alta detrás suyo. Pensó que era una ilusión o el cansancio del día. Luego, una cara “reptilésca”, desfigurada, le dio una clara forma a la sombra oscura. La figura horripilante le sonreía como Juan y ahora lo miraba fijo, en medio de la nada nocturna, posado justo detrás del hombre, que seguía contando historias de las domaduras.

Un escalofrío profundo entró como un latigazo en la espalda de Manuel, y casi por instinto, se tocó el cuchillo que llevaba siempre cruzado por la espalda, debajo de su faja de paño grueso. Mientras el espanto se alojaba en su cuerpo, se escuchó hablar muy quieto: “¿Con qué intenciones anda *usté, ñor'*...?”. Silencio. “¿Está pensando en el *cachúo*, Juan?”. Solo el fuego contesta; crujen los palos, diciendo cosas. El otro hombre posó la mirada burlona en el humo que ascendía. Su cara era parte de las llamaradas que ardían de lo lindo mandando chispas bien arriba. Mantuvo la cabeza gacha. Manuel lo miraba fijo, sin perderle movimiento, pero no se atrevía a mirar detrás de Juan. De pronto, la sombra se disipó, casi como un espejismo, como si se lo ordenaran. Manuel volvió a respirar, el miedo clavado en el espinazo. “En nada pues, *ñore'*, no hable leseras... Mejor vamos a las pilchas y mañana me acompaña a las domaduras... como quedamos”. Hablaba Juan como si fuera un sueño, ordenando, como siempre. Manuel escuchaba como una pesadilla, o había sido un espejismo, de esos de la pampa. Se fueron a las pilchas bajo la noche callada, pero llena de sonidos. La naturaleza no se calla nunca. Manuel no pudo dormir tranquilo, se sentía a la deriva en esa noche de estrellas. Así estuvo, con un ojo abierto, el otro medio cerrado, la mano diestra en el mango del verijero, más muerto que vivo. Más lejano que nunca entre los recuerdos, el infortunio. Pensando en el bicho ese y en el reencuentro con Juan. Un poco más allá, lo veía dormir tranquilamente, de espaldas a él, entre las sombras de la fogata.

Muy tempranito, cuando apenas se encendía el lucero del alba, Manuel arregló en silencio su *pilchero*, y partió a todo galope, alejándose para siempre de su hermano, sin volver la vista atrás, buscando el camino a casa. Juan tampoco levantó la vista, mientras escuchaba alejarse a Manuel. Solo se dispuso a encender la fogata de nuevo, para los primeros mates. El cuchillo plateado, la pequeña fortuna, iba brillando allá por el camino.

51 años
Aysén

Segundo lugar regional

Tabero y tumbero

Rosa Ida Gómez Miranda

¡De Los Ángeles al Baker! Harta distancia; para empezar, no tenía ni idea de que este lugar existía, pero la pega es la pega y hay que acatar las órdenes. Primero pensé: «Me voy solo y la familia se queda acá; total dos años, a lo más tres, pasan volando», pero no conté con la aprobación de mi mujer, porque aunque no se quiera reconocer, por lo general, es la patrona la que tiene la última palabra.

Y ahí estamos, empacando unas pocas cosas, dejando otras encargadas donde mis suegros y vendiendo algunas para poder solventar los gastos del viaje.

Llegamos a Puerto Montt y de ahí en barco a Puerto Aysén; nada agradable el viajecito: “El Alcázar” se movía como cáscara de nuez en el golfo de Penas. Fue allí donde se puso a prueba la fortaleza de nuestros estómagos, que finalmente derrotados, eliminaron todo su contenido...

De allí a Coyhaique; una bonita ciudad que crecía a pasos agigantados, y ¿cuánto más faltará para el famoso Baker?... Se acabó el camino... hay que irse por la parte argentina hasta llegar a Entrada Baker. ¿Y de allí?... Ese es otro cuento, a caballo o en carreta hasta cierto lugar llamado Arvejilla...

—¿Viste que tenía razón? Tú y la niña debían haberse quedado en el norte con la abuela...

—¡Todo lo contrario! La familia debe estar apoyándose en los momentos difíciles; imagínate que te enfermas, ¿quién te va a cuidar? Y cuando te den esos dolores de espalda en invierno, ¿quién te va a dar masajes? Ya estamos aquí y vamos a seguir juntos, además la Chabelita ya terminó su cuarto de humanidades y aprovechará para descansar y tomar energías para el próximo año. ¿Verdad, hija?... —y Chabelita agacha la cabeza y asiente de mala gana...

Y finalmente llegamos al Baker; ¡puchas la zona inhóspita! Poca gente, buena eso sí, pero debido al aislamiento, la mayoría no conocía ni siquiera un cine ni ninguno de los adelantos de la época, que por cierto ya eran hartos en ese año 1957.

Además, ni siquiera vivíamos en un pueblo, sino a siete kilómetros del poblado, que apenas podría llamarse como tal, pero que contaba con algunos servicios básicos y un pequeño almacén que expendía artículos de primera necesidad.

Pero dicen que el hombre es un animal de costumbres, y al poco tiempo ya nos habíamos adaptado. Mi mujer aprendió a ordeñar, a sembrar y a andar a caballo; yo, a picar leña y la Chabelita se entretenía tejiendo y bordando, a la vez que compartía con unas vecinas de su edad, que vivían al otro lado del río Baker y que la visitaban continuamente.

Fui aprendiendo sobre las faenas y costumbres campesinas, pero lo que más me llamaba la atención era la forma de hablar tan típica de los pobladores, su picardía en los dichos: “¡Herrera andaba por acá!”, y

yo miraba quién se llamaría Herrera mientras trataba de cortar un pedazo de carne del asado parado, sin poder evitar hacerle el quite a un hueso que se me interponía. O si elegía un pedazo medio crudo, alguien me decía: “¡Colorín Rodríguez andaba comprando animales!”, y yo no entendía a qué venía la alusión del tal Rodríguez. Pero de a poco fui aceptando esta manera peculiar de hablar; ante lo que desconocía mejor no preguntaba, para no quedar mal parado, exponerme a las risitas irónicas o que me respondieran con otros dichos que me dejaban peor.

Lo bueno era que mi hija ya no suspiraba con nostalgia cuando recordábamos nuestra tierra y eso me alegraba; tal vez, decía yo, se va acostumbrando al lugar, o a lo mejor el que vaya a visitar a sus amigas jóvenes al otro lado del río le hace bien, porque siempre volvía contenta de allá y cada vez más seguido nos pedía permiso para irse con ellas.

Al principio nos costó autorizarla; había un río de por medio, que era muy caudaloso, pero las amigas me decían: “Señor, no se preocupe, estamos acostumbradas a remar desde que éramos chicas, además no vamos a regresar tarde, se lo prometemos”, y en verdad, siempre cumplieron.

Un día fui al pueblo; debía comprar algunas cosas y de paso aprovechar de salir de mi rutina. Después de las diligencias, partí a la única cantina del pueblo; ya conocía a varias personas, por lo que no tardé en trabar conversación e intercambiar algunas anécdotas y chistes con ellos.

Después de tanto tiempo de abstinencia, no tardó el alcohol en subírseme a la cabeza y me puse canchero; hablaba con los mismos dichos que había escuchado tantas veces, tuteaba a todos los que estaban al lado sin importarme si los conocía o no.

Terminé abrazado a un campesino que entre lágrimas y mocos me dijo: “Oiga, gancho, tenga cuidado con su hija; yo también soy padre y por eso se lo digo, mire que el Faustino es *tabero y tumbero*”.

¿*Tabero y tumbero*? No sé de qué cresta está hablando, pero no quiero pasar por ignorante, entonces, con la lengua medio traposa digo: “¡Salud por eso!”. Y me mando la última copa que me deja durmiendo hasta el otro día.

Cuando ya se disiparon los efectos del alcohol, comencé a pensar en la advertencia que me había hecho don Zacarías. ¿Quién sería ese tal Faustino? Al final, busqué el momento propicio y se lo pregunté a Chabelita; se puso colorada y escuetamente me dijo: “El hermano menor de la Carmen”; la Carmen era una de las amigas del otro lado del Baker. Ahí ya no me gustó la cosa, pero tenía que averiguar qué era eso de *tabero y tumbero*, quizás se refería a un niño pequeño o enfermo, no sé; no quería seguir interrogando a mi hija, así es que inventé un nuevo viaje al pueblo y se lo pregunté al almacenero, a lo que me respondió: el *tabero* es el que juega a la *taba*, hay muchos que hacen un oficio de eso y cuando hay juegos ganan mucha plata con solo saber tirar bien el huesito; claro que lo que fácil llega, también fácil se va.

—¡Ah sí! —lo interrumpí—, escuché que el Faustino, que vive al otro lado del Baker, es *tabero*.

—Claro, ese no se pierde juego de *taba* para ganar la plata sin mucho esfuerzo. Imagínesse usted que con más de veinte años no le trabaja un día a nadie, porque aparte de *tabero* es *tumbero*; cuando ya en su casa

no aguantan su flojera, sale a recorrer los campos laburando solo por la tumba de carne; *pa'* más, se las da de don Juan enamorando a las chicas nuevas.

La Chabelita no pudo comprender el repentino cambio de su mamá cuando le dijo con firmeza, “Mañana nos vamos *pa'l* norte; ya estoy aburrída de tanto aislamiento y soledad; además, tienes que prepararte para dar tu bachillerato”. Y así, sin tiempo ni siquiera para despedirse de sus amistades, tomó su maletita y partió de regreso aprovechando que la avioneta de don Ernesto Hein hacía un viaje desde el poblado cercano hasta Coyhaique.

Y aquí me quedé yo, haciendo una solicitud de traslado por “razones de salud” ..., pero el motivo verdadero fue cuando decidí aplicar un dicho aprendido en mi tierra:

“Arrancar no es cobardía, sino ligereza de patas”, porque... ¿Un yerno *tabero* y *tumbero*?

74 años
Cochrane

Tercer lugar regional

Mensajes

Manuel Enrique Contreras Muñoz

En Punta Arenas existe una radio emisora cuyos programas de la tarde van dirigidos a todas las personas trabajadoras que están lejos de la ciudad, como Porvenir, Puerto Natales y muchas otras localidades.

Mi padre venía de más lejos, de la isla de Chiloé, igual que tantos, a poblar tierras magallánicas, y al final de sus jornadas laborales, unos en las estancias, sea de la isla Tierra del Fuego, o los que trabajan en otras zonas, como gente de la Empresa Nacional del Petróleo (ENAP), de las empresas pesqueras, de obras viales, fronteras y tantos más, quedaban unidos todos por las ondas radiales de las “Tardes Mejicanas”, por ejemplo, un programa muy solicitado, con muchos seguidores. “A continuación, las ‘Notas Necrológicas’”, detallando defunciones acaecidas con familiares y amigos, participando en el último homenaje radial, y luego venían los “Mensajes para el campo”, que eran más o menos así:

“Estancia Catalina, para Héctor, de su señora, mande plata. No es necesaria presencia”.

“Para Tito, de parte del jefe. Favor espere la barcaza en el cruce Espora, con dos perros ovejeros, más la yegua de su hermana”.

Ocurrió que en la sala grande de un aserradero, cerca de Puerto Natales, al calor del fogón enorme alimentado por leña en abundancia, más la música ranchera, el mate, cigarros y naipes con la partida de truco infaltable, se les ocurrió a los participantes que si Tarzán, el apodo de mi papá, y el Poeta, su compañero de juego, perdían, este tenía que redactar un aviso para el programa de “Mensajes para el Campo”, que tenga que ver con una búsqueda de pareja a Tarzán, porque los viejos creían que “el tren lo estaba dejando”. Y perdieron la partida, así es que, a lo que parecía una broma, el Poeta le dio seriedad, e hizo una redacción que a todos gustó, incluso también a mi papá.

Decía el aviso: “Caiquén macho busca pareja; ofrece una relación fiel, estable y duradera. Garantizan sus familiares ubicados principalmente en el mirador Humedal Tres Puentes de Punta Arenas”.

Pasó un tiempo importante, pero hubo una interesada y les fue muy bien a estas “aves”. Tuvieron tres hijos, uno de ellos es quien relata.

A veces les digo “mis viejos caiquenes”, celebrando la novedosa e inteligente ocurrencia del aviso; me refiero a que estas aves se emparejan por una sola vez y para siempre. Bien lo sé, si en este atardecer los estoy viendo cada uno con su pareja desde mi cabaña de Guardabosques en el sector turístico de Torres del Paine, ya que, al igual que mi padre, siempre preferí el campo.

Mi viejo está por jubilar, en una historia laboral centrada en la búsqueda del oro; era pirquinero en el cordón Baquedano de Tierra del Fuego; fue ovejero, domador de potros. Luego, pasó al aserradero, iniciándose de estrobero, que es el que engancha con cadenas a un tractor los árboles previamente cortados. Allí se ganó el apodo de Tarzán, por su agilidad extraordinaria. Pasaron los años y fue ascendiendo; actualmente

es capataz de cuadrilla, operando con gran destreza el Skidder, que es un tractor pequeño con pala, muy usado en faenas madereras.

Soy el hijo que, buscando la romántica continuidad de aquel lejano mensaje radial, está haciendo lo mismo en una plataforma digital actualizada. Pertenezco a la región de Última Esperanza, cuyas dos palabras cobran sentido en la soledad de cada noche al cerrar mi computador sin respuesta, y que se renuevan cada amanecer transformadas como “nueva esperanza”, esa que tuvo papá para esperar lo que fue su feliz destino con mi madre.

65 años
Punta Arenas
Segundo lugar regional

Acompáñame a la tierra

Gustavo Andrés Pérez Saldivia

“La escuela es bastante pequeña”, decía Florentina de sesenta y cinco años, mientras tomaba mate en Calle Borjes junto a su mejor amiga de Punta Arenas. Tenía que volver al día siguiente a la comuna de Timaukel, ya que el lunes iniciaba el año escolar.

En la mañana salió, tomó la barcaza y llegó a Tierra del Fuego. Todavía le quedaba un trecho para llegar a su destino, cuando su mente la hizo volver a recordar todas las razones que la hacían enamorarse una y otra vez de aquellas tierras: el aire helado; calentar el alma con un mate junto al fuego; los paisajes de personalidad propia, donde se imponía la pampa con un aspecto frío; las historias de los ovejeros, que con sacrificio lograban llevar a sus hijos a la escuela; las tragedias, y por supuesto, las leyendas. Todos estos atributos y sensaciones, que hacen amar esta tierra a los magallánicos, pueden parecer parte de un discurso común y repetido, según pueden pensar algunos afuerinos. Sin embargo, esto es solo una imagen, que como tal, es privada de movimiento. Es imposible hacerles justicia a estos lugares con simples palabras sobre el papel, o alguna conversación fugaz. Había que vivirlo, y era eso lo que apasionaba a esta profesora rural; aun así, necesitaba encontrarse de manera más profunda, quizá descubrir algo mágico, debido a que la gente olvida o ignora algunas cosas.

Florentina iba en el auto, aproximándose a la estancia Cameron, que era donde vivía. Se encargó de desempacar todo lo que traía, y paseó junto a una rivera, un lugar perfecto para tomar fotografías a lo largo del coironal, y disfrutar de esa tarde dominical. El tiempo transcurrió de repente, y la luz empezó a perder intensidad. Ya era hora de dormir, lo sintió tal como un instinto. Ella se levantó, puso ambos pies en la tierra y sintió un pequeño mareo, leve. Empezó su camino, y advirtió un dolor de cabeza más intenso. Su vista se empezó a nublar, y no podía dilucidar si se trataba de un desmayo, o que debido a su avanzada edad, ya se le había acabado el tiempo en este mundo; no obstante, empezó a oír unos murmullos, y por unos instantes pareció entenderlos, pero no lo suficiente para interpretarlos. El dolor cesó, y se fue finalmente a descansar.

Las clases empezaban a las ocho de la mañana, por lo tanto, ella se despertó a eso de las siete, debido a que la escuela le quedaba algo cerca. Este no era el caso de gran parte de los estudiantes. Ella trabajaba en un establecimiento con cursos multigrado, es decir, de niños de diferentes edades. Esto causaba distintos problemas, ya que era difícil cumplir con la educación integral de todos, debido a sus diferentes condiciones y la precariedad del material educativo. Y todo lo anterior sin contar los continuos dramas emocionales y complicaciones sociales, a causa de la convivencia en esta zona extrema; pero ella estaba segura de lo que hacía, y cumplía con su mayor esfuerzo.

Durante la clase de Lengua y Literatura, que era una de las que impartía Florentina, tenía la costumbre de iniciar leyendo un cuento, siempre teniendo en cuenta su dificultad para ser interpretado por los jóvenes. Días después, escogió un cuento sobre una pampa salitrera en Antofagasta. Los niños no parecían sorprenderse mucho con esas historias de fantasmas en la pampa, o esas largas jornadas laborales, ni siquiera por la gran lejanía que aquel lugar representaba. Al contrario, les llamaba la atención la cercanía

que existía con su propia realidad. “A mi abuelo se lo llevaron”, dijo un niño de siete años con una boina de gaucho que le quedaba bastante grande. La profesora no supo qué contestarle. “Eso les dicen a los pendejos, *pa'* que no salgan a perderse por el campo”, exclamó otro, de catorce. “Ojo, que al mío igual se lo llevaron esos fantasmas; recuerdo que un día salí y no lo volví a ver. Los estancieros decían que habían *espanta'o a tó'os* los espíritus. No ven *na'* que en la tierra es lo único que queda; nunca *se jueron*, estoy seguro», dijo otro de catorce, contradiciendo a su coetáneo. Florentina pensó en lanzar el típico discurso de invalidación a la leyenda, que suelen dar algunos para calmar las aguas; sin embargo, recordó su experiencia, que había sido apenas hace unos días. «¿Qué eran esos susurros?, ¿tenían algo que ver con la leyenda?». Eran cosas que se preguntaba, pero ya estaba demasiado confundida para ver lo que era bastante claro. Esos espíritus existían, y tenían una deliberada tendencia de secuestrar adultos mayores.

Dentro de su falta de decisión, se encontró con una fuerte contienda en su interior. Por un lado, sintió esa pasión por encontrar algo especial, y por otro, la angustia de que, al involucrarse, podría perder la vida en el intento. Al final, tal como con su vocación, fue esa chispa la que la convenció a investigar qué estaba ocurriendo. Decidió que esa misma tarde iba a hablar con algún apoderado, para conocer un poco más sobre la historia de los desaparecidos y de los fantasmas.

Los padres de los más pequeños solían ir a buscar a sus hijos a la escuela, de modo que las inquietudes de la maestra no tardaron en ser comentadas. La mayoría respaldaba la versión más escéptica de la leyenda, pero hubo algunos que reconocieron en la historia algo de verdad, debido a sus propias tragedias. Le recomendaron también algo de discreción con los niños, y que en realidad las desapariciones eran producto de viejos que perdieron la cabeza, y no querían que sus hijos se atormentaran con tal crudeza. Florentina encontró entendimiento con esa postura, sin ocultar la decepción de su alma de niña, siempre en búsqueda de la aventura.

Regresó a su casa algo decaída. Todo tenía explicación y eso no la dejaba dormir; ¿cómo era posible que todos los abuelos estuvieran dementes, y nunca hayan encontrado los cuerpos? Se empezó a desconcentrar con sus pensamientos, y con otras preguntas, a tal punto que, cuando recuperó la conciencia, se encontraba nuevamente en la rivera. Solo podía oír el agua fluyendo en una completa oscuridad y un frío insufrible, hasta el momento en que los murmullos regresaron, cada vez con más fuerza y mayor claridad. Ella se derrumbó y apoyó sus rodillas en la tierra. Creyó escuchar a los trabajadores de la pampa salitrera, a soldados de la guerra inútil y a muchos otros, aunque solo era uno el que le hablaba. En ese instante, se iluminó la visión de un *selk'nam* hablando su lengua. Era la voz de un muerto, que se sentía más vivo que nunca, porque no se puede matar la tierra. Él le dijo que lo acompañara, y ella lo comprendió de manera inexplicable. Nadie volvió a verla.

16 años
Punta Arenas
Tercer lugar regional

✧ Poesía del Mundo Rural

Poemas escritos por todo público



JURADO NACIONAL **Poesía del Mundo Rural**



Paula Ilabaca

Nació en Santiago en 1979. Escritora y editora. Ha participado en diversos festivales de poesía en Latinoamérica y Europa. Entre sus publicaciones destacan en poesía La perla suelta (2009) y la novela La regla de los nueve (2015). Premio Pablo Neruda 2015, Premio Juegos Florales 2014, Premio de la Crítica de Prensa Literaria en Chile UDP 2010. El año 2016 inauguró la micro editorial Cástor y Pólux que desarrolla dos líneas de publicación: poesía hispanoamericana e ilustración. Se dedica a la docencia y a talleres literarios.



Andrés Montero

Nació en Santiago en 1990. Es escritor y narrador oral, autor de diversos libros para público juvenil y adulto, en los que busca enlazar la literatura y la tradición oral chilena. Entre sus libros destacan Taguada y Alguien toca la puerta. Leyendas chilenas, los que recopilan historias, décimas, cuartetos y poesía popular chilena. Como contador de historias, se especializa en la investigación y narración de leyendas del folclor nacional. Ha recibido diversos reconocimientos literarios, entre los que destacan el X Premio Iberoamericano de Novela Elena Poniatowska, el Premio Marta Brunet y el Premio Municipal de Santiago. Es director de la Escuela de Literatura y Oralidad "Casa Contada".



Jorge Cid

Nació en Cañete en 1986. Es poeta y Docteur en Langue et Littérature Romane por la Université de Poitiers. Como poeta ha publicado Labia Larvaria (2009) y Éxodos (2019). Recibió el Premio Juegos Florales (2005) y la Beca de Creación Literaria del Consejo Nacional del Libro (2006). Fue becario de la Fundación Neruda durante el año 2015. Como investigador ha editado Una lengua en trance: Carmen Berenguer y Reynaldo Jiménez, poetas que nos interpelan (2019) y coeditado Contrarreforma Católica, implicancias sociales y culturales: Miradas interdisciplinarias (2019).



Elicura Chihuailaf

Nació en Quechurehue, provincia de Cautín, en 1952. Es poeta, escritor y oralitor mapuche. Premio Nacional de Literatura (2020), siendo el primer poeta mapuche en recibirlo. De profesión obstetra, se ha dedicado a la labor literaria y cultural desde 1977. Su infancia la vivió en la ruralidad y la cosmovisión mapuche, como narra en sus libros Recado confidencial a los chilenos (1999) y La vida es una nube azul (2016).



Ina Groovie

Nació en Santiago en 1980. Es profesora de lengua castellana y comunicación, imparte talleres de redacción creativa y colabora con diferentes medios, siempre desde la crítica, recomendación y divulgación literaria. Ha sido conductora de programas radiales desde 2006 y es voz comercial. Su Instagram de recomendación de libros es @ibaconlibros.

PALABRAS DEL JURADO

Poesía del mundo rural

Este año atestiguamos una oleada social contundente; relatos que se aunaban en torno a lo comunitario, lo público, lo colectivo. Prosa poética que redundaba en torno al cuidado de la Tierra y a un cambio paradigmático. La naturaleza ha sido mapa de los cambios inducidos por el Hombre; ha sido escenario de la malevolencia, germinando letras libres reclamando Justicia. Desde esa hondura surgieron las voces endémicas de cada región.

Los relatos de este año tuvieron un impacto particular en el jurado. Percibimos cuán apremiadas estaban aquellas voces. Cuánto necesitaban ser leídas. Plumas muy jóvenes e incluso póstumas. Mujeres reclamando su lugar. Territorios inspirados en su experiencia con el despertar social y con la búsqueda de equidad. Poesía política con cierto despertar de la consciencia colectiva.

Los influjos son claros: vindicaciones y Pandemia. Los imaginarios y tradiciones locales. El ser humano hacia dentro. Y de esa introspección recibimos escritos portentosos, como hace años no leíamos. El laconismo de otras ediciones dio paso a extensos relatos, todos urgentes. El pulso de Chile se sintió fuerte.

Esta nueva apertura nos da nuevas perspectivas. Desearíamos que estos relatos fueran diseminados por todo el país para leernos entre nosotros. Que saltaran de esta antología a las aulas, a las lecturas nocturnas. Porque, en palabras de Kafka, “La literatura es siempre una expedición a la verdad”.

Ina Silva Graves
Presidenta del Jurado

ConSecuencia

Jonathan Alexis Alvarado Velásquez

Prueben rociando con espinas el agua, échenle cloro a las flores.
 Recen el padrenuestro de atrás *pa'* delante; si no les resulta, récnelo como corresponde.
 Acomódenle cáscaras de papa en la planta de los pies.
 Vístanlo de ángel *pa'* que se apiaden de su espíritu.
 Tírenle el pellejo de la espalda, tráiganle llantén al pobrecito.
 Ajustenle la risa, que sea solo de ocasión.
 Tómenle la fiebre, hiérvanle matico, sóplene las orejas con viento norte en contra.
 Desangren un cordero y píntenle la Cruz de Tenglo¹ en la frente con la sangre del bicho.
 Chúpenle el aire de la cabeza por las narices, aplástenle la guata.
 Métenle una pera con aguardiente por el ano, limpien sus vísceras.
 Tiren harina *tostíá'* al río repitiendo su nombre.
 Arréglenle un encuentro con el machi.
 Véanle la orina, cuéntenle las pestañas, no sea que le falte alguna y lo tengan *trabaja'o*.
 Espárganle Mentalol en su pecho, cuélguenle una tira completa de ajo en el cogote.
 Pásenle una piedra de río por entremedio de los *de'os* de las manos.
 Háganle vahos con eucalipto y canelo.
 Pónganle un gorro de lana y si es mucho el frío, pónganle también las medias.
 Que le suspire siete veces una virgen por detrás de la mollera.
 Arréglenle el encuentro con el machi.
 Que tome *muday*² el *condena'o*.
 Que se acueste boca abajo.
 Apáguenle las velas, capaz que mucha luz le esté haciendo mal.
 Siéntanle el pulso, denle limpiaplata³.
 Llámene al huesero⁴, capaz que un *astilla'o* esté provocando el problema.
 No le traigan al cura *pa'* que no se nos muera.
 Córtenle unas hojas de *triwe*⁵ y métenlas debajo de su cama.
 Hagan caso, llévenlo *'onde* el machi.
 Denle sustancia de hueso, sáquenle los piojos.
 Préndanle el brasero, capaz que el frío lo está jodiendo.
 Hiérvanle mariscos, que se tome el caldo, que se abuene.

¹ Cruz de Tenglo: símbolo representativo de la ciudad de Puerto Monrr, que tiene una estructura de 25 metros de alto y 14 metros de ancho y que corona la parte más alta de la isla Tenglo (nota del editor).

² Muday: bebida de grano de trigo, o de piñón, fermentado, tradicional del pueblo mapuche. Su uso es social y también religioso (nota del editor).

³ Limpiaplata: hierba medicinal (*Equisetum bogotense*) llamada así por el uso casero que se le dio para limpiar plata. La medicina popular le da un uso diurético, por lo que también ayuda a eliminar cálculos renales y de vesícula (nota del editor).

⁴ Huesero: componedor de huesos (nota del editor).

⁵ Triwe: laurel, planta sagrada para los huilliches (nota del editor).

Échenle ceniza en los cuadriles, que tome el zumo del quintral⁶ de maqui.
 Cúbranle su cama con matas de arrayán *florí'o*.
 No lo lleven a la pesca, denle tecito frío.
 Sírvanle curanto (enfermo que come no muere).
 Llámenle al machi *pa'* que venga con los *kona*⁷.
 Que no ande solo por el monte.
 Téjanle una manta.
 Que no le cante el gallo.
 Que no pique leña, que no le pasen los bueyes.
 Cierrenle los huecos a su rancho.
 Cántenlo, *pifilkéenlo*⁸.
 Que tire el hueso de pechuga 'e pollo *pa'* ver su destino.
 Que se coma una taza de cauchao, háganle jarabe con flores de ulmo.
 No lo lleven a la posta *pa'* que no se nos muera.
 ¡Llévenlo 'onde el machi, diantre!
 Médanle el resuello, que sople una botella.
 Entierren su choquero debajo de una luma.
 Háganle cariño, bésenle la frente.
 Invoquen sus ancestros, convérsenlo a gritos.
 Póngale flores de chilco, que sean tres noches.
 Bótenle vino en su último hoyo, entiérrenlo con su caballo.
 Mándenlo en canoa, que se vaya por el río.
 Ábranle el mar, que suba en la neblina.
 Récenle a su nube, cúbranse de su lluvia.
 Acaricien su rocío, agradezcan su agua.
 Coséchenle la melga, háganle cazuela con las primerizas.
 Recuérdenlo en la mesa, abrácese en silencio.
 Denle gracias y vayan a dejar su parte en la tierra 'onde está *sembrá'o*.

31 años
 Puerto Montt
 Región de Los Lagos
Primer lugar nacional
Primer lugar regional

⁶ Quintral: planta parásita chilena (*Tristerix corymbosus*) de flores rojas que crece en troncos y ramas de árboles y arbustos. El quintral del maqui es usado por los mapuches para mejorar la memoria y aliviar jaquecas (nota del editor).

⁷ Kona: soldado mapuche en lengua mapudungun.

⁸ Pifilkéenlo: que le toquen la pifilka, instrumento musical mapuche similar a un silbato o flauta (nota del editor).

⁹ Chilco: flor medicinal (*Fuchsia magellanica*), que se cultiva como arbusto ornamental y además tiene frutos comestibles (nota del editor).

Todos los bosques seremos

Cristián Andrés Arregui Berger

No sé si el bosque se queja de una manera callada,
pero en la noche estrellada su antigua pena se aleja.
Es sabia la tierra vieja, el cielo es amplio y sereno,
mas fuego, tala y veneno sembró el hombre por doquier;
lo sagrado del ayer irrumpe y grita en el sueño.
Alguien ha huido en la nieve, la lluvia también se marcha,
se ha dormido en la escarcha un árbol de oro muy leve.
¡Que el alma clara eleve su honda raíz entrañable!
Que el siempreverde nos hable de algo que no ha de morir;
eso queremos sentir: la vida es inefable.

El hombre también es árbol que busca encontrar su bosque.
¡Que el aura se desenrosque y el hado brote en trébol!
Se pintan de intenso arrebol las flores de las pasiones.
¿Si fuesen nuestras naciones un equilibrio viviente?
¡Flora de todas las gentes; fauna de todas regiones!
“Todos los bosques seremos”, dirá el himno provincial.
Lejos de lo artificial, lo nativo encontraremos.
Es un pulso el que tenemos para hallar la antigua huella
y el corazón no hace mella tras la vida de verdad;
recibe en heredad la semilla y la centella.

Cada especie ha nacido tanto afuera como adentro;
en la marcha yo me entro y así alcanzo lo más ido.
Si el progreso ha mentido en apuro y ambición,
entonemos la canción que celebra todo el ser;
de la aurora al perecer, una sola bendición.
¿Lograremos ser sencillos tan llevados por soberbias?
¿Limpiarán las aguas turbias el verdor de los anillos?
El gran bosque es un castillo, los humildes sus señores,
con sus trajes de colores no son falsos ni pomposos;
fluye un oro jubiloso del capullo hasta las flores.

42 años
Aysén

Región de Aysén del General Carlos Ibáñez del Campo

Segundo lugar nacional

El viaje

Alejandra Isaura Ziebrecht Quiñones

Me dicen que cuente mi historia,
 así que diré mi nombre, que ahí comienza todo.
 Soy María Cadalso Cadalso,
 hija única de madre,
 pero no la única violada por el patrón en la casona del sur.
 Jugué de niña a ganarme el pan de casi todos los días,
 a ordeñar las vacas y salir corriendo del hijo del patrón.
 Tan juguetoncito que se ponía en vacaciones;
 tan dado a mirar las moras, el atardecer
 y mi enagua por debajo de mi vestidito.
 María Cadalso y un día se me vino encima
 como los chanchos del chiquero.
 Tan juguetón, me dejó moreteada
 como un atardecer rojito en mi carita
 de doce años; “tan bonita como manzanita”,
 me decía, mientras hacía conmigo sus cosas.
 Mi madre me susurró: “Si lo dices, nos echan”.
 Y ahí acabó el cuento.
 Colorín colorado, debajo de la cama,
 enterrado como difunto.
 Aprendí todas las labores, los sinsabores, los dolores.
 Calladita la niñita, que la vida es lo que tienes; y así
 lo dice el curita en la primera comunión,
 antes de hacerme tragar algo desabrido, y *pa'* qué tanto alboroto.
 Tampoco le dije al cura
 lo del hijo de la familia,
 que después se le soltaba la lengua
 y de noche la calle es mala, amenazaba mi madre.
 María Cadalso, le tiré unos cuantos manotazos
 cuando vino por segunda vez y ya no era verano
 ni yo la María de la enagua de primera comunión.
 Mi madre murió y mi padre con ella, y conocí la vida solita
 trapeando baños en una terminal del norte
 donde llegaron, de otras tierras, unas mujeres morenas
 como noches hermosas
 Ellas también sabían del hambre
 por qué hablar de eso, si es universal y no habría para qué.

Ninguna limpia baños por gusto hasta la medianoche.
Vivíamos en conventillos, hablábamos distintas lenguas
y hasta comíamos las mismas sobras, así de solidarias.
Y cuando pegaba el invierno dormíamos juntitas
ovilladas como perras callejeras, así de oscuro.
Soy María Cadalso y salí de la capital de la pobreza.
Regresé al sur de la memoria, donde me puse a sembrar congojas,
y comí esperanzas y pude ver los primeros alimentos
brotar de la tierra oscura. Y fui feliz por eso. Y ya no escapé de nadie.
Ahora pondré mis panes en el horno, porque asoman mis convidadas.
Tengo una mesa llena para las mujeres de otros litorales
que vendrán a sacarme la tristeza de estas noches como espinas.
Soy la María Cadalso, hija de madre única, y esta es mi casa.
La verá relucir de lejos si cruza el camino junto al río.

60 años
Talcahuano
Región del Biobío
Tercer lugar nacional
Primer lugar regional

India Soy

Teresa Elizabeth Cornejo Valdés

Soy india pehuenche, hija de volcanes,
ardiente, candente, lujuriosa,
por las noches me visto de lluvia embravecida
me derramo tejiendo mil raíces hasta llegar a ti.

Soy india de pelo negro
inventando historias mientras me lo trenzo.
Soy la india con oídos de pájaros
escuchándote rugir,
a través de la espesura de tu noche.

Soy la indígena pehuenche que tiene por ojos
las piedras de todos los ríos,
erupciono como volcán viviente,
te arrastro río abajo,
me empujas río arriba,
mis ojos se anclan al torrente de tu sangre blanca.

Soy la india de boca pequeña mordiendo tus bosques,
atragantándose con tanto madero,
con tanto pájaro yendo y viniendo del nido,
tragándome a bocanadas el viento puelche con aroma a ti.

Soy india de brazos fuertes como araucarias,
sostengo tu mundo y el mío,
te afirmo cuando estás al borde de tus abismos
y cuando arrecia mi propia tormenta,
me aferro a las piedras de tu isla.

50 años

Talca

Región del Maule

Premio especial Pueblos Originarios

Fabupoema¹⁰ de la aceituna negrita sabrosita de Azapa

Iván Amadeo Salas Madrid

Negrita aceituna,
llegaste desolada hace muchos años al valle de Azapa,
viniste acurrucada en una ramita que defendía su verdor.
Buscaste esperanzada esta cuchillada verde en el desierto.
Aceituna, pequeño y oscuro latido de vida.

Negrita poderosa,
te acunaste en esta *Pachamama*¹¹ nortina.
Dormiste junto a chinchorros¹² milenarios.
Guardaste tu poder secreto entre *mallkus*¹³ tutelares.
Aceituna, esencia profunda del tiempo y del universo.

Negrita guerrillera,
despertaste de tu letargo.
Germinaste tu color y tu sabor desde lo más profundo.
Asomaste con el brote verde, reverde y rebelde del olivo.
Aceituna, “creatura” emergente contra la chusca¹⁴.

Negrita curiosa,
asomaste tus ojos infantiles de verde terciopelo.
Creciste adolescente con el canto del agua viva que baja de los Andes.
Te dibujaste adulta como verde árbol porfiado en el desierto.
Aceituna, paciente retoño en la cuna del olivo.

Negrita resplandeciente,
fruteciste verde estrella matutina,
maduraste tu color ancestral, oscura como cielo nocturno.
Enamoraste a todos como farolito de negrura viva.
Aceituna, lucero del amanecer.
Negrita lujuriosa,

¹⁰ Fabupoema: mezcla de fábula, por el carácter didáctico, y de poema por la estructura en versos (nota del autor).

¹¹ Pachamama: Madre Tierra para los pueblos originarios, creadora de todas las cosas (nota del autor).

¹² Chinchorros: pescadores que habitaron la costa de Arica entre el 7000 y 1500 a. C. Se reconocen por haber creado la momificación más antigua descubierta hasta ahora en el mundo (nota del autor).

¹³ Mallkus: dioses protectores que se asocian a los cerros y montañas dentro de la cosmovisión aimara (nota del autor).

¹⁴ Chusca: arena muy fina que se encuentra en el desierto (nota del autor).

*raimando*¹⁵ dolores, manos añosas cogieron tus soles negros,
cantando cadenas, te sacaron de los dedos de los olivos.
Bailando alegrías, te llevaron en hombros de negros.
Aceituna, corcel de sabor salvaje.

Negrta sabrosa,
te abrazaste con el agua, la sal y el tiempo.
Te diste un baño de sabiduría ancestral,
al ritmo de fogatas y tambores de corazón de olivo.
Aceituna, sabor inmortal.

Negrta icónica,
entraste impetuosa en las casas de la gente.
Te llenaste de orgullo como tradición ariqueña,
te viste adorada en la empanada y en un pan batido con mantequilla.
Aceituna, símbolo azapeño.

Negrta viajera,
paseaste adornada con negras trenzas aimaras.
Llevaste el sabor por el mundo asombrado
en tus enruladas y brillantes melenas afrodescendientes.
Aceituna, embajadora de Arica.

Negrta porfiada,
hoy quieren apagar tu negrura golosa
con el manto blanco y aséptico de las semilleras holocáusticas,
pero te asilarás en una ramita de olivo por el *tan-tan* del tiempo.
Aceituna, sobreviviente apocalíptica.

Negrta mía, tuya y nuestra,
tu espíritu seguirá bailando tumbé¹⁶ en las caderas morenas,
zamacueca¹⁷ con brazos en alto enojados con pañuelos verde olivo,
caporales¹⁸ meneando tus negras polleras en carnavales eternos.
Aceituna, ñusta imperecedera de Azapa.

55 años
Arica

Primer lugar regional

¹⁵ Raimando: de raima, nombre dado a la cosecha de aceitunas (nota del autor).

¹⁶ Tumbé: danza afrodescendiente propia de la zona del valle de Azapa (nota del autor).

¹⁷ Zamacueca: baile en pareja donde se representa el asedio amoroso hacia una mujer por parte de un hombre. Danza de origen afrodescendiente que derivó en la cueca, la marinera y otras danzas (nota del autor).

¹⁸ Caporales: danza de origen boliviano y afrodescendiente que se originó en la saya y que se relaciona con el capataz de los esclavos africanos que llegaron a la zona del Altoandino (nota del autor).

¹⁹ Ñusta: nombre para las reinas o princesas en el Imperio Inca en lengua quechua. La ñusta era virgen e hija del Inca (nota del autor).

Júbilo de un wayna²⁰ apasionado

Sebastián Matías Mollo Vásquez

Desde la altura del interior te invito,
del corazón de mi pueblo te cuento.

El cóndor mira sin pestañar
buscando una presa atrapar.
El zorro acecha por los campos
a una oveja lejos de su rebaño.
Escucha el charango y la quena,
la música acaricia tus venas.

Que el viento escuche, que los animales oigan,
que el tiempo se detenga, se regocija mi alma.

Como la luz de un arcoíris,
brillan los colores de mi aguayo.
Al hombro mis recuerdos,
bella historia de mi cuerpo.

Se hace presente el silencio,
yo sonrío y me preparo.
Acomodo mi charango,
con devoción canto.

Hormigas en la hierba,
hombres de esta tierra.
Polvo suave del campo,
somos todos nosotros.

Mi cálido chaleco de lana,
tejido por esas manos antañas.
Dedos de mujer aymara,
amor de querida abuela.

Y danza mi corazón,
donde abunda el amor.
Florecen los maizales,
Cariño de mis animales.

Pasión de mil maneras,
La luz de la naturaleza.
Mi querida madre tierra,
Mis ojotas te acarician.

Alzar la vista y no partir sin antes;
Vislumbrar la cordillera de los Andes.

Jamás hay que olvidar,
A la Pachamama hay que ofrendar.
Ven y quédate conmigo,
Disfrutemos el Machaq Mara andino.
Como hijo de campesino,
Te abrazo, humildemente me despido.

Un recuerdo antiguo,
La alegría del campo.
Esta es mi tierra amada,
Yo soy un joven Aymara.

27 años
Arica

Segundo lugar regional

²⁰ Wayna: hombre joven en lengua aimara (nota del editor).

Caudal del pueblo

Erick José Alberto Ibáñez Marca

I

Caminos agradecidos al ser recorridos con prudencia,
nubes sin competencia en las alturas,
cerros que nos observan con dulzura,
mis pies descalzos sienten las caricias del río
en este pueblo de Putre, con recuerdos que fluyen.
Mojo mi rostro para luego observarme en el espejo movedizo,
la naturaleza me hace guiños en cada lugar que brilla.
Mis amigos músicos me dicen que ya va comenzar la fiesta en el pueblo,
recojo mis instrumentos hechos de un viejo árbol que abrazaba en mi infancia,
sonrío por los vientos que llegan,
reconozco las visitas de todos los tiempos.

II

Las personas aquí no están apuradas,
aquí nadie te empujará en una fila,
ni tampoco ignorarán si te caes al suelo.
Aquí los hogares no necesitan ser de más de dos pisos,
los caminos son de tierra
y al mirar hacia arriba, tu vista no chocará con cables,
tus ojos encontrarán con facilidad aquel infinito,
aquella inmensidad que no necesitamos comprender.

III

Es cierto, mucha gente ha dejado el pueblo, muchos árboles ya están viejos,
mucha gente ha muerto, muchas flores se han secado,
hay mucho que se ha olvidado, hay varios atardeceres que nadie ha visto.
Hay turistas profesionales que lo único que hacen es tomar una foto
o comentar que desde la carrera que estudiaron quieren aportar algo,
mucha gente publicando libros, ensayos, artículos,
proyectos insuficientes, académicos imprudentes.
Es cierto, el río ya no tiene el mismo caudal,
pero a pesar de todo, yo prefiero esta vida rural.

IV

En este pueblo muchas caras te resultan familiares,
 como hojas similares de árboles distintos,
 pero que curiosamente tenían raíces cercanas.
 En estas tierras se ha conocido a gente como Juan,
 personas admirables y decentes,
 capaces de explicar el valor funeral de las cosas del mundo.
 Aquí han pasado generaciones y generaciones,
 hay frases que han logrado sobrevivir de boca en boca,
 hay costumbres más antiguas que la persona de mayor edad en el pueblo,
 es decir, este pueblo ha cambiado una y mil veces,
 pero sigue siendo un pueblo, sigue siendo un lugar de recuerdos,
 un espacio de aprendizaje y experiencia vital,
 una oportunidad de vivir, sentir nuestra vida,
 reconocer la vida de otras personas,
 reconocer muchas formas de vida,
 como la cercana vida de los árboles.

V

La fiesta del pueblo ha terminado por hoy,
 el recorrido ya se ha hecho,
 hubo risas y llantos, encuentros y desencuentros,
 hubo momentos para cantar, otros para bailar y otros para desahogarse.
 Con mis amigos nos hicimos presentes con nuestras *tarkas*²¹,
 haciendo vibrar la melancolía con todas nuestras melodías,
 soplando con el aire de nuestros ancestros.
 Arrojo mi mirada hacia el infinito
 y me agrada la forma circular de la luna,
 me acerco al río que sigue existiendo
 y esta vez me pongo a llorar un poco,
 como si mi alma quisiera aumentar aquel caudal.
 Allí se guardan desde ahora unas gotas de mi llanto
 que pasarán a ser caricias en el futuro.

24 años
 Arica

Tercer lugar regional

²¹ Tarkas: voz del aimara *tarqa*, flauta vertical octaédrica de una sola pieza de madera. En el sector medio lleva los seis agujeros para los dedos, sin portavoz. Tiene una extensión de aproximadamente dos octavas, y su longitud va desde los 20 a casi los 60 cm (nota del editor).

Morena

Héctor Jonathan Barraza Ahumada

Extinta en una callejuela infinita te vi partir, morena.
Ibas armada entre mantas,
cargando a tu idilio en el rugir de la mañana.
Nada te dominaba,
nada te causaba heridas, te sentías indomable en el celoso encuentro con la jornada.
A tu paso se dejaba ver la riqueza de tu historia, una que a boca de expertos,
señalaba el silente vocablo de una queja...
Así te recuerdo, morena,
como una pequeña doncella escurridiza perdiéndose en el tumulto de la maleza,
explorando en cada grano de tierra parida,
juntando anécdotas con el despertar del sol y soñando en el entierro de la nebulosa noche, abatida por
las estrellas...
Fuiste luz en un rayo,
una suma más de tu siembra,
un juego entre yaretas y piedras que sin medir contratiempos
unieron tu nombre con el significado de la palabra muerte,
porque desde que te marchaste de tu aldea, morena,
nadie más hizo germinar alegrías entre las melgas...

35 años
Alto Hospicio
Primer lugar regional

Verdad

Héctor Jonathan Barraza Ahumada

¡No culpes a nadie de tu autoexilio!
 Vives donde la tierra te dijo que nacieras,
 y aunque no lo pareciera,
 eres una casualidad tan inmaculada como lo es el mundo en tu mano.
 Deja de culparte por sentirte inferior al resto;
 para, por favor, con esa apreciación. No seas un tormento de algo que no eres.
 Mejor habla con tus manos,
 y muéstrale al extranjero la verdad que hay en tu suelo.
 Ve y dile a ese oyente atractivo
 que en tu soledad, los demonios y las estrellas vienen todas las noches a visitarte,
 con la única intención de que reconozcas en su dualidad, que la vida
 es tan similar como la unión entre *chacha* y *warmi*²² en la construcción de una ilusión.
 Coméntales también a esos amantes de las cámaras y la tecnología,
 que en tus monumentos, tus ancestros te llaman a gritos desde los subsuelos del otro mundo
 para aconsejarte sobre temas que solo tú entenderás.
 Ve y dile a todos los espectadores de aplausos y condecoraciones distantes,
 que tus colinas poseen nombres de gigantes, y que estos, protegen tus dominios como tú lo haces con
 tu ganado, tu familia y tu cosecha.
 Ve y habla de tu historia,
 de lo que eres,
 de tu sol y del romance con la luna.
 No seas vergonzoso,
 levántate de tu miedo absurdo, no eres extraño a nadie,
 agólpate a tu sentimiento
 y muéstrale a los abismos del cemento
 que en tu contemplación está el regalo de aquello que no posee recompensa.
 Y eso, amigo mío, no es otra cosa más que tu cultura.

35 años
 Alto Hospicio
Segundo lugar regional

²² Chacha-warmi: sistema conyugal aymara inserto en el sistema social y cultural andino (nota del editor).

La Tirana

Margarita Orielle Arriarán Miranda

Pozo Almonte, Región de Tarapacá.

Hermoso pueblo rodeado de bosques perfumados de algarrobo,
 tierra cariñosa donde el sol te escogió con orgullo.
 Como su nombre lo indica, tiene un resplandor dorado, con la rojiza tinta de la miel.
 Plaza hermosa, para mí, tu iglesia es como una catedral con una fe señorial
 que al irme me haces llorar y siempre deseo volver a danzar.
 El azul intenso como el cielo de verano me ruboriza al sentir tu aroma.
 El silencio de tus calles trae la paz a mi corazón.
 Tu fiesta es bonita con mucho colorido al son del sonido.
 Tambores, quenás, trompetas, platillos, danzarines con trajes y vestidos.
 El amor fiel sostiene la fe en el corazón henchido
 guardando en el seno de esta tierra, con los rayos del sol abrazador de esta pampa bronceada.
 Sus casitas con mucho esfuerzo logradas, cuánta presencia de cariño hay en ellas.
 Los aromas de tus árboles, el placer de tus aires, encantadoras tardes.
 Se diría que la naturaleza se ha detenido en el tiempo.
 Emblema de todas las edades, interpreta todos nuestros sentimientos.
 Tamarugos añosos contemplados y abrazados por nuestros abuelos.
 Qué temple tuvieron ellos, que nos enseñaron desde chiquitos a querer esta tierra.
 Como un ramillete de sorpresas es nuestra gente, sus ovejas y cabritos,
 sus verduras cultiva, los aromas de albahacas, lechugas, cebollines y acelgas en sus alrededores.
 Su escuelita, en las tardes, llena de niños queriendo estudiar todo. Como un tesoro las campanas, so-
 nando con un poder de llamado encantador.
 El amor de tu pueblo en abundancia aparecía, por una virtud secreta como un rayo se embellecía.
 Así te quiero, pueblo mío, Tirana bella como una diosa dormida en la pampa escondida,
 como una sublime rosa perfumada, en medio de tus bosques frondosos.

66 años
 Iquique

Tercer lugar regional

Oh, montaña mía

Nael Alejandro Illanes

Esta montaña amada
de cumbres repetidas
y de verdes praderas
ahora se volvía mi enemiga.

Incluso cuando mis lágrimas me atacaban, corría.
Corría sin poder creer que la culpa es mía.
¿Me ayudas? ¿Estás ahí, montaña mía?

No las veo, no las oigo, no las siento.
A ciegas estoy siguiendo.
Dime si me escuchas, dime si tan solo me sientes,
dime qué debo hacer.
¿Espero? ¿Busco? ¿Vuelvo?

No me abandones, ahora es cuando más te necesito,
dame fuerzas para poder seguir,
apiádate de mí,
dame un camino para poder seguir
y manda a los espinos alejarse de mí.

Lentamente, lentamente mi corazón
cae en la oscuridad de mis miedos,
mis lágrimas llenan mi corazón
ahogando a mi alma con dolor.

Con mi último aliento frío, aparecen siluetas.
¡Son ellas! ¡Son las ovejas!
Desearía que no fuese tan lejos,
pero incluso si son miles de kilómetros
rompería la distancia solo para llegar a ellas.

Es un camino peligroso, ¿y qué importa?
No puedo parar, incluso cuando me lastimo
no importa si duele, no importa si muero.
Nada ni nadie podrá detenerme.

Corriendo, llorando, cayendo
¡las alcancé!
Derrotado, abatido y herido,
¡las amé!

A pesar de no saber el camino,
a pesar de ser tan solo un niño,
me diste lo mejor de ti
y ahora daré lo mejor de mí.

11 años
Calama

Primer lugar regional

Entre volcanes y cerros

Tania del Carmen Sepúlveda Inzunza

Amor en fumaradas ancestrales
se velaron en el salar de Atacama.
Los soberanos hermanos
Licancabur y Juriques
disputaron a floleos
a Quimal, la infanta,
cuyo corazón unió raudo
a Licancabur con sones de zampona;
mas el poderío de Láscar, su padre,
fraccionó a rayos de fuego el amor
y la ofrendó a Juriques.

Desde entonces,
la pasión Licancabur y Quimal
divagó en las clandestinas
oscuridades del desierto,
reptaron sobre la arena
y explosionaron estrellas
que viajaban por sus columnas
hasta ser solo uno.

Por infortunio,
en la Pachamama nadie calla
y lenguas despertaron
la furia de Láscar,
que ante el engaño de Quimal
vomitó bolas de fuego
contra el amante.

Las tormentas no esperaron, que,
en cortinas de viento y arena,
protegeron a Licancabur,
para luego caer guillotina
sobre la cabeza de Juriques,
la que rodó y rodó
por el desierto,
creando los cimientos
de San Pedro de Atacama.

Hoy, Juriques muestra
su cumbre decapitada
y Licancabur, aunque gallardo,
quedó condenado por su afrenta
a besar los pies de su Quimal amada
solo una tarde de abril al año.

51 años
Antofagasta

Segundo lugar regional

Cenando con Juan López

Miguel Ángel Castillo Fernández

I

Forjador primario de secos amaneceres,
como trompo colorido y solitario giraste
con antiguos y heterogéneos fantasmas.
Chango López, habitante ilimitado y tan
brillante como el sol, dispusiste tus pies
y tu corazón que besó la morena vértebra
de la pasional sábana atacameña.

II

Poderosa energía madrugadora, dormiste
en el seno de la luna, tu esencial reloj, el primer
amor convocado circularmente alegre.
Cateador sigiloso abrazado a la sal, al caliche
aturdido entre abismos de fuego, cada pie tuyo
dejó su huella en la gigante quemadura nortina.

III

Transeúnte de rojo caminar, en la luz del polvo
construiste la primera choza, tu ansiada torre
de ilusiones apasionadamente urdidas.
Fugitivo solar buscado en el dolor de las piedras,
ilumíname, ¿dónde quedó estirado tu resonante
cuerpo? Espíritu inquieto recostado en mi mano,
¿en qué vieja orilla clavaste la primera madera
de la ciudad? ¿Por qué brilló rojizo tu martillo
desamparado? ¿Dónde quedó el gris terno
del secretario que escondió tus pergaminos?

IV

Soledad amarrada a la hélice de mi antigua vida,
lágrima callando atardeceres, caballero de fuego,
en vano busco la estatua tuya bronceada y cálida.

V

Explorador febril de las costas de Atacama, quise
conocer; conocer tu sombra de paz y de tréboles.
Soñador solo, espíritu invocado, soy el naufrago
de la casa retirada, el marinero sin puerto botado
hacia el retumbo seco y nostálgico que pide agua.
Chango López, mi mejor cena es contigo al calor
de la última gaviota que me defiende de una pena.

59 años
Antofagasta
Tercer lugar regional

Fluido vital

Moisés Edelberto Álvarez Monroy

Y fue mandato divino
que vinieras a nacer.
El Señor con su poder
nos inundó los caminos.
Él hizo de tu destino
supremacía en la Tierra.
En los campos y en la sierra
necesaria tu existencia.
Con tu abismante presencia
y los misterios que encierras.

Tu llanto es el gran concierto
en nuestro suelo salobre.
Es el festejo del pobre,
el florecer más incierto.
Un milagro en el desierto
que a todo muerto levanta,
despiertas bichos y plantas
con nuevo aroma y color.
Inundas todo de amor,
eres agua, vida y santa.

Tan infinita y sagrada,
inundas todo mi ser.
De ti obtengo el poder
con un sorbo en mi jornada.
Por eso de madrugada
clamo al cielo en oración.
A Dios le pido perdón
por no cuidar tu existencia.
Que la sed y tu presencia
nos conmueva el corazón.

De los mares te levantas
silenciosa y transparente,
infinita, omnipotente,
necesaria, pura y santa.
En el desierto una planta
es milagro sideral,
si tu presencia ancestral
nutre el vientre a mi natura.
La vida nace y perdura
por ti, fluido vital.

58 años
Huasco

Primer lugar regional

Marioneta rota y la playa

Jazmín Rojas Rodríguez

Entre las oscuras siluetas de las gaviotas al volar,
entre el fuerte olor a mar que invaden las fosas nasales,
entre las nubes que viajan al compás de la brisa quemadora,
entre espuma burbujeante de las olas,
entre diminutos granos de arena cálidos, de colores crema pálido,
entre el frío viento hostil del mar,
entre barcos pesqueros con sus característicos perfumes a pescado fresco,
entre muelles mal cuidados por la firmeza de las olas y los rayos del sol,
entre rocas resbalosas y poco confiables,
entre trozos de conchas rotas puntiagudas,
entre algas esparcidas en la arena exportada por el mar,
entre la neblina que llega en las noches solitarias y se marcha en la helada mañana,
entre cada pequeña poza, donde pececillos inquietos nadan,
uno puede encontrar una playa.

16 años
Tierra Amarilla
Segundo lugar regional

Huasco

Juan Carlos Rivera Ávalos

Descendió la nieve solitaria, descendió fría desde los cerros cordilleranos,
venía jugando con la tímida lluvia, y los dos enamorados
cubrieron de invierno las rocas, el cielo, la tierra, el valle, el agua.

Se convirtió en sangre del cielo, cristalina, bendita, pura, sabia.
Fue haciéndose camino por las piedras,
entre matorrales el suelo se llenó de esperanza.

Llamose Guasco, al fluir del agua que Dios ordenó a la lluvia que creara
y el río del mismo nombre que el oro
fue criando pozos, humedales y quebradas.
Se abrieron las ventanas de la tierra, se alegraron los queltehues custodios,
dejaron de tener sed de oasis los cactus
y el arcoíris creó un carrusel al viento sonoro.

A la hora del mediodía, el Guasco río ya estaba a los pies de Paitanás.
Su loca algarabía se escuchaba entre las comunidades diaguítas de Vallenar.

Río, río, riendo va el niño.
Río, río, jugando a los pies del cielo de Atacama.
Río, río, fogata de comunidad ancestral.
Río, río, no te trueques ante extranjero capital.

Fue mochileando con su ternura, entre los senderos de esperanzas,
pasó bajo el puente de la muerte y allí hizo una oración.
Quedose en calma.

Su pureza se tiñó de roja angustia.
Fue abriéndose camino por ruinas abandonadas.
Vio florecer al olivo acercándose a Pallantume,
respiró aire nuevo de totoral y camanchaca.

Entró sigilosamente a Santa Rosa del Huasco,
inclinose en yerbas de madreselvas y malvarrosas,
persiguió a la legendaria misteriosa línea férrea,
se enamoró de una noche de minerales luciérnagas.

Al entrar a Puerto Huasco recordó sus inicios
y se extrañó lamentando ver el aire contaminado.
Reconoció la angustia de la tierra, árboles y cielo,
cayó en depresión al ver todo envenenado.

Sintió miedo de llegar a la orilla de la playa,
sin fuerza y convertido en desecho.

Río, río, tu camino adónde irá,
Río, río, el último suspiro de Atacama.
No dejarás de cantar...

48 años
Huasco
Tercer lugar regional

Lamentaciones

Juan Ramón Cuevas Maldonado

Lloré
el mismo dolor
de quienes me antecedieron.

Mis ancestros(as) viven en mí.

Sus cuitas
son ahora las mías y yo,
yo quiero llorar con ellos.

Como el murmullo del agüita corriendo
el espíritu feroz de mi pena
se arranchó en el casuchito donde creció el primero de nosotros.

Allí
con un manojito de maqui,
cenizas de muchos fuegos
y cortezas de árboles olorosos,
tiñó el cauce de mi voz interior
y la fue a fijar en el alma que encarnaría en mis propias descendencias.

Cierro mis ojos y la escucho
susurrando las novenas en la incertidumbre de estar vivo
sin patria, sin raíces, sin dolientes.

Porque no hay peor muerte que morir lejos
amancebado por la muerte solitaria.

Sé que hay demasiadas osamentas en la historia de los míos
que se hicieron polvo hablándole a la brisa y el desierto.
Sobre los días en que fueron hueso y músculo dispuesto
hierro, pala y barreta,
amarre, nudo y cobija,
obedientes de la furia en su pobreza,
de los fríos y calores en que mi abuela Berta molía el trigo
para llenar de masas gruesas la panza de sus muchas pariciones.

Obediente del pulso vital con que marchan las romerías hacia lo solemne,
entre la mansa muchedumbre Papito Juan toca el tambor.

Soplando la *pifilca*²³ se ha perdido en el camino,
 azuzando al baile chino,
 enamorado de todas las virgencitas de mi calendario.

En otro tiempo,
 él torció lazos para los arreos cordilleranos,
 que en épocas antiguas
 se perdían en las altas cumbres
 ramoneando el bofedal, donde los pastos
 crecían hasta más arriba de la cintura
 y las estrellas,
 las estrellas mortificaban el sueño de los justos
 cuando la caravana,
 sin techo, ni árbol, ni sombra,
 se dormía con la cara en el estío
 y eran los hombres asaltados
 por una multitud de malos pensamientos.

Había que ser creyente para irse a encarar a los demonios de lo humano.

Ellos inventaron los versos que palmearon en las noches de cueca larga.
 Ellos convirtieron la guitarra en arma peligrosa
 y se demoraron velando angelitos mientras que en el desamparo miserable,
 donde les tocó cantar a lo divino,
 se amasó la indignación para ofrecerla a los convidados de su mesa
 como festín de levantamientos y revoluciones de ojotas y chupallas.

Mis ancestros viven en mí.
 No es el ánima que anda penando, estoy cierto.

Es el canto robusto de los pajaritos de su pena
 que trinaron cuando el disparo al infinito, que es la vida,
 se hizo carne, sangre, garra y venas
 en el primero de mi casta campesina.

46 años
 Salamanca
Primer lugar regional

²³ Pifilca: instrumento de viento de origen mapuche que se asemeja a un silbato.

Los ojos de mis abuelos

Dana Carolina Donoso Osorio

Los ojos de mis abuelos ven a través de mis ojos,
ancestros que llevo dentro entre recuerdos hermosos,
paisajes que ya no existen, que conocí en sus relatos,
ausentes están ahora, yo los extraño a ratos.

*Suma phaxsi*²³, me decían, mientras miraban la luna.
Palabras de nuestra lengua, como ella ninguna.
Su casa ya no existe, solo queda la laguna,
recuerdos y silencios que entre los cerros se acunan.

Los ojos de mis abuelos, de sabiduría y respeto.
Se fueron antes de tiempo, sin conocer su bisnieto.
Semilla de nuestra etnia, regocijante e inquieto,
recibe las enseñanzas para ser un hombre completo.

Agradezco ser aimara con mis raíces trenzadas,
de ojos oscuros y tez morena de ustedes heredada,
tradiciones y creencias con orgullo realizadas.
Cada junio un nuevo ciclo con ceremonias impregnadas.

Aruma wara wara son las noches con estrellas,
las mismas que juntos miraban con la lumbre de una vela.
Extraño sus narraciones de las llamas en el cielo
que bajan a tomar agua desde el río de los luceros.

Como buen *chachawarmi*²⁴, la vida unidos disfrutaron
avanzando el día a día con cada piedra que levantaron.
Cuidaron y cosecharon cada semilla que plantaron,
ahora somos las ramas que con tanto esfuerzo forjaron.

Wila masi es la familia. Más que un vínculo de sangre
son vivencias y orgullo, los que en mi pecho arden.
Tristeza es lo que sentía cuando se fueron al viaje
sin retorno, sin aviso. A los ocho días quemamos sus ropajes.

35 años
La Higuera
Segundo lugar regional

²³ Suma phaxsi: buena luna en lengua aimara (nota del editor).

²⁴ Chacha-warmi: sistema conyugal aymará inserto en el sistema social y cultural andino (nota del editor).

Agua Seca

Erick Ignacio Bouey Cordero

¿Qué será del agua?
 ¿Se habrá perdido en el árido valle chileno?
 No he visto el agua desde hace mucho tiempo.

No he visto el río cruzar por mi cerco.
 El ganado está flaco y el pasto seco.
 Hace años que veo acercarse rápidamente
 al inconmensurable desierto.

¿Qué será del agua?
 He visto marchitar mis primaveras esperando la lluvia,
 he visto a los gorriones picotear a los ojos de los cuervos,
 he visto morir de hambre a todos mis perros.

Del agua no sé nada,
 las hectáreas que eran verdes
 no son más que tierra erosionada.
 Y del agua, nada.

Don Francisco Javier Larraín
 se llevó el agua.
 Yo lo vi,
 lo vi regar sus interminables hectáreas
 con la más cristalina agua.

Y nosotros secos de agua, secos de alma.
 Con los ojos secos por haber botado tantas lágrimas.
 De mi vieja, ya no queda nada;
 a mi vieja se la llevó la última helada.

Ya no me queda ni vieja, ni animales, ni agua.
 Pero a mí, no me vengan con cosas;
 que al agua no se la llevó el desierto,
 el agua se la llevó el viejo a su huerto.

Y a mí, ¿qué me queda?
 Y a nosotros, ¿qué nos queda?
 Tengo hambre, rabia y la garganta seca
 de palabras no dichas.

Ya no hay nada,
el río se secó,
se fue.
Se fue con mis recuerdos.
Y el agua no volvió.
Y yo,
yo ya estoy seco.

No hay arriba,
mucho menos abajo,
no hay nada.
Una seca, nada.
Se fue todo,
y a mí me dejaron
en la nada
sediento de todo.

23 años
Coquimbo
Tercer lugar regional

Entierro de un campesino

José Osvaldo Rocha Herrera

Un viento líquido,
 como un paquidermo híbrido
 va lamiendo el féretro tendido,
 sobre la acongojada carreta...
 Allí la mano inerte, empedrada la sangre,
 el oxígeno golpeando el brocal de las fosas...
 Allí el hombre, el pobre campesino pobre,
 solo con su sola muerte.
 Sobre las temblorosas barandas,
 un ramo de flores sin nombre
 y una silenciosa cruz de álamo bostezando con desgano.
 Quién conoció el niño que murió con su vejez;
 el horno que amasó el barro de sus manos.
 Quién hablará de su amarga gloria...
 cuando el rocío mordía con sus puñales sus viejas rodillas.
 Cosechó una y otra vez las mañanas;
 acunó el disco del sol sobre su frente sin una mísera censura.
 Al lado del estero quedó su pala,
 tendida de bruces hacia el poniente,
 como buscando el silbido plácido de su humilde corazón.
 Sus ojotas, como dos lagartos,
 abrazadas atisban al fondo de la alameda,
 buscando quizás entre las sombras,
 su encorvada silueta de pobre espartano,
 su oxidada plegaria al partir el pan en las frías madrugadas.
 Mientras los bueyes van relamiendo el camino,
 aúlla de su perro la tristeza.
 Un cortejo de senderos lo siguen cabizbajos
 y el añoso sauce de la esquina
 sacude de sus ojos las polillas
 para mirar por última vez su viaje hacia la muerte.
 Su manta de castilla,
 como una monja sin dueño,
 dormida espera el abrazo de su piel bajo el alero.
 Pero nadie vuelve de la tierra;
 solo las siniestras partículas de polvo
 en el siniestro quejido de las rosas...
 Al mirar por última vez la pálida comparsa de su rostro,
 pienso en mi padre...

y las palabras que blanquean enterradas en mi boca,
por la tirana cobardía del silencio...
el abrazo inconcluso de nuestras solícitas miradas,
el puñado de arcilla que habitadas nos acosan.
Al mirar por última vez la pálida comparsa de su rostro,
pienso en mi padre...
en la lenta divergencia de sus carnes,
en el triste unicornio de sus cauces,
cuando busco mi tierra en el epicentro de sus ojos
y su esqueleto se arrastra...
como una oruga de sal dentro de mi cuerpo.

56 años
Valparaíso
Primer lugar regional

La fonda de los árboles chilenos

José Osvaldo Rocha Herrera

I

La *mansa* ni remolienda
 con la fonda 'e la arboleda;
 tenían la polvareda
 con tonadas estupendas
pa' allá *pa'l* lado 'e la hacienda.
 'On sauce era flor de hoguera
 con el vestido 'e la higuera,
 que con un paso divino,
 pegadita a don espino
 zapateaban en la era.

II

'Oña *queñoa* y 'on pimiento
 con el pañuelo en el cuello,
 dejaron sin un resuello
 con sensuales movimientos
 a un tamarugo sediento...
 'On canelo pidiendo agua,
 le hacía el ruedo a la patagua.
 Y 'ño' peumo como un puma,
 le payaba a *misia* luma
*ifariando*²⁵ con su enagua.

III

'On boldo, el maqui, 'ño' lingue,
 bailaban con la bandera;
 enseña, luz verdadera,
 azul que jamás se extingue,
 la sangre que nos distingue...
Misia carza emocionada
 daba rienda a la tonada
 a dueto con 'ño' raulí,
 pasadita a pachulí
 entre asados y empanadas.

²⁵ Ifariando: desvariando (nota del editor).

IV

'On toromiro y la palma
 brindaban con chicha en cacho,
 jurándole el muy *relacho*
 despacito y en suave calma;
 quererla hasta con el alma.
 En medio de las vihuelas
 y el tintineo de espuelas,
 el guaina de don quillay
 gritaba: ¡huifa ayayay!
 Mostrando dientes y muelas.

V

'On mañío y don maitén
 comiéndose un anticucho;
 decían: ¿será de cucho...?
 Mientras en un gran sartén,
 degustaba otro *ón* bollén.
 ¡Uy!... también quiero por siaca,
 refunfuñaba la tiaca,
 ajustándole el sombrero
 al árbol más zalamero:
 ¡un litro pasado a albahaca!

VI

Qué cosa *pa'* más *relinda*
 cuando llegó el *jutre*²⁶ alerce,
 que era digno *'e* merecerse
 del pastel la dulce guinda:
 la araucaria que deslinda
 con la estrella más brillante.
 ¡Qué cueca más elegante
 se mandaron los patrones!
 Comentaba entre emociones,
 un roble entre los cantantes...

56 años
 Valparaíso
Segundo lugar regional

²⁶ Jutre: latifundista, hacendado (nota del editor).

Érase una vez un río

Ramiro de Jesús Castillo Prado

En mi pueblo ya no hay río, solo rocas apiladas,
dedales de oro que no lucen sus galas,
altares sin flores, camposanto sin calas,
y el alma cansada de tanta plegaria.

Poco a poco fue perdiendo sus aguas
a manos de ambiciones extrañas,
en silencio perforaron sus entrañas,
hasta que fue tarde, nadie previó nada.

Nada importaron los cabríos
los reflejos de luna, los trigales,
las chilcas, el maizal y los sandiales,
las garzas, los queltehues y los nidos.

No importó el chincol y su canto matutino,
las pozas y su sana algarabía,
el atardecer bajo los sauces cada día;
no importó el hombre y su destino.

Mi río se ha ido, nunca más besará el mar.

69 años
Petorca

Tercer lugar regional

El último centauro de los Andes

Nicolás Ignacio Medina Cabrera

Ya cercado por Santiago
solitario en la quebrada
silba el último centauro
de una estirpe legendaria.

Masticando cien recuerdos
de su infancia montañesa,
mientras ciñe con firmeza
al presente y a su negro
alazán color de cuervo,
que lo interna sin amago
de pavor en el aciago
reino bello azul cerrero,
asciende lento el arriero
ya cercado por Santiago.

Da la espalda al laberinto
voraz que devoró chacras,
viñas, medialunas, vacas
en un tiempo tan sucinto.
Se lleva la diestra al cinto
ya sediento en la parada
pa' cebar unas *mateada'*
y hablar con la nochera
alta fauna *'e* cordillera
solitario en la quebrada.

Piensa un rato en sus tres *cría'*
que esquivaron el oficio
de domar los *precipicio'*
donde la vida se estría
y llaga la nube fría
con quisca de aire macabro.
Meditando que sus *cabro'*
llevarán mejor destino
remonta al alba el camino,
silba el último centauro.

Pero hay algo que lo ronda,
la tristura, un chicolito
que repica un leve grito
en el centro *'e* su alma honda.
No es posible que lo esconda,
el dolor de ser un paría
de una libre y solitaria
existencia trashumante,
tú, final jinete errante
de una estirpe legendaria.

Y por ti alzaré mi copa
cuando alcances San Gabriel
o el temido risco aquel
que el puelche fugaz galopa.
La nieve será la ropa
de tus huesos valerosos
y el corcel maravilloso
de tu nombre forajido
campeará contra el olvido
tuyo de andino coloso.

32 años
La Florida

Primer lugar regional

Décimas a tus manos

Constanza Andrea Mendoza Alegría

Anduviste por la sierra,
pies descalzos cerro abajo.
Nadie supo qué te trajo
a recorrer la húmeda tierra.
“En este lugar se entierra
mi dolor y mi lamento”,
anunciaste al firmamento
y plantaste el corazón
en melisas y cedrón
que sanaron tu tormento.

Tejiste con miramiento
en tu tierra del olvido,
llenaste de verde el nido,
todo estaba en crecimiento.
Era fuerte el pensamiento:
ver tu siembra florecida.
Trabajaste convencida
de la fuerza de tu suelo,
te entregaste con anhelo
hasta ver la flor crecida.

Te hallaste un día vencida
por cansancio y confusión,
no supiste la razón
de la nube en tus narices.
Se empañaron los barnices
de tu casa y su pulido.
Se empezó a urgir tu latido
y decidiste guardarte.
No saliste a *niuna* parte,
el mundo se había perdido.

Levantarse cobró sentido,
en tus manos y tu piel.
Vivía el recuerdo fiel
de tu rastro y su zurcido.
El tiempo no estaba ido,
lo encontrabas en tu andar,
y aunque no podías mirar,
evocabas lo trazado
en el fuego y el sembrado,
volvías a respirar.

Escuchaste el susurrar
de la tierra y su leal ciencia,
y encontraste con paciencia
los secretos para arar.
El barro te hizo encontrar
la ruta de las semillas,
descubriste las gavillas
con tu aguda intuición.
Recobraste la fruición
de poner el pie en la arcilla.

Hoy te veo cual chiquilla
afanada en el trabajo,
yendo de arriba *pa'* bajo
con tus botas y varilla.
Increíble maravilla
me deslumbra en tu saber.
Solo tú sabes hacer
de tu tierra el paraíso.
Ese fue tu compromiso
y será tu fiel querer.

25 años
Santiago

Segundo lugar regional

Canto de urgencia

María José Flores Godoy

Ya no sabemos de la piel enraizada del aroma
ni del calor del vuelo que se desprende
de una crisálida chillona.
La primavera trae consigo
caravanas de pétalos
que tantean un suelo
que huele a sangre y a injusticia.
La tierra moja con sus lágrimas
los bosques, un grito de dolor
se expande por toda La Araucanía.
Nos están matando.

La vida estalla con el alba,
al son del minuterio,
se desvanece otro machi
en una huelga de hambre.
Mordiéndolo sombras,
la tierra nos acoge adoloridos,
mece nuestros cuerpos que
jamás vencidos, fueron
arremetidos.

Qué hondo es el pesar
de nuestro pueblo.
Nos están matando.
Reitero,
nos están matando.
La palabra se vacía de signos,
al final de las vocales
cae el peso lánguido del silencio.

La soledad se desviste tras el cielo claro
para asentarse en nuestras *rukas*,
la ausencia de nuestros peñis
se hace carne.
Cada despedida es un quiebre
con el olvido y una reverencia
a la memoria de nuestros
antepasados que deshojan
el futuro de nuestra ruta.

La sangre nunca fue una metáfora.
Nuestro pueblo sangra,
nuestra tierra es un aguacero de sangre
y nuestros cuerpos van a dar allí
más temprano que nunca.

27 años
El Bosque

Tercer lugar regional

Aromas y raíces de Colchagua

Paula Elizabeth López Romero

En Colchagua las abejas hacen miel
 con el vestido de las uvas maduras
 y las sábanas negras de los frutos en la higuera.
 El amor florece los boldos por la tarde,
 queltehues se alzan sobre los campos de hierbas,
 la luz desvanece sobre los montes sonando el cencerro.
 Agotados los cabritos de pastar las alturas
 duermen en pesebres de paja y madera
 sujetos del viento o acordeones.
 Se empina a orillas del camino
 la casa donde se crió mi madre.
 Deliciosas memorias tiñen las paredes,
 el adobe descascara el tiempo en corredores.
 Bajo las vigas tejidas de cebollas
 haciendo tortillas en rescoldo caliente,
 amarrando humitas *pa'l* almuerzo,
 picando tomate fresco *pa'l* causeo, y los ajíes;
 un ulpo²⁷ heladito a media tarde,
 mate con cedrón al lado del brasero
 alfajores de chancaca²⁸ *pa'la* once.
 Tienen el aroma de Colchagua
 los botones de oro en líneas de trenes extintos,
 los soles nacidos en trigos y garbanzos,
 la luna asomada apenas entre los álamos,
 los redobles²⁹ que contaba mi abuela, sabia mujer de campo,
 su canto divino en los entierros.
 Mi abuelo hacía los cercos con ramas de coligüe,
 atravesaba el estero de madrugada.
 Cuando salía a buscar conejos los domingos
 los perros lo acompañaban.
 Descansaba sus pies a la sombra de unos perales.
 Era un hombre aventurero,
 más de una vez al diablo tuvo que hacer frente
 debajo del sauce amargo que está subiendo la cuesta.

²⁷ Ulpo: bebida espesa que se prepara con harina de trigo tostada mezclada con agua o leche, y endulzada con miel; se puede beber fría o caliente (nota de la autora).

²⁸ Chancaca: dulce sólido en forma de tabletas que se elabora con melaza de caña de azúcar y maní molido (nota de la autora).

²⁹ Redobles: tradicionalmente, en el campo chileno contar redobles se refiere a la creencia antigua de contar los primeros días de enero. Cada día desde el 1 al 12 representa los meses del año que comienza, de esta manera se observa cómo será el tiempo atmosférico. Por ejemplo, si el 3 de enero está nublado y con lluvia significa que el mes de marzo tendrá lluvia y mal tiempo (nota de la autora).

Nos contaba historias que hablaban del Tue Tue³⁰
 o Chonchón, que le decían a veces,
martes hoy, martes mañana, martes toda la semana
 y un *cuero*³¹ en el agua que afilaba los dientes.
 Ellos son el aroma de Colchagua,
 el quillay cubierto de blancos pistilos,
 los ojos rojos del huairavo³² entre los totorales
 o su graznido entre los árboles,
 los entintados pámpanos de uva silvestre,
 los higos secos con harina tostada,
 el charqui ahumado de equino,
 el cobre derramado sobre las vides.
 Mi piel se extiende como la del durazno
 en una cesta de mimbre.
 Huelo el fogón y los leños,
 tengo un amor sembrado,
 tengo una infancia que a veces riego.
 Tengo el aroma de Colchagua
 y lo he de llevar por siempre coronado en el pecho
 como ramas de aroma dobladas por el viento
 que siempre vuelven a su sitio,
 que trae la primavera en septiembre.
 Volveré a ti cada vez que oiga trinares
 entre los limoneros cargados de zorzales,
 y mis abuelos florezcan los cardenales
 en terceras estaciones.

35 años
 Santa Cruz
Primer lugar regional

³⁰ Tue Tue: extraño y fantástico pájaro que no puede ser visto por todos, debido a sus poderes mágicos. Según la leyenda, se trata de un brujo que se transforma en pájaro, y sale a volar solo de noche y repite en su canto "tuee tuee", de ahí el nombre onomatopéyico. Se trata de un brujo malvado que anuncia la muerte y toma esta misteriosa forma para realizar sus hechizos, tiene el tamaño de una ave cualquiera, pero con la cabeza de una persona, ojos saltones y orejas pronunciadas. En forma de protección, para quien lo oye o menciona debe decir de manera audible la frase: "martes hoy, martes mañana, martes toda la semana" (nota de la autora).

³¹ Cuero: también conocido como "cuero del agua", "cuero vivo", "manta" o "manta del diablo", es una criatura acuática presente en la mitología mapuche, y posteriormente incluida en la mitología del centro y sur de Chile (nota de la autora).

³² Huairavo: pájaro chileno que da el nombre por sus ojos rojos a una criatura mitológica de la zona sur chilena y que se conoce como La Voladora, ayudante o mensajera de los brujos. Suele anunciar desgracias, lleva el mensaje de vida o muerte de los brujos (nota de la autora).

Chonchón, pájaro brujo

Nicolás Eduardo Riquelme Abarca

I

Cuando niño mi abuela
me contó de un pájaro errante,
diabólicamente perverso.
Yo he vuelto a mirar hacia el cielo
cada tarde, y tiemblo de solo pensar
que pudiera venir a buscarme.

Lo vi una noche de abril,
bajo el aullar de una ventolera asfixiante.
De horrible cabeza humana
y enormes orejas negras.
El terror que sentí no podría explicarte.

Al momento de desprenderse
su cabeza del resto del cuerpo,
fue recitando el brujo un rezo
mientras se alzaba al vuelo:
“Sin Dios, ni Santa María
Sin Dios, ni Santa Madre”.

II

Espanto de noche oscura.
Se mecen las arboledas.
¿Escuchas allí a lo lejos
su misterioso graznar?

Tue Tue, Tue Tue, Tue Tue.

Sobrevuela los hospitales
esperando que los moribundos
fallezcan para robar
de sus cuerpos el alma,
de sus ojos el fuego,
de sus cuerpos el alma,
de sus ojos el fuego.

III

Lo vi una noche de enero,
 desde la ventana del hospital
 donde yacía mi madre.
 Le dije: ¡brujo, baja del cielo!
 Ven a enseñarnos tu truco.
 No te guardí *pa'* dentro
 el secreto de volar.
 Yo sé que tú lo sabes,
 ¡pájaro traicionero!
 Yo sé que tú lo sabes.

Pero como si nada hubiera oído,
 miró con ojos de cuervo
 y diabólicamente perverso
 se puso a graznar.

IV

Cuando el Chonchón grazna,
 alguien se muere.
 Cuando el Chonchón grazna,
 alguien se muere.

Espanto de noche oscura.
 Se mecen las arboledas.
 ¿Escuchas allí a lo lejos
 su misterioso graznar?

Tue Tue, Tue Tue, Tue Tue.
 Tue Tue, Tue Tue, Tue Tue.
 Tue Tue, Tue Tue, Tue Tue.

Cuando el Chonchón grazna,
 alguien se muere.
 Cuando el Chonchón grazna,
 alguien se muere.

El campo y mi niñez

María Mercedes Zamorano Tobar

El campo nos brinda
frescura y alegría,
entre colores y cantares
en un son de armonía.

Cantan los pajaritos
inquietos en el follaje,
de sauces y de eucaliptus,
de álamos y de quillayes.

El campo se ilumina
con los rayos del sol,
crecen los frutales,
las hierbitas y su flor.

Yo nací en el campo
y en él también crecí,
entre bulliciosas avecitas
y entre flores de alelí.

Entre paltos y nogales,
entre nísperos y manzanos,
entre higueras y naranjos,
entre limoneros y duraznos.

Mis amigos eran los zorzales,
las tórtolas y los pidenes,
las codornices y gorriónes,
las torcazas y queltehues.

Les contaba mis sueños
mis fantasías y juegos.
Ellos, inquietos, me miraban
y luego emprendían su vuelo.

Corría por el jardín
persiguiendo mariposas,
confundía sus colores
entre claveles y rosas.

Correteaba a las gallinas,
a los patos y a los gansos,
me caía a la reguera
por el barro resbalando.

Acompañaba a mi madre
por las tardes a la chacra,
a coger los porotos,
los choclos y las papas.

Con mi abuela disfrutaba
cuando estaba en la cocina,
ella tomaba mate con churrasca,
y yo, tecito con tortilla.

Por las tardes me sentaba
en el escaño del corredor,
recitaba las poesías
que enseñaba el profesor.

Mi abuelo me escuchaba
con mucha atención,
y de sus ojitos caían
lágrimas de emoción.

Mi niñez fue entretenida
humilde y sencilla,
disfruté del campo
y de una linda familia.

He cumplido mi anhelo
de envejecer en el campo,
recordando mis vivencias
que aún sigo amando.

67 años
Santa Cruz

Tercer lugar regional

El testamento

Paulina Alejandra Sepúlveda Berra

A la cebolla le fueron
con el chisme antes de tiempo,
de que luego de la huerta
le venía el mismo infierno.

Que la picarían finita,
para empanada, tal vez,
o terminaría en un caldo
en menos de un dos por tres.

La pobre, al verse sin piernas,
ni pensaba en marcharse
y sin suplicar clemencia,
quedó mirando al tomate.

El otro, ruborizado,
muy tímido, sonrió;
y en ese preciso instante
se enamoraron los dos.

Entonces ella lo supo,
y preparó el testamento:
¡Que me saquen de la huerta,
no me opongo, ni lamento!

Pero si han de picarme,
córtenme como una pluma
y mézclenme con tomate.
¡Ay, señor, qué gran fortuna!

Y así terminó el romance,
sobre una fuente de greda
la cebolla muy de blanco
y el tomate, de etiqueta.

El aceite los bendijo,
la sal cayó como arroz,
y hasta el cilantro predijo:
¡jamás se acabará su amor!

33 años
Longaví

Primer lugar regional

Caballito de madera

Luis Guillermo Godoy Severino

Caballito de madera,
tu jinete se ha dormido
corrió la mañana entera
y el cansancio lo ha vencido.
Caballito de madera
que llevas a mi niño
a recorrer las alturas
del firmamento infinito.
Sus mejillas sonrosadas
parecen brasas de fuego
cubierto por las frazadas
aprende en sueños un juego.
Madera color de cielo,
te pido fiel caballito,
cuando él sienta desconsuelo
invítalo a un galopito.
Caballito de madera,
tu jinete se ha dormido,
la noche ya cae afuera
descansa, no hagas un ruido.

80 años
Talca

Segundo lugar regional

Recorrido imaginario de un pescador maulino

Natalia Franco Meza

Un hombre sube y baja por los montes,
desaparece en las curvas,
camina a paso rápido,
le cuelga un saco de la espalda.
Llega a las dunas modeladas por el viento,
desciende hasta la orilla del mar,
busca un desteñido trozo de tela flameando en el cielo.
Se dirige hacia él,
trepa por el pasto,
deja sus cosas en el suelo de arena,
sale del ruco,
enfrenta al mar.
El sol se esconde,
siente el motor de un vehículo,
llegan sus compañeros,
cantan a lo lejos,
escuchan corridos en la radio,
se iluminan con velas,
cuentan historias,
prenden fuego,
saltan las brasas,
descorchan el vino,
bailan, ríen,
se quedan dormidos.
Suena el despertador
(son las cuatro de la mañana),
se desvisten,
cuelgan su ropa,
bajan a la orilla,
extienden la red,
gritan,
nadan doscientos metros mar adentro,
sueltan el ancla,
regresan,
se abrigan,
permanecen sentados
(el pasto los cubre).

Traen madera del bosque,
prenden fuego,
suena el pito de la tetera,
sirven la choca,
ríen, conversan,
tejen la malla,
rompen las olas,
divisan lobos marinos,
disparan,
vuela una bandada desde el mar,
atrapan el cardumen,
lo arrastran con el *jeep*.
Entierran un pescado bajo cenizas,
toman vino en un jarro oxidado,
cae la noche,
duermen.

28 años
Talca

Tercer lugar regional

Cavar las viñas en Guarilhue

Ana Elirta Neira Parra

Tierra de mis venas, multiplicadas con sudor las raíces
cavan que cavan oceánicamente las viñas
campos sustanciosos que traen a la boca
la miel del racimo en copas de lenguaje sencillo.

Laderas onduladas de verdes cantos
que resbalan por las noches entre los bosques
cavan y cavan los troncos de las parras,
el azadón se desliza desnudo por el campo.

Los hombres cavan de sol a sol
bien calzados en el tejido de la tierra,
por arcilla y cuarzo, parientes del rocío,
agua y harina para un barnizado día.

Viñas fértiles de Guarilhue de la mano del reloj
llega la hora de la primavera silvestre
bienvenida a la cava y al alfabeto de la vid
que las estrellas han plantado en el valle del Itata.

55 años
Coelemu

Primer lugar regional

Volveré

Miriam Rosa Espinoza C.

Volveré como los pájaros
cuando ya me haya ido,
cuando termine el otoño
y hayan caído las hojas.

Con olor a primavera
y a lirios encendidos,
regresaré a mi patio
volveré a abrir la puerta.

Volveré como los pájaros
que vuelven a su nido,
en tricolores cantos
en danzarinas fiestas,
recorreré los senderos
por donde un día anduve
y miraré desde lo alto
por dónde van mis huellas.

¡Encontraré los trigales
de entonces florecidos!
Y mi madre y mi padre
montado en la carreta.

Volveré como los pájaros
cuando ya me haya ido,
y abrazaré los montes
y valles de mi tierra.

Y en el nido del tiempo
encontraré tu mirada
y tu mano y la mía
trenzadas entre la hierba.

62 años
Ninhue

Segundo lugar regional

Nostalgia campesina

Mabel Eugenia Troncoso Rivas

Me parece como si fuera ayer, mi querido pueblito de San Ignacio, donde nací; aquellas polvorientas calles, el galope del caballo, el ladrido de un perro en la lejana loma, el sonido de la carreta que unos bueyes tiraban por la única calle larga del pueblo, el correr del agua como una fontana lejana que regaba los huertos y las chacras. Dentro de la casa, sentado a la orilla del fuego, con su mano temblorosa mi padre el fuego atizaba, para avivar la llama del caldo de papas que él cocinaba en una ollita chiquita, amarrada con un alambre, colgada de una viga un tanto carbonizada. A lo lejos, mi madre en la artesa escobilla que escobilla la ropa que ella lavaba; en una parrilla. Al lado del fuego, una plancha de fierro se calentaba para planchar la ropa que en un tendedero de alambre se colgaba, mientras en el patio nosotros jugábamos. Y a la orilla del pozo, el garabato y un balde que bajaba y bajaba. —No, no te acerques al lado del pozo —mi madre gritaba y el balde subía y subía—, y con el balde unido al garabato del pozo el agua ella sacaba. La vieja reja de madera ya estaba cerrada, porque mi madre nos decía: —Cierren esa puerta para que ni las gallinas ni los gansos picoteen las verduras. Del otro lado, nuestro perro ladraba y mi hermano el balde aún de agua llenaba para regar el ají, el maíz y unos cuantos tomates, porque el aguatero aún no pasaba repartiendo el agua para poder regar todo el huerto que mi madre plantaba; con una caya, con un pequeño azadón los porotos y cebollas ella aporcaba. Recuerdo que yo jugaba a las polquitas, al runrún, al luche, a la gallinita ciega, al corre el anillo o a la cuerda, y en la vieja cocina, mi madre el pan amasaba, una tortilla de rescoldo en la ceniza ella preparaba. Mientras yo buscaba la piedra molendera para moler la chuchoca, que del choclo se sacaba y que en el huerto mi madre cosechaba, y luego cocía en una olleta de fierro. En unas latas al sol el choclo se asoleaba hasta que estuviera seco, y luego se desgranaba, mientras mi hermano en la callana el trigo movía y movía lo que en harina tostada se convertía, para acompañar el caldo de papas en la olla chiquita que mi padre, todos los días, de madrugada cocinaba. Cómo no recordar la piedra donde machacábamos el ají, que más tarde con grasa, ajo, apio y chascudo al fuego hervíamos, para saborearlo con la tortilla que mi madre de la ceniza sacaba. El café de trigo hervía que hervía, el trigo quemado su aroma desprendía para acompañar esas viejas onces donde la familia compartía.

Mis padres y mis hermanos sentados a orillas del fogón, mientras afuera llovía.
El viejo lamparín alumbraba toda la casa en aquellas noches frías,
el viento afuera soplaba que soplaba y el viejo brasero con un marucho nos entibiaba.
El suelo de tierra, la banca de madera y sentada mi madre
a luz de alguna vela, tejía y tejía un chal blanco que pronto vendería;
entre palillo y palillo a nosotros sonreía.
Al amanecer, el gallo cantaba en un tejado lejano: hora de empezar la faena,
preparar la semilla, el arado, los bueyes silentes esperando ser enyugados,
para que la tierra sea arada, y desde lejos, yo miraba mientras mi madre nos peinaba.
Algunos de mis hermanos los zapatos lustraban,
brillaba que brillaba, mientras en el lustrín los zapatos dejaban.
De los trece hermanos, todos en casa ayudábamos;
íbamos a la escuelita del lado, todos peinados y con los zapatos lustrados,
un viejo morral cada uno, o un bolso colegial donde los cuadernos guardábamos.
Aún está la misma casa, el mismo huerto, pero ya no es lo mismo,
aunque aún existe la vieja piedra de la chuchoca y del ají, la callana y el hornito de lata.
Recuerdo el viejo banco, las herramientas de mi padre, un par de serruchos, y un viejo neumático que
en varias ojotas se transformaba.
Mil recuerdos afloraron en mi mente,
estas historias he contado en las noches frías de invierno
a mi hija junto a la chimenea para que se duerma.
Hoy recordé esas noches frías y lluviosas junto a mis padres
y mis trece hermanos, junto al viejo brasero
alumbrándonos con luz de la vela.

53 años
Chillán

Tercer lugar regional

Recuerdos

Alejandra Isaura Ziebrecht Quiñones

Se levanta el día como una falda extensa,
como un girón de colores sobre el campo.
Se abre entre las miles de posibilidades
que la vida opone a lo adverso.
Ella mira el espejo acuoso del agua
y luego extiende esa mirada hacia el paisaje,
un riachuelo de agua transparente
que tiene en sus orillas árboles verdes y frondosos
como si fuera primavera.
Lo más inquietante es el montículo de tierra
con un árbol en su centro,
cuyo tronco exhibe sus redondeces y sus hoyuelos
y las otras raíces adheridas como un juego de la memoria.
Ella está sentada en medio del agua
bajo la sombra del árbol
jugando con la punta del pie
dibuja círculos concéntricos,
mira esa realidad a mano limpia,
a ojos desnudos como en un sueño.
Pero la noche dispone su mano oscura
y ella no distingue si era el árbol de Diana
o una mujer como ella o un espectro,
por eso teme la noche de los campos
y la noche lo sabe.
En los campos oscuros
las brujas lanzan tierra de cementerio
en las puertas de sus enemigas
y los espíritus de los buenos y de los malos
se te acercan y te saludan.
Y luego desaparecen como la ternura
en la cara de un ebrio.
Ella vuelve los ojos al instante
en que la mujer está en la orilla y contempla.
Y de pronto, el agua levanta un muro transparente
y el cerro a su espalda exhala un suspiro,
una sílaba gutural donde todo respira al unísono
en un instante extasiado y gozoso.

¿Es el árbol de Diana
o un aviso de muerte?
Recuerda haber tejido un vestido ocre como el invierno,
haber guardado sus semillas y sus guisantes
con paciencia como las ancianas.
Ha cosechado los zapallos y lavado las frazadas.
Se esmeró en aporcar la tierra para las papas.
Ahora está recordando
mientras la luna alumbra un camino
poblado de cosas que ella no ve del mismo modo,
porque la ha golpeado su marido la noche antes
y ahora vivirá sin ver más que la tierra sin encanto.
Se verá como un nido donde pondrá una semilla
el mismo que la golpea, el mismo que dijo amarla
en la iglesia tan bonita allá en el pueblo,
donde las otras la envidiaban. Ella lo supo.
Ahora hila unas hebras blancas,
está sola y todo le duele, hasta su pensamiento.
Él dijo que la cuidaría y ella limpió la casa hasta el último respiro.
Solo por esa palabra que ahora cae y ella la deja ir como si fuera un maleficio
por entre las tablas del piso.

60 años
Talcahuano
Segundo lugar regional

Coronavirus en el campo

Ruth Noemí Jara Aqueveque

Ha llegado desde lejos
un virus maligno y mortal,
el que viene a comprobar
que el humano es solo hueso
y aunque lo quieren negar
no somos más que desecho.

Gobiernos están aterrados
por su rápida propagación,
y es que este virus en cuestión
muchas vidas se ha llevado,
dejando pena y dolor
a merced de tanto llanto.

Pobre gente en la ciudad,
encerrados en sus casas,
la comida se hace escasa
y el espacio ni pensar.
Parece que todo falta,
incluso la libertad.

Es cuando agradezco al cielo
vivir en zona rural,
porque podemos pasear
sin pensar en el encierro
al potrero caminar
y respirar aire fresco.

Soy bastante afortunada
e inmensamente feliz,
pues mi familia está aquí,
mis padres, hijos y hermanas;
no es necesario salir
si estás con la gente que amas.

Lo mejor es que del campo
comemos todos los días,
grandemente bendecida
por habernos dado tanto
pan, porotos y hortalizas
mientras estamos esperando.

Mientras no exista vacuna
es mejor estar aislados,
protegernos del contagio
hasta que haya una cura;
qué mejor que aquí en el campo,
que es mi mayor fortuna.

38 años
Los Ángeles
Tercer lugar regional

Al pehuenche y Su araucaria

Natalia Rida Oliveros Soro

Ha sido difícil no morir.
Pusieron mi semilla en esta tierra.
Desde que le pertenezco
soy y seré todo.

El sol me iluminó por dentro,
quedé traslúcido, liviano.
Fui agua, lluvia, nieve,
me acompañé del viento.

Así viví en mi tierra.
Nadie nunca me advirtió lo que vendría.
Me obligaron a cerrar los ojos.
Azorado, en las noches
no consigo dormir.
Me dicen araucano,
no quieren oírme el habla,
hasta mi nombre me falta.

De pronto, mi mundo se divide
entre indígenas e indignados.
Temo ser domesticado,
la desconfianza me perturba.
No me extirpen de mi tierra torturada.

¿Existe ley o decreto
que me impida amar a la tierra que me ama?

Vestida de amargura
llegó insolente la codicia, la ambición inesperada.
Voces de fuego, enloquecidas balas
gritos, dolor, dolor,
sangre de mi pueblo derramada.
Lanzas voladoras
zozobraron mi alma desgarrada.
Sin embargo, estuvo frente a mí
firme y fuerte mi araucaria.
Como una luz de invierno,
sobre mi corazón, sobre mis hombros estaba.

De pronto, trepidando en la montaña
firme y dura desprendió con entereza sus granadas.
Me detuve a contemplar la marejada
de piñones y fusiles insurrectos
que la negra guerra desataba.

Ha sido difícil no morir.
Haré resonar mis palabras
responderé con banderas y arengas,
con más fuerza aquí estoy
aquí estaré, mi tierra amada.

38 años
Victoria

Primer lugar regional

Llanto ancestral

Lily Marlene Salvo Torres

De necesarios cánticos ancestrales
mi corazón tejió pentagramas palpitantes
en donde notas de cultrún y de trutruca
se derraman como pétalos abismales.

En mí, aún no florecía
la indómita guerrera aceitunada
que el blanco obligó a blanquear sin miramiento
y olvidar su mitológica naturaleza usurpada.

Rojo copihue que exhalaste sangre
tiñendo el rojo forestal inmaculado
y encendiste mil hogueras escarlatas
del heroico cacique torturado.

Para tapar la vergüenza carnífera
del poder que aplasta y que derrota
fuiste vil ave carroñera
que desollaste con odio, que hoy rebrota.

¿Quién te hizo mejor? ¿Acaso tu espada?
¿Quién te hizo dueño de esta tierra?
¿No tenías suficiente oro que viniste
a ensuciar nuestra diáfana frontera?

Sabio es aquel que sin tener nada
posee la tierra, el viento y el agua.
Que es capaz de ver en cada estrella
el fulgor reluciente de su fragua.
Ver más allá del horizonte,
apreciar, oler, gustar y oír.
Ver un árbol en cada semilla
y en el aire, arcoíris construir.

Necio es quien quiere poseerlo todo,
dominarlo y transformarlo en plata.
El dinero no compra, sino escarcha,
que congela el alma y que la mata.

Hoy llora, Arauco, lágrimas añejas
Y lloro yo, desconsolada...
Por los años de injusticia que no cejan
de esta guerra que parece eternizada.

61 años
Temuco

Segundo lugar regional

Pewma³⁴

Angélica Sofía Beltrán Barraza

Eres el eslabón perdido de mi linaje, María.
 Un aroma inexistente en el recuerdo. La voz acallada. El llanto sin consuelo.
 Eres la partida temprana, la orfandad de tus niñas, María.
 Has recorrido los misterios de las costas, las venas de Nahuelbuta, canta el chucao tu presencia
 a cada instante en los montes indómitos de nuestro territorio.
 Se han marchado tus niñas, María, diez décadas en un suspiro.
 El *pewma* nos une.
 Entrelaza tu historia y la mía.
 Tu hija, mi abuela,
 mi madre, tu nieta,
 mis hijas.
 El *pewma* nos conecta.
 Llevas de las manos a tus niñas. Descalzas enternecen el suelo duro, y nace el pasto,
 para que tus niñas corran, María.
 Ríes.
 Y las raíces de las flores silvestres se fortalecen. Son ustedes esencia y espíritu.
 Hay una melodía susurrada desde los árboles. *Úl*³⁵ para las niñas, y sus vestidos se tiñen
 color mar y cielo.
 El sol las mira cálidamente, ya pueden descansar.
 Hay abrazos que no terminarán jamás, María Callupi de Lepillán.
 El de ustedes, me esperará.

37 años
Temuco

Tercer lugar regional

³⁴ Pewma: sueño en lengua mapudungun (nota del editor).³⁵ Úl: canción o canto en mapudungun (nota del editor).

La tierra de todos

María Nela Acuña Monge

La tierra que crece y nace a tu orilla
jaspeada de líquenes y de azul añil.
Murmullos de agua, cascadas que brotan
bañando las peñas, cantando el chucao
en mi fértil país.
Anchura de valles fructuosos
senderos de polvo, macizo maíz,
la tierra fecunda. Labriego que siembra,
emerge en tallos, cuando el sol calienta
mugiendo los bueyes, rompiendo tus venas,
labrando los surcos, gavillas de trigo;
la savia que dará sustento
al tiempo cosecha, del hijo que espera
luciente en pureza, el pan de la tierra.
Cantemos un canto genuino a la Pachamama,
los bosques respiran tu aliento temprano
de coihues dormidos, laureles sureños;
floreciendo sumiso, cuajado en ternura,
anida el copihue, la flor nacional.
La tierra es llano, ceniza y también brasa,
abriendo su útero. Sumisa y callada
recibes al hijo en taciturna calma,
no pregunta nombres, no juzga a las almas
dormidos en sus brazos, volamos al alba.
Florece el ciruelo y el tilo dormido,
la luna que baña, el tránsito etéreo,
y se va de viaje, arriba a los cerros.

69 años
Valdivia

Primer lugar regional

Olla y Común

Edison Eduardo Jara Carrillo

Nació de humanos dedos en el barro ancestral, vistió de macetero cuando no hubo alfarero; acopia camanchaca para tiempos en sequero.

Pécoras brujas preparaban pociones y algunos bufones la usaban de marioneta; gitanos errantes la ofrecían de cobre en antiguas camionetas.

Comedero de gallinas y chanchos en el campo modesto; abrevadero del perro para el anciano bisiesto.

Aluminios alaracos anuncian su llegada en callejuelas carcelarias; rancho caliente para choros y parias.

Se hace politiquera cuando la necesitan, reclama ante el hambre de los hijos que suplican; congrega al callejero, al que duerme en su agujero.

Llora cuando el cucharón no llena las tripas de niños mugrientos; afuera llueve, se acurrucan, es difícil soportar el viento.

En tiempos oscuros es música exigente sobre el pavimento de muchos: canto estridente, tambor combatiente; y después, a la guata una sopa caliente.

De Chiloé fue ollón, acompañando a la Fiura³⁶ a preservar la tradición: almorzar hombres hermosos; solo gozar y gozar en derredor del fogón.

En la vieja ruca acumula chapaleles, piñones y mieles: acaricia labios de rotos y comuneros infieles; algunos regresan recién de los cuarteles.

Amiga autogestionada en el norte, atiborrada de quinua, chairo y alpaca; compañera de alpinistas, migrantes ilegales y transformistas.

La llaman común, la del pueblo, la de todos; cuando solos ya no se puede, cuando descansar no se debe.

Poblaciones y campamentos la recordarán cada año; desde niño sabremos que en su afán no hay engaño.

Universidades, gobiernos y parlamentos la estudiarán para aprender; nunca más el hambre nos hará retroceder.

Hoy sabemos que hablas desde el barrio, nos cantas lo que pasa a diario; y tu voz se oye desde lejos, como un romántico campanario.

Y sueles decir: sufres tierra mía, dueles Araucanía y pregonas la salida; yo escuché mientras hervías: mujer, mujer, eso decías.

48 años
La Unión

Segundo lugar regional

³⁶ Fiura: pequeño monstruo en forma de mujer, en la mitología chilota (nota del editor).

A mi madre, doña Lucinda

Ramón Vergara Gallegos

Recuerdo mi infancia en el patio de mi casa,
 bajo el techo tranquilo de mi pensamiento,
 tres cerezos de fruta negra azucarada
 con sus polvorientas ramas al sol,
 la esperanza naciente de mi primavera anuncian.
 Después de largos años me preparo a meditar;
 mi niñez quedó atrás en sueños,
 con su lejanía marina que devuelve la luz estival;
 bajo la sombra de un manzano florido
 y de un notro vestido de rojo, el cielo canta hermoso.
 Extraña ociosidad llena de poder, espera mi voz taciturna
 en el nacimiento del viento que vivir intenta en su diurna rutina.
 Madre: el eco de la montaña observa tus precipitados pasos,
 el bramido viento trae tu nombre
 escrito en la hoja de un roble carcomido,
 transportado hasta el fogón fumoso en las lluvias de julio,
 derribado por el peso de los años, trozado por un leñador dormido,
 donde el fuego crepita con dulzura por sus oscuros rincones;
 tú lo recibes con tu voluntad férrea,
 sus cenizas sirven para cocer las tortillas de rescoldo
 y preparar el desayuno, antes de ir a la escuela;
 ahumadas con el fervor de un sahumero de hojas de boldo,
 caminando por el largo sendero de tierra parda,
 entre la colina de aquel humilde hogar y la sala de clases
 donde la primavera ilusiona mis emociones con su larga barba.
 El relámpago furibundo estalla sobre el alto roble,
 inesperadamente, da un giro a la izquierda
 el caballo en el hocico con la rienda suelta de cuero noble,
 mientras la opaca nube se instala en el raulí de la verde hierba.
 La tierra está húmeda con las gotas alboradas de rocío,
 para llegar a la vega de papas, sembradas,
 nadie puede detenerte en la cercanía de la cuenca del río.
 Siempre valorando el abrazo de la enredadera
 en el follaje del coihue, acompañado de la sabiduría
 del viento puelche balanceando las trenzas sueltas del helecho,
 y la carreta tirada por bueyes blancos,
 el carretero mira fijo en medio del barbecho
 el polvo arremolinado del verano.
 A la vuelta de la escuela siento tu mano cariñosa,

recorrer mi espalda cuando el sol veraniego se pierde
en las entrañas oceánicas profundas del atardecer
con su voz inconfundible, en amplia nitidez,
El mediodía apenas en movimiento, el insecto está quemado,
la sonora cisterna siempre es futuro,
el almuerzo está servido en la mesa rectangular,
en el amplio comedor sombrío, de madera de mañío,
el reloj colgando en la pared, sin precipitación,
anuncia la hora justa, en su acompasado tictac del olvido.
Todos los días se asemejan y se reúnen
con labores sin descansar, llueve o truene,
apenas queda tiempo para entonar una dulce canción,
brilla la siembra serena en el valle
brotando sobre la espiga de trigo,
con la sonrisa alegre de siempre, misma si se enredó
el hilo de la oveja, en la rueca hilando sueños,
tras la tenue cortina de la ventana,
frente al jardín acariciando la luz dorada.
Tu generosidad contagia de cariño a la familia
y a los amigos que llegan de visita
acogidos con el cucharón en la sopa caliente,
con olor a harina tostada y a membrillo otoñal con el corazón ardiente.
La ola húmeda hace brotar la áspera roca que sueña contigo,
en el trabajo, esperando el milagro de la primavera,
encaramada en las colinas, en las tardes estivales,
con sus tibios perfumes y blanco misterio, en la pacífica noche.
Madre soy como un chincol en el nido
que busca la paz, no busca la victoria,
ni tampoco la alegría del éxito, me disculpa el olvido,
solo la vida sencilla, es la conducta que gobierna mi filosofía
por un sendero largo y áspero recorrido cuesta arriba.
Te regalo mi sonrisa y un fuerte abrazo
como la ola del océano enfurecido
con su voz de acero inconfundible
que empuja el agua sobre la arena
en un interminable juego musical.
Seguiré caminando junto a tu dilatado entusiasmo,
por los campos verdes del mes de septiembre,
acompañado de tu mirada radiante de dulzura,

de diáfana transparencia,
como la bella aurora siempre tan dulce y pura
que desaparece, pero vuelve cada mañana
como un conquistador en el soplo de la bruma.
Una chispa piensa en la tierra ósea, ausente,
compuesta de piedra y árbol, temblando en la sombra,
que yace en la noche pesada del mármol presente,
como la vida borracha de tu incierta ausencia.
Tomé tu partida lentamente en el silencio de la altura alpina,
con tristeza infinita y dolor profundo,
mi corazón sigue desangrado, sin comprender tu viaje final,
el sentido de vivir pasó por las flores,
y el murmullo del arroyo bajó en la sombra del monte,
alma singular, seguirás siendo inmortal.
De ti guardo tu incansable espíritu luchador,
aferrado a la vida en tu mirada soñadora,
como el mejor legado que dejaste en mí.
Añoro tu hermoso jardín primaveral de rosas rojas perfumadas,
y tu rayo de sol radiante en un día nublado de otoño.
¡Nunca te olvidaré!
Con una sencilla palabra te lo diré siempre, te amo.

70 años
Valdivia

Tercer lugar regional

Bioverso

Sara Ignacia Aucapan Aucapan

Habitamos en el bioverso
en cosmidades que defienden su vestimenta
como rasgo fecundante de una identidad diferente.
Nos alimentamos de diversidad
para confrontar e incomodar a la hegemonía.
Queremos combatir discursivamente
la matriz de las fronteras conceptuales,
transformar la frialdad de la razón al calor de la ternura,
dialogar el alma de nuestra cosmoexistencia,
atravesar todos los espacios llenos de ausencias,
y allí, en la profundidad de nuestros dolores,
entre los cortes que nos dejaron,
abrazar las formas de seguir amando.

24 años
Osorno

Segundo lugar regional

La casa vieja

María Ximena Burgos Soto

Me levanto armada de palomas mensajeras
para saborear el agua a cara limpia
que fluye desde el ombligo de la tierra
mientras las ánimas se agitan en sus cuencas sin ojos,
porque no recuerdan su lengua secreta.

En medio de la niebla busco el faro,
entre las vigas de la casa
que sostienen el vaivén de las agujas
en la rosa de los vientos.

Hay que pintar las tejuelas de alerce de la casa vieja
para revivir su sueño de bosque,
forrar las paredes de gorriones verdes
para aligerar el susurro de tantas almas que la habitan.

La casa cruje en todas las esquinas
se queja, dicen los que saben,
aun así nos contiene en su guarida de humo negro
acribillada de relámpagos
entre las ánimas que sujetan los tarugos de canelo.

61 años
Puerto Montt

Tercer lugar regional

Carpintería de ribera

Erik Radomiro Varas Manríquez

El genio del ciprés
se multiplica en la orilla
de la panga en su contorno.

El artesano bruñe y acaricia
los restos del árbol
en el jilguero.

Arquitectura que se enhebra
con la pasión del bosque arrastrado,
como lignina debajo de las uñas.

Aserrín y viruta fustigan
los presagios del agua
en la curvatura de las vigas.

Jamás se detiene la pesca
si el oleaje tercia
el pulso de las redes
contra el estriado de la madera.

42 años
Cisnes

Segundo lugar regional

Viento Norte

Rodrigo Hernán Espinoza Rojas

Hoy un viento del norte me trajo tu canto,
fuiste melodía desde la llama azul que recalentó el almuerzo hasta el caer del vino que tiñó la tarde y
abrigó mi noche.

Y cantaste en el techo

nota

luego

nota

sobre mi despeinada cabeza.

Insistías en colarte por el caño mocho y tiznado que alguna vez dio salida a los humos de una vieja
cocina hollinada, hoy ausente.

Pul sa ti va e irreverente resonabas en el caño que hoy evidencia esos tiempos tibios, rechinando la
tetera.

Golpeteaste el sombrero de mi casa,

pues que mi casa es aseñorada, no una, sino dos veces,

coronada de sombreros, sombrereada de coronas de lata.

Joven brumosa, tu canto cayó en la nalca que lo cobijó serena, porque la nalca casi no se inmuta con su
tallo vigoroso y sus hojas de continente. En abril su corteza es dura y resiste espinuda el viento, ya nadie
la corta con filos de sol pleno para desnudarle en verde agua y aliñarla en cuenco de loza. En un par de
meses caerá para rebrotar tierna, frágil y sabrosa en primavera.

Resonaste en el tronco del ciprés, te colaste en su veta y diluiste su savia para matarlo en vida, para
que fuese cruz de mayo en el monte, para ser guache de golondrinas que aniden en sus ramas secas y
quebradizas.

Te deslizaste en las pasarelas que dan contorno a este pueblo, le cambiaste el tono a las maderas, las
ensombreciste de sí, hinchaste su cuerpo para que su crepitar armonizara tu insistencia en un ahogo
líquido.

Cantaste sobre tu propio canto, te aposaste en la tierra y repiqueteaste en ella, reavivando el aroma que
recelosa la tierra guardaba, petricor de pan caliente en la cocina.

¿Cuántos kilómetros viajaste para asomarte hasta acá?

¿Cuántos campos cruzaste?

Hay un largo hielo entre tus ansias y las mías, de nieves duras escarchadas de eterno, que conocen la
tierra antes de que grabásemos nuestros sueños en las cuevas del monte, que garabateásemos figuras de
rojo carmín.

Mi casa la acunan dos ventisqueros herencia del Atuel,

que condensan tu canto y me devuelven las tardes porteñas en que bailamos juntos.

Por suerte mi casa aseñorada tiene techo corredor, y tu canto no alcanza a tocarme la puerta, no se cuele
en las rendijas, no humedece el pomo de bronce. Porque aunque quisiera abrirte la puerta, está trancada
y con doble cerradura, y no tengo la blanca llave, pues quedó a orillas del estuario, aherrumbrándose en
lo salino.

Voy a subirle a la radio para no escucharte, porque se me sale una vocecita por los ojos y no quiero salar el mate que me abriga de amargo.

Cuando finalmente descanse tu trino, voy a salir por la puerta lateral y dejaré una olla en el patio para recoger tu voz la próxima vez que te asomes. Voy a machacarle tonadas al ajo y picar de zambas las papas con un cuchillo de voz, voy a sofreír en cueca la cebolla y tañarle la cáscara al zapallo, voy a trasponerle la coronta al choclo para que suene un vals punteado en cada grano amarillo de sol y aliñaré la olla con versos, pondré un trozo de carne de mi carne y voy a vaciarle tu canto para sumergirme en tu recuerdo hasta la médula, y salaré la cazuela con una vidalita triste que se escuche hasta la quebrada, y cuando suelte el primer hervor abriré la ventana para viajar hasta tu casita que orilla el canal. Me asomaré un día jueves de mayo, justo al mediodía, voy a dejarme caer chispeando al mediodía, y tú, asomada en la cocina, sin saber de dónde, vas a sentir un aroma a cazuela de lejos con aliños de ausencia.

Me escucharás llegar sobre el sauce y ese será mi último abrazo,
repiqueteando una llegada al mediodía en aromas de almuerzo,
tal como tú llegaste,
cuando más se tiene hambre de amor.

28 años
Tortel

Tercer lugar regional

Triste pronóstico

María Antonieta Barrientos Bahamóndez

Frente de buenos tiempos antes del arribo del insaciable, despiadado, ambicioso colono.
Cielos despejados, ayeres soleados, hielos cristalinos, buena visibilidad y mar en calma.
Aónikenk: "Tehuelche"; Selk'nam: "Ona"; Kawésqar: "Alacalufe"; Yámana: "Yagán".
Máximas históricas de consideración en vínculos habitante-entorno.
Cartografía en archipiélagos y tierras australes:
bosques siempre verdes, glaciares macizos, tundra templada, cascadas de fuertes precipitaciones,
pesca, caza y recolección con enorme influencia ecológica,
fiordos, estepas, canales, bahías, riachuelos. Alta probabilidad de toda abundancia.
Ballenas azules, pingüinos, peces, ñandúes, moluscos, aves, crustáceos, guanacos, lobos marinos.

Frente hostil de malos tiempos tras la llegada del insaciable, despiadado, ambicioso colono.
Dirección sangre derramada, Kawésqar: canoeros; Yagán y Aónikenk: nómades; cazadores, Selk'nam.
Horizonte blanco, página en blanco en el nublado tintero de la historia colonizadora.
Humedad ambiente cien por ciento lágrimas.
Nubosidad total de la memoria ancestral.
Temperatura aproximada a cincuenta mil almas subyugadas.
Altas marejadas de almas en pena, ecos de su llanto, pueblos inhumanamente penados.
Fuertes vientos de tragedia de las razas nativas, maldición de la extinción.
Fusiles, viruela, escopetas, ovejas. La cruz. Oro, tuberculosis, alcohol, latifundios, alambradas.
Masa polar persistente sobre la cosmogonía de los pueblos que duermen sueño eterno:
*Watavinewa*³⁷, *Karukinka*³⁸, *Ayayema*³⁹, *Kóoch*⁴⁰, *Temáukek*⁴¹.
Brisa débil de voces nativas en el estrecho, canales y Patagonia.
Amanecer de los ancestrales pueblos, frente cálido incierto, chubascos y borrascas de miseria.
Ocaso sonrojado de vergüenzas genocidas, voracidades azoradas.
Aónikenk: "Tehuelche"; Selk'nam: "Ona"; Kawésqar: "Alacalufe"; Yámana: "Yagán".
Tempestad y lamento pretérito en la costa meridional, alcanzando regiones subantárticas.
Lluvia persistente de sangre en toda la Patagonia, en islas adyacentes,
en cordilleras interiores, y en los valles, abrigos de los clanes familiares.
Alto riesgo de extinción hacia el final del día.
Arcoíris de esperanza desvaneciéndose en la Cruz del Sur.
Aónikenk: "Tehuelche"; Selk'nam: "Ona"; Kawésqar: "Alacalufe"; Yámana: "Yagán".
Quinientos años
de fuertes rachas de viento blanco europeo
violento, amargo, devastador.

54 años
Punta Arenas
Primer lugar regional

³⁷ Watavinewa: deidad principal de la mitología Yagán o Yámana. Su nombre significa el antiguo, el viejo, el eterno (nota de la autora).

³⁸ Karukinka: nuestra tierra o la última tierra en lengua Selk'nam (nota de la autora).

³⁹ Ayayema: uno de los espíritus principales en la mitología Kawésqar (nota de la autora).

⁴⁰ Kóoch: deidad creadora en la mitología Aónikenk o Tehuelche (nota de la autora).

⁴¹ Temáukek: dios supremo del panteón Selk'nam y Haush, espíritu superior anterior al tiempo, "el ser que está allá arriba" (nota de la autora).

Sueños de música

Mathias Eduardo Pinto Toro

Voy a escuchar y cantaré tus tonadas.
Repetiré estrofas y hablaré de ellas.
Viniendo de un lugar de bailes y ritmos
lo haré ocupando mi tiempo en ti.

Modesta inspiración a mi oído,
de niño, solo cánticos de cuna
arrullado en mis sábanas limpias
de escuchar la dulzura.

Paisajes recordados de hoy y antaño,
paisajes bellos recorriendo al pasar años,
tan solo soy un pequeño conociendo,
admirando lugares y sintiendo el viento.

Las corrientes de tus aguas relumbran en la orilla,
corrientes heladas como la nieve que piso.
Varón conquistador, este es mi sueño,
esta es mi historia.

Surco de pedazo de tierra,
el chamamé suena de lejos.
El viento se acerca con ruido
de quienes han vivido grandes proezas.

Cajones de memoria que guardo; mi ropa,
mi abrigo se moja al bailar la sintonía
cual con el ruido de ese avión
de linda melodía.

Rescato parajes como el último faro,
deslumbres del reflejo nocturno
adornando cada noche de estrellas,
clara luz que me deja caminar por la noche.

Quiero conocer, reír, aprender.
Quiero disfrutar todos los días.
Quiero descubrir en la mitad de mi poesía
que siempre hay un nuevo día.

Tenemos la confianza de que nos aman
observando sonrisas de mi familia.
Hoy en especial hablo y escribo con alegría,
ya que mi voz aún es frágil.

Estoy creciendo cada día.
Mis 7 años aún son sintonía.
Hoy en día estamos viviendo una agonía,
aprendiendo día a día a valorar un plato de comida.
Se oye por las noches cómo resbalan,
se oyen los granizos chocar en mi techo.
Valoro mi país, valoro mi mundo,
valoro el abrir mis ojos al comienzo del día.

Quiero terminar cantando
el chamamé que vengo escuchando,
ese día, al bajar de las nubes,
que entregaba travesías.

7 años
Punta Arenas
Segundo lugar regional

¿Cuándo volverán?

Doris Elisabeth Montiel Q.

Soy maestra de una cálida escuela rural,
oasis en la pampa de esta fría zona austral.
Hoy añoro con ansias a mis estudiantes volver a abrazar.
Esas huellas en la nieve, ¿cuándo volverán?

Nuestra escolita, hoy vacía, parece llorar.
La campana silenciosa anhela volver a sonar
para invitar a todos a una nueva jornada iniciar.
Sus caritas somnolientas, ¿cuándo volverán?

Las aulas están desiertas, el pizarrón sin hablar,
los libros en los estantes ya no nos hacen soñar.
El patio está desolado, sin risas, sin voces invitando a jugar.
Sus bailes, sus carcajadas, ¿cuándo volverán?

Las cortinas del escenario cerradas están
esperando a sus protagonistas para la obra iniciar.
Las sillas están vacías, no hay nada que festejar.
Sus talentos, sus creaciones, ¿cuándo volverán?

El bus ya no recorre las estancias del lugar.
Ya no son los piños los que dificultan su andar.
La carretera escarchada quisiera verlos pasar.
Los paseos al galpón de esquila, ¿cuándo volverán?

Viento, ¡llévate la tristeza, llévate la soledad!
Frío, ¡no congeles la esperanza, ellos regresarán!
El tibio sol brillará más que nunca al verlos llegar.
Con su luz nuevamente darán vida a mi escolita rural
y a este confín del mundo en la Patagonia austral.

55 años
Laguna Blanca
Tercer lugar regional

Me lo contaron mis abuelitos

Cuentos escritos por niños, niñas
y jóvenes menores de 14 años



JURADO NACIONAL **Me lo contaron mis abuelitos**



Sonia Montecino

Nació en Santiago en 1954. Es antropóloga y escritora, profesora titular del Dpto. de Antropología y coordinadora de la Cátedra Indígena de la Universidad de Chile. Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales (2013). Experta de Chile y Latinoamérica ante el Órgano Evaluador del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad de Unesco. Recibió en 2005, el Premio Altazor por el libro *Mitos de Chile*. Diccionario de seres, magias y encantos, que reeditó en 2015.



Esteban Cabezas

Nació en Santiago en 1965. Es periodista, crítico de gastronomía y escritor de literatura infantil. Algunos de sus libros son: *La saga de Julito Cabello*, *María la Dura* (Premio Barco de Vapor) y *La tortulenta* (Premio Ibbý Chile).



Zoila Díaz

Nació en Santiago en 1981. Educadora de párvulos y se desempeña actualmente como profesional del departamento de Educación Rural de la división de Educación General del Ministerio de Educación.



Josefina Hepp

Nació en Edimburgo, Escocia en 1982. Agrónoma, Máster en Protección y Manejo Ambiental de la Universidad de Edimburgo y Doctora en Ciencias de la Agricultura de la Pontificia Universidad de Chile. Sus intereses están centrados en la conservación de la biodiversidad y sustentabilidad, siendo el foco de sus investigaciones la flora nativa. También es escritora de libros infantiles informativos y de ficción, como *La época de las semillas*, *De brujas caprichosas y hadas desencantadas* y *Auxilio, socorro. Historia de un malentendido*, que escribió junto a su padre.



Mauricio Paredes

Nació en Santiago en 1972. Ingeniero civil eléctrico de la Pontificia Universidad de Chile y escritor. También se dedica a la investigación y difusión de la literatura infantil. Entre sus títulos destacan: *¡Ay, cuánto me quiero!*, *La familia guácatela* y *La cama mágica de Bartolo*.

PALABRAS DEL JURADO

Me lo contaron mis abuelitos

Con mucha alegría y esperanza, en estos días donde la humanidad entera está asolada por la pandemia, la tradición oral plasmada en la escritura se hizo sentir como un sonido donde la vida nos acoge. Desde el norte y el sur los escritos recrearon y releeron viejos relatos, pero también nuevas imágenes y narrativas donde los(as) más jóvenes fueron colocando otras experiencias que anudan pasado y presente. Sin duda, la transmisión transgeneracional como dispositivo que torna posible la continuidad genealógica de cuentos, mitos y leyendas chilenas se ve reflejada en esta valiosa compilación de los textos seleccionados en este nuevo volumen que se agrega al crisol ya compendiado por Fucoa.

Sonia Montecino
Presidenta del Jurado

Bendita chancha

Colomba Jesús Caroca Valdés

Recuerdo que hace un par de años, en un tiempo en que vivíamos en la casa de los abuelos, aquí en Villa Alegre, estaba yo sentada en el regazo de mi padre escuchando las mil y una historias que contaban mis tíos después del almuerzo dominical, tal vez intentando alargar infinitamente ese momento de reunión o acortar las largas y calurosas tardes de verano. Como sea, recuerdo que me encantaba escuchar las historias, que si bien no las entendía del todo, eran para mí muy familiares, ya que siempre se repetían en cada encuentro familiar; varias de ellas ya me las sabía de memoria. Aún recuerdo esas risotadas y gritos al contar las historias de niñez y juventud, tantas anécdotas que con el paso de los años van quedando grabadas en la vida de las personas, y de paso iban quedando grabadas en mí, por osmosis, por decirlo de algún modo. Eran historias añejas, sin tiempo claro, llenas de nostalgia, algunas tristes que recordaban gente que ya no está; otras, la mayoría, llenas de alegría, recordando locuras de juventud.

Recuerdo que esa tarde había un vecino nacido y criado en Villa Alegre, que con guitarra en mano entonaba algunas canciones y entre canción y canción narraba algunas historias nuevas para mí, historias de Villa Alegre, de su gente, de sus orígenes. Contó una en particular que hablaba de una mujer que vivía hace muchos años en el sector del Cruce de la Arena, cerca de la casa de mis abuelos, a unos dos kilómetros más precisamente. Esta mujer vivía sola en una casona grandota; de ella se contaban mil historias: que era una mujer que hacía conjuros y que practicaba magia negra. Vivía sola; las malas lenguas decían que había matado a su pareja por celos, y que había hecho un pacto con el demonio, debiendo entregarle un alma cada año a cambio de vida eterna y riquezas; de no hacerlo, su alma se iría al infierno...

Una tarde cualquiera, esta mujer quiso matar a una chancha que ella tenía, un animal grandote y de mucha fuerza. Ya con varios años encima, la mujer no fue capaz de sujetar al animal, y enredándose en las cuerdas, cayó y se azotó la cabeza en el suelo, quedando inconsciente. Dicen que el animal, al ver a la mujer tirada, comenzó a saciar su hambre y se la comió por completo. La verdad es que nadie en el pueblo se extrañó de la ausencia de la mujer, ya que era un tanto ermitaña y de poca comunicación. Con el paso de los días, a lo mejor semanas, quizás meses, comenzaron a notar lo abandonada que se encontraba su casa y la dieron por desaparecida. Así pasaron también los años y con ellos los rumores y chismes de su desaparición. Decían que cada invierno, cuando una persona con un alma pura pasaba por fuera de la casona, se aparecía esta gigantesca chancha intentando atacarla y matarla. Decían que el alma inquieta y malvada de esta mujer se había quedado dentro del animal, y confundida, aún buscaba un alma para entregarle al demonio, y así cumplir con su parte del pacto para seguir “viva” y no irse al infierno.

Cuando escuché esta historia, sentí como un frío recorría mi espalda. Miré a mi padre y él con cara de asombro ya me estaba observando; nos miramos con complicidad: algo raro había y nosotros lo habíamos vivido... En el invierno de ese año, salimos de casa de mis abuelos, mi padre, mi hermano y yo; fuimos a la casa de unos amigos de papá. Recuerdo que se nos hizo tarde, casi oscurecía, y al intentar irnos a casa, nuestro auto no partió, así es que decidimos caminar. No era muy lejos, aunque tampoco cerca, pero estaba bien; después de todo, iba a ser entretenido igual. Caminamos tranquilos; si bien estaba

bajando neblina, la calle estaba iluminada. Después de un rato de caminar nos percatamos de que más adelante, el camino se hacía oscuro, las luces del alumbrado habían bajado su intensidad y la visibilidad era poca; a ratos uno que otro vehículo pasaba por la calle, dándonos pistas del camino... Aún recuerdo que al pasar por una casa grande sentimos a lo lejos el guarrido de una chancha; en un primer instante no le dimos importancia y seguimos caminando; segundos después, sentimos en nuestros talones a ese bendito animal: era una chancha enorme, la vi gigante, e intentaba atacarnos. Apuramos el paso por varios metros hasta no escuchar los chillidos del animal; nos reímos nerviosamente de ese pequeño susto, pero no terminábamos de tomar un poco de aliento cuando nuevamente apareció la chancha, pisándonos los talones, con un gruñido de rabia y exhalando vaho por la trompa, vapor que se confundía con la ahora más espesa niebla que había bajado; venía corriendo hacia nosotros, casi pisándonos los pies, casi mordiéndonos el alma... Nos aferramos mi hermano y yo a las manos de mi papa, y corrimos, corrimos hartos... ¡pero sentíamos que no avanzábamos! La chancha también corría y se escuchaba siempre cerca de nosotros, corriendo, como buscando su presa... Corrimos, corrimos y corrimos hasta llegar a la casa de mis abuelos. Al llegar, el corazón se me salía por la boca; no se escuchaba más ese animal endemoniado; al parecer, todo había pasado... Solo quedaba respirar, por fin, aliviados.

Todo quedó en una anécdota esa noche, una historia de susto, risa y nerviosismo, hasta ese día en que escuché la historia de este vecino y la chancha poseída, que me hizo erizar la piel, y hoy al recordarla nuevamente, siento otra vez ese frío que recorre mi espalda... Tal vez todo sea una coincidencia, una broma de la vida, quizás solo haya sido una bendita chancha... O tal vez no. A lo mejor deberíamos ponernos a pensar en todo esto, porque para serles sinceros, como dice el dicho, yo no creo en las brujas, ¡pero de que las hay, las hay!

13 años
Villa Alegre
Región del Maule
Primer lugar nacional
Primer lugar regional

El caminante misterioso

Felipe Águila Barrientos

Mi abuela Sonia me cuenta que hace cuarenta años, en el sector de Puyán, llegó en horas de la tarde un hombre de tez morena, un poco delgado, con una maleta en la mano, vestimenta no muy buena, baja estatura y de un carácter no muy agradable, ya que era de poca habla. Se veía tranquilo, pero siempre con la maleta en la mano. Preguntó por el dueño de la casa, el padre de mi abuela, quien decidió invitarlo a pasar.

Se hizo de noche y el hombre misterioso no se iba; le pidieron que se fuera, porque no tenían lugar para que él durmiera. En ese momento preguntó si tenían una bodega o un lugar donde guardarán el pasto para que pasara la noche ahí, ya que necesitaba dormir bajo techo. Tras esa petición y en vista de que ya estaba oscuro, aceptaron que se quedara en casa, porque además les generaba miedo decirle que no.

Le dieron de cenar, pero no quiso. No obstante, sacó una manzana de la maleta y se la comió. En un momento, cuando él fue al baño, me cuenta mi abuela que ella con sus hermanas intentaron levantar la maleta y no pudieron, porque era muy pesada. Extrañamente, el hombre misterioso la llevaba como si nada. Esa noche, en la casa nadie durmió por el miedo que les provocaba esta extraña persona. Pensaban que podría hacerles daño.

Al día siguiente, el extraño sujeto no quiso tomar desayuno; sacó otra manzana y se la comió. Tampoco se lavó la cara, solo se pasó una toalla seca que andaba trayendo, y simplemente se fue.

Lo más raro de todo esto es que nadie en el pueblo lo conocía y nunca más lo volvieron a ver.

Mi abuela me dice que nunca lo asociaron a nada extraño, solo pensaban que era un caminante; pero a mi parecer, nadie me saca de la cabeza que era algún navegante del Caleuche, ya que mis abuelos vivían cerca del mar, y además, mi profesora de Lenguaje me cuenta que hay muchas historias que hablan de que los tripulantes de este misterioso barco desembarcan para pedir alojamiento y retornar al otro día a sus largos viajes por los mares de Chiloé.

14 años

Castro

Región de Los Lagos

Segundo lugar nacional

Primer lugar regional

Se llama “El dulzor de la uva”

Omar Alejandro Barraza López

En una parra había una uva muy coqueta que decía: “No soy de jugo, no soy de mesa y tampoco de sobremesa”.

Entonces, un día decidió hacer una fiesta con muchas amigas en un lagar hecho de adobe, donde poco a poco se unieron los pisadores, y entonces la uva comprendió que no era un simple vino, sino que era un manjar dulce y rico que toda la gente quería tomar para celebrar la vendimia.

Ahora la uva era el centro de atención, el ingrediente más importante de Pintatani, que año a año maduraba para llegar a un mosto, siendo así un vino más dulce, tierno y valioso.

La reina de la vendimia le decían, por su color, sabor y aroma que dejaba entre las parras al correr del día.

Tan importante fue, que llenó la quebrada de placer, de esa uva particular que solo en Codpa se podía encontrar.

Ella enamoraba a quien la tomaba, a quien la probaba, y emborrachaba a quien abusaba de ella.

Famosa ya es teniendo su fiesta de la vendimia, visitada por toda la gente que enamoró entre sabores y tentaciones, provocando que cada agricultor tuviera Pintatani de distinto sabor.

Unos decían que era por el lagar, el chichón¹ o el tablón, que podía estar viejo, roto o en pudrición.

Pero la uva era lo más importante: estando verde, madura o podrida, cambiaba totalmente el sabor de un buen licor.

Por eso, la uva decía que el Pintatani lo podía catar un codpeño o una codpeña que supiera enamorar al saber tomar.

Y la uva decía: “¡*Walale*, patrón, sírvame otro trago, por favor!”.

14 años

Arica

Región de Arica y Parinacota

Tercer lugar nacional

Primer lugar regional

¹ Chichón: cuerda de totora trenzada (nota del autor).

Amir el inmigrante

Amir Alchaer Querales

Hola, me llamo Amir y soy de Venezuela. Cuando llegó Maduro, nuestro país se volvió muy malo; había guerra de precios altos en los alimentos y medicinas. El resto, todo bien, porque vivía en un lugar donde podía correr, ver los pájaros, tenía un sol con un viento muy agradable; no sentía ni frío ni calor, aunque a veces no teníamos agua o luz. Un día, mi papá cocinaba en leña y recuerdo que mi mamá hablaba que el dinero no le alcanzaba para llevarme al doctor. Hacían sopa de auyama². ¡Sí que tenían muchas de esas donde vivía, parecían plaga! Las aborrecía.

Mi papá quedó sin trabajo, pero en Quíbor había mucha tierra para sembrar frijoles, quinchonchos³, parchitas⁴ y auyamas —¡cómo las odio, prefiero un rico pollo!—. Todo fue catastrófico, porque mis vecinos no tenían ni para comer y mi abuela no estaba tan bien, pero no se le podía ayudar; mi mamá siempre decía que la cosa estaba apretada. Cuando mi hermanita Ashley cumplió dos años, mi mamá se fue; la dejé de ver un tiempo; se fue al Perú por algo mejor. No sabía qué hacer, no soy tan bueno expresando lo que siento, bueno, los sentimientos. Mi mamá, cuando llegó a Perú comenzó a dar clases y ganaba bien, porque empecé a comer mejor, y con su dinero compró pasaportes para que pudiéramos salir de Venezuela. Tuve mucha alegría, porque no sé cuánto tiempo pasó sin verla, ¡una eternidad!

El camino fue largo, mucha gente, y estaba nervioso. En Ecuador me regalaron una gorra y una cobija⁵. Una señora que me vio, me preguntó si era venezolano y le dije que sí. ¿Será que pensó que era indigente? Bueno, yo la tomé, porque hacía mucho frío. Después de días u horas llegamos al famoso Perú. Había mucha tierra, nada igual a Venezuela; mucha contaminación, ruido, y esto no me gustaba, pero al ver a mi mamá no me importó; estaba como emocionado, porque lloraba. Tenía a mis padres, mi hermana, un tío, mis medicinas. Aunque no pude estudiar, porque si tienes ásparger debes tener un carnet, y esto no era tan bueno, porque tardaba mucho, así que por ese año no estudié. Mi padre trabajaba en una empresa, le iba bien, pero había algo que no le gustaba: nos mudamos muchas veces.

Un día me dijeron: “Nos vamos de Perú; agradecemos, pero seguimos buscando oportunidades e inclusión” (parecían locos). Bueno, agarramos las maletas y ¡a viajar! Esta vez fue más agradable, aunque dejé muchos juguetes en esa pequeña casa donde estábamos. En Chile no conocíamos a nadie. Cuando llegamos, conocimos a una señora que nos ayudó y hasta nos quedamos en su casa; parecía un hotel, y recuerdo que decían que podría estudiar mejor.

¹ Chichón: cuerda de totora trenzada (nota del autor).

² Auyama: zapallo (nota de la editora).

³ Quinchonchos: tipo de poroto (nota de la editora).

⁴ Parchita: guayaba, fruta tropical (nota de la editora).

⁵ Cobija: frazada (nota de la editora).

Ahora tengo ocho años y estudio en el 21 de mayo con mi maestra María José, que me quiere mucho. Es genial, me cuida y me está enseñando a leer; me comprende muy bien, porque me deja dibujar. En Chile hay muchos niños de todo el mundo, porque en mi escuela hay bolivianos, chinos, haitianos, peruanos. También hace mucho frío, pero es lindo; quiero conocer la nieve y bailar cueca como los demás. Extraño a Venezuela, a mi abuelo Sebastián; quisiera que estuvieran aquí, porque ahora Chile es mi hogar.

Ahora tengo 8 años y estudio en el 21 de mayo con mi maestra María José, que me quiere mucho. Es genial, me cuida y me está enseñando a leer; me comprende muy bien, porque me deja dibujar. En Chile hay muchos niños de todo el mundo, porque en mi escuela hay bolivianos, chinos, haitianos, peruanos. También hace mucho frío, pero es lindo; quiero conocer la nieve y bailar cueca como los demás. Extraño a Venezuela, mi abuelo, Sebastián; quisiera que estuvieran aquí, porque ahora Chile es mi hogar.

8 años
Calama
Región de Antofagasta
Premio especial migrantes

La niña elegida por el río

Aylén de los Ángeles Inostroza Huincabal

Sayén y Rayén eran dos hermanas que vivían en la comunidad Huinkul Mapu⁶.

Como todas las jovencitas, eran niñas alegres, juguetonas y muy traviesas. Los ancianos de la comunidad les tenían prohibido a todas las jóvenes sentarse o tocar la piedra que estaba en la orilla del río.

Un día cualquiera, la *ñuque*⁷ las mandó a buscar *ilfawen*⁸, que estaba justo cerca de la piedra. Las dos fueron por el camino haciendo competencia y se propusieron ver quién llegaba primero, olvidándose completamente de lo que los ancianos les habían dicho. Ambas corrieron velozmente hacia esa piedra, llegando primero Rayén, quien muy contenta se sentó en la piedra cómodamente.

La sorpresa grande fue que al intentar pararse, Rayén no pudo hacerlo, quedando pegada a la piedra. Sayén intentó de mil formas sacarla de allí. No lo pudo lograr y decidió correr hasta la ruca de su familia y contarles a sus papás lo que había pasado. Sus familiares corrieron, llegando al lugar desesperados, pero no pudieron ayudarla. Llegaron vecinos con yuntas de bueyes, y nada.

Luego de algunas horas anocheció, y la comunidad entera durmió a orillas del río al lado de Rayén.

Al otro día muy temprano, el agua estaba por cubrir el cuerpo de la niña. En eso, llegó su padre y ella le dijo: “Papá, el río me eligió para quedarme junto a él; hagan lo que hagan no podrán sacarme de aquí. Vuelvan a la casa y yo iré en algún momento a visitarlos”.

Luego de años, Rayén se enteró de que iban a hacer un *nguillatun*⁹. Nadie supo cómo ella llegó a visitar a sus padres llevando muchos regalos, que en realidad eran una gran cantidad de pescados. Su papá entonces le dijo que jamás la dejaría irse de su casa. Ella le explicó que tenía familia, hijos a quienes no podía dejar solos. Además, le dijo que si no la dejaban ir, ella no volvería nunca más a verlos. Su padre insistió y la amarró en un *pellín*¹⁰ con un lazo. En eso, se escuchó algo como un trueno muy grande. Era la niña que de un salto se fue al río para no volver.

12 años
Temuco

Región de La Araucanía

Premio especial Pueblos Originarios

⁶ Huinkul Mapu: Tierra de Cerro (nota de la autora).

⁷ Ñuque: mamá (nota de la autora).

⁸ Ilfawen: hierbabuena (nota de la autora).

⁹ Nguillatun: ritual mapuche (nota de la autora).

¹⁰ Pellín: roble (nota de la autora).

Geoglifos

Fernanda Paulina Toledo Claude

Una vez fui con mi familia a comer a la casa de mi tía, que queda en Lluta. En una de esas, después de comer, estaba mirando el paisaje y me fijé en unas figuras raras que había en un cerro. Me llamó tanto la atención, que fui corriendo donde mi tía para preguntarle por las figuras tan extrañas que había visto.

Ella me explicó que se llaman geoglifos y que son grandes figuras antiguas construidas en cerros, usando la técnica de adición de piedras con tonalidades oscuras de origen volcánico, para representar figuras de humanos y animales.

Me encantó tanto lo que escuché, que quise verlo por mí mismo y saber más sobre el tema. Ese día nos quedamos a dormir allí, por lo tarde que era, así que me propuse ir a ver los geoglifos al día siguiente. Lamentablemente, no pude dormir muy bien, porque me quedé toda la noche investigando y pensando sobre los geoglifos, preguntándome por qué los habían hecho y para qué.

Al día siguiente, mientras desayunamos, le conté a mi tía lo que iba a hacer y ella, en tono de broma, me dijo que tuviera cuidado, porque una vez alguien le contó que a veces una persona se para ahí a mirar los geoglifos. Después de almorzar agarré un sándwich y unas cuantas botellas de agua y me dirigí al cerro con un poco de miedo por lo que me había contado mi tía, pero fui igual, porque de verdad quería verlos. Hacía mucho calor, pero había una brisa que hacía que me olvidara del calor por completo; también había una vista maravillosa de los cultivos de Lluta.

Tardé mucho en llegar, pero al fin y al cabo llegué. No me acerqué mucho a los geoglifos para no arruinarlos, pero los rodeé. Algunos eran bastante grandes y otros eran medianos, pero lo que más me llamaba la atención es que algunos tenían formas demasiado abstractas, a tal punto de no entender lo que miraba.

Me quedé tanto tiempo mirándolos y sacándoles fotos a los geoglifos, que ya estaba a punto de oscurecer, así que decidí que ya era tiempo de irme a la casa de mi tía antes de que se hiciera más tarde. Estaba bajando el cerro y me volteé a ver los geoglifos por última vez, pero aparte de ver los geoglifos vi la silueta de una persona parada en frente de ellos. Me restregué los ojos y rápidamente miré, pero la silueta ya no estaba; pensé que tal vez era el alma de una de las personas que hizo esos geoglifos.

Estaba tan asustado que recordé lo que me había contado mi tía y me fui corriendo a su casa. Cuando llegué, esperé a que mi tía volviera de comprar, y cuando llegó le mostré las fotos y le conté lo que me había sucedido cuando me estaba viniendo. Ella se rió tan fuerte hasta el punto de llorar, y me contó que ella fue a buscarme, porque ya era muy tarde. Pero cuando llegó, no me encontró y se puso a mirar los geoglifos, cuando se volteó vio una sombra negra mirándola. Ella también se asustó, así que se fue de ahí corriendo. Al final, resulta que nos estábamos mirando mutuamente y nos asustamos por nuestras sombras. Después de eso, siempre nos reímos sobre lo que nos pasó con mi tía.

14 años
Arica

Segundo lugar regional

La triste vida de un colibrí

Francisco Javier Maximiliano Benavides Rubio

Una mañana desperté y me asusté al ver tal aberración: a mi alrededor no había casi árboles. Salí volando rápido, pero nada: todo vacío, había uno que otro árbol.

Lo peor es que me encontraba solo, no había nadie más que yo y esos seres raros grandes muy distintos a mí; creo que ellos fueron. “¡Fueron ellos, de seguro fueron ellos!”, exclamé.

No sabía qué hacer, porque ¿qué se hace en estas situaciones? Nadie está preparado para esto, tenía miedo y no sabía qué hacer, pero en eso se me ocurrió una idea: ¿Y si voy buscando a mis alrededores en árboles, flores, en cada rincón? Durante mucho tiempo, mientras pensaba que mi árbol, mi casa, había desaparecido, no estaba en ningún lugar, no me podía concentrar.

Fui por una flor que vi, eso me tranquilizó un poco y a la vez me extrañé al ver otro ser raro, pero esta vez sostenía una cosa cuadrada con un círculo apuntándome directamente; me asusté un poco, pero no me pasó nada. Después de eso, solo sonrió y se fue. Después de recuperar energías con el polen de la flor, me puse a pensar de nuevo qué hacer y recordé que yo estaba en el valle de Azapa, y lo que quedaba más cerca era una ciudad llamada Arica.

Había escuchado que en ese lugar habían desaparecido muchos colibríes, pero tomé fuerza y fui hacia Arica. No estaba tan lejos, eran unos kilómetros desde donde estaba. Me detuve unas cuatro veces a sacar polen de algunas flores que encontré por ahí, y mientras iba volando vi a lo lejos muchos edificios que llegaban hasta el cielo. Mientras me iba acercando, se iban haciendo más grandes, pero ningún rastro de algún colibrí. Fui edificio tras edificio, pero nada: ningún colibrí veía y ya me rendía de nuevo. Me sentía solo, a pesar de estar rodeado de esos seres extraños para mí.

Ya se hacía de noche, estaba cansado y perdido, pero a lo lejos pude ver algunos árboles y eso me sorprendió, y sinceramente me pude tranquilizar reposando mi cuerpo en un árbol y cerré mis ojos esperando descansar de este día, deseando que fuera una simple pesadilla. Logré dormirme y soñar que estaba con todos ellos, mis amigos, vecinos y familiares, y eso fue agradable a pesar de todo lo que viví y sigo viviendo. Solo quiero que eso pase en realidad, quiero estar en casa con todos ellos como antes.

Desperté y desafortunadamente estaba en el árbol que estaba en Arica; me di cuenta de eso por los edificios. Estaba un poco cansado, sin energías y desorientado, aunque me extrañaba que hubiera algunos árboles, pero ningún colibrí aparte de mí. Aun me preguntaba dónde se podrían haber ido. Jamás nombraron algún lugar donde ir en caso de emergencia. Pensando en eso, seguía volando, y de un momento a otro sentí que tenía fe de nuevo. Vi algunas flores y en una de ellas había un colibrí, así que volé hacia él para preguntarle: “¿De dónde eres?”, y él me respondió: “Del valle de Azapa, ¿y tú?”. Me emocioné, porque me fijé bien y era uno de mis vecinos. Me miró y me reconoció, y me llevó con los demás; lo más gracioso es que estaba casi justo al frente de mis ojos. Estaban más cerca de lo que me imaginaba y eso produjo una sonrisa en mi rostro, lo que causó que mis alas revolotearan más que antes.

Estaban en mi casa, nuestra casa, o eso era lo que parecía ser una nueva casa. Es un lugar donde había varias flores y árboles; es un santuario y están todos mis amigos, vecinos y familiares. Se podían ver, también, hasta desconocidos que luego serían como mi familia.

Se acerca la noche de nuevo, pero esta vez estaba tranquilo; miré al cielo, vi varias estrellas y de un segundo a otro me dormí. Al despertar esta vez, estaban todos ahí y sentí que ahí era mi lugar.

Esos dos días aprendí que sin ellos no soy nada, y también, que el hogar es donde están los que más quieres.

14 años

Arica

Tercer lugar regional

La Virgen de Guadalupe

Francisca Páez

Mi mamá me contó que hace muchos años, en la comuna de Camiña, específicamente en el pueblo de Chapiquilta, vivía un matrimonio con sus hijos. Ellos eran personas muy católicas que se dedicaban a trabajar en la agricultura.

Sucedió que un día la señora Angélica salió a trabajar y llegó cansada a su casa por la noche; se quedó dormida y tuvo un sueño en el que la Virgen le hablaba. Se despertó muy asustada, porque era algo muy especial lo que le estaba pasando; se quedó callada y prefirió no contarle nada a su familia.

Esta situación se hizo repetitiva, nuevamente soñaba que la Virgen le hablaba, hasta que decidió contarle todo a su familia, todo lo que la Virgen le decía en sus sueños. Les dijo que la Virgen de Guadalupe le había hablado y que se aparecería en el pueblo, y que en un nuevo sueño le diría dónde y cuándo lo haría; también le dijo que tenía que prepararse para ese día.

Las personas del pueblo empezaron a divulgar que Angélica estaba volviéndose loca; su marido también pensaba de la misma forma, pero ella estaba en su sano juicio y no le importaba lo que la gente dijera. Los días pasaron y la mujer volvió a comunicarse a través de sus sueños con la Virgen, y esta vez le dijo: “Apareceré al frente del pueblo de Chapiquilta, donde estaba el antiguo pueblo que tenía el mismo nombre, pero recuerda: debes llevar un espejo para nuestro encuentro”.

Al despertar, la señora Angélica empezó a buscar un espejo, pero en esos tiempos eran muy escasos; lo único que encontró fue un trozo de vidrio de una ventana. Entonces decidió sacarlo para llevarlo al lugar que le había señalado la Virgen.

Ella esperaba ansiosa que llegara el día y la hora de aquel encuentro, hasta que por fin llegó. Partió, y cuando llegó al lugar, la Virgen otra vez le habló: “Angélica, deja el vidrio en este lugar y luego podrás contar todo lo sucedido al resto del pueblo”. De repente, el vidrio sonó como si se hubiese quebrado; sigilosamente Angélica se acercó hasta el trozo de vidrio y vio estampada en él la imagen de la Virgen de Guadalupe. Llena de felicidad, Angélica corrió al pueblo a contar lo que había pasado y los pobladores fueron al lugar a confirmar la información; recién ahí fue cuando creyeron en Angélica y sus relatos de la Virgen.

Transcurrieron los días y la Virgen volvió a tomar contacto con Angélica y le dijo que no podía quedarse en el pueblo de Chapiquilta, que debían llevar su imagen al pueblo de Nama, y al día siguiente hicieron lo indicado por la Virgen. Pasado un tiempo, la Virgen nuevamente le habló a Angélica y le indicó que no podía quedarse ahí, porque tenía que cumplir también una misión en el pueblo de Mulluri¹¹ (poblado ubicado en la cordillera de Chile).

¹¹ Mulluri: poblado ubicado en la cordillera de Chile (nota de la autora).

Luego de preparar todo, la familia estaba lista para salir de viaje en caravana con mulas y burros, y así cumplir con los deseos de la Virgen. Para la familia de Angélica era la primera vez que visitaba aquel pueblo, y cuando llegaron se dieron cuenta de que no había iglesia católica en el lugar, pero la Virgen se presentó en sueños y le indicó que debían construir una y ubicarla cerca de una vertiente con espíritus. También le dijo que las personas no deben acercarse a esta vertiente, porque allí pueden suceder cosas malas, y agregó que su familia debería quedarse en Mulluri para dar cumplimiento a su misión de bendecir el lugar para que no pasara nada malo.

La señora Angélica comunicó a las personas del pueblo lo que la Virgen le había dicho, y luego toda la comunidad construyó una iglesia en el pueblo. Fue así como la familia se quedó viviendo en el pueblo de Mulluri junto a la Virgen de Guadalupe.

Actualmente, el retrato de la Virgen en el vidrio se encuentra en el altar mayor de la iglesia y celebran su fiesta cada ocho de septiembre. Las personas son muy devotas de ella; todos los años con mucha fe y devoción continúan esta tradición de alabanzas.

10 años
Camiña
Primer lugar regional

Flor en la arena

Thayna Monserrat Castillo Chávez

Es un hermoso oasis, rodeado de aguas termales, flores y árboles: mangos, guayabos, pomelos, limones, naranjos, etc.

Al pasar por tus calles aromáticas y de gran colorido, estas llaman a quererte, tierra hermosa y fértil, enclavada en el norte de nuestro querido Chile.

Hace muchos años tus antepasados te llamaron “Flor en la arena”. Había una tribu quechua que llegó a vivir en este oasis. El Curaca (así le llamaban al jefe), era un hombre bueno, bondadoso, muy amado por su pueblo; tenía una hija hermosa que era admirada por las tribus vecinas. Ella estaba muy orgullosa de su tierra, por eso su padre le puso el mismo nombre.

Un día llegó una invitación de una tribu vecina para unir lazos de amistad y parentesco, para que los hijos pusieran fecha para su matrimonio.

Al saber esto, Flor en la arena se puso muy triste; ella desde niña estaba enamorada de un joven de su tribu y era correspondida.

Entonces, ellos decidieron irse de su tierra; en la noche de luna llena, así lo hicieron. Se encaminaron por el desierto y nunca más nadie supo de ellos.

El padre sintió una gran pena que nunca pudo superar, y para no recordar a su hija y poder mitigar en parte su dolor, decidió nombrar a su hermosa tierra Pica.

Y hoy en día es muy conocida por su famoso limón de Pica y es visitada por muchos turistas.

12 años
Alto Hospicio
Segundo lugar regional

La gaviota y el pescador del marinero desconocido

Nathalia Andrea Ramírez Araya

Me contaba un viejo pescador que vivía solo en la playa, el marinero desconocido de la hermosa ciudad de Iquique, que pasaba una gaviota que solo tenía una pata, que corría sin problemas y buscaba en la arena pulguillas para comer y las pisaba con su única pata. Cuenta el pescador que nunca la vio acompañada; quizás sería por el defecto de su pata. Muchas veces, el pescador se acercó, pero la gaviota corría fuertemente hasta abrir sus alas y desaparecer por largas horas, siempre preguntándose el viejo pescador si se reuniría con otras aves o solo se escondía de vergüenza por el defecto de su pata.

Una tarde, sin pensar, el pescador se sentó bajo la estatua de aquel marinero que nunca nadie conoció, que yace dormido en forma de estatua de bronce. Ahí esperó a la gaviota y se preguntaba qué tan sola se sentiría o tal vez rechazada. Sin darse cuenta, la blanca gaviota llegó a la orilla donde estaba él sentado. No movió ni un dedo; los pescados ni siquiera pestañaron. La gaviota lo miró, no voló; solo ahí se quedó. Poco a poco se acercaba; solo la brisa del mar y la mirada de aquella estatua del marinero los acompañaba; el aire fresco y puro también quiso estar presente y susurraba. Hasta que por fin las manos del viejo y solitario pescador tocaron a la gaviota; no voló, solo a los ojos del pescador miró. Ahí él logró darse cuenta de que su otra pata sí estaba, solo que por el descuido del ser humano la pata de la gaviota se había enganchado con un cordel olvidado o algo que contaminó su mar. Con mucho amor y cuidado, el pescador sacó el cordel enganchado; la feliz gaviota caminó y luego corrió hasta que sus alas empujó. Se posó sobre la cabeza de la estatua del marinero desconocido y voló fuertemente. El alegre viejo lloró, porque pensó que quizás fue él quien olvidó sacar aquel cordel que hirió a la hermosa gaviota, aquel cordel que por tanto tiempo dejaba cada noche para sacar los peces que atrapaba.

Cada día la gaviota vuelve, se posa en la gran estatua de bronce, busca su alimento en la arena y mira con agradecimiento al viejo y solitario pescador que con solo un pie y su muleta de madera recorre la orilla del mar limpiando todo lo malo que dejamos muchas veces sin pensar. Se dice que él es el espíritu de aquel marinero desconocido que nunca nadie conoció.

11 años
Alto Hospicio
Tercer lugar regional

Peine

Kevin William Mamani Fulguera

En un lugar muy lejano hay un pueblo llamado Peine, el cual está en medio del desierto de San Pedro de Atacama, por lo cual es una localidad muy calurosa, pero a pesar de eso, ahí crían animales, como ovejas, cerdos y cabras.

Cuando despiertas en la mañana, escuchas el canto de las aves y eso da mucha alegría, porque da esperanza de que hoy será un mejor día, y aún más cuando miras a la calle y ves a todos diciendo: “¡Buenos días!”.

Cuando es verano hace mucho calor, y la solución es la piscina o la cocha de Peine; en invierno, el frío te congela la cara, pero igual a todos les gusta, y la lluvia también. Pero la primavera es la mejor estación del año, porque es hermoso ver cómo las flores salen y el paisaje se pinta de varios colores.

Un día, un niño grande, amistoso e inteligente, llamado Kevin, vio muchas plantas creciendo, pero con el paso del tiempo, las flores y los lugares donde las personas plantaron choclo se secaron, porque sus dueños no encontraban agua para regarlas.

El niño le comentó a la presidenta de Peine la idea de buscar agua en la cordillera, ya que el pueblo estaba cerca de ese lugar, a lo que ella dijo que sí, y comenzaron a excavar en busca de agua. Mucha gente del pueblo ayudó con eso. Fue una larga travesía, pero en la cima de la montaña, allí escondido bajo una cueva, encontraron un río subterráneo.

Enterraron tubos para que el agua de ese río se dirigiese a Peine. En el pueblo, las personas construyeron estanques para que el agua se juntara y luego la pudieran soltar para que fluyera por los canales de riego cuando lo necesitasen.

Y así, desde entonces, las personas de Peine hacen rituales al agua y la tierra, que nos brindan esos ricos choclos que cada año cosechamos.

12 años
San Pedro de Atacama
Primer lugar regional

Desapariciones

Melissa Isidora Miranda Cárdenas

Mi abuela dice que la ropa no se deja colgada en la noche; siempre nos dice lo mismo, ya que mi mamá suele dejarla... No sabía por qué, así que me animé a preguntarle un día mientras estaba sentada en el antejardín cosiendo unas medias.

—Te cuento, ¿pero no te da miedo? —me dijo mientras dejaba su media como nueva.

—Claro, abuela, cuéntame nomás; yo ya tengo nueve años y nada me da miedo, ni siquiera las historias de Piggy.

—Hace tiempo, en el pueblo donde yo vivía con mis papitos, empezaron a desaparecer niños, uno a uno se iban esfumando. Una noche se juntaron todos los del pueblo en la plaza a discutir sobre las desapariciones, mientras nos tomaban fuerte de la mano a todos los niños. “¡Es Amaru quien se venga, porque no lo hemos hecho feliz; la limpieza del canal solo se ha transformado en fiesta, olvidando lo que realmente es!”, gritaba enfurecido don Paublino. ”¡Es un asesino!”, gritaba otro; “¡Es un monstruo!”, gritaba más fuerte doña Nicolasa. Se escuchó una risa que me puso la sangre tan helada y mi mamita dio un salto... “Son duendes”, dijo doña Julia, una viuda que nadie visitaba. “Yo los he visto: se llevan la ropa de los niños que queda colgada en la noche, y como no les queda a ellos, buscan a los niños para probársela y dejarlos de muñecos para jugar. Yo sé dónde están los niños; los llevaré a ellos”, dijo doña Julia. Todo el pueblo la seguimos, nos llevó cerca del pucará¹². Ahí había varias cuevas; los papás de los niños desesperados los buscaban. Los sacaron dormidos con sus pijamas y sin calcetines. Todos estábamos callados y fue ahí cuando ella dijo: “No dejen ropa colgada y pongan arena en puertas y ventanas, y en las noches griten: ‘¡Si quieres jugar esta noche con mi hijo, debes contar la arena primero!’”.

Yo estaba heladita, heladita cuando llegó mi mamá y me dijo: “Ya, vamos a terminar las tareas”. Esa noche me costó dormir.

Me pregunto qué se sentirá vivir como vivió la abuela cuando era pequeña: en el pueblo, sin luz, con agua del río, sin internet, que te obliguen a hablar otro idioma. Ella hablaba quechua, pero en su escuela si no hablaba chileno, la retaban. Hacían reuniones para todo, las decisiones las tomaban en conjunto. Pasteaba ovejas y vivía corriendo por los cerros. ¿Sería feliz cultivando la tierra, sin tele ni juguetes? Bueno, creo que debo hablar más con mi abuela, ya que tiene cuentos súper entretenidos.

9 años
Calama

Segundo lugar regional

¹² Pucará: construcción de los pueblos andinos, fortaleza (nota de la editora).

Los Tue Tue del río

Mila Yurac Waltemath

Mi abuelita Margarita me contó que hace muchos años atrás, cuando ella era una niña, vivía en el campo, en un pueblo llamado Curacaví, y que para llegar a su casa se debía cruzar el río.

Un día, su madre había viajado a Santiago y no volvería hasta el siguiente día, y mi abuela junto a sus hermanos debían quedarse solos en la casa hasta su regreso. Ellos eran cuatro niños en total, mi abuelita de cinco años, su hermana Zuli de siete, Rúa de nueve y Ramón de once; este último era quien los debía cuidar hasta que su hermano mayor, Rosendo, llegara del trabajo al anochecer.

Esa misma noche, los niños oyeron unos ruidos muy fuertes en el río que quedaba cerca de su casa y decidieron ir todos juntos a ver lo que pasaba. Al llegar a la orilla escucharon sonidos de aleteos de pájaros en el agua y gritos diciendo una y otra vez: “¡Tueee tue tue tue tue! ¡Tueee tue tue tue tue!”.

La noche estaba muy clara por la luna y se veía el río sin problemas, pero los niños solo podían oír a los pájaros lanzándose al agua y gritando; tenían mucho miedo.

En ese momento llegó su hermano mayor y los encontró en el río; él era muy intrépido y les dijo a los niños: “¡Vamos a sacar a esos Tue Tue del agua!, ¡vamos a buscar una escalera!”, y siguiendo a su hermano, fueron todos juntos a la casa a buscarla. Luego volvieron al río y colocaron la escalera en el agua, donde se oían a los pájaros aletear desesperados, para que pudieran salir a través de ella, pero no resultó.

Cada vez se sentía llegar más pájaros que se tiraban al agua aleteando y gritando.

Justo ahí, Rosendo les dijo a los demás: “¡Vamos a buscar una sogá para salvar a esos Tue Tue!”. Una de las menores gritó: “¡La sogá del caballo!”, y el mayor dijo convencido: “¡No, la sogá no debe tener sudor de caballo o los Tue Tue no podrán tocarla!”. “Yo tengo una sogá nueva, ¡vamos a buscarla!”, dijo otro hermano, y partieron todos juntos a buscarla a la casa. Cuando iban llegando nuevamente al río, ya no se escuchaban los aleteos de los pájaros y los niños se quedaron extrañados; luego se fueron todos tranquilos a su casa, pensando que seguramente entre todos los pájaros que llegaron, lograron socorrer al que se estaba ahogando y pudieron irse juntos volando.

Al día siguiente, cuando llegó su madre, mi abuelita le contó lo que hicieron la noche anterior y ella muy asustada les dijo que esos pájaros eran hombres brujos que se podían transformar, que no podían ser vistos por todas las personas debido a sus poderes mágicos, y lo más importante, les dijo que nunca debían hacerlos enojar, ya que podrían regresar para vengarse. Además, les advirtió a sus hijos que debían ser muy respetuosos con los extraños que vieran pasar, ya que se podría tratar de los Tue Tue en su forma humana.

8 años
Antofagasta
Tercer lugar regional

Suspiro del Valle, historia de una semilla

Dominga Carrasco Guevara

En un hermoso país llamado Chile, en medio de un gran desierto, el desierto más grande del mundo¹³, vive adentro de la tierra muy escondida, capa tras capa de tierra, una pequeña semilla llamada Suspiro del Valle. Año tras año Suspiro del Valle esperaba muy inquieta y muy a la expectativa cuándo llovería, cuándo caería agua para que ella y sus hermanas semillas pudieran florecer en esa hermosa tierra del desierto.

Suspiro del Valle tenía un gran sueño y era poder florecer para poder ver el hermoso mar que cubre toda la costa de Atacama; podrían pasar todos los días de primavera sintiendo el viento, sintiendo los rayitos de sol y escuchar cómo las lindas olas del mar bailan. Pero pasaban los años y parecía que cada año era peor, cada vez más seco, las semillas estaban más dormidas y solo se escuchaban algunos cactus hablando afuera. ¿Qué es lo que dirían? ¿Qué es lo que pasaría ahí afuera? Absolutamente todo estaba totalmente seco y Suspiro del Valle cada vez perdía más las esperanzas de florecer.

Una tarde, en el mes de mayo, se juntaron las nubes, el cielo se cerró y se puso muy helado; había mucho viento, todo estaba en silencio. De pronto, el aire se calmó y se tornó tibio; después de tantos años esa tarde comenzaba a llover. Y fue durante cuatro días; caía y caía el agua, parecía que todo se iba a inundar. Suspiro del Valle sentía cómo el agua la rodeaba a ella y a sus hermanas semillas; comenzaban a hincharse. Después llegó el silencio y la lluvia se detuvo. Suspiro del Valle sentía cómo se iba humedeciendo, se iba impregnando de agua y de pronto comenzó a nacer desde ella y sus hermanas un pequeño brotito que lentamente emergió al exterior. Suspiro del Valle pudo ver la luz, pudo percibir el sol, pudo sentir el viento y una pequeña y hermosa flor, después de mucho esperar, comenzó a abrir. Su color era de una mezcla entre azul y morado, con unos pequeños pétalos hermosos y un centro amarillo y blanco. Se sentía tan contenta de estar ahí en medio del desierto florido, vibrando con el aire y el sol, escuchando las olas del mar y disfrutando junto a todas sus hermanas flores de este hermoso escenario que la naturaleza nos regala.

Suspiro del Valle pudo ver cómo día a día muchos niños llegaban muy contentos a sacarle fotos, a contemplar su hermosura. Por fin, esa flor había florecido y se quedó muy feliz de haber cumplido su objetivo en la naturaleza, florecer y regalar su hermosa belleza.

Es así como el desierto de Atacama nos regala, cada ciertos años, este hermoso espectáculo, y pudimos conocer la linda historia de Suspiro del Valle y de tantas flores que viven en el desierto y esperan siendo semilla poder florecer.

9 años
Copiapó
Primer lugar regional

¹³ Desierto de Atacama: es el desierto más árido del mundo. La autora hace mención a su tamaño, pero es el desierto del Sahara el que ocupa el lugar como el desierto cálido más grande del mundo (nota de la editora).

La dama de blanco

Antonia Cumian Miranda

Hola amigos, soy Antonia. Mi abuelo siempre me relata historias y leyendas de Atacama, y hoy les voy a contar la que más me gusta; eso sí, da un poco de miedo, ¡aquí vamos!

Hace muchos años, mi abuelo trabajaba en la faena minera Ojancos, de la compañía Sali Hochschild de Copiapó.

Él y su amigo Alberto cuidaban el terreno como serenos. Una noche, como todas, recorriendo el lugar escucharon el grito de una mujer... pero pensaron que el ruido venía de una casa aledaña donde siempre hacían fiestas y siguieron caminando. Al rato, se pusieron a tomar café y a jugar cartas, y nuevamente escucharon un grito cada vez más cerca y fuerte, pidiendo ayuda. Asustados, salieron a recorrer el lugar, pero no veían bien; solo con una linterna subieron el cerro y se encontraron con una mujer gritando, toda vestida de blanco, sin color en su piel... Ellos corrieron a ayudarla y le preguntaron qué pasaba, pero ella no les respondió. Como buenas personas, mi abuelo y su amigo la llevaron a una oficina para protegerla. Le pusieron una manta para que se abrigara, ya que ella solo tenía puesto un vestido blanco y andaba descalza; le hicieron preguntas nuevamente, pero ella no quiso responder nada. La dejaron sentada y abrigada en la oficina, salieron a prepararle un café y a llamar a Carabineros para avisar de la situación; se demoraron solo unos minutos. De regreso a la oficina, donde estaba la señora, se percataron de que los perros ladraban mucho, y con miedo abrieron la puerta... ¡Qué sorpresa! Ella ya no estaba, se había esfumado. Y se dieron cuenta de que era un fantasma... Se les resbaló el café y corrieron de miedo.

Mi abuelo nunca más quiso volver a trabajar ahí, al igual que su amigo Alberto. Buscaron nuevos trabajos, ya que quedaron con mucho miedo por largo tiempo. De su mente no se borra la imagen de la mujer.

Hoy en día, en ese lugar se construyó el Mall Plaza Copiapó. Mi abuelo y yo hemos averiguado que no fueron los únicos que la han visto y escuchado gritar; algunas personas que viven en ese sector la han visto pasar por los cerros de los alrededores. Los guardias antiguos que trabajan en el mall dicen que la han escuchado gritar, pero los guardias nuevos no quieren salir a sus rondas nocturnas por los estacionamientos del exterior, ya que les da miedo encontrarse con esta mujer. Y así, a lo largo del tiempo, se ha creado la leyenda de la Dama de Blanco de Copiapó, y colorín colorado esta historia se ha terminado.

8 años
Copiapó
Segundo lugar regional
Ilustración: Sol Díaz

Amigos magallánicos por Siempre

Isabel Cristina Livacic Sáez

Un día andaba un pingüino nadando solo y perdido. De repente, llegó a la orilla de una playa desconocida. Justo ahí estaban dos perros ovejeros haciendo su trabajo: guiar ovejas. Uno de los perros vio al pingüino que estaba perdido. Decidió ir a ayudarlo. El pingüino, con cara asustada, lo miró y le dijo:

—¿Me puede decir cómo volver a mi casa?

—Claro, pero dime por dónde está tu casa —contestó el perro.

El pingüino se puso al lado del perro y con su pico le indicó hacia donde estaba su casa. Lamentablemente, el camino se veía difícil de recorrer; al parecer el pingüino había nadado muchos kilómetros hasta llegar a esa playa, sin saber cómo había atravesado tanto mar. El perro quiso tomar una ruta más fácil, pero también más larga. Entonces, siguieron el camino. Pasito a pasito fueron avanzando, mientras encontraban algo de comida en el camino. Se hizo de noche y tuvieron que dormir. El perro se acostó para descansar y el pingüino se puso a su lado, para dormir protegido.

Durante todo su andar, sin que ellos se dieran cuenta, un pequeño puma que se había arrancado para disfrutar una que otra aventura, los había estado siguiendo sigilosamente. De repente, cuando el perro y el pingüino despertaron, se encontraron con la mirada curiosa y penetrante del pequeño felino. El puma les dijo:

—¡Hola! ¿Qué están haciendo aquí?

—Me he perdido y mi amigo perruno me está ayudando a regresar a mi casa, junto a mi familia —respondió el pingüino.

—¿Y hacia dónde van? Que yo sepa, los pingüinos como tú viven del otro lado de este campo —dijo el puma.

—¡Oh! ¡Hemos estado caminando en sentido contrario entonces! —agregó el perro—. Muchas gracias. Tendremos que recorrer todo nuevamente, pero al revés.

El pingüino, que no estaba acostumbrado a recorrer largas distancias con sus cortas patitas, se sentía muy cansado, y dijo con voz triste:

—Yo creo que no podré recorrer tanto camino, no sé cómo podré volver a mi casa.

Entonces, el pequeño puma divisó entre los árboles una rama de coigüe caída, y se le ocurrió una maravillosa idea.

—Podemos llevar al pingüinito en una hamaca de coigüe, agarrada por nuestros hocicos, amigo perro.

Para subir al pingüino a la rama de coigüe, ambos animalitos, el puma y el perro, tuvieron que empujar con sus narices a su magallánico amigo, para ayudarlo. Luego, cada uno tomó con sus dientes un extremo de la rama y la levantaron para caminar con ella llevando a su alado compañero a cuestas. Repentinamente, vieron acercarse a un gran felino por entre los árboles.

—¡Es mi mamá! —exclamó el pequeño puma—. Se dará cuenta de que me escapé y me va a castigar. ¡Escondámonos!

Entonces, ocultaron al pingüino en una cueva entre las rocas y el hielo, mientras ellos se camuflaron entre las ramas de los fríos arbustos que pudieron encontrar.

En un momento, la madre del pequeño puma los encontró.

—¡¿Qué haces aquí?! ¡Te he estado buscando todo el día! —dijo la mamá puma.

—Em... Mami... es que...

—Aaah, pero qué bien, ¡encontraste tu cena! —agregó la madre al encontrar la cueva donde se refugiaba el pingüino.

—¡No, mami! ¡Es mi amigo! —dijo el puma.

—Señora, disculpe las molestias, pero este pingüino es nuestro amigo y tenemos que llevarlo a su hogar. Además, yo creo que sabe muy horrible, su carne es dura, no creo que le guste, *guácala* — dijo el perro.

La madre puma se largó a reír.

—Está bien. Siempre he entendido tus instintos amigables, hijo. ¿Este pingüino está perdido? Puedo ayudarlos. Pero no podemos contarle a tu hermano ni a tu padre, porque sabes lo que pasaría... — culminó la madre.

—¡Gracias, mamita! —dijo el pequeño puma.

Los cuatro animales decidieron emprender su viaje para llegar al hogar del pingüinito. La mamá puma conocía muy bien los caminos y escogió el más fácil y corto. Para proteger a los pequeños, ella avanzaba un poco y luego retrocedía, para así ir vigilando los posibles peligros. En un momento, la mamá puma les advirtió:

—Tengo que avisarles que este camino es fácil y corto, pero habrá una dificultad: cruzar este río. No es tan profundo, pero sus aguas son rápidas y hay muchas rocas en el fondo, así que tendremos mucho cuidado. Seguirán todas mis instrucciones.

—¡Sí! —respondieron los tres pequeños al unísono.

Luego de unos minutos y siguiendo cada una de las indicaciones de mamá puma, lograron cruzar el río y llegaron al hogar del pequeño pingüino. Entonces, la mamá puma les dijo:

—Ya deben despedirse, niños... Si los demás pingüinos nos ven, pensarán que somos una amenaza para ellos, así que debemos separarnos aquí. Tú, pequeño pingüino, podrás avanzar unos metros y abrazarás a tu familia.

En ese momento, el pingüinito corrió con sus cortas patitas hacia los brazos de su mamá, lo más rápido que pudo. Su madre lo recibió con cariño y asombro, lágrimas en los ojos y millones de preguntas que el pequeño pingüino no pudo responder, de tanta emoción y alegría.

El perro, el pequeño puma y su mamá volvieron a sus hogares, contentos de haber podido ayudar a su amigo, pero con tristeza de haberse despedido. Podrán, seguramente, encontrarse de nuevo entre coigües, campos y hielo.

9 años
Copiapó

Tercer lugar regional

La cueva del águila

Yoeli Rafaela Anjel Arancibia

Este cuento me lo contó mi bisabuelita Adelaida. En estos días de pandemia, me dijo que se le vinieron a la mente recuerdos de varios años atrás, cuando ella vivía en la Cueva del Águila, aquí en Tabaqueros, en nuestra comuna de Río Hurtado, pero al otro lado del río, lugar en donde hoy ya no hay viviendas.

Hace muchos años atrás, eran varias las personas que vivían en el sector, principalmente, porque trabajaban en la hacienda, y así tenían acceso a una vivienda que les entregaban para que viviesen con la familia; podían criar sus animales, cabras, chanchos, gallinas, patos y pavos, entre otros. Era muy diferente a lo que se vive hoy, aunque nuestro pueblo aún mantiene cosas de esos años, como la tranquilidad, pero ya no es lo mismo, me dice, y mientras me habla, me comenta que en varias ocasiones sintió bastante bulla en la calle, un camino de tierra angosto, lleno de piedras sueltas, algo que era como un tropel de caballos, y que al salir a mirar no había nada. Muchas veces pensó que podía ser algún animal que se soltó, por lo cual no le dio mucha importancia. Además, sentía el sonido de cubiertos cayéndose (también llamado servicio, lo que hace referencia a tenedores, cucharas y cuchillos), pero nuevamente no era nada. Era habitual que en este sector se escucharan cosas raras; a veces era el caminar de personas conversando, pero tarde por la noche, y como siempre, al mirar no se encontraba nada. Dice que podía ser, porque en este sector se enterraron a personas que murieron de viruela. Ella dice que, también podía ser el diablo que protegía las cargas de plata que estaban guardadas por este sector y que muchas personas han buscado, pero que nadie ha podido encontrar. Incluso me comenta que una vez, los vecinos del sector estaban en la búsqueda de un tesoro y se encontraron con un panal de abejas mientras realizaban el hoyo. Ellos creyeron que había sido una ilusión, ya que se dice que cuando se está cerca de un tesoro se ven alucinaciones para que así las personas no puedan encontrar lo que allí está enterrado; es una manera de protegerlo. Pero esto no era una ilusión, sino más bien un panal de verdad: las abejas les picaron y debieron salir arrancando. Siempre contaban como anécdota este episodio, pero también dejaban en claro que algo raro pasaba en este sector y que al menos hasta el día de hoy, no ha podido ser aclarado, aunque claro, ya es menos lo que se cuenta.

Ella, aun con sus avanzados años, recuerda que muchas personas buscaron en varias partes de la Cueva del Águila algún tesoro o algo de valor que pudiese estar enterrado por el sector y que provocaba que pasaran este tipo de cosas. No solo lo escuchó ella por aquellos años, sino que también otros vecinos, quienes dicen que era habitual ver cosas anormales y sentir sonidos extraños. También me cuenta que el sector lleva este nombre de la Cueva del Águila, porque en el fondo de una cueva que hay en las rocas, se ve un águila, pero no se sabe muy bien si solo es eso o si en ese sector está el tesoro, ya que las personas no se atreven a ingresar por miedo a que el diablo se los pueda llevar. Pero hay que recordar que, así como les pasó a las personas con el panal de abejas, en este sector se ven alucinaciones, como toros de gran tamaño que se vienen encima, lo cual da miedo y hace retroceder al ingreso, y muchas de las personas prefieren salir y no volver.

8 años
Río Hurtado
Primer lugar regional

Mi sabio abuelo

York Ángel Valdés Contreras

No hay historia más hermosa para un niño que saber que en el pueblo en donde vive las personas hablan de su abuelo como “el viejo sabio”.

En las viejas fotografías en blanco y negro que hay en las paredes de barro de lo que fue su casa, puedo ver la imagen de un hombre valeroso, fortachón y “bueno pa’ la pega”, como dirían sus amigos.

Me cuentan, los que lo conocieron, que sabía cuándo un año era bueno o malo para la siembra; que si cantaban los gallos a tal hora, temblaba.

Se levantaba muy temprano a contemplar el alba y anunciaba cómo sería el día; tenía por costumbre decir: “A quien madruga Dios lo ayuda”. El resplandor del sol amanecía sobre sus ojos y cuando él se escondía dándole el paso a la luna, decía que algo nuevo se venía sobre sus cabezas. Decía que algunas noches ella no salía, porque estaba deprimida y por eso mandaba al lucero a ubicarse al norte o al sur.

Él decía que un año sería bueno si caía un buen aguacero en julio, y sería un año seco si llovía en marzo.

Mi abuelo fue un gran sabio; contaba que, para asustar al hombre sin sombra, había que solo hacer un raspado de cuchilla, salían de carrerita los bandidos.

Mi abuelo fue un viejo sabio, el agua más pura que toca el suelo y la luz más pura que se refleja a las cinco y media de la mañana, y su oscuridad llegaría cuando cerró sus ojos para siempre.

11 años
Monte Patria
Segundo lugar regional

Las historias de la trilla

Melanny Cecilia Tapia Carvajal

Las trillas son conocidas porque se suelen ver a muchos caballos corriendo en círculos en una era cercada, que es el lugar donde ponen el trigo para ser trabajado, todo eso para separar la paja del trigo. En la localidad de Los Romeros de Quilitapia, este evento solía ser una tradición que no podía ser evadida, pero eso era antes de que la sequía golpeara a nuestro pueblo. Las lluvias son muy escasas, por lo tanto, no se puede cultivar el trigo, así que esta tradición se ha visto muy afectada, y en la actualidad son muy difíciles de ver.

Aun así, no se ha dejado de hablar de este evento, ya que al ser uno de los más importantes y llamativos del pueblo, se sigue contando sobre ellos.

Mi madre y abuela me contaron que muchas familias cosechaban el trigo o cebada y organizaban la trilla en diversas fechas, que por lo general se dan entre diciembre y febrero, y nuestra familia no era la excepción. Ellas relataban que mis tíos, tías, primos, primas, abuelas y abuelos preparaban la era, mojando con abundante agua, y echaban cabras, las que al pisar la dejaban dura y lista para echar la siembra. A esta tradición le llamaban pisadera. A los comensales se les daba un plato típico, que es mote con leche a la hora del desayuno, y al almuerzo, una cazuela de gallina.

Luego, se fijaba la fecha para realizar la trilla, se invitaba a los vecinos y amigos (hombres y mujeres) para que colaboraran en este gran evento. Las mujeres se ocupaban de la cocina desde la madrugada, se servían los platos típicos: al desayuno, un plato de carbonada; al almuerzo, estofado y hervido, platos muy abundantes, en la hora de once, empanadas y té. Este menú se preparaba para todas las personas que colaboraban con trabajo, con sus caballos o que venían simplemente a presenciar la trilla.

El día anterior al que se llevaría a cabo la trilla, acarreaban el trigo en sacos con burros, lo echaban a la era y entre medio escondían un premio para los participantes. Al día siguiente, todos se levantaban temprano por la mañana a tomar desayuno, y cuando todo estaba listo, se daba comienzo a la trilla. Los caballos corrían por encima del trigo o la cebada, y así lo iban separando de la paja, y cuando los caballos se veían cansados, los sacaban de la era y los dejaban descansar. Por mientras, los encargados de la trilla iban tirando con un rastrillo el trigo al aire, para que el viento fuera separando la paja, y el trigo cayera limpio a la era. Además, preparaban otros caballos que no habían participado en la primera corrida, para dejar descansar a aquellos que ya habían corrido, y así lo hacían hasta que el sol estuviera a punto de esconderse. Para finalizar, los participantes buscaban el premio escondido: consistía en una garrafa de vino o una jaba de cerveza para compartir entre ellos. Además se baila cueca en la era, un festejo de todos los niños, mujeres y hombres.

Por la noche, todos los participantes y espectadores de la trilla se reunían para cantar y bailar con guitarra y acordeón, y así celebrar el duro trabajo que habían realizado durante todo el día bajo al sol, con la esperanza de que el próximo año se volvieran a ver, para llevar nuevamente a cabo esta tradición.

Por desgracia, ya no se han podido realizar con frecuencia las trillas en nuestro pueblo y localidades, ya que los tiempos y la poca lluvia que cae, no favorecen; pero no se pierde la esperanza de que algún día la lluvia vuelva a caer con fuerza y haga florecer los campos de trigo o cebada, y este evento vuelva a reunir a distintas familias para trabajar, celebrar, pero más importante, compartir con personas cercanas, y así, trazar nuevos lazos de amistad entre las personas que habitan Los Romeros de Quilitapia y sus alrededores.

6 años
Combarbalá
Tercer lugar regional

La gran Sombra marina

Alejandro Eduardo Aguilar Ika

En la era colonial de Rapa Nui, los pescadores a veces salían en sus canoas de pesca, y la esta duraba 10 días, ya que iban a otras partes en busca de peces. Sus canoas no siempre los acompañaban, ya que el material con que estaban construidas no era apropiado para soportar muchos días en el mar, pero ellos tenían que salir para poder alimentar a las personas que habitaban en ese hermoso tesoro que es Rapa Nui. Los Pascuenses que habitaban ese hermoso lugar estaban muy unidos y compartían todo lo que podían tener.

Un día, Ariki Paka fue a pescar en su canoa y vio una gran sombra bajo su bote; pensó que podía ser un cardumen de peces, pero sintió que su canoa se volcaba y destruía. Se afirmó muy fuerte de un trozo de madera que él tenía para poder nadar hacia la orilla, pero siempre teniendo temor de que esa sombra lo pudiera destruir o matar. Nadó y nadó como nunca lo había hecho, y empezó a sentir mucha debilidad, ya no tenía fuerzas; entonces miró cómo el atardecer se colocaba en esa hermosa Rapa Nui. Él aún tenía temor que cuando justo iba a llegar a la orilla, podría ser derrotado por la sombra, pero después de unos intentos más, llegó a la orilla solo en un trozo de madera de donde él se podía afirmar.

El pueblo no podía creer cómo él llegó hasta la orilla de la costa donde cada día la gente iba en sus canoas a pescar. Cansado, Ariki Paka se dirigió a su casa y le contó a su familia todo lo que él vivió allí en el inmenso mar de Rapa Nui, y así, con lo que le pasó, no quiso volver al mar. Las familias del lugar le preguntaron lo que pasó, qué fue lo que él vio, cómo pudo llegar de vuelta solo en ese trozo de madera. Él les contó y les dijo que tal vez esa era la razón por la que los peces estaban desapareciendo y les costaba pescar y tenían que ir más lejos de la isla, pero los pescadores no le creían; decían que era cosa de él. Se sintió triste, porque en ese lugar todas las familias tenían confianza, pero esta vez no fue así. Ariki Paka se fue al campo a plantar camotes y caña de azúcar, entre otras plantas de la isla.

Así pasó el tiempo y no volvió al mar. A los pescadores cada vez les costaba más sacar los peces y estos eran más pequeños, y ellos hasta hoy tratan que los peces pequeños vuelvan al mar y sacar solo los más grandes. Tanto había sido la escasez de peces, que fueron a buscar a Ariki Paka para ir con él en busca de esa gran sombra marina de la que él había hablado, ya que los pescadores empezaron a decir: “Tal vez Ariki Paka tiene razón”. Por este motivo llevaron al mar otra vez a este gran hombre.

Salieron de la orilla de Hanga Roa en busca de los peces y la sombra; él sentía temor que les pasara algo en ese viaje, pero confiaba en que juntos todos podrían ganar a lo que él aún no sabía qué era, a lo que se iban a enfrentar. Después de dos días en el mar lograron ver bajo sus canoas una sombra muy grande que los andaba rodeando; ellos empezaron a reconocer que Ariki Paka no se había equivocado, pero no sabían qué era. Uno de los pescadores arrojó una lanza que le dio a esa sombra, y cuando salió a la superficie, se dieron cuenta de que era un enorme tiburón que los estaba atacando. Ellos habían visto tiburones en la isla, pero nunca uno tan grande como ese. Sus canoas no eran tan resistentes para poder defenderse, pero juntos empezaron a atacar a este enorme tiburón; creo que ellos, los pescadores, nunca pensaron vivir algo tan peligroso como lo que estaban viviendo.

Algunas de las canoas fueron destruidas por este gran pez; eran muy pequeñas, pero aun así los pescadores que quedaron sin canoa fueron salvados por los que sí tenían, y lograron vencer a esta gran sombra marina, como le llamaba Ariki Paka. Nunca habían pescado algo tan diferente a los peces que había en la gran Rapa Nui, pero volvieron muy contentos; cantaban en su idioma, como nunca lo hacían. Llegaron al atardecer y las familias de ese lugar los esperaban para poder repartir la pesca de los dos o tres días que salían, o a veces más días, pero aun así, ese día era de regocijo, porque atraparon a ese pez y se lo repartieron como una gran familia que eran: la cola, aletas, huesos de la columna, todo fue usado para la artesanía que hacían en la isla. Nunca nadie más dudó de este joven Ariki Paka; antes nadie le creyó, pero hoy harían fiesta por esta gran pesca que Ariki Paka había logrado junto a sus amigos.

Los peces volvieron a la hermosa Rapa Nui, los tesoros más preciados que tienen los pascuenses en este lugar, con estos ellos se alimentaban.

Pasaron los años y los habitantes de Rapa Nui vivieron felices después de acabar con la criatura que ellos nombraron como la sombra marina. Después, con el tiempo, comprendieron que por su gran tamaño era un megalodón¹⁴.

12 años
Isla de Pascua
Primer lugar regional

¹⁴ Megalodón: especie extinta de tiburón (nota de la editora).

Joaquín y Eluney

Joaquín Eduardo Valencia Silva

En los pies de la cordillera, bajo un cielo celeste donde se pueden ver las estrellas, rodeado por un río que clama en lo más profundo de su ser, sentir nuevamente el caudal de sus aguas, se encuentra un pequeño pueblo llamado Chincolco. Su nombre significa agua de chincol, eso quiere decir que nuestros antepasados vivieron rodeados de agua cristalina proveniente de nuestra majestuosa cordillera, gracias a nuestra madre tierra.

En el pueblo vive un niño llamado Joaquín, a quien le gusta disfrutar de la vida campestre rodeado de naturaleza y animales de la zona. Joaquín despierta por las mañanas con el cantar de los pajaritos que duermen en la higuera del patio de su casa.

Un día, Joaquín escuchó a su abuelo hablar sobre los guanacos; el niño se interesó tanto por estos animales, que quiso conocerlos, y trató de preguntar a quien supiera respecto de estos animales.

Fue así como en una ocasión en la que fue a buscar leña para abrigar los fríos días de invierno, con su padre y abuelo se adentraron en unos cerros lejanos en el interior de Chincolco, y descubrieron una manada de guanacos alimentándose de pasto. Sorprendidos de lo tan cerca que estaban de esta manada, se quedaron en silencio a contemplar el actuar de estos bellos animales.

Joaquín quiso seguir contemplando a estos animales, fue así como continuó yendo de excursión al cerro y se sentaba tardes enteras a mirar las manadas de guanacos. Un día pudo acercarse un poco más cerca de una cría de guanaco; sus miradas se cruzaron y el niño sentía que el animal algo quería decirle, tenía una mirada tierna pero a su vez un poco temerosa. Con el pasar de los días, siempre se conectaban a través de los ojos, hasta que un día el niño pudo sentir palabras en su cabeza, y pensó: «Creo que el silencio de la naturaleza me está haciendo escuchar cosas que no son».

Un día pasó algo inexplicable: el niño pudo sentir al despertar muchos saludos de «Buenos días»; increíblemente, eran los pajaritos que dormían en su higuera. Al pasar de los días, descubrió que no solo podía oír a los pajaritos, sino que también a otros animales: su perro llamado Huasito, le pedía agua y comida durante el día y también a veces que le rascara la panza; un gato que ronroneaba cerca de su casa le pedía que le lanzara un ovillo de lana para jugar y pasar su día, y así con cada animal que se encontraba podía saber lo que le pasaba.

Una tarde volvió al cerro a contemplar la manada de guanacos, pero lamentablemente no los encontró en el mismo lugar de siempre. Se armó de valor y se adentró unos kilómetros más al interior de los cerros, llegando cerca de la cordillera buscando a esos animales.

Gracias a su valentía logró ver a lo lejos el nuevo lugar donde se posaba la manada. Siguió caminando y encontró a la cría de guanaco con la que había tenido cercanía la última vez que fue a contemplar la manada; Joaquín supo inmediatamente que la cría quería decirle algo y se acercó, así comenzó un diálogo entre ellos:

—Hola niño, esperaba que vinieras.

—¡Hola! Me demoré, porque no los encontré en el mismo lugar de siempre; me llamo Joaquín, ¿y tú?

—Me llamo Eluney, que significa regalo del cielo.

—No sabía que los nombres tienen significado, ¿no sé qué significa el mío y ni siquiera sé si significa algo!

—Yo sé, porque mi mamá me contaba muchas historias antes de dormir, entre esas, el significado de los nombres de los integrantes de nuestra familia.

—¿Te contaba?, ¿acaso ya no te cuenta?...

—Lo que pasa es que hace un par de semanas, estábamos cerca del cordón de Alicahue y sentimos unos ruidos muy fuertes, espantando a la manada. Todos nos asustamos y corrimos sin parar; yo me perdí entre los demás guanacos. Cuando pudimos descansar y ya no se sentían esos molestos ruidos, busqué a mi mamá; ella estaba tirada en el suelo y desde su pierna brotaba un líquido rojo; no sabíamos qué era y mi mamá se quedó profundamente dormida y aún no despierta. Yo tuve que seguir a la manada o si no me tendría que haber quedado solo a su lado.

—Qué triste, ¿y ahora quién te cuida?

—El resto de la manada... y mi papá, pero él está muy ocupado dirigiendo a la manada y atento a esos molestos ruidos que dejaron a mi mamá durmiendo hasta ahora.

—Eluney, tengo que decirte que esos molestos ruidos fueron disparos.

—¿Qué son disparos?

—¡Salen de armas que usan los hombres para cazar animales!

El guanaco, con voz temblorosa y alejándose de Joaquín, le dijo:

—¡Tú eres un hombre, es por eso que vienes a observarnos siempre!, ¿qué quieres de nosotros?

—No te asustes, solo soy un niño interesado en conocer a los guanacos, es por eso que vengo siempre. Ahora es tarde, me tengo que ir; otro día volveré.

Con días y el tiempo, Joaquín y Eluney se convirtieron en amigos y también en adultos; Joaquín visitaba siempre a su amigo.

Ambos construyeron una amistad muy importante, haciendo que Joaquín se convirtiera en un hombre protector de los guanacos. Fue así como podía alertar a la manada ante cualquier peligro, principalmente de los cazadores furtivos y ambiciosos que los perseguían.

Un día, Joaquín se encontró con una triste noticia cuando visitó a la manada: Eluney no lo recibió muy alegre, y le dijo que le habían disparado a su padre, y que no contentos con eso, los cazadores se lo llevaron; los guanacos no pudieron hacer nada, solo correr y escapar de los hombres que traían armas.

Fue entonces cuando Eluney, con tristeza en su corazón, tuvo que asumir el cargo de jefe de la manada.

Joaquín se sintió muy triste, ya que no pudo hacer nada para impedir la muerte del padre de Eluney, no pudo advertirles de esa cacería. Luego se enteró de que eran hombres de otro pueblo los que habían atacado a la manada.

Esta triste noticia hizo que Joaquín se convirtiera en el primer protector de la vida silvestre de Chincolco. Formó un grupo de protectores de la vida animal y de la naturaleza, educando al pueblo y a futuras generaciones, con el único objetivo de proteger a los animales en peligro de extinción.

Pasaron los años, Joaquín y Eluney envejecieron juntos, y su conexión fue tan profunda que logró dejar huella en el pueblo de Chincolco.

9 años

Petorca

Segundo lugar regional

La quebrada de la Señora

Daniel Guillermo Lobos Martínez

Hace mucho tiempo, en un pueblo llamado Putaendo, existía una hermosa pareja de humildes campesinos. Vivían en el sector del Tártaro, en una casa de campo, en medio de los cerros. Cerca de ella había una quebrada y sus pozos jamás se secaban.

La mujer tenía cabellera oscura, tez blanca, ojos color miel; todo el pueblo la quería, se llamaba Carmela. Él, un hombre alto de tez morena, su pelo oscuro, ojos que brillaban al sol, era un hombre serio; inspiraba respeto y de pocos amigos, se llamaba Facundo.

El amor de esta pareja era como de cuentos de hadas, era la pareja perfecta del pueblo, donde solo existía el amor y la pasión, hasta que un día él se fue, abandonándola por ser pobre. Este hombre anhelaba tener poder y riquezas, lo que ella jamás le podría entregar, y fue así como tramó la huida del lugar: escapó en la noche sin que nadie se diera cuenta, solo dejando un papel. Carmela inocente, no notó cambios en su amado y siguió amándolo como siempre. Al día siguiente, se levantó como de costumbre y algo extraño le sucedió: Facundo, que pasaba diariamente muy temprano por la mañana para saludarla, ese día no lo hizo. Carmela entró en su dormitorio y se dio cuenta de que en el mueble había un papel y lo tomó. Leyó la carta en la que Facundo le decía que se iba del lugar porque había encontrado un trabajo mucho mejor en la capital, y que la condición de Carmela no le era grata para la vida que él tenía en Santiago; que se olvidara de él y para siempre.

Al otro día, Carmela fue a comprar el pan al pueblo y el vendedor se negó a fiarle otra vez su compra, ya que le debía mucha plata. Después de esta humillación, se fue triste y con rabia, ya que todo el pueblo la miraba como a la pobre campesina a la que dejaron abandonada. Al cruzar la quebrada, divisó en un pozo un pequeño resplandor; luego se acordó que hacía muchos años quedó enterrada una mina después de un gran aluvión.

Pensando en recuperar a su novio, se sumergió dentro de esta poza, esperanzada en encontrar riquezas, pero permaneció atrapada y nunca más volvió a salir.

Desde ese día, todas las noches de luna llena aparece en una piedra de la quebrada, ubicada en el sector del Tártaro, en el potrero El Castillo, a la espera de su amado esposo, a quien ella aún ama intensamente. Desde este suceso, ese pozo jamás se ha vuelto a secar.

10 años
Putaendo
Tercer lugar regional

Hanga Rau, el Tangata Manu¹⁵

Martina Antonia Yáñez Avilés

Érase una vez, una isla muy lejana llamada Rapa Nui, donde hubo una competencia que se llamaba Tangata Manu. En ese tiempo, Rapa Nui se encontraba dividida en clanes. Los representantes de cada clan competían en el Tangata Manu y en uno de los clanes el participante era un niño de 12 años llamado Hanga Rau.

El niño estaba muy emocionado y nervioso. Mientras bajaba por el Kari-Kari, lugar que queda al costado de la aldea de Orongo, se empezó a sentir cansado y un poco mareado; pensó que al llegar al mar se sentiría mucho mejor, pero no fue así. Al llegar al mar se sintió mucho peor —pensó que se iba a desmayar—, pero una suave corriente lo arrastró hacia los motus¹⁶. Al llegar a los motus, el niño ya se había recuperado del mareo y del cansancio; los demás, sin preocuparse de su ausencia, seguían avanzando.

Hanga Rau, al recuperar la conciencia, vio que lo rodeaban sirenas y tritones¹⁷. Hanga Rau, sorprendido, les contó que tuvo que bajar por el Kari-Kari, nadar hacia los motus para conseguir un huevo de manutara¹⁸ y luego devolverse.

De pronto, se encontró en el punto de inicio. El niño se dio cuenta de que había ganado la competencia y así se convirtió en el nuevo Tangata Manu, todo gracias a las sirenas y tritones que lo salvaron y lo ayudaron.

12 años
Isla de Pascua
Mención honrosa

¹⁵ Tangata Manu: hombre pájaro en la mitología rapanui (nota de la autora).

¹⁶ Motu: islote en lengua rapanui (nota de la autora).

¹⁷ Tritón: ser mitológico con apariencia humana de la cintura para arriba y de pez de la cintura para abajo. Es el masculino de sirena (nota de la editora).

¹⁸ Manutara: gaviotín pascuense (nota de la autora).

Parte del río

Sofía Pascale Flores Cautre

“La cosa es que temblar nos ancla al tiempo y abre sus dimensiones con la tierra y nos deja viajar en el pasado”.

Mi familia y yo estamos emocionados por la llegada de un nuevo integrante: mi madre espera un hijo y se supone que podría nacer dentro de esta semana.

Me llamo Bruno, vivo en la ciudad de Valdivia, tengo 10 años, me gusta pescar con mi papá y jugar a la pelota con mis amigos, pero por sobre todo me gusta leer.

Hoy es 22 de mayo de 1960, y como dije, mi hermano va a llegar muy pronto. Ahora mi mamá está cocinando y mi papá está ayudándola. Sarah, mi hermana mayor, está leyendo un libro, mientras que yo estoy observando a todos a mi alrededor. Mi abuelo dice que mi imaginación es tan grande que equivale a la de cien personas adultas juntas. ¡Es extraordinario como una persona tan vieja puede ser tan sabia!

Después de hablar con el abuelo un tiempo, fui a decirle a mamá que tenía hambre, porque ya era muy tarde. Son las 15:00 horas; mi madre me dijo que fuera a comprar y volviera rápido.

Cuando terminé de comprar el pan, me dirigí a mi casa y empecé a sentir un ruido. De un momento a otro, me di cuenta de que estaba en el suelo y ya no me podía volver a poner en pie. Quería levantarme e ir con mamá, pero se me hizo imposible, sentí miedo. Mi casa está a la orilla del río y la veo de lejos, oigo señoras gritando y bebés llorando. Si Sarah estuviera conmigo, diría que mantuviera la calma y que todo esto va a pasar.

Cuando paró de sentirse el movimiento, todos salieron y empezaron a correr. Fue espantoso. Yo corrí a mi casa, pero en ese momento un hombre me tomó y empezó a correr. Mientras corríamos, vi subiendo la marea y recordé que mamá no podía caminar muy bien, y el abuelo estaba enfermo y tampoco podía caminar. Luché para que el hombre me soltara y cuando por fin me soltó estábamos muy lejos de mi hogar. Debí haberle hecho caso a Sarah y aprenderme el camino.

Cuando me entró la tristeza, vi la enorme ola que venía en camino y en medio de todos los gritos y llantos de las personas, yo me dediqué a observar. Todo estaba roto, las casas estaban caídas, los hospitales también. Una dama que me miraba con curiosidad y tristeza me preguntó si estaba solo, a lo que yo le respondí que sí; me preguntó dónde estaba mi familia, yo le dije que estaban en las casas a la orilla del río. Entonces ella me abrazó tan fuerte, que me recordó los brazos de mi madre; le dije que tenía que ayudarme, porque mi abuelo no podía caminar y mi madre con su embarazo tampoco. Ella me miró y me dijo que a veces hay que dejar ir a las personas. Yo vi las monstruosas olas que se estaban acercando rápido, y en ese momento fue cuando entendí que esas monstruosas olas se habían llevado mi casa y mi familia.

Se me escapó una lágrima y la dama me dio la mano para correr colina arriba. Recuerdos venían a mi mente: yo con mi hermana jugando a las pilladas; mi padre dándome ideas para mis cuentos; mi madre acostada en mi cama conmigo leyéndome el cuento más hermoso que podría haber escuchado; mi abuelo contándome alguna de sus historias de cuando era niño. No me di cuenta de que mis mejillas estaban húmedas.

Vi atrás, una vez, más cuando la dama me dijo que aguantara la respiración lo más que pudiera; cuando lo hice, sentí agua corriendo por todos lados, sentí cuchillos en mis piernas y brazos, sentí arañazos en la cara y el estómago; sentí que me moría.

¿Qué pude haber hecho para merecer esto? Tal vez mentí muchas veces, esa vez que oculté el libro de Sarah, pero solo fue para mi juego. Cuando me faltaba el aire, sentí una mano en mi brazo y cuando pude salir, vi a la dama mirándome con preocupación, sentí su miedo y ella el mío, y entonces me abrazó, y nos quedamos sentadas en un árbol, abrazadas. Ese tiempo que estuvimos en el árbol me preguntó mi nombre y por mi familia; yo le pregunté el suyo y me dijo que se llamaba Romina y tenía solo una hermana en otro país. Cuando por fin nos sacaron de ese horrible lugar, vi a montones de personas, algunas llorando, otras durmiendo y otras perdidas en la destrucción.

Quise buscar a mamá y me ayudaron varias personas, pero nadie sabía de ella; tampoco sabían de papá o Sarah o el abuelo. Sentí cómo la desesperación aparecía en mí. Pude haber vuelto rápido de comprar el pan; si lo hubiera hecho, ahora yo estaría con mi familia.

Cuando fui a un lugar más apartado, me percaté de que había muchas sábanas blancas un poco más allá de donde estaba. Le pregunté a Romina si me podía acompañar; ella, dudosa, aceptó. Cuando un hombre con traje raro me preguntó si estaba buscando a alguien, yo le dije cómo era mi familia. El hombre me tomó de la mano y me fue señalando a personas debajo de las sábanas, ninguna era mi madre, hasta que la vi. Parecía tan serena, tan tranquila y pacífica. Estaba pálida, sus ojos cerrados y su rostro serio.

Seguí mirando y encontré a papá; su rostro ya no emanaba esa cálida sonrisa que daba a todos los que conocía. Sentí tristeza, mi pobre hermano no había llegado a este mundo y ya se había ido.

No encontré a Sarah ni al abuelo; el hombre con traje raro me dijo que ahora son parte del río. Mientras gruesas lágrimas caían por mis mejillas, miré a Romina y ella me miró un tiempo y luego me dijo: “Sé que no hay palabra alguna que pueda mitigar o adormecer la tristeza que estás sintiendo, pero quiero que sepas que hay ocasiones en que la muerte llega trayendo paz a quien más sufre, tu familia ahora está descansando”.

Después de despedirme de mi madre, Romina me tomó de la mano y nos dirigimos a un campamento en el que unos hombres muy altos y con trajes raros nos llevaron a una carpa para descansar un poco. Noté que tenía muchas heridas y estaba muy sucio y también noté que las casas estaban destruidas, la tierra estaba abierta y todo estaba inundado.

Miré a Romina y ella me dirigió una sonrisa nostálgica y yo se la devolví. Sé que mamá estaría orgullosa de mí, papá me daría la mejor de sus sonrisas, mi abuelo me daría algún dulce y mi hermana me daría un golpe con su libro amistosamente.

Ahora, seis meses después, recuerdo todo perfectamente, como si fuera un sueño o, mejor dicho, una pesadilla. Romina también lo recuerda y ahora me estoy olvidando un poco de la cara de mamá o de la sonrisa de papá, pero lo que me consuela es que están en paz. Romina me suele decir: “El día de hoy la muerte nos ha cubierto con su manto oscuro, pero mañana la luz de la esperanza aliviará nuestra tristeza”.

12 años
Padre Hurtado
Primer lugar regional

El Chercán

Ámbar Trinidad Márquez Barker

Había un pajarito llamado Chercán que vivía en un bosque al lado de un lago. Chercán era conocido por ser muy desordenado: él siempre dejaba todo a medio terminar, porque pronto le daban ganas de comenzar a hacer algo nuevo.

Un día, Chercán vio cómo los pájaros, al comenzar a oscurecer, volvían como todos los días a sus nidos y él sintió muchas ganas de tener su propio nido donde descansar.

Entonces, trató de hacerse su nido, pero no pudo. Decidió pedir ayuda, y fue donde la señora Diuca y le dijo:

—¿Me puedes enseñar a hacer mi nido?

—Por supuesto —le dijo la señora Diuca.

Y comenzó a enseñarle, paso a paso.

—Primero debes recoger ramitas pequeñas, y luego unas un poquito más grandes —dijo la señora Diuca.

El Chercán dijo:

—¡Ya sé!, ¡ya sé!

—Bueno, si ya sabes, me voy.

Y partió confundida la señora Diuca.

El Chercán empezó a colocar las ramitas rápidamente, pero se le caían. Y decidió ir a preguntarle al señor Chincol cómo podía construir un nido.

El chincol le dijo que lo ayudaría.

—Ya tienes las ramitas, ahora necesitas saber cómo ponerlas —le dijo el Chincol.

Y siguió dando las instrucciones al ansioso Chercán.

—Ahora debes colocar tres a la derecha y tres a la izquierda, para que se vayan entrelazando... —alcanzó a decir el Chincol.

—¡Ya sé!, ¡ya sé!, ¡ya sé! —dijo el Chercán.

Y el Chincol se fue molesto.

El Chercán siguió tratando de construir su nido, pero no le resultaba. Decidió ir donde el señor Zorzal a pedirle ayuda.

—Bueno, yo te ayudaré con tu nido, pero escucha bien lo que te voy a decir —le dijo con voz fuerte el señor Zorzal.

—Ya tienes las ramitas, algunas por aquí y otras por acá. Bueno, ahora debes ponerle tres más atravesadas por este lado, por aquí también otras más, y le vas haciendo un hueco en el medio.

—¡Ya sé!, ¡ya sé!, ¡ya sé!, ¡ya sé! —dijo el Chercán.

Y de un solo vuelo se fue el señor Zorzal.

El Chercán una vez más pidió ayuda, esta vez al señor Gorrión; él no tenía mucha paciencia.

—Ya te están ayudando tanto, ¿para qué quieres mi ayuda? Está bien, te ayudaré, Chercán —dijo el señor Gorrión.

—Ahora tienes que buscar con qué pegar las ramitas, para que no se desarme tu nido —dijo el señor Gorrión. Y continuó dándole instrucciones de cómo unir las ramitas, cuando el Chercán lo interrumpió:

—¡Ya sé!, ¡ya sé! Ya me lo aprendí —dijo el Chercán.

Furioso se fue el señor Gorrión.

El Chercán intentaba una y otra vez construir su nido, pero se le desarmaba. Volvía a intentarlo una y otra vez a su manera.

Finalmente, decidió ir donde doña Loica a pedirle que le enseñe.

Ella le dijo:

—Todos te han ayudado, pero tú eres el que no presta atención, así que no te vamos a ayudar más. De aquí en adelante debes continuar solo construyendo tu nido.

—Bueno —le dijo el Chercán.

Y se armó de ganas, y con todo lo aprendido logró hacer su propio nido. Pero muy a su estilo, o sea, muy desordenado, irregular, mal pegado, ¡pero era su nido!

Un consomé para la novia

Antonia Paz Lagos Novoa

Cuando Andrés le dijo a mi madre que tendrían que postergar la boda no estaba muy feliz. Ella había estado muy emocionada haciendo los preparativos, mandando invitaciones, haciendo una dieta estricta para poder ocupar el vestido de sus sueños en el cuerpo ideal (ideal según ella, porque para mí, mi madre era guapísima, tanto como para ser modelo).

Volviendo al tema de la boda... Andrés era un hombre muy bueno y amable. Era inteligente y trabajador, *y todo un caballero*, como solía decir mi abuela. Mi madre era feliz cuando estaba con él. Incluso sonreía más que cuando estábamos las dos solas... Así que cuando me dijeron que se casarían, yo estaba muy feliz por ambos; incluso empecé a hacer un regalo para dárselos en el día especial como una sorpresa.

Entonces, claro que hizo un pequeño escándalo cuando Andrés llegó con la noticia. Mi madre estaba absolutamente indignada, la boda era en dos días más y según ella: “¡No podemos cambiar la fecha ahora!”. Pero las preguntas y quejas de mi madre se callaron cuando él le contó que su tío favorito había fallecido, y que tendrían que ir al velorio en Chillán. Después de eso, mi madre preparó una maleta para mí y para ella, y nos fuimos sin decir ni pío con Andrés, derechito a Chillán.

—Entonces... vamos, nos quedamos dos días, y nos devolvemos, ¿no es así? —preguntó ella.

—Claro... no te preocupes, mi amor, son buenas personas.

—Eso espero. La verdad, estoy nerviosa, nunca había estado en el campo antes.

—Te sorprenderás, estoy seguro de que te encantará.

—¿Podré ver caballos? —pregunté tímidamente, ya que siempre fui algo así.

—Claro que sí, Aurora; también hay patos, vacas y chanchitos allí —dijo Andrés con su sonrisa característica.

—Recuerda ser cordial con todos, no vamos de vacaciones, vamos a dar nuestras condolencias. Será un ambiente triste, pero no te preocupes, solo no seas muy ruidosa —me advirtió mi madre.

Creo que ella también estaba nerviosa, más que yo, ya que no conocía muy bien a la familia de su novio y quería dar una buena impresión. Andrés nos tranquilizó a ambas con algunas bromas y nos subimos al bus que nos llevaría al sur.

Salir de Santiago por primera vez fue algo espectacular, jamás había estado fuera de la ciudad. Y ver todos estos paisajes nuevos me hizo entender por qué mi profesor de Historia siempre decía lo afortunados que éramos en vivir en un territorio tan lleno de vida y paisajes; estaba realmente hipnotizada con todo lo que veía.

Llegamos a una casita vieja, pero bastante grande. El jardín estaba lleno de flores y decoraciones antiguas y curiosas. Mi madre me regañó diciendo que no tocara nada cuando intenté acercarme a una figurita de cera.

Andrés tocó la puerta con dos toques suaves y esperó un momento. La puerta se abrió y un señor de edad apareció; al vernos, su cara se iluminó.

—Vaya vaya, ¡Así que ella es la afortunada que se casará con mi sobrino! —dijo el señor, mirando a mi madre, y pude ver cómo ella abrió los ojos algo sorprendida con sus palabras.

—Hola, tío Pedro, ¿cómo está la tía Daniela? —preguntó Andrés, después de darle un larguísimo abrazo.
—Está triste y decaída, por supuesto; no todos los días se muere tu marido, pero pasen, ¡todos quieren conocer a la novia!

Cuando entramos, pude ver a un montón de personas, muchísimas. Y estaban conversando entre sí; algunos sostenían platos pequeños en sus manos.

Había una habitación en donde pude ver que estaba el ataúd, pude ver más personas rodeándolo y varias de ellas llorando. Andrés me contó que no eran familiares, sino que “lloronas”, es decir, mujeres que se dedicaban a llorar en los velorios para ayudar al alma del difunto, y así reemplazar a los familiares para que estos pudieran atender a la gente que venía. “Es tradición en los velorios y funerales del campo”, me dijo, y yo quedé impresionada con eso. Pero si no fuera por esa habitación, hubiera dicho que estábamos en una reunión familiar. Era un ambiente confuso, no sabía si sonreír, reír o mantener mi cara seria de tristeza. Ellos conversaban, reían y contaban anécdotas del difunto tío (y había muchas y muy buenas, jaja).

Mi madre no me dejó ir, más bien, no me soltó la mano en ningún momento; mientras tanto, todos se dirigieron a saludar a Andrés y a mi madre. Algunos me dieron pequeños golpes amistosos en la mejilla mientras decían: “Qué linda esta niña”. Andrés pasó a la sala donde estaban velando a su tío para saludar a su tía Daniela y consolarla. Mi madre quiso seguirlo para darle el pésame, pero en cambio, las tías y primas de Andrés la sentaron y empezó todo un bullicio y emoción en torno a ella.

—Miren qué pálida está la pobre, ¡TRAIGAN ALGO DE CONSOMÉ PARA LA NOVIAAAA!

—Y tuvo que cambiar su matrimonio... Pobrecita, justo se le tenía que ocurrir a Rodrigo morir ahora.

—Que no te escuche Pablo decir eso, sabes que anda sensible. Más linda la señorita, y ahora será señora cuando se case con Andresito. ¿Quiere algo de comer, *mijita*? ¿Y la niña?

—Qué linda cara tiene. Y unos ojitos preciosos, se parecen a los de la abuela Perla.

—Y tiene una hijita; qué cosita más encantadora.

—Le traeré una manta, mi niña, mire que hace frío aquí, no es como en Santiago.

—¿Dónde ESTÁ EL CONSOMÉ? ¡LA NOVIA TIENE HAMBREEEEE!

Todos estaban siendo muy amables con mi madre; no la dejaron sola en ningún momento y le traían toda clase de comidas, desde consomé hasta arroz con pollo, le ofrecían té, café, dulces y galletas. Todos estaban siendo tan hospitalarios y amables, que ella no podía ni contestar antes de que le pasaran más comida o le dijeran otro halago. En cuanto a mí, me ofrecieron dulces y galletas y me dejaron ver los animales, aunque la estrella de la noche era la prometida de Andrés... o sea, mi madre. Durante los dos días siguientes fue lo mismo: compartir, conversar y conocernos. Cuando nos devolvimos a Santiago, solo podía pensar en volver de nuevo, y mi madre estaba tan encantada que ni siquiera le importó haber roto su dieta estricta. Incluso, dejó de molestarle el hecho de que tuvieran que correr la boda.

14 años

La Florida

Tercer lugar regional

El armario

Danae Cabello Arce

Yahí estaba yo, escondida dentro de un armario; sé que quieres saber cómo llegué aquí, ¿no? Bueno, aquí va.

Todo comenzó un domingo por la mañana, eran aproximadamente las 10:00 horas, todos sentados en la mesa, con un rico desayuno en frente, sin ningún tema de conversación, un silencio enorme nos rodeaba, cada uno concentrado en sus asuntos. Mi hermano menor, Teo, es un niño con cabello castaño y ojos color avellana, de 12 años, revoltoso. Teo jugaba con el celular de mamá. Mamá es seria, alta, y al igual que Teo tiene cabello castaño, pero su mirada es... ¿cómo decirlo? Profunda. Ella comía sus tostadas, y bueno, papá estaba leyendo, como siempre; él es un hombre alegre, siempre con una sonrisa en el rostro, alto al igual que mamá, cabello rubio y ojos café; dicen que me parezco a él.

Como cada fin de semana, papá llevó a Teo a su entrenamiento de fútbol; mamá se fue a trabajar horas extras y yo... bueno, yo me quedé en casa, como siempre. Me puse a limpiar; empecé por la cocina, luego seguí con los cuartos y el baño. Todo iba bien, hasta que de pronto se escuchó un grito... Se me pusieron los pelos de punta, era un grito desesperado que pedía ayuda; cada segundo el grito se escuchaba más y más bajo. Lo ignoré; debía seguir con lo mío. No pasaron más de 10 minutos para que el grito se escuchara otra vez; esta vez se escuchaba más cerca, como si estuviéramos en la misma habitación: “¿Hola?”, dije. Como lo imaginé, nadie respondió. “¿Hay alguien?”, insistí. A lo que de nuevo nadie respondió. Seguí con mis tareas, pero ese grito se escuchaba una y otra vez, ahora en mi cuarto. Decidí ir a ver, sospeché que no habría nada. Subí calmadamente las escaleras, el grito se hacía más fuerte y yo seguía con la idea de que no encontraría nada, abrí la puerta... Lo que vi me dejó helada: estaban todas mis cosas tiradas en el piso, mis cajones abiertos... y una niña que me miraba fijamente... Esperen, ¿una niña? Pero si no vivo con ninguna niña. Ella se acercaba lentamente; a lo único que reaccioné fue a meterme en mi armario, y aquí estoy, dentro de un armario con una niña en mi cuarto; se escucha como mueve las cosas y dice:

—¡Mami!, ¡mami! Hay una niña dentro de mi armario —¿Está hablando de mí? Pero si yo vivo aquí.

—Veamos, hija —escucho decir; parecía la voz de mi madre.

¿Hija? Pero si yo no tengo hermanas.

—Sí y se parece a mi hermana —dice la niña.

—¿Otra vez? Hija, entiende: tu hermana ya murió hace varios años —dijo...

Esperen, ¿en qué año estamos?

13 años
Litueche
Primer lugar regional

Me ha contado mi abuelita Albertina

Isaías Genaro Murillo Sánchez

Me lo contó mi abuelita en cuarentena, mientras yo dibujaba. Era una familia de siete integrantes: don Juan y la señora Mariluz y sus cinco hijas; ellas vivían a la orilla del río, donde la señora lavaba la ropa en una canasta de mimbre. Su esposo trabajaba en la mina. Venía cada tres meses a su hogar a preparar la tierra para la cosecha de temporada, y las niñas recolectaban las frutas y los vegetales.

Una tarde de lluvia torrencial, alrededor de la chimenea tomaban mate con leche caliente y tortilla de rescoldo, de la cual salía el olor a ceniza.

En las noches se reunían junto al brasero para pasar el frío y contaban historias sobre las pestes que habían vivido durante su niñez, como el sarampión, que había matado a muchos niños en estos lugares, y que los enterraban en fosas comunes para que no contagiaran a la familia. Mi abuelita me dice que antes era muy terrible, porque no había doctores ni ventiladores que ayudaran a los enfermos; además, no podían hacer cuarentena, porque había que salir a trabajar; si no se salía, la gente no tenía nada para comer.

Y siguiendo con el cuento, esta familia también tenía cerdos, caballos, cabras, gallinas, patos, pavos, conejos, un gato llamado Manchas y el perro Bobby, el cual ayudaba con el ganado ovino y caprino de los cuales obtenían la carne y el queso fresco. La niña Margarita cosía y tejía en el telar de la abuela; Jazmín trabajaba con su madre en la huerta recogiendo vegetales; Clementina se internaba en el cerro buscando las cabras, porque no le gustaban los quehaceres de la casa; Flor cocinaba en el fogón polenta con pavo y porotos con rienda, la alimentación de la familia; Rocío pasaba dentro de la casa, ya que no le llamaba la atención ver a nadie, era muy tímida, pero por las noches se bañaba en el río bajo la luna.

Don Juan cada vez iba menos a casa; la señora y sus hijas lo extrañaban; ellas no sabían qué pasaba con el hombre, pero él tenía otro hogar que mantener. Cuando su amante se enteró que él tenía familia, se enfadó mucho y les echó una maldición: que las tierras no dieran cultivos y los animales se murieran. Esto, porque ella no podía tener hijos, solo tenía un gato y un perro.

Don Juan se dio cuenta de que su familia estaba sufriendo mucho y le pidió perdón a su esposa; le prometió que no volvería a ver a su amante.

Estando en la mina, un día don Juan sintió un estruendo tan grande que parecía terremoto; la mina se había derrumbado. Se dice que él quedó enterrado y se escucha su voz cuando llama a su amada esposa. Cuenta la leyenda que la amante con un hechizo cerró la mina por despecho.

Y colorín colorado, este cuento ha terminado.

11 años
Las Cabras

Segundo lugar regional

La noche de San Juan

Álvaro Joaquín Arriagada Suazo

Me cuenta mi abuelita, que antes los jóvenes tenían otro tipo de entretención: hacer pruebas la noche anterior a San Juan (24 de junio). Una de ellas era ir a ver florecer la higuera a las doce de la noche, porque decían que su flor era de oro. Y tenían que ir con un lavatorio con agua y un espejo.

También tiraban tres papas debajo de la cama: una pelada una media pelada y una sin pelar; si les salía la pelada, era porque durante el año no iban a tener plata; si les salía la a medio pelar, era porque durante el año iban a pasar con el bolsillo *a medio morir saltando*, y si les salía la peluda, era porque durante el año iban a tener mucho dinero.

También las jovencitas que estaban solteras colocaban papelitos con el nombre de las personas que les gustaban debajo de los cojines, y al otro día al levantarse, sacaban un papelito y ese sería el pololo o polola que iban a tener durante el año.

Me cuenta también mi abuelita que si lograban ver la flor de la higuera, se convertían en millonarios y nunca más sufrían pobreza. Y eso rara vez pasaba, porque no se sabe realmente si en verdad la higuera florece en la noche de San Juan.

8 años

Las Cabras

Tercer lugar regional

Un árbol único y milagroso

Konstanza Antonella Montecinos González

La profesora nos dio la tarea de buscar historias antiguas para un taller de letras. Un día nos visitó mi abuelita y le pregunté si me podía ayudar en mi actividad. Ella, muy entusiasmada, me dijo que feliz me ayudaría a cumplir con mis deberes escolares y de paso, a conocer más sobre el lugar en el que vivo.

Mi abuelita me contaba que hace muchos años atrás, cuando los avances tecnológicos solo los veíamos en las películas de ciencia ficción, llegó una familia de vacaciones a nuestra comunidad llamada Vilches Alto. En ese entonces, el camino era completamente de tierra, con ese polvo que le llaman trumao; el río Lircay traía más agua y mucho más cristalina, hasta bajaban los pumas y zorros de vez en cuando a sorprender tanto a lugareños como a los turistas.

Es así como siempre escuché la historia que mi abuela le contaba a mi mamá sobre una grutita que estaba próxima a la casa. Ahora era mi oportunidad de saber bien de qué se trataba esta hermosa Virgen al interior de un viejo árbol ahuecado, específicamente un coigüe, en medio del bosque rodeado del ruido del río y del cantar de los pajaritos, colmado de paz y tranquilidad.

Pues bien, a mi abuelita a veces le cuesta retomar la idea, pero me gusta que me cuente cómo era este lugar antes. Es así como según su relato, un verano llegó una familia de vacaciones a nuestra comunidad, y una tarde, en un descuido de los padres, una pequeña niña de cinco años se perdió en el bosque. Familiares, amigos y lugareños la salieron a buscar, pero sin ninguna suerte. Pasaron los días y no la encontraron. Al séptimo día, cuando ya las esperanzas de hallarla sana y salva eran pocas, la encontraron acurrucada y cubierta con un manto celeste al interior del viejo árbol. La pequeña niña cuenta que una bella mujer la acurrucó y la cuidó durante esa semana. Todas las personas que estaban apoyando en la búsqueda de la niña quedaron asombradas, pues varias veces pasaron por el lado de ese sagrado árbol, ignorando que al interior albergaba a la pequeña niña.

En honor a la experiencia mágica vivida, los padres de la menor colocaron réplicas de virgencitas de yeso, y hasta hoy los turistas las visitan y les colocan cruces de madera, recordando el rescate único vivido por esta singular familia.

12 años
San Clemente
Segundo lugar regional

La extraña suerte de un campesino

Valentina Estrella Gajardo López

Un día fui a visitar a mi abuelita al sector del Manzanito, perteneciente a la localidad de Vilches Alto, y me invitó cariñosamente a tomar unos mates mientras me contaba una de sus muchas y entretenidas historias. No me quiso revelar nombres, porque no quería comprometer a nadie, pues este debía ser un secreto, ya que le había ocurrido a unas personas muy cercanas.

Mi abuelita cuenta que hace mucho tiempo atrás, había un caballero del lugar, que era medianamente joven, tenía una vida más bien solitaria en el campo y se dedicaba a tiempo completo a arrear animales. Un día iba pasando por unos terrenos hermosos y divisó que cerca de él había una valla de la que salía humo, y se observaba fuego también. Tanta fue la curiosidad de este hombre, que decidió ir directamente al lugar para ver de qué se trataba. Fue entonces cuando se encontró con una culebra de mediana longitud y de color plomizo, que estaba entrelazada al palo que estaba ardiendo. En este escenario, el caballero decidió ir en busca de una rama delgada y verde para salvar la vida de tal reptil. Ante este acto de rescate, la culebra se enrolló al cuello de su salvador y luego le dijo:

—No te asustes, buen hombre, tú me salvaste la vida y por eso estaré eternamente agradecida. Ahora, como retribución, te llevaré donde la reina de las culebras para que le pidas lo que tú quieras por salvar mi vida.

Entonces, el hombre partió con su nueva amiga al lugar donde vivían las culebras. Mientras iban en el trayecto, el hombre fue advertido que las hermanas culebras se lo querrían comer, pero ella se encargaría de difundir que le había salvado de quemarse viva en aquel cerco.

Fue así cómo la culebra reina se enteró con lujo de detalles sobre cómo el hombre había rescatado a la culebra de quemarse viva. Por lo tanto, el deseo que pidió el hombre le fue concedido, con la única condición de mantener el secreto muy bien guardado. El deseo era algo que siempre se le pasaba por la cabeza: entender la comunicación de los animales. La culebra reina le advirtió que el día en que el hombre contara ese don, moriría.

Luego, el hombre se fue con la convicción de que iba a entender muchas cosas sobre los animales que antes ignoraba. De esta manera, al salir de la casa de las culebras, antes de montar, puso especial atención en dos pajaritos que decían: “Si supiera este hombre que aquí hay un entierro, sería el hombre más rico del mundo”.

El caballero, al escuchar esto en su mente, dejó una marca con una estaca, y volvió en la noche a ese lugar. Sacó el entierro y se convirtió en un hombre muy acaudalado; la suerte le estaba sonriendo. Tal fue su éxito, que le llovían las pretendientes. Finalmente, escogió a una buena mujer y se casó con ella.

Con su esposa vivieron años felices. Él logró guardar su secreto muy bien hasta entonces. Un día, el matrimonio estaba paseando por la parcela; él montó la yegua y la esposa, la potranca; relinchaba la yegua, la potranca le contestaba y el caballero se reía. Ante esta situación, la mujer quiso saber qué le causaba la risa. Tanta fue la insistencia de la esposa, que le tuvo que revelar su gran secreto guardado por años.

Pues bien, el esposo le contó sobre su don y que en este caso la yegua le había dicho a la potranca que la esperara, pues ella era más vieja y achacosa, y se cansaba con rapidez.

Luego del paseo, repentinamente, el hombre se sintió mal y se puso muy enfermo; pasaban los días y ya no se levantaba de la cama. Tanto así, que empezó a agonizar. La esposa, muy triste, no entendía cómo le había cambiado tanto la vida de la noche a la mañana.

Mientras tanto, el perro estaba en el pasillo principal de la casa y no paraba de llorar. El gallo le preguntó al perro sobre sus gemidos. Ante esto, el perro le respondió que su amo se estaba muriendo, y que fue por revelar el secreto a su esposa, ante su insistencia. De esta manera, el gallo a modo de consejo, le dijo al afligido perro que le dijera a su amo que haga como él les hace a las gallinas: sacarles la cresta. Incluso, el ave le hizo una demostración: llamó a las gallinas y les empezó a picar la cabeza. El perro le ladraba al amo para comunicarle el extraño consejo que le dio el gallo: tenía que llamar a su esposa para golpearla por insistir en que le contara su don.

De esta manera, el hombre le dijo a su esposa que le buscara un lazo en el rancho, y que cuando se lo trajera, cerrara bien la puerta por dentro y con llave. La mujer, un poco extrañada, obedientemente le pasó el lazo a su esposo, y este le sacó la cresta.

Después de tamaña golpiza, el hombre milagrosamente recuperó poco a poco su salud. Pero perdió el don, y a su esposa, como un castigo divino por agredirla.

La mujer nunca había hecho otra cosa que atenderlo bien y cumplir los roles de dueña de casa que imperaban en el mundo rural.

Una vez que mi abuelita tomó el último sorbo de su mate, yo quedé enmudecida por la extraña historia que me acababa de relatar. Ella, como adivinando mi pensamiento, hizo una pausa y me dijo que antiguamente las mujeres eran muy golpeadas por cualquier motivo, por lo tanto, esa situación era pan de cada día.

Finalmente, mi abuelita me dijo que esta historia debería ser un secreto, pero ha hecho una excepción esta vez, ya que nadie hasta hoy la conocía.

MIS OJOS LO VIERON

Julissa Roa González

Padme y Apolo se encontraban listos para realizar sus labores en el huerto de su abuela. Últimamente, el tiempo ha estado cambiando demasiado, así como los sonidos del campo. En una tarde de esas extrañas se comenzó a escuchar un ruido bastante peculiar que alertó a todos los vecinos. Ya en la casa, la abuela cerró muy bien la puerta y le dijo a sus nietos:

—Deben tener cuidado, mis niños, el Tue Tue volaba cerca, debemos tirar sal en la puerta y...

—Abuela, esas cosas no son más que mentiras, no les lave la cabeza con eso —respondió Apolo.

—¿Qué es el Tue Tue? —preguntó la menor con una mirada de confusión.

—Shhhh, no digas su nombre en voz alta —dijo la abuela—. Son brujos capaces de convertirse en pájaros horribles; ellos escuchan todo lo que decimos.

—Ya... ¡nada más! Eso no existe —repitió Apolo.

Pero en lo profundo de su corazón, Apolo temía, pero no quería asustar a su hermana; apenas cerraba los ojos venían imágenes aterradoras a su mente. A las ocho de la mañana no había desayuno ni fuego en la cocina; los nietos confusos fueron al cuarto de la abuela sin imaginar que encontrarían su cuerpo sin vida y con una expresión de horror...

Afuera, el viento se había vuelto más violento y todos los árboles alrededor parecían inestables y a punto de caer. Apolo se encontraba estupefacto, aún no podía creer la horrible escena que tenía ante sus ojos. Corrió a la cocina de la casa y llamó a la policía. Padme no dejaba de llorar. Después de unas horas, la policía abandonó el lugar con la promesa de que mandarían una patrulla a quedarse fuera de la casa, lo cual nunca ocurrió.

Unos fuertes golpes en la puerta principal los despertó; les pareció demasiado extraño, ya que la gente no acostumbra llamar así. El mayor de los hermanos se acercó con cierta desconfianza; frente a él había un hombre un poco más alto que él, iba vestido todo de negro y tenía una tez bastante blanca.

—Ayer su abuela me llamó —dijo el hombre con una voz grave.

—¡Vete! —dijo Apolo, y lo amenazó con un palo.

—¡Fuera! —dijo Padme, tirándole un balde agua.

El hombre empapado desapareció dejando un olor a azufre. Los hermanos cerraron rápidamente la puerta, pero se olvidaron del último consejo que les dio su abuela.

La noche estaba espantosa, hacía un frío increíble y la neblina había caído sobre el lugar. En la ventana, una sombra adquirió sonidos: “tue tue, tue tue, tue tue”, repitió constantemente y comenzó a volar por alrededor de la casa, mientras seguía emitiendo ese ruido insoportable. De pronto, el sonido dejó de escucharse, la puerta principal de la casa se vino abajo con un fuerte ruido y apareció el mismo hombre de la noche anterior, pero ahora se veía más aterrador que antes. Sin perder más tiempo, este se acercó a la menor rápidamente y le dio una cachetada que resonó por toda la casa y la tiró al suelo. Padme soltó un quejido adolorido y como pudo, comenzó a arrastrarse lejos del monstruo, pero este fue más rápido y la sujetó de las piernas, tirando con fuerza hacia la pared el pequeño cuerpo. El hombre comenzó a acercarse a Apolo, pero Padme se levantó con todas sus fuerzas y se subió en su espalda. Comenzaron a forcejear entre ellos hasta que la niña se bajó de un salto y salió de la casa, corrió por todo el campo mientras gritaba, esperando a que alguien la escuchara y saliera a ayudarla, pero no sucedió, así que siguió corriendo, mientras era perseguida por la criatura en cuerpo de hombre, que luego se convirtió en un pájaro,

—¡Padme, corre! —gritó Apolo.

Pero era demasiado tarde, el pájaro conocido como Tue Tue, la empujó por la quebrada. El pájaro desapareció como el humo, dejando su cuerpo como cruel advertencia. La leyenda era real, él existía y los ojos de Padme lo habían visto.

14 años
Chillán

Primer lugar regional

El agua de la vida

Yorch Isaías Montenegro Navarrete

Había una vez, en una lejana y apartada isla al sur de Chile llamada Chuit, una familia muy apegada a las tradiciones de su pueblo. Ana, la mayor de las hijas de la familia, era muy bella, noble, cariñosa y bondadosa.

Sus padres, ya avanzados en edad, no podían hacerse cargo del campo que por tantos años les dio su única fuente de ingreso; era Ana junto a sus pequeñas tres hermanas quienes ahora tendrían que cultivar y cosechar sus tierras para mantener la vida de campo que tanto aman, y así poder asegurar su abastecimiento por un año hasta la nueva cosecha.

Un día muy lluvioso, al recorrer el campo, Ana divisó a lo lejos un arbusto de hojas resplandecientes, algo nunca antes visto por sus ojos. Maravillada ante tal resplandor, decidió acercarse y averiguar de dónde había crecido tal hermosura. Al llegar a su lado, pudo observar que desde sus raíces fluían aguas puras y cristalinas, las cuales se extendían a lo largo de todo su campo. La joven no imaginaba siquiera que estaba ante un descubrimiento tan increíble como las leyendas que alguna vez escuchó de su padre. Conmocionada, pero muy preocupada por su padre que estaba en casa muy enfermo, decidió dejar el lugar que ante sus ojos parecía una aparición mágica, solo deseando que la lluvia cesara rápido para poder llevar a su familia a ver el arbusto mágico.

Al llegar a casa contó lo sucedido a sus padres y vecinos, quienes incrédulos planearon ir al lugar al día siguiente para ver el descubrimiento de Ana. Al caer la noche, la muchacha en sus sueños volvió a divisar el arbusto tal como si estuviera en un encantamiento, pero la preocupación por sus padres ya ancianos, junto con el riesgo de perder su cosecha por el mal clima que afectaba a la zona, no la dejaron conciliar el sueño y descansar.

Al día siguiente, tras un nuevo amanecer en el cual la noche daba paso a un día hermoso, con un sol rozagante, Ana atendió como cada mañana a sus padres y emprendieron rumbo al sembradío de trigo junto a los vecinos.

Grande fue su sorpresa al llegar y buscar incansablemente el arbusto, sin lograr encontrar ni un mínimo indicio de que alguna vez hubiese existido. Sus vecinos, al creer que todo era un vil engaño de Ana, la insultaron y también maldijeron su sembradío.

Con el paso de los meses, todos se olvidaron del supuesto engaño de Ana. La salud del padre de Ana empeoraba. A pesar de que llovió por largos días, la producción de trigo se encontraba lista para ser cosechada.

Llegó por fin el tan esperado día para la familia, era un acontecimiento importante, porque de ello dependía el bienestar familiar. Todos sus amigos acudieron a ayudar a la familia donde Ana se llevaba la mayor parte del trabajo. Les tocó un día hermoso, tenía mucha ayuda y sus padres la acompañaban...

¡Nada podría salir mal!

De pronto e inesperadamente, el cielo se tornó oscuro y comenzó a llover con gran intensidad. La decepción se apoderó de todos; allí se inundaban todas sus posibilidades de subsistir por todo un año. El padre, ante tal desesperación, cayó infartado al suelo. Ana, sus hermanas, madre y amigos esperaban un milagro del cielo que salvara al padre y su cosecha. Fue en ese momento cuando ocurrió un hecho totalmente increíble: comenzó a emerger del suelo aquel arbusto mágico y sus aguas puras y cristalinas bañaron sus tierras encharcadas de lodo. Ana, en su desesperación tomó aquella agua y la vertió en los labios de Juan, su padre, quien revivió... Como un milagro divino, el cielo se despejó y todos pudieron terminar la cosecha exitosamente.

Así fue como todos pudieron ver y descubrir que el arbusto mágico sí existe, aparece en aquellos días de lluvia torrencial, sana a sus campesinos enfermos y asegura el éxito de la cosecha para luego desaparecer entre los campos.

13 años

San Nicolás

Segundo lugar regional

Las historias de mi abuelo

Emilia Constanza Chamorro Sepúlveda

A mi abuelo le gustaba contar historias de terror que le sucedían en su trabajo; aquí paso a relatar algunas...

Contaba mi abuelo que una noche iba camino a su trabajo que quedaba en un sector del campo lleno de árboles, y para llegar tenía que caminar mucho, pero él siempre llevaba consigo audífonos para hacer su caminata algo más corta y así no escuchar las “cosas raras” que frecuentemente se le aparecían... Una de esas rarezas sucedió una noche de agosto. Mientras él caminaba se dio cuenta de que al lado suyo lo acompañaba una sombra, la cual, de forma inesperada, se le presentó frente a él en forma de un perro negro, con los dientes de oro y los ojos rojos. Era un animal de porte enorme. Decía mi abuelo que cuando lo vio, se alejó lentamente en un principio, luego se echó a correr y a correr con un miedo que nunca antes había vivido y que no le gustaría volver a sentir.

Otra de sus historias ocurrió un día en su trabajo, caminando de pabellón en pabellón... Su misión era regular la temperatura del ambiente y el suelo estaba lleno de chanchitos; era un día tranquilo, pero de repente divisó a su mejor amigo y compañero de trabajo quien giró a mirarlo... Se extrañó de verlo allí, porque era su día libre y corrió hacia él, pensando que podía haber ido por un caso especial. Fue grande su sorpresa cuando al acercarse al lugar no había nadie... quedó impactado. Con los días se convenció de que todo lo sucedido sería otro caso sin explicación.

En otra ocasión, la historia pasó cuando iba de regreso a su casa y divisó una construcción no terminada y muy vieja, que tenía unos cimientos enormes. Algo inexplicable lo hizo acercarse al lugar, y una vez adentro se empezó a levantar mucho viento. A mi abuelito se le puso la piel de gallina y en un dos por tres, un tipo de remolino se formó frente a él, quedando la imagen de un hombre vestido de negro, muy alto y con un sombrero de copa antiguo, que se desvaneció en segundos frente a sus ojos.

La última historia que contaré le pasó a mi abuelita y a mi abuelito. Una noche tenían que ir a una fiesta del trabajo; a mi abuelita no le gustaba mucho ir, por las cosas que vivía mi abuelo, pero decidió acompañarlo igual. Estaban en camino cuando de repente apareció una persona al lado de ellos. Mi abuelita me contó que solamente aceleraron el paso sin mirar atrás... hasta que llegaron al trabajo de mi abuelo. Una vez ahí contaron lo sucedido y todos quienes escucharon la historia se quedaron helados de miedo. Luego, les contaron que ya hace mucho tiempo, en ese mismo lugar del camino, sucedió un asesinato que nunca tuvo explicación. Mi abuela me contó que desde que escuchó la historia, nunca más volvió a ir a una fiesta con mi abuelo.

Bueno, podría estar mucho rato contando historias llenas de suspenso y emociones, recordando lo que sentía cada vez que mi abuelito me las contaba. Ahora lo extraño y me gustaría tenerlo aquí, para que me narrara más historias como solo él las sabía contar. Este hombre especial me dejó una gran

enseñanza: ser valiente y responsable en todo lo que me proponga en la vida, ya que mi abuelito, a pesar de todas las “cosas raras” que vivió, nunca dejó de ir a su trabajo, ni menos faltar...

En nombre de mi adorado y querido abuelito, HÉCTOR RAÚL SEPÚLVEDA CARRASCO.

12 años
San Nicolás
Tercer lugar regional

Obsesión carmesi

Eduardo Enrique Cea Garrido

Se dice que en el campo chileno, en Vegas Blancas, un sector rural a los pies de la cordillera de Nahuelbuta, habita un hombre que es conocido en el lugar. Es un alcohólico empedernido, no hay fiesta a la que no asista; un fanático del vino tinto y su dulce sabor.

Este hombre no desperdicia ni una gota de vino en una copa, bebe directo de la caja o de la garrafa, y si observa algún concho en algún vaso sin terminar, se lo bebe sin rechistar. Esto le ha hecho ganarse el apodo de Concho Vino.

Todos lo conocen por tener un aspecto descuidado; su vestimenta consistía en un sombrero de huaso negro desteñido y deshilachado, una manta de castilla al tono de su sombrero y unas ojotas.

Era un hombre de baja estatura, de piel morena y un bigote desaseado.

Una noche, en una fiesta llamada Cantar Campesino, la cual dura hasta que las velas no ardan, se encontraba presente Concho Vino, bailando entre la multitud mientras un grupo cantaba en vivo. Participó en varias carreras de caballos las cuales ganó, pero en vez de irse a casa, gastó todo en la parranda. Sus amigos le advirtieron que no gastara ni bebiera tanto, y menos que fuera a casa solo en aquel estado. Pero Concho Vino, terco y bien entonado, se negó y montó su caballo y se fue remolineando, creyéndose el más diablo. Era una noche oscura de esas en que no se ven ni las manos, no se veía nada, y él iba borracho, por lo que, en un descuido, cayó del caballo. Por un momento pensó haber caído al suelo, pero notó que aún no había tocado el piso, solo una piedra enterrada en la espalda al final del barranco lo hizo darse cuenta. En esa oscura noche, Concho Vino encontró su muerte en aquel barranco...

Desde entonces se rumorea que Concho Vino pena en los lugares cercanos en donde se realizan fiestas. La música, el ruido, las risas, las carreras y juegos llamaban mucho su atención, pero lo que más le atraía era el vino...

Es tarde, el ánimo de Concho Vino deambula por los campos de Nahuelbuta.

Mientras camina, escucha un ruido, son fuertes risotadas y música, se acerca a observar qué sucede...

Es gente reunida en una cancha, hacen carreras de caballos y bailan al ritmo de la música.

Concho Vino está a punto de irse, cuando observa una especie de licor rojo... Este era parecido a la sangre, lo cual llama su atención; solo lo mira y sonríe, sabe que esta es su oportunidad, conoce los efectos de aquella bebida mejor que nadie y que los puede aprovechar para poder saciar su insaciable obsesión.

Solo espera e intenta encontrar a la víctima perfecta...

Unos momentos después la encuentra: un hombre de mediana estatura, algo delgado y pasado de copas rondaba por aquel lugar. Se encontraba acompañado, mas ninguno de sus amigos estaba en condiciones óptimas para manejar...

Era solo cosa de tiempo para atacar.

Alrededor de las tres de la madrugada termina la fiesta... Aquel hombre desconocía que su verdugo lo acechaba...

Todos suben a una camioneta, están todos curados como tagua, pero deciden manejar de todas maneras. Concho Vino sonrío...

Encienden el vehículo y salen de aquella cancha para dirigirse a sus hogares. Deciden poner algo de música para amenizar aquel viaje. La música es ensordecedora, parece escucharse por todo el lugar.

Ellos cantan y celebran, esto hace que no se percaten de un pequeño detalle...

Un barranco frente a ellos, su destino estaba sellado. Concho Vino se cruza frente a la camioneta, el conductor solo ve una sombra que lo desvía al barranco, 10 metros de caída...

Nadie sobrevivió...

Concho Vino va a recolectar lo que le pertenece. Cuando llega, encuentra una escena indescriptible... Sangre por todos lados. Saca una pequeña copa y se sirve algo de esta sangre para luego darle un sorbo y disfrutar esos grados de alcohol.

Concho Vino logró su cometido, sació su obsesión carmesí...

14 años
Concepción
Primer lugar regional

El lugar que todos necesitamos

Antonieta Emilia Cid López

Mari, mari. Mi nombre es Antonieta. Mi tata heredó un poco de tierra en un sector a las afueras de la ciudad; lo llamamos “Campo FLA”. Fue difícil llegar a un acuerdo con el nombre, pero como ciudadanos civilizados que somos, una votación fue la mejor forma de decidirlo, es un nombre compuesto de: Fernando (mi hermano), Luciana (mi prima) y yo (creo que no necesito repetir mi nombre). ¡Y SOY LA MÁS GRANDE... A PESAR DE SER LA ÚLTIMA EN EL NOMBRE! Pero es la mejor combinación para ser prácticos en el bautizo del hermoso paraje que ya cuenta con árboles frutales, que aún no dan fruta por lo pequeños que son.

FLA tiene todo lo que te imaginas... Habitación, cocina, aunque mi prima la llamó “la casa del cerdito del medio”, por lo mal construida que le quedó a mi tío y por ser de madera. Igual sirve, porque no llueve y tampoco se la llevará ningún huracán ni tornado. Piscina, aunque plástica, eso no limita mis habilidades en el nado; ¡lo pasamos genial! Un huerto de papas, porotos, tomates y sandías; es un trabajo de mucho esfuerzo de mi tata y mi linda tía Vero, ella plantó cebollas. Hoy lloramos por eso, no por las cebollas, sino porque ella se enfermó y Dios quiere que siembre y le prepare cosas ricas allá en el cielo.

¡No olvidemos las motos! Y la fascinación de mi hermano chico (son solo dos cuatrimotos).

Pero faltaba algo esencial, algo que todo el mundo necesita: el baño. A mi corta edad, nunca pensé que esas cuatro paredes fueran tan importantes y funcionales para el normal desarrollo de la vida doméstica.

Es normal que un campo empiece sin un baño. Pero tarde o temprano tendrá que haber un retrete para hacer tus necesidades y algo no menos importante en estos tiempos: ¡un lavamanos!

Era la hora. “Ya me cansé”, les dije una calurosa tarde de verano a mi hermano y a mi prima. “¡Construiremos un baño en el campo FLA!”, continué. Tomamos tres palos para hacer carteles y con una escuálida pala cavamos unos hoyos para... (creo que la mayoría ya sabe para qué) entre los boldos y zarzamora, alejado del resto. Lo malo es que los perros de campo siempre te siguen a todos lados. Lo que a veces es bueno, pero en esta ocasión no lo es.

Fernando inventó un sofisticado objeto para poner *confort* y la Lu me ayudó a colocar los carteles pintados con el carbón que quedó del asado. ¡Y listo! ¡Hasta terminamos en un día! Le dije a mi tata: “¡Tú que tanto te demoras en algo tan importante para toda la humanidad!”.

Mi tata movió la cabeza con tristeza y con su mente en el nuevo desafío propuesto de realizar la versión mejorada del “lugar que todos necesitamos 2.0”. Un mes después de la inauguración, mi tata dijo que crearán otro baño... ¡Un mes después! Qué larga la espera.

10 años
Los Ángeles
Segundo lugar regional

La vida campesina de mi abuela y mi padre

Samary Abello Carinao

Mi padre, cuando era niño, no usaba zapatos, iba al colegio a pies descalzos. Él caminaba cerros, caminos agrestes; a veces llevaba una carreta para ir a trabajar y estudiar. Él se levantaba a las cinco de la mañana para irse a trabajar y por las tardes mi abuela lo esperaba con comida sencilla, pero deliciosa. Antes de ir a dormir, él tenía que encerrar a los animales. Los fines de semana estaba lleno de otras tareas domésticas, como, por ejemplo, picar leña para la casa y otro tanto era para vender. Por su parte, mi abuela ordeñaba las vacas, hacía un rico queso mantecoso. Hacía dulces, queques y otras cosas que eran deliciosas; cuando ella estaba en su cocina, no le gustaba que nadie estuviera rondándola, porque tenía sus supersticiones: que posiblemente el queque no subiría, que se cortaría la leche; por lo tanto, su cocina no era territorio para merodear.

Ella, aparte de cocinar, plantaba sus semillas en un gigantesco invernadero, el que le proporcionaba las verduras frescas para el consumo familiar. Su hogar estaba rodeado de cerros, era un lugar apartado. Mi padre asegura que sus patios eran visitados por leones, por lo tanto, los corrales y gallineros eran víctimas de estos depredadores que se comían sus pollos, chanchos y algunas vacas. Aunque era lamentable lo que ocasionalmente ocurría, ella seguía criando sus animales. Tenía en su invernadero frambuesas, porotos, tomates y una de las flores que a mí me encanta mucho: la flor del pensamiento. Me maravillaban sus colores, los pétalos de seda; mi mami (abuela) tiene muchos aún. Era de esas madres hogareñas a las que les encantaba cocinar, plantar flores y verduras, hacer dulces, entretenerse haciendo bordados hermosos, y lo que la hacía sentirse más dichosa, era hacer feliz a su familia. Bueno, mi hermana y yo aprendimos un poco de ella. Mi padre, hasta el día de hoy, sigue recordando sus largas caminatas, de lo temprano que se tuvo que enfrentar con las obligaciones laborales, de las privaciones que tuvo que sufrir: comenzó a trabajar a los ocho años. Mi abuelo era malo con su pequeño hijo. Es casi para no creer, pero así eran las realidades antes. Mi papá no conoció los zapatos de fábrica sino hasta muy adulto. Él y sus vecinitos usaban unas botas de rueda de tractor, porque en ese tiempo no había zapatos. Para recorrer rápido los cerros del lugar, se fabricaban catangos: una especie de carrito de madera que les permitía avanzar y hacer carreras con sus amigos. Siendo adulto, nos compartió sus juegos de infancia y nos fabricó un catango; nosotras, inexpertas en la conducción, varias veces caímos a los brazos de pastizales y zarzas; era muy divertido, pero igual peligroso.

La vida campesina ha sido testigo de los esfuerzos de la gente para superar las inclemencias, la búsqueda del buen vivir.

11 años
Padre Las Casas
Primer lugar regional

Huitranalhue en mi región

Pedro Felipe Milla Marcos

Esta historia me la contó mi bisabuelo, el cual dice que por los caminos de tierra de Lolén Alto vaga una criatura de la noche llamada Huitranalhue. Dice que es puro hueso y lleva puesta una capa de piel de sus víctimas. Mi bisabuelo cuenta que en uno de sus viajes se encontró con este ser, y que afortunadamente logró vivir para contarlo. Dice que iba viajando por un ancho camino de tierra montado en su caballo junto a su amigo Juan; iban algo borrachos, ya que habían asistido a la fiesta de uno de sus vecinos, y me dijo que cuando iban a mitad de camino para llegar a sus casas, los caballos se pusieron nerviosos así que saltaron y partieron galopando, y mi bisabuelo y su amigo se cayeron. Asustados, empezaron a caminar hasta que distinguieron una figura entre la niebla; pensaron en pedir ayuda, pero cuando la niebla se fue y gracias a la luz de la luna, lograron ver que esa figura estaba hecha de huesos y estaba quitándole la piel a una persona desafortunada que horas antes había hecho desaparecer. Fue la misma noche, y la neblina un factor importante para que este ser realizara su cacería.

10 años

Freire

Segundo lugar regional

La plantita regalona

Bernardo Alonso Catrilaf Antilef

Había una vez una plantita regalona de jardín. Ella era más atendida que las demás plantas, las cuales crecían rápido a pesar de no tener tantas atenciones como la plantita regalona. Pasaban los años y la plantita regalona no crecía, porque estaba mal acostumbrada, y las demás plantas le decían:

—¿Por qué no quieres crecer?, ¿acaso estás enferma?

A lo que ella respondió:

—No, no estoy enferma, solo que no quiero perder estas garantías, las cuales me gustan mucho.

Las demás plantas no respondían; sabían que si no crecía en un par de años, nunca lo haría, ya que no tendría fuerzas para ello.

Un día, la planta notó que se estaban tardando en atenderla, lo cual la puso pensativa. Pasaron varios días y notó que pasó una persona desconocida, y oyó decir: “Bienvenido a su nueva casa”. Ella quedó sorprendida, porque era tan chica que no la podían ver. Intentaba crecer, captaba la luz del sol, tomaba agua y nutrientes, pero ya no podía crecer por su edad. Las demás plantas le dijeron:

—Eso te pasó por ser muy mal acostumbrada, ahora corres el riesgo de que te pisen por tu enanez. Nosotras crecimos y ahora estamos grandes, y al menos nos podrán ver y vender en el caso de que no le gusten las plantas al nuevo dueño de la tierra.

Pasaron meses e iba quedando sola; solo quedaba ella, una ruda, un rudón, un daphne, una lavanda y un laurel rosa. Cada vez que pasaba una persona, la pisaban, por lo que estaba muriendo. Ella se arrepentía tanto por eso, pero se dijo: “Daré a luz a un hijo para que mi especie no se pierda y lo protegeré con mi vida, y le daré consejos para que no sea como yo, y así le enseñe a sus hijos”.

Su plantita creció fuerte. Ella murió después de varios meses de haber cuidado a su hijo, el cual se multiplicó por decenas de su género, siempre recordando la enseñanza de su hermosa madre.

13 años
Loncoche
Tercer lugar regional

Infancia feliz

María Jesús Abarzúa Poblete

Mi abuela me contó que su padre, cuando era pequeño, vivía en el campo en el sector de Malalhue, Contrabajo. En esos años, que era a principios del siglo XX, las familias estaban distantes unas de otras por kilómetros de distancia. Y como el padre de mi abuela era el menor, solía entretenerse solo, ya que sus otros hermanos debían ayudar a sus padres en las labores del campo, y las hermanas, en las labores de la casa y de la huerta.

Mi bisabuelo jugaba subiéndose a los árboles, a correr por las pampas espantando los pájaros, a correr arriba de un palo como si fuera a caballo y a ir a meterse al estero que estaba cerca de la casa y del cual sacaban el agua para tomar, cocinar y lavarse el cuerpo. Dice mi abuela que su padre le contó que lo que más le gustaba era jugar a hacer competencias de barquitos en el estero junto a otro niño de su edad, con el cual jugaba ahí.

Los barcos eran cortezas de los árboles que dejaban en el agua y luego las esperaban en la meta, tres o cuatro metros estero abajo, donde había una tabla atravesada sobre el agua. Ahí pasaba horas jugando con ese otro niño al cual a veces invitaba a jugar a la pampa o a la quinta, pero él le decía que no podía. Como el padre de mi abuela tenía cinco o seis años, no le preguntaba por qué, ya que no se cuestionaban esas cosas.

A medida que iba creciendo, se fue haciendo menos frecuente el encuentro en el estero, hasta que, sin darse cuenta, no lo vio más.

Después, de adulto, le preguntaba a sus padres y hermanos quién era el niño con el que jugaba en el estero o de dónde podía haber sido, pero nadie sabía contestar, ya que no tenían idea que tenía un amigo; por lo demás, era imposible que llegara algún vecino por la distancia que los separaba de las demás familias.

Mi abuela decía que su padre al final creyó que era un duende que tomaba la forma de un niño para jugar con él, pero cuando yo conté esta historia en la escuela, la hermana Paulina dijo que seguramente era un ángel al que Dios dejaba jugar con el padre de mi abuelita cuando era pequeño. Yo creo que era un duende, bueno de la naturaleza creada por Dios, para que mi bisabuelo Horacio fuera feliz.

10 años

Lanco

Primer lugar regional

Árbol curativo

Isabella Thais Mora Palominos

En esta pandemia, mi perrita llamada Analís tuvo ocho cachorros. Durante toda una noche se golpeó la cabeza, ladró y aulló de dolor. Los ruidos de Analís eran tan extraños, que mi papá pensó que era el caballo llamado Bombón que andaba corriendo por el campo, y se levantó muchas veces para ver qué ocurría. Ahí nos dimos cuenta de que Analís estaba en trabajo de parto y que este estaba siendo complicado, por eso llamamos a un veterinario, porque pensábamos que la vida de nuestra Analís corría riesgo.

Cuando llegó el veterinario, pudo constatar que el parto estaba siendo complicado y se la llevaron a la clínica veterinaria, donde le efectuaron una cesárea de urgencia, porque su útero se había dado vuelta y los cachorros no nacerían si seguíamos esperando un parto normal, lo que ponía en riesgo de muerte tanto a la madre como a las crías.

Cuando Analís y sus cachorros llegaron a casa, el médico veterinario dijo que el procedimiento quirúrgico fue exitoso, pero había un detalle: teníamos que cuidarla muy bien, ya que su herida podría infectarse y llegar a producir septicemia. Por otra parte, si Analís se infectaba y sus cachorros bebían la leche infectada, también se enfermarían; por ello, la herida necesitaba sanarse por dentro y por fuera.

Afortunadamente, en nuestro campo tenemos *lawen*¹⁹ como menta, *pilunweke*²⁰, *faylhawen*²¹, y árboles curativos como *palgiñ*²², *kaliwtu*²³, *txiwe*²⁴, entre otros.

Desde el primer momento en que Analís llegó con sus cachorros, yo fui a cuidarla, a darle agüita de palgiñ y a hacerle curaciones con este mismo lawen, porque mejora la cicatrización y sana las heridas internas y externas; entonces, el *küme felen*²⁵ de Analís fue evidente.

¹⁹ Lawen: hierba medicinal (nota de la autora).

²⁰ Pilunweke: llantén (nota de la autora).

²¹ Faylhawen: bailahuén (nota de la autora).

²² Palgiñ: matico (nota de la autora).

²³ Kaliwtu: eucaliptus (nota de la autora).

²⁴ Txiwe: laurel (nota de la autora).

²⁵ Küme felen: bienestar (nota de la autora).

Los cachorritos son tan tiernos, porque son una mezcla de dos razas muy hermosas: Boyero de Berna (Analís) y Pastor Pirineo (Polux), y el resultado de esas dos razas combinadas genera cachorros tan peluditos como leones pequeños. Son tan amorosos que no pude resistirme a colocarles nombres y se llaman: Lyon, Copito, Doggi, Polux, Sam, Alex, Lily y mi favorita, Kari.

Es extraordinario cómo estas nuevas *mogen*²⁶ me producen *küme newen*²⁷ y alegría; también, gracias a este árbol curativo, Analís está bien y saludable, al igual que sus cachorros, por lo que *ayiwkulen*²⁸.

Le agradezco a la madre naturaleza por darnos lawen, porque nos produce un *küme mogen*²⁹.

11 años
Panguipulli
Segundo lugar regional

²⁶ Mogen: vida (nota de la autora).

²⁷ Küme newen: energía positiva (nota de la autora).

²⁸ Ayiwkulen: estar feliz (nota de la autora).

²⁹ Küme mogen: buen vivir (nota de la autora).

El gato negro

Delia Sofía Huichiman Curiñanco

Hace varios años, en un sector rural llamado Ñancul, que en mapudungun significa canto de águila, existía una antigua casa que había cobijado a varias generaciones de familias. Tenía techo de tejuela, ventanas grandes, estaba rodeada de arbustos, de flores y de una huerta que proveía de todo tipo de verduras para la familia que ahí habitaba.

Esta familia de origen mapuche estaba compuesta por cuatro niñas y sus padres, don Evaristo y la señora Candelaria. Entre las niñas estaba Ester, que era muy valiente, juguetona e inquieta; se lo pasaba corriendo, saltando en el patio y en el extenso campo que poseían junto a sus hermanas, siendo su juego favorito colgar de los ganchos de los árboles que casi tocaban el suelo.

Un día, parte de la familia salió y se quedó en casa Ester con su hermana María. Estas dos niñas se dedicaron a jugar, cuando de pronto vieron un gato grande, de pelaje negro y con ojos muy brillantes. Ellas sintieron curiosidad, ya que aquel gato tenía la capacidad de pasar por agujeros muy pequeños y se metió en una bodega, donde el padre de las niñas guardaba sus herramientas. Ester y María sintieron que aquello que veían no era normal, pero decidieron ir a enfrentarlo. Ester encontró una piedra, la tomó con su mano y María agarró un palo. Ester lanzó la piedra, no logrando pegarle al gato, y este desapareció como si se desvaneciera. Ellas quedaron asombradas y no le contaron nada de lo sucedido a sus padres ni a sus hermanas.

Pasaron los días y en una noche hermosa de luna llena apareció otra vez este gato negro, pero ahora entró por un pequeño agujero a la casa, mientras la familia cenaba, pero en esta ocasión fue visto por todo el grupo familiar, los que quedaron admirados por su hermoso pelaje negro y ojos grandes, que esta vez fijó sobre Ester y María. Pero el mayor asombro se lo llevaron cuando apreciaron que este curioso gato podía trepar por la pared y el techo con las patas hacia arriba y sin caerse. Fue en ese momento que el padre de Ester y María se lanzó para agarrar al gato, pero este animal sacó sus grandes y filudas uñas, y al sentirse perseguido, salió por el mismo pequeño orificio, del tamaño de un ojo humano, quedando las hermanas de Ester muy asustadas, ya que no se explicaban cómo ese animal podía salir por un orificio tan pequeño. La misma noche, casi todos los miembros de esta familia sufrieron aterradoras pesadillas con este gato de color negro.

Cierto día apareció nuevamente, cuando don Evaristo y doña Candelaria estaban solos en el comedor, ya que sus hijos se habían ido a dormir. En ese momento, ambos padres decidieron atacarlo con lo primero que encontraron, pero por arte de magia el gato desapareció.

Meses después, doña Candelaria enfermó muy gravemente; todos los vecinos y los familiares la visitaban, llevándole distintos tipos de plantas medicinales de la zona, con la esperanza de poder sanarla, pero nada hacía efecto a la enfermedad que no tenía explicación médica.

Un día, la señora Candelaria fue visitada por un matrimonio de ancianos del sector, don José y doña Jacinta, quienes eran reconocidos por ser muy sabios, y durante la conversación, don Evaristo les contó lo

que había sucedido meses antes con la aparición de este gato. Fue en ese momento que don José reconoció la existencia de ese malévolo ser, “el gato negro”, y le atribuyó a ese suceso la enfermedad de doña Candelaria. De esta forma, le explicó cómo enfrentarlo cuando se apareciera y de qué manera expulsarlo de su casa, mientras también escuchaba atenta Ester, la hija de don Evaristo.

Pasaron los días y Ester ansiaba que apareciera este gato, pues ya sabía la forma de enfrentarlo y ella no le tenía miedo; también estaba convencida de que esa sería la cura para su madre. Fue entonces que un día se encontraba buscando verduras en la huerta junto a su hermana María, cuando de pronto vieron al gato negro botado con sus patas hacia arriba y durmiendo aprovechando el calor de sol. Entonces Ester, que había cogido una piedra puntiaguda, se acercó lentamente y guardando el mayor de los silencios, le pegó en pleno corazón. Se oyó un fuerte gruñido y esta vez el gato no desapareció, sino que las niñas pudieron ver que se fue corriendo por el campo hasta que ya no lograron verlo por lo lejos que se fue.

Las niñas retornaron a casa, con la esperanza de que su madre se recuperara y decidieron no contar lo sucedido. Una hora más tarde, doña Rosario se comenzó a sentir mejor de salud hasta quedar completamente recuperada ese mismo día. Entonces, Ester y María contaron todo lo sucedido a sus padres.

Desde entonces, Ester fue una niña llena de coraje, que siempre protegía a sus hermanas, y también entregó el secreto a otras personas a quienes se les ha presentado el aterrador gato negro.

11 años
Panguipulli
Tercer lugar regional

Mateo, el niño hierbatero

Bastián Alejandro Molina Obreque

Había una vez un niño llamado Mateo, quien tenía siete años. Él era muy estudioso y vivía con su mamá en un sector rural llamado El Redil.

La madre de Mateo tenía un vivero con muchas flores y plantas medicinales. Ella cultivaba y vendía sus plantitas, y eso le ayudaba para su sustento económico, y también era muy conocida por sus vecinos, porque les hacía remedios a todos los que llegaban enfermos, ya fuese con fiebre, dolor de estómago, diarrea, etc. Su medicina alternativa y natural era muy apreciada por todos.

Un día, Mateo fue al colegio y vio que su profesora se sintió mal todo el día y no pudo comer nada, porque todo le hacía mal para su guatita.

Él llegó muy entusiasmado donde su madre a contarle lo sucedido, pero ella solo lo escuchó, ya que estaba muy ocupada haciendo los quehaceres del hogar y después se olvidó. Cuando Mateo despertó al día siguiente, lo primero que hizo fue dirigirse al vivero y sacar unas plantitas de paico, de menta, *akenko*, *faylhawen*, *folho*, *pilunweke* y *palgiñ* y se las llevó a su profesora y él le dijo cómo debía tomárselas, y ella las tomó.

Tal fue la sorpresa de la profesora, que al rato de tomarse las hierbas se le pasaron los dolores, y por fin pudo volver a comer. En agradecimiento, cuando salió Mateo de su jornada de clases, ella lo fue a dejar a su casa para darle las gracias a la señora Martita por las hierbitas que le había enviado, pero fue tanto el asombro de la madre, que le preguntó a Mateo:

—¿De qué hierbas me habla tu profesora, hijo?

Y en ese mismo momento, ambas se dieron cuenta de que el niño había actuado solito y que para la alegría de su madre, estaba aprendiendo desde chiquitito a conservar sus raíces y el amor por las hierbas medicinales.

9 años
Panguipulli
Mención honrosa

El Sahumerio de las papas

Angelina Trinidad Millalonco U.

Antiguamente, la siembra de papas se preparaba con mucha antelación, esto porque había que juntar lamilla y sargazo que dejaba la marea después de un temporal de viento. A esto se le sumaba juntar el guano de oveja, vacuno, chanco y caballo, para mezclarlo con cañas de haba y trigo. Todo esto se dejaba fermentar por un tiempo, hasta que se descomponía.

Luego se barbechaba la tierra con arado tirado por una yunta de bueyes, después le pasaban encima otra herramienta que molía mejor la tierra; la cultivadora le llaman por estos lados. Así, la tierra quedaba lista para la siembra.

Llegado el día de la siembra, los vecinos acudían a colaborar para que después a ellos también les ayudaran cuando tuvieran que hacer el mismo trabajo; eran días cambiados, o un día de minga dice mi abuela. Ella me cuenta también, que ese día la semilla de papas que se iba a sembrar se le hacía una bendición de ajo mezclado con otras hierbas más, como el mechay; un árbol que en su época florece mucho. Esto se hacía para que la papa florezca y dé mucho grano. Después, iba la papa a la tierra y se le agregaba el guano orgánico preparado. Los ayudantes o mingueros, mientras hacían el trabajo, contaban historias y chistes, arreando a la yunta que respondía de acuerdo al nombre que tenía cada buey, como por ejemplo: Suspiro por Verte. Esto hacía que el trabajo fuera más entretenido.

Por último, venía el término del ritual de la siembra que comenzaba con la bendición de la semilla de las papas y finalizaba con las quemas en las cuatro esquinas de la siembra, para que los malos espíritus no dejen caer sus malas vibras.

11 años
Quinchao

Segundo lugar regional

Los zapatos chuecos

Florencia Torres Vera

A lrededor de unos cincuenta años atrás, en la península de Rilán, vivía un hombre llamado Pedro, quien era zapatero. Un día llegó una anciana a pedirle si podía arreglarle un par de zapatos, pero don Pedro dijo que no podía, porque estaban muy torcidos. La anciana se ofendió muchísimo y regresó a su casa de muy mal humor por lo sucedido.

Se hizo de noche y don Pedro se fue a dormir. A la mañana siguiente se despertó sintiendo algo extraño que le dio terribles escalofríos y se le ocurrió ir a mirar su puesto de trabajo, encontrando nada más y nada menos que excremento de pájaro. No lo dudó ni un segundo: de seguro la anciana era una bruja y se había convertido en pájaro dejándole esa señal por venganza. Don Pedro limpió su mesa con gran rapidez y nerviosismo para poder continuar con su trabajo.

Al día siguiente fue a la ciudad de Castro con su caballo a comprar unos víveres que le faltaban y llegó devuelta a su casa de madrugada, un poco borracho. Mientras tanto, la anciana bruja aguardaba tras un árbol convertida en un tiuque, observándolo fijamente. En ese momento, el zapatero sintió un frío terrible y no se pudo bajar del caballo, porque de repente quedó tullido de sus piernas. No conforme con esto, la bruja aún tenía otro castigo para él, y después de unos segundos, el zapatero sintió que se ahogaba en vómitos que no se detenían. Extrañamente, el tiuque realizaba el mismo gesto de náuseas que le provocaba al pobre zapatero.

Desesperado por esa horrenda escena, don Pedro extrajo el revólver que llevaba en su cintura para disparar al aire y así poder espantar al pájaro, pero increíblemente no reventó la bala, ya que la bruja la había trancado con su maleficio. Después de esto, la anciana hechicera decidió irse a su casa y entonces recién reventó la bala, produciendo un fuerte ruido que hizo que la esposa del zapatero reaccionara y saliera en su ayuda.

Desde ese día, don Pedro colocó un ajo entre sus prendas como contra y, además, no le volvió a negar su oficio a la gente, porque nunca se sabe a quién tenemos por vecinos en Chiloé.

12 años

Castro

Tercer lugar regional

Bahía Acantilada

Lucía Estela Arregui Contreras

Como seguramente has oído, Bahía Acantilada es una bahía de acá, de Aysén.

Mi familia y yo solíamos ir todos los veranos en los días de sol.

La verdad es que para mí, ir a aquel lugar era una ocasión muy especial, ya que como acá en Aysén la mayor parte del año llueve, el hecho de que hubiera sol para ir a ese hermoso lugar, era como un regalo de la naturaleza.

Era tan bello, que hasta las aves bajaban a mojarse las plumas en esas hermosas aguas cristalinas.

Siempre que veía sus aguas, yo me preguntaba qué historias chilotas existirían sobre el origen de este lugar. Era una pregunta que me venía a la cabeza tan solo con ver agua correr.

Un día, mis familiares y yo fuimos a la Puntilla, un bello lugar lleno de naturaleza, cerca de mi casa.

Cuando llegamos, había unos pescadores conversando y mi padre reconoció a uno de ellos, ya que era su amigo desde la infancia; su nombre era don José.

Y así fue como don José se convirtió en un gran amigo de la familia. Todos los días venía a mi casa a conversar con mi padre y a tomarse un mate, y todos los días se iba a las dos en punto a pescar.

Lo que más me divertía de don José era que siempre nos contaba historias, como por ejemplo, que había salido a pescar con unos amigos y se habían encontrado con una sirena, o que cuando había ido a Chiloé se había encontrado con la mismísima Pincoya.

Un día me acerqué a él y le pregunté si sabía alguna historia de Bahía Acantilada, y me dijo que sí. Lo que más me impresionó fue que solo se sabía una, ya que él siempre se sabía miles de historias de un solo lugar, pero la curiosidad me mataba, así que le pedí que me la contara, y eso hizo:

Todo empieza con dos jóvenes, un chico y una chica. La chica se llamaba Marcela y el chico, Pascual. Los dos se habían conocido en un festival en Villarrica y cuando se enamoraron, se vinieron a vivir a Aysén. Un día, mientras paseaban, se encontraron un gran lugar con mucha naturaleza y muchos insectos de distintos tipos. A Marcela le encantó el lugar y Pascual, al verla feliz, decidió quedarse ahí. Y así tomaron como hábito ir al lugar todos los días. Un día, Pascual le dijo a Marcela: “Amada mía, yo te prometo que haré cualquier cosa para que esta bella bendición tenga agua, para que en su reflejo puedas ver tu hermosura”. Y Marcela le respondió: “Amor mío, yo te prometo que haré que el agua tenga vida y te cuide cuando yo no esté”. Los dos se abrazaron y se fueron a sus casas. Un día, Marcela se enfermó gravemente, todos decían que no iba a vivir, y así fue. Marcela murió un día por la

tarde. Su funeral fue muy callado y así siguió la vida de Pascual, triste y silenciosa.

Un día, Pascual recordó la promesa que le hizo a su amada y se fue al lugar a cumplirla. Pascual estuvo meses trabajando; todos los días iba con una pala y cavaba para formar la charca para el agua. También estuvo llevando piedras bastante tiempo para que el agua se mantuviera ahí.

Pero cuando Pascual estaba pensando cómo poner el agua, le dio un infarto y cayó muerto al suelo.

Tiempo después de la muerte de Pascual, descubrieron el lugar donde los jóvenes iban, y un día una gran ola salió de la nada e inundó el lugar. Cuando todo se empezó a secar de nuevo, el agua que quedaba se empezó a quedar en el hoyo con piedras que había hecho el joven, y unos días después, durante la noche salió la luna, una luna muy especial. Era muy distinta, tenía un color maravilloso y aquella luna le empezó a dar corrientes al agua, en otras palabras: vida.

Pronto, el agua empezó a expandirse y eso formó una bahía, a la cual llamaron Bahía Acantilada.

Dicen que Pascual es el agua que llenó el hoyo y que Marcela es la luna que siempre está presente para darle vida al agua.

Cuando le pregunté a don José por qué solo se sabía una historia de ese lugar, me respondió: “Porque solo existe una, la verdadera historia de Bahía Acantilada”.

10 años
Aysén

Primer lugar regional

La aventura de mi abuelo

Vanessa Raquel Águila Saldivia

Hace más de cincuenta años, navegando desde Chiloé en un chalupón a vela, zarpó mi abuelo con rumbo a las islas Guaitecas. Para llegar allá debía cruzar el conocido golfo Corcovado, famoso por los relatos de otros navegantes que se habían atrevido a cruzarlo y conocido sus inquietas aguas. Como buen pescador, se atrevió a hacer esta aventura junto a unos parientes y amigos, que se lanzaban a la aventura en busca del sustento de su familia.

Contaba siempre que la travesía fue muy dura, por aquellos mares que los llevaban al sur de su querida isla y los alejaban de sus seres queridos. El deseo de conocer nuevos lugares los llevó a unas hermosas islas y canales al sur del golfo, donde todo era casi natural, y el mar les ofrecía una variedad de productos para su alimentación, que los guardaban ahumados o secos.

Al llegar, su primera sorpresa fue ver a poca distancia un grupo de ballenas que nadaban tranquilamente en los canales rodeados de un verdor infinito. Sin duda, habían llegado a parajes hermosos, con pesca, mariscos y grandes árboles que brindaban su madera a estos migrantes de la isla grande de más al norte.

Se dedicaron a sacar productos del mar, como cholgas, lucbe, pescados y otros. La mayoría de su extracción era secada al humo y preparada para la venta y para el consumo propio.

También se sacaba el ciprés en aquellos años. Esta madera era entregada en el mismo lugar, pues pasaban los barcos a comprarla en sus trayectos desde el sur a través de los canales interiores.

Me llamó la atención que dentro de sus relatos hablaba de las luces que vieron en varias ocasiones, sobre el agua, sobre las islas o por el cielo en dirección siempre del oeste. Él decía que eran navegantes del espacio, que tenían su base en alguna isla secreta en el gran archipiélago de Los Chonos.

Todo su esfuerzo tenía un solo fin, el gran viaje de vuelta con el sustento para su familia, aunque era un desafío, pero la constancia lo motivaba a hacer lo que él sabía. Para mí es un hombre muy luchador, es un ejemplo a seguir, desde aquí y ahora. Te quiero mucho abuelo.

12 años
Cisnes

Segundo lugar regional

La bota perdida

Sofía Antonia Santander Pinto

Cuando vives en el campo aprendes a que no todas tus aventuras pueden ser buenas. Algunas aventuras pueden terminar tan bien que te marquen de por vida; en cambio, otras pueden terminar tan mal que el susto que pasaste en esos pocos minutos no lo podrás olvidar jamás. Eso nos pasó a mi hermano y a mí justo hace unas semanas.

Era un día normal, había salido el sol después de dos días de lluvia. Mi hermano Ignacio y yo salimos a jugar, muy contentos de al fin poder tener un poco de sol; aunque al poco tiempo nos aburrimos, ya que habíamos probado de todo un poco. Pero luego se nos ocurrió ir a nuestro bosque secreto. Le dimos una vuelta entera y llegamos a un pedazo de plumavit que tenemos para que cuando llegue diciembre podamos pasar al otro lado de la cerca a cosechar calafates.

Los dos nos miramos y decidimos pasar al otro lado. ¡Ojalá nos hubiéramos dado cuenta de que esa decisión fue la más tonta de nuestras vidas! Yo me paré primero en la plumavit, puse una mano en la cerca y pasé una pierna. Cuando llegué al otro lado, ayudé a mi hermano a pasar; casi rozó su pierna en el alambre de púas. Y cuando llegó al otro lado, teníamos que decidir si seguir con esto o no.

Nosotros decidimos seguir adelante; ahora nos tocaba resolver una de las cosas menos importantes según nosotros: ¿adónde iríamos? Nosotros solo conocíamos dos caminos, el primero era seguir hacia adelante hasta un pequeño pero hermoso lago donde hay nenúfares y poáceas. El segundo era un camino rodeando la laguna, pero teníamos que pasar por una acequia en la que había que saltar más o menos un metro, o pasar por una cosa de plástico, pero para eso, había que atravesar por un pequeño lugar con barro que parecía que traía mucha agua.

Pero queríamos probar algo nuevo, así que fuimos hacia la casa de un vecino, pero siempre del lado de la cerca, hasta que en una parte había un tronco alto y cuando mirabas para abajo, había mucho barro deforme por las pisadas de las vacas que a veces llevaban a pastar. Con mi hermano dudamos un poco si bajar o no, pero al final nuestra curiosidad y nuestra sed de aventura nos impulsaron a bajar, o más bien, saltar hacia el barro.

Al principio todo iba bien, el barro apenas se nos pegaba en las botas, así que no nos preocupamos mucho. Pero casi al llegar al final de esa hectárea de barro, mi hermano Ignacio se quedó atascado. Yo al principio pensé que podría salir solo, pero pasó un minuto y mi hermano aún seguía atascado; aquí yo ya me asusté un poco, pero fue lo mínimo, así que fui a sacarlo, pero cuando llegué a su lado y lo logré sacar, ¡ahora yo estaba atascada!

Aquí ya me asusté un poco más, pero igual tenía que ayudar a mi hermano, y contagiarle ese nerviosismo no serviría para nada más que para crear caos, así que le dije que se fuera a la orilla donde había un pequeño árbol torcido y donde estaba mi gata La Copita. Yo seguía atascada y aunque intentara salir con fuerza, no servía para nada, hasta que se me ocurrió la idea de tirar hacia arriba mi bota con mis manos.

¡Y me funcionó! Yo aquí me tranquilicé un poco más, pero cuando saqué esa bota, mi otra bota se había quedado atascada. Intenté de nuevo mi técnica, pero para que mi otro pie no se quedara atascado, lo afirmé en un pequeño tronco que estaba a mi lado. Cuando pude salir, mi expresión de felicidad cambió a una de fastidio, ya que mi hermano de nuevo había quedado atorado en el barro.

Cuando lo logré sacar y llegamos al árbol, solo nos quedaba pensar una cosa, ¿qué íbamos a hacer para volver? Los dos pensamos unos minutos y yo me di cuenta de que la única salida era devolvernos por el barro. Yo quería descartar esta idea de inmediato, porque sabía que nos íbamos a quedar atrapados el barro de nuevo. Pero al pensarlo bien, esa era nuestra única salida, así que volvimos a meternos al barro. Pero al volver a entrar nos quedamos estancados en el barro de nuevo, y cuando conseguimos liberarnos, nos quedamos atrapados otra vez. En este punto, yo ya quería llorar, tenía miedo de quedarnos ahí estancados para siempre. ¿Cómo era que nos habíamos quedado atrapados de nuevo? Después de pensarlo un poco, decidí salir de ese barro, así que, armada de valor, me arremangué las mangas y metí las manos en el barro; así logré liberarnos de nuevo, pero uno de los pies de mi hermano se había quedado tan estancado que solo salió su pie y su bota se quedó allí en algún lugar, enterrada en el barro.

Para cuando me di cuenta, el hoyo de donde había sacado el pie de mi hermano se había cerrado, aunque busqué y busqué, no encontré la bota, así que decidí salir de ahí con mi hermano. Al volver a nuestra casa, íbamos con la cabeza baja y con la expresión de derrota más conmovedora del mundo; también íbamos con todo lleno de barro, desde las manos hasta las botas. Mi mamá al vernos primero se rió, pero al vernos tan deprimidos nos preguntó qué nos había pasado; con el solo hecho de decirle que habíamos pasado al otro lado de la cerca, su expresión de risa se borró y su cara de enojo nos dio ganas de llorar.

Entramos y nos fuimos directo al baño a ducharnos, y mientras nos cambiábamos, nos llegó un reto muy grande. Ahora, cuando recordamos esta anécdota nos reímos, e incluso decimos que una vaca va a encontrar la bota de mi hermano y se la va a poner, pero nunca nos vamos a olvidar del susto que pasamos esa mañana.

A veces hay anécdotas buenas y malas, pero lo importante es que siempre puedes aprender de ellas.

11 años

Aysén

Tercer lugar regional

Invierno en Cerro Sombrero

Ayleen Millaray Rauque Canio

Una tarde de invierno en mi casa de Cerro Sombrero, provincia de Tierra del Fuego, estaba mirando televisión en la pieza de mis padres tranquilamente, cuando mis papás me dijeron: “Vamos a buscar agua a la vertiente”. Me puse muy feliz, porque había mucha nieve y quería andar en trineo.

Así fue como mi papá llevó mi trineo en el auto junto con los bidones para traer agua y una cuerda para tirar mi trineo. El camino para ir a la vertiente son muchos kilómetros desde mi casa, tiene muchas vueltas, subidas y bajadas que lo hacen entretenido. Por las pampas había mucha nieve, ovejas, guanacos, caiquenes, flamencos y zorros; todos parecían tener frío.

Luego, llegamos a la vertiente que se ubica al comienzo de la colina. Mientras mis papás llenaban los bidones de agua, Agustina y yo nos tiramos en trineo por la colina. Agustina es mi hermanita de corazón; mi mamá la cuida desde que tenía dos años, ahora tiene cinco años y yo ocho, pero pronto cumpliré nueve años. Subimos y bajamos la colina muchas veces, incluso intentamos tirarnos juntas, pero caí sentada. ¡Qué risa! En dos ocasiones me topé con una mata negra; en una choqué y en la otra la alcancé a saltar. A Agustina le pasó lo mismo, pero ella iba a chocar en una mata de calafate; lo bueno es que se cayó del trineo antes de golpearse. Cuando mis papás tenían todos los bidones llenos y subidos en el auto, dijeron: “¡Vámonos!”. Cuando miramos la colina, estaban las marcas del trineo por donde pasábamos; incluso se veía un poquito el coirón y las huellas de los pies, fue genial. A pocos metros de la vertiente, mi papá me dijo: “Aquí está bueno para deslizarse en trineo, porque no pasan muchos autos, solo algunas camionetas de ENAP que andan trabajando”.

Yo me puse muy, pero muy feliz; sacamos el trineo y con la cuerda mi papá lo ató a nuestro auto, me preparé y subí a mi trineo. Papá me tiró con el auto y yo con felicidad, ansiedad y nervios me deslicé en mi trineo y sentía como la nieve me salpicaba en la cara, como pequeñas gotitas muy frías y se derretían. Estaba tan, pero tan feliz, que grité con todas mis fuerzas: “¡ES LO MÁXIMO!”.

Agustina desde el auto gritaba un poco ansiosa y nerviosa: “¡Yo lo quiero hacer!”. Un poco más allá, papá paró el auto y ella se preparó para su gran aventura en trineo. Mi mamá le puso un gorro en cada mano para el frío, porque no tenía guantes, le dio instrucciones de cómo sujetarse, y comenzó su aventura. La remolcamos con el auto varios metros, claro que mucho más lento, pero Agustina tenía un poquito de miedo, así que papá paró el auto y de nuevo me subí al trineo. Lo que más disfruté fueron las curvas, porque el trineo se iba hacia los lados y yo podía manejarlo, y también me gustó cuando pasamos sobre el guarda-ganado, porque el trineo brincó. Los guarda-ganados son barras de madera o turbinas de fierro que atraviesan el camino, separadas unos centímetros, en un metro de ancho aproximadamente, con el fin de que las ovejas no pasen por ahí y se cambien de campo. Casi llegando a la carretera, mi papá detuvo el auto y guardamos el trineo para regresar a casa.

Al llegar a casa, le dije a mi hermana mayor, que se llama Daniela: “¡Te perdiste la diversión: papá tiró el trineo con el auto!”, y ella solo dijo: “¡Qué importa!”, y mi mamá me dijo: “Está en la adolescencia”.

Al otro día por la tarde, mi papá nos dijo a mi hermana y a mí: “Vamos a ir a la cancha de jineteadas, ahí aún queda nieve”. Para mi sorpresa, la que más se emocionó fue mi hermana, así que nos preparamos con guantes, gorros y mascarillas, subimos el trineo al auto y nos fuimos.

La cancha de jineteadas queda en la parte baja del pueblo Cerro Sombrero, al lado de la cancha sintética de fútbol, cerca de los invernaderos y los huertos. Allí hay un camino que estaba ideal para andar en trineo, porque estaba escarchada la nieve, y para que papá nos remolcara con el auto. Yo me subí primero, después mi hermana; lo más divertido fue cuando Dani se tambaleó y casi cae; papá por precaución se detuvo. Luego, mi hermana siguió y ahí sí se cayó, no le pasó nada y siguió. Lo pasamos súper, sobre todo yo, porque casi nunca paso tiempo con mi hermana. Cuando regresamos a casa, mi mamá ya tenía la mesa preparada para la merienda, y papá le dijo: “Mañana vamos todos”.

Así fue como al otro día muy tarde, entrando la noche, fuimos todos a la cancha de jineteadas. Primero, mi papá me remolcó a mí una vuelta completa, y sentí la misma emoción de la velocidad de andar sobre la nieve. Pero esta vez se sentían las piedritas, estaba áspero en algunas partes, porque el trineo raspaba. Después fue el turno de mi hermana, y cuando dimos la vuelta, fue el turno de mi mamá.

Mamá se subió al trineo y papá la remolcó y un poco más veloz que a nosotras, y la pasó sobre el agua congelada, o sea, sobre la escarcha. Mamá se veía muy asustada, porque el trineo se deslizaba por todos lados. Mi hermana y yo no parábamos de reír al ver la cara de susto de mamá y cómo le gritaba al papá: “¡Para, Daniel, para...!”. Mi hermana le dijo a mamá: “Si le gritas que pare, subirá más la velocidad”. La cara de mamá estaba roja de susto o de enojo con papá. Cuando papá se detuvo, fue cuando había una subida. Subimos el trineo al auto y regresamos a casa. Mamá ya se había calmado, pero aún tenía la cara roja, se veía contenta y le dijo a papá: “En la próxima salida te toca a ti y yo llevaré el auto”.

La nieve ya se derritió y papá aún debe la salida. Ha nevado algunos días, pero el viento la derrite rápido. Ahora esperamos que caiga nieve en septiembre para ver a papá en trineo como lo hizo mamá, pero siento que será más emocionante, porque será la venganza de ella.

9 años
Primavera
Primer lugar regional

Cumpleaños de Onoru

José Eduardo Pinto Toro

Onoru era un niño que pertenecía al pueblo originario amerindio selk'nam, y hasta principios del siglo XX vivieron en el norte y centro de la Isla Grande de Tierra del Fuego. Ellos eran nómades terrestres, cazadores y recolectores. Onoru creció escuchando historias de sus mayores sobre la presentación de los niños ante los espíritus al cumplir la edad de ocho años solo acompañados de los hombres de la comunidad a un lugar apartado de la isla. Las mujeres y hermanos se quedaban en la aldea a la espera de su regreso.

Ante dichos espíritus y ante el ritual correspondiente, debían someterse a ciertas obligaciones, de lo contrario los espíritus no los atenderían de la mejor manera. Estas obligaciones eran parte del ritual desde la primera hora del día del cumpleaños: ser desnudados y pintados para ser trasladados luego de despedirse de sus madres y hermanos de la aldea.

El día anterior de su cumpleaños número ocho, Onoru estaba muy nervioso al ver cómo su madre imploraba a Xalpen, el espíritu de presentación, para que no lo dañara. Se sentía tan triste, no sabía qué hacer ni cómo actuar. Incluso muchas veces pensó en escapar, pero siempre se preguntaba: ¿hacia dónde iré?, ¿con quién iré?

Esas preguntas las tenían todos los niños de la aldea: largas ideas de escape o unión de más de uno. Justo antes de cumplir la edad necesaria para ser presentados ante el espíritu legislador de su niñez, había que portarse bien, comer toda la comida, obedecer, ayudar en los quehaceres de casa, en fin...

El día llegó y Onoru no durmió prácticamente en toda la noche, imaginando cómo lo recibiría aquel espíritu tan nombrado. Al levantarse, fue bañado por su madre; mientras lo hacía, sus lágrimas corrían por sus mejillas. Onoru solo quería escapar, salir corriendo sin rumbo ni nada, tomar la mano de su madre y huir; era una pena enorme, ya que además no podía acompañarlo.

Había un ruido muy fuerte que venía desde muy cerca, sintió Onoru... Era su estómago, sus nervios, su miedo. Llegó el día y para empeorar más la cosas, Onoru era el único niño de la tribu que cumplía sus ocho años de edad. Luego de su baño, su madre se acercó con pintura roja, con la que cubrió todo su cuerpo; luego líneas blancas lo rodearon, y en ese momento, escuchó la voz dulce de su madre diciendole que fuera muy valiente y que ella lo esperaba y estaría rogando a los demás espíritus para que el espíritu juzgador tuviese compasión con él y así no lo matara.

La aldea comenzó a cantar cada vez más fuerte como rezos implorando buena fortuna para Onoru, pero le llamaba la atención la serenidad de los hombres, incluyendo a su padre, los que esperaban pacientemente a que estuviera listo para llevarlo al lugar de la ceremonia. Ya listo, Onoru se acerca a su madre y hermanos; tan solo los abrazó sin decir ni una sola palabra, ya que su estómago no lo dejaba hablar por el ruido interior. Se dirigió hasta donde estaban los hombres y comenzaron la ruta caminando kilómetros de distancia desde su aldea. Por el camino, su padre le dijo: “Debes ser valiente y no demostrar jamás miedo ni bajar la mirada, ya que dicha actitud le molesta demasiado al espíritu”.

Asustado más aún, Onoru no quería seguir caminando, pero tampoco se atrevía a decirle a su padre lo que le estaba pasando; su corazón palpitaba muy rápido, pero el miedo a las burlas y a la desilusión de su padre lo hicieron callar, menos desobedecer, queriendo arrancar, escaparse, pero para donde fuera, el espíritu lo encontraría y lo mataría. Al llegar al lugar, había una fogata gigante con mucho humo que la rodeaba. Los hombres se pusieron en círculo y en una roca alta posaba un cuerpo gigante con su rostro cubierto y resto pintado de color rojo, igual que él, pero en vez de líneas tenía círculos blancos. En ese momento, los hombres comenzaron a gritar y decir: “¡Onoru, Onoru, no bajes la mirada!”. Este cuerpo gigante comenzó a acercarse, y quedando más o menos a un metro de él, se quedó quieto, como si lo estuviera mirando fijo; cuando de repente, se impulsó y lo empujó. Onoru cayó lejos y se paró rápidamente; fue así como luego lo botó y comenzó la lucha. Onoru claramente medía mucho menos que ese cuerpo gigante, tratando de defenderse con golpes de puños y patadas, escuchó la voz de su padre diciendo: “¡Basta la lucha!”. Onoru, agitado, lo miró y el padre le dijo: “Quítale la máscara”. El cuerpo se agachó y Onoru le sacó la máscara, dándose cuenta de que era un hombre de la aldea preguntando: “¿Por qué?, ¿de qué trata esto?”. El padre se acercó riendo junto a los demás hombres y le dijo: “Ya eres todo un hombre, debes actuar como tal, no debes hablar de esto con tu madre ni con nadie de la aldea, si no serás hombre muerto”.

Fue ahí cuando Onoru comprendió el engaño de su tribu, que les enseñaba a todos la existencia de espíritus juzgadores. Dicho cuento hacía temer a sus madres y hermanos; mentira que hacía que ninguno quisiera cumplir ocho años. Las mujeres tenían que hacer lo que los hombres decían, si no también serían sometidas ante los espíritus justicieros, espíritus que claramente nunca existieron más que en sus mentes y se fueron transmitiendo de generación en generación.

Hoy en día, aún se comenta en mi región (Magallanes) la existencia de tribus nómades, de sus creencias y espíritus, cuentos que en esta zona son relatados por oriundos a quienes seguramente sus padres se las contaron, y me imagino que seguirá siendo así.

10 años
Punta Arenas
Segundo lugar regional

El sueño de Alexandra

Katrina Alexandra Graciela Godoy Ávila

Les contaré la historia de una niña de 12 años llamada Alexandra. Ella vivía en la ciudad de Punta Arenas, en una pequeña casita, en una parcela. Disfrutaba mucho del ambiente de la naturaleza; tenía animalitos regalones, como perros, gatos, gallinas, patos y caballos.

Un día, su madre le dijo que, debido a problemas económicos, había tomado una difícil decisión: la matricularía en una escuela rural que contaba con un acogedor hogar para los estudiantes de otras localidades; se tendría que ir a estudiar a Villa Tehuelches en la comuna de Laguna Blanca. Allí se quedaría de lunes a jueves, y solo el fin de semana podría estar en Punta Arenas. Alexandra, muy sorprendida, no dijo nada.

Mientras pasaban los días, pensaba mucho en el cambio que tendría. Se sentía triste, y aunque entendía la situación de su mamá y que sabía que no podría negarse a ir, pensaba mucho en sus animalitos con los que convivía a diario. Eran parte de su vida, tanto así, que hasta le puso nombre a cada uno: Zeus, Tigger, Peppa, Manyi, Tony y muchos otros... A todos los llamó “mi rebaño”. Hablaba a diario con ellos, los alimentaba, los cuidaba y los quería mucho.

Después de una semana, llegó el día: tuvo que empacar todo lo que necesitaba para irse al nuevo colegio y hogar. Se despidió de cada una de sus mascotas, los abrazó y les prometió que siempre los tendría en su corazón, les dijo que deseaba que ellos se fueran con ella. Con lágrimas en los ojos, se despidió, tomó el bus y se fue rumbo a la gran comuna de Laguna Blanca.

Durante el trayecto observaba por la pequeña ventana del bus toda la hermosa naturaleza que existía en tan apartado lugar: los árboles, lagunas, cerros, ¡era hermoso! El sol brillaba en todo su esplendor y podía ver que sus rayos se reflejaban en la ventana. En el trayecto pudo ver liebres corriendo, chingues, zorros y guanacos que se encontraban en las cercanías de la ruta. También vio muchas ovejas y caballos; fue maravilloso encontrar en las lagunas patos silvestres, caiquenes, cotorras y rosados flamencos; más le sorprendió ver a ñandúes que corrían velozmente por la inmensa e infinita pampa. Estaba maravillada con tanta flora y fauna que nunca se imaginó que existiera tan cerca, ya que nunca había viajado a ninguna parte.

Después de casi dos horas de viaje, llegó a Villa Tehuelches. Al observar el lugar se sorprendió. Esta villa era una ciudad muy pequeña y linda, rodeada de pampa magallánica, con una brisa de viento muy semejante a la de Punta Arenas. Las personas que la recibieron eran muy amables y serviciales, se sintió cómoda y feliz; a pesar de todo esto, extrañaba a su rebaño.

Y así fue como se adaptó a su nueva vida. El colegio era un gran colegio, muy inclusivo, y se estudiaba mucho; los profesores eran geniales, pero lo que más le gustaba eran las salidas de excursión por la comuna todos los días. Se preparaban muy bien, llevaban agua y colaciones, y una vestimenta muy

cómoda, pero abrigadora; solían caminar largos tramos experimentando toda la naturaleza, reconociendo cada planta que había.

Y así, después de varios meses de recorridos, ya conocía muchos nombres de especies de la flora del lugar; observaba el bosque y podía reconocer la lenga y el roble; en la pampa, el coirón; en las praderas mejoradas había pasto ovillo, alfalfa y trébol blanco, algo nunca antes visto.

Tiempo después se sentía muy contenta; era feliz, porque podía compartir su tiempo con ambas actividades: el colegio en la villa y los fines de semana con sus animalitos en la parcela. Cuando la veían se ponían contentos, se abalanzaban sobre ella, y durante gran parte del día les contaba todo lo que había visto y conocido, prometiéndoles que algún día también ellos podrían ir y vivir allí.

A mediados de diciembre, cuando ya terminaba el año escolar, se sentía un poco triste, porque sabía que tendría que volver a su ciudad para pasar sus vacaciones de verano junto a su mamá, y que ya no podría realizar las tan ansiadas excursiones que la hacían sentir motivada y muy enriquecida con estas bellas experiencias; pero tenía muy claro que eso debería ser así y que sería temporal.

Estaba en su casita... Una mañana se despertó muy temprano y fue en busca de su rebaño, y les dijo: “Hoy vendrán conmigo”. Estaba decidida a llevarlos a la gran Villa Tehuelches, y así fue cómo los alistó. Muy feliz se dirigió a tomar el bus camino a la villa; fue grande su sorpresa cuando el chofer le dijo que los subiera a todos y que los llevaría. Alexandra estaba feliz, su corazón latía muy rápido. Comenzaron el gran viaje. Mientras recorrían la ruta, ella les hablaba y les contaba los lugares que conocía, los nombres de los árboles y de los animales que había en el camino. El rebaño la escuchaba con mucha atención. Después de un par de horas, llegaron y llevó a su rebaño directo a la pampa. Los animalitos estaban felices, corrían y corrían sin parar. La brisa del viento era suave y tibia, y ella estaba feliz, ya que había cumplido su promesa de que algún día los llevaría, y así fue. De repente escuchó la voz de su mamá: “¡Ale, Ale: debes levantarte para desayunar!”. Ella abrió sus ojos y con gran sorpresa se dio cuenta de que lo del viaje a Villa Tehuelches con su rebaño había sido un lindo sueño. Sonrió y pensó: «Ya se cumplirá, no perderé la esperanza», y se fue muy contenta a tomar un rico desayuno.

12 años
Laguna Blanca
Tercer lugar regional

* Categoría Fotografía

Obras creadas por adultos





JURADO NACIONAL **Fotografía**



José Luis Rissetti

Nació en Santiago, en 1973. Estudió Fotografía en el Instituto Superior de Artes y Comunicación ARCOS. Fotógrafo hace más de 25 años, trabaja en El Mercurio. Entre sus exposiciones más destacadas están “La Sal” (2017), que busca visibilizar el trabajo y la vida de los salineros de Cahuil, además de rescatar su carácter patrimonial, y “Máscaras y Memoria” (2019), una reflexión sobre el alzhéimer.



Pin Campaña

Fotógrafa, directora de arte y *foodstyler*. Se ha dedicado tanto a la realización de retratos como a la fotografía editorial y publicitaria durante 18 años en la revista Paula. También hizo un rescate patrimonial fotográfico de la etnia prehuenche para el Museo Pewen. Sus fotografías han tenido un lugar protagónico en libros como "Parra 100 años" y "El pan de Chile".



José Gerstle

Nació en 1984. Es ingeniero agrónomo y Magister en Áreas Silvestres y Conservación. Coordinador de proyectos en Fotosíntesis, se ha dedicado a desarrollar distintos proyectos ambientales, tanto desde el trabajo con flora y fauna como con el área socioambiental de la conservación. Además es aficionado a la fotografía.



Pablo Valenzuela

Nació en Santiago, en 1964. Tres años después de titularse de ingeniero civil, decidió dedicarse a tiempo completo a fotografiar el patrimonio natural y cultural de Chile. Parte de su trabajo ha sido difundido en proyectos editoriales, como Chile Profundo, y también en exposiciones, como "Rapa Nui" en Ekho Gallery o "Habitar la Inmensidad" en el Museo e Arte Moderno de Chiloé.



Guy Wenborne

Este fotógrafo lleva más de 20 años retratando la geografía de Chile, su gente y su cultura. Actualmente, se dedica 100% a la fotografía de la naturaleza. Junto a Elizabeth Huyghe, formó la editorial Travesía hace más de cinco años, donde desarrolla libros sobre Chile y su patrimonio natural. Alguna de sus exposiciones son "Fuera de Lugar" (2010), en el Museo Nacional de Bellas Artes, y "Sobre campos de hielo" (2008), en galería La Sala.

PALABRAS DEL JURADO

Fotografía

La fotografía, aquel maravilloso invento del siglo XIX, cambió nuestra relación y percepción del mundo de una manera sustancial. Con la llegada de lo digital, este fenómeno se acrecentó aún más y este medio de expresión —dibujar con la luz— tomó una fuerza inimaginable. Tal cual señala Susan Sontag en su libro “Sobre la fotografía”, el acto de fotografiar es “apropiarse de lo fotografiado”. Y en cierto modo, con estas fotografías, quienes nos han mostrado un Chile desde su perspectiva personal, se han apropiado de sus sueños, sus vínculos, su historia, y con un único propósito, el de compartir y transmitir estas sensaciones.

Este territorio, cargado de imágenes y vivencias, es la fuente de inspiración para el autor que siente la necesidad de revelar estas experiencias. En estas imágenes no solo está el entorno de quien las “hace”, sino también la historia personal de cada uno. El célebre fotógrafo estadounidense Ansel Adams nos decía: “No haces fotografía solo con la cámara, sino con todas las imágenes que has visto, con todos los libros que has leído, con toda la música que has escuchado, y con toda la gente que has amado”. Y es cierto, en todas las imágenes se devela esa identidad territorial y esa mirada personal construida a través del tiempo.

Descubrir y observar estas imágenes de hombres y mujeres del campo chileno, que viven en territorios tan diversos como lo son el desierto nortino o las estepas australes, es viajar nuevamente por un Chile que no deja de sorprender. Un Chile marcado por su paisaje y también por quienes han construido su vida en este territorio, regalándonos de este modo maravillosas historias que enriquecen nuestra identidad como país.

Pablo Valenzuela
Presidente del Jurado

★
PREMIOS NACIONALES



★
PRIMER LUGAR NACIONAL

El guardador de semillas

Pareja campesina que hace más de cuarenta años se dedica a preservar la semilla del tomate rosado, en el sector de Chimbarongo, Región del Libertador General Bernardo O'Higgins. En la imagen se muestra su cosecha de tomates rosados de la temporada pasada. Este oficio es muy común en nuestra zona, sin embargo, lo orgánico es escaso, por esto el valor de su trabajo.

Alejandro Javier Cornejo Ortiz
42 años
San Fernando
Región del Libertador General Bernardo O'Higgins

★
PREMIOS NACIONALES



★
SEGUNDO LUGAR NACIONAL

Cabeza abajo, el choclo lluteño a tu plato

Temporeros en jornada de siembra del maíz del valle de Lluta, reconocido con sello de origen el 2015. Destaca por su alta resistencia a la salinidad y al boro, y por tener la posibilidad de ser cultivado durante todo el año. Además, este reconocimiento comercial ha fomentado su promoción y producción. Toda esta conservación patrimonial ha sido posible gracias a los anónimos e indistinguibles rostros ocultos bajo los sombreros de temporero.

Martin Esteban Obreque Gallegos

21 años

Arica

Región de Arica y Parinacota

★
PREMIOS NACIONALES



★
TERCER LUGAR NACIONAL

Hilandero en la Sombra del adobe

Oculto por las sombras del atardecer —que se reflejan en el adobe, por la timidez de una tarea que no le pertenece—, refugiándose en el tiempo que permite verlo pasar a través del arte de hilar. Rompiendo los estigmas culturales, que nos dejan las tradiciones, dejando ver las diferencias en labores entre hombres y mujeres, irrumpe en la lana las manos de quien ejecuta la tarea de hilar.

No volví a encontrarme con este hombre hilando en la sombra del adobe.

Camila Ramírez Novoa
29 años
Iquique
Región de Tarapacá

★
PREMIOS ESPECIALES



★
PREMIO ESPECIAL

Bajada de animales

Sector El Guanaco, cordillera del Maule, provincia de Curicó. Arrieros bajan los animales debido a la llegada del invierno, junto a la abundante nieve.

Matías Donoso Cabrera
26 años
Curicó
Región del Maule

★
PREMIOS ESPECIALES



★
PREMIO ESPECIAL

Baile al Son de una isla

Todo comienza en una mañana fría, desde el puerto de Quellón, isla de Chiloé. Desde allí salen cinco embarcaciones con entre 50 a 70 personas, aproximadamente, a una isla llamada Piedra Blanca, donde una comunidad decidió realizar una feria costumbrista, en la cual hicieron y repartieron un gran curanto.

Sebastián Soto Espinoza
25 años
La Florida
Región Metropolitana

★
PREMIOS ESPECIALES



★
PREMIO ESPECIAL

La culpa no es del chancho

Luchín, como todos los días, alimenta a los animales de la chacra. Patos, gansos, gallinas, pavos y chanchos esperan su llegada a la hora del desayuno y a la de once. Pancha, la chancha más veterana, se mal acostumbró a la doble porción.

Gabriel Alejandro Asenie Urra
29 años
Providencia
Región Metropolitana

★
PREMIOS ESPECIALES★
PREMIO ESPECIAL**Retrato a Domitila Cuyul,
Maestra de Paz**

La Maestra de Paz es una figura tradicional y cultural del pueblo huilliche. Es la encargada de una serie de ceremonias y rituales; entre ellas, la rogativa marina, el Nguillatún, la ceremonia de nombramiento de los lonkos huilliche, y el We Tripantu o Año Nuevo mapuche.

Rister Gerardo Ojeda Vera
35 años
Quellón
Región de Los Lagos

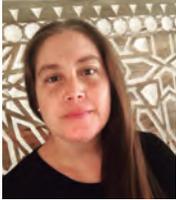
➤ Categoría Dibujo

Obras creadas por estudiantes de
Educación Básica y Media





JURADO NACIONAL **Dibujo**



Pamela Vergara

Profesora de artes visuales, pintora e ilustradora. El año 2002, se licenció en artes plásticas, en la Pontificia Universidad Católica de Chile, y el 2004 se tituló en pedagogía de artes visuales. Desde el 2004, trabaja como profesora de artes visuales y jefa área académica en la Fundación Belén Educa.



Francisca Aninat

Pintora. Tiene un BA en Historia del Arte de la Universidad de Maryland (Estados Unidos), licenciada en Artes Plásticas de la Pontificia Universidad Católica de Chile y tiene un master en artes en Central Saint Martins College of Art and Design (Inglaterra). Ha participado en diversas exposiciones nacionales e internacionales.



Claudia Lira

PhD en estética y teoría del arte. Académica del Instituto de Estética e investigadora del Centro de Estudios Asiáticos de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Directora en Chile del Proyecto Educación de los Sentimientos de Japón y del Concurso Internacional Museo de Bellas Artes de Atami, Japón.



José Luis Romero

Jefe de Asesores del Ministerio de Agricultura, donde anteriormente se desempeñó como jefe del departamento de Desarrollo Rural de ODEPA a cargo de la implementación de la Política Nacional de Desarrollo Rural. Ingeniero agrónomo de la Pontificia Universidad Católica de Chile y máster en comunicación estratégica y branding de la Universidad Mayor.

PALABRAS DEL JURADO

Concurso de dibujos

La experiencia estética es el sabor que queda en nuestra memoria de los momentos presentes. A veces, las palabras no son suficientes para expresarlos y la imagen puede revelar aspectos asombrosos de lo que sentimos. Los sentimientos, nos hacen ver los colores más profundos, los olores más intensos, los sonidos e incluso el silencio con tonalidades que no habíamos sospechado. A veces, un momento simple, como alimentar las gallinas, se vuelve una ventana para la comprensión del amor, del cuidado, lleno de color como la obra *Los colores de mi campo*. La fiesta es el momento donde los sentidos se agudizan, donde experimentamos la comunidad y la comunión con el paisaje. Donde sentimos el tiempo, su importancia, como en *We tripantu*. Lo que escuchamos, no lo hemos visto, pero la imaginación reconstruye las escenas dándole forma al misterio como en *La cueva de los brujos de lo Gallardo*.

Laceador del cerro, Cosecha de trigo, de uva, Recolectores de cochayuyo en Pichilemu nos muestran cómo vida y trabajo no están separados, el arte y la vida unidos, por eso muchos de esos trabajos están conectados con una fiesta. Lo que nos hace más tarde *Recordar viejas tradiciones*. Más de alguien verá solo precariedad, trabajo físico en estas labores, pero en ellas hay algo más, una enseñanza como lo evidencia *La lucha por vivir*, donde sopesamos el valor de lo que cuesta cultivar. Cuando lo hacemos, estamos ante una diversidad de estímulos. Nuestra tradición, lo transmite con acciones: *la minga, la solidaridad navega por los mares del sur*.

La adopción sorpresa en Alao nos relata en imágenes la complicidad entre abuela y nieto, así, como la relación cariñosa, la crianza de los animales de campo que, al mismo tiempo, de ser alimento son parte de la familia.

Lo sobrenatural, la conexión con los seres de otros mundos, ya sean antepasados, ánimas o seres del ámbito luminoso u oscuro están siempre presente en el país, como lo vemos en la *Cueva de los brujos*. El acompañante inesperado nos muestra cómo podemos de pronto adentrarnos en una experiencia extraña y, sin embargo, plena de sentido como lo es la protección que viene de la dimensión de lo sagrado como lo es también el *Rito de la Paigasa, la quema ritual de ropa en el norte del país*.

Renacer en Aconcagua, Camino a la escuela, La espera de la Añañuca, Las lágrimas de la Luna, Las bellas aguas de Chiloé y Encuentro con el Trenpulcahue nos comunican distintas dimensiones de la relación con la naturaleza/paisaje y con el paisaje como pueblo. Finalmente, Salitrera Santa Laura nos abre a la dimensión patrimonial de lo que fue y hay que recordar para tener raíces.

Les damos las gracias por su sensibilidad, la que vuelta obra nos regala enseñanzas de vida. Imágenes que nos revelan la riqueza de las Historias de Nuestra Tierra y sus gentes.

Claudia Lira
Presidenta del Jurado

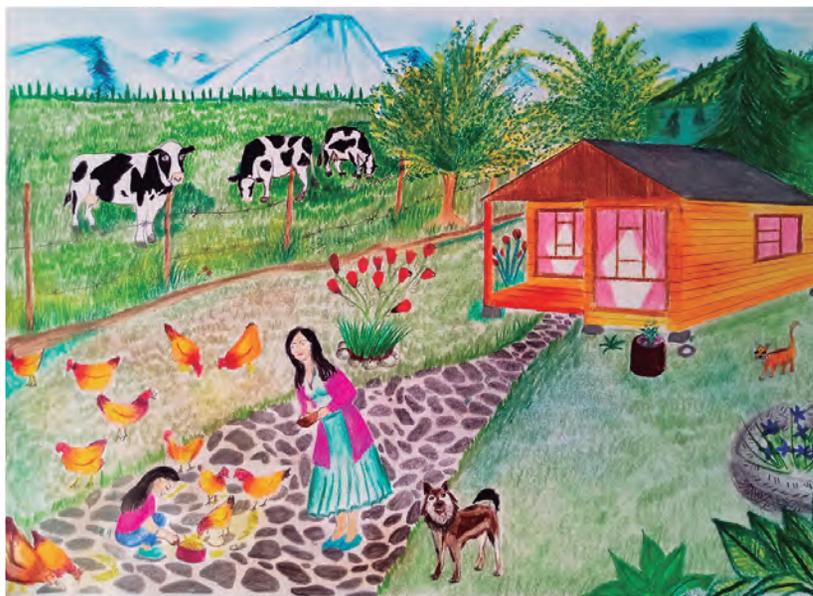
★ EDUCACIÓN BÁSICA

★ PRIMER LUGAR NACIONAL

Los colores de mi campo

Como cada día de mis cortos doce años acompaño a mi mamá a alimentar a las gallinas que muy alegres nos regalan su canto. Esas gallinas tienen nombre y cada una, aunque iguales en color, tiene su peculiaridad. Las vacas pastan muy pacientes la verde hierba que crece interminable, el gato y el perro son amigos y la tierra nos agradece con sus colores. Convivimos en armonía, todos somos familia.

Yislei Jasmín Mena Urra
12 años
Retiro
Región del Maule



★ SEGUNDO LUGAR NACIONAL

We Tripantu

Para hacer este dibujo, me inspiré en los mapuches. Todos los años celebran el We Tripantu, más conocido como el Año Nuevo mapuche. Yo soy descendiente mapuche, llevo la sangre en mis venas y me siento orgullosa de hacerle un dibujo a mi pueblo sacrificado. Esta celebración para los mapuches es una nueva salida del sol y la luna. Este momento es tan importante, porque es un agradecimiento por la vida que se renueva y está basado en propiciar un nuevo año de agricultura. Por eso, es importante destacar a mi pueblo mapuche.

Natalia Antonia Quintul Lira
13 años
Frutillar
Región de Los Lagos



★
EDUCACIÓN BÁSICA

★
TERCER LUGAR NACIONAL

La cueva
de los brujos de
Lo Gallardo

En Lo Gallardo, pueblo escondido hacia los cerros de San Antonio junto al río Maipo, existe una cueva de brujos cuidada por culebrones. Hasta el día de hoy se escuchan a los brujos con sus fiestas, hechizos y misterios. Cuentan que se convierten en animales como huairavos, piuchenes o cabras. Se dice que esta cueva posee conductos que conectan a otras cuevas de brujos como la de Salamanca, en Coquimbo, o la de Quicavi, en Chiloé.

Julieta Abril Villalón Ramírez
11 años
Cartagena
Región de Valparaíso



★
PREMIO ESPECIAL DIBUJO

Laceador de cerro

Yo elegí el laceador de cerro, porque representa al huaso chileno con su caballo, que es fundamental para esta actividad. La gente en los campos se veía en la obligación de recuperar a su ganado. Aquí se ve la importancia que tiene esta actividad en el desarrollo de Chile.

Benjamín Alonso Vargas Rehl
12 años
Valdivia
Región de Los Ríos



★ EDUCACIÓN BÁSICA

★ PREMIO ESPECIAL ADAPTACIÓN VISUAL

Adopción Sorpresa en Alao

Todos los veranos, mi abuela, quien vive en la isla de Alao, y yo adoptamos a un lechón. Visitamos a la mamá chancha y encargamos previamente uno. Cuando ya tiene dos meses, vamos a buscarlo y lo adoptamos secretamente. A mí me gusta elegir de qué color será; ojalá que tenga manchas o diferentes colores, así puedo buscarle un lindo nombre. Mi abuela y yo lo alimentamos, le hacemos su casita y le rasamos su guatita.

Camila Oliva Millán Cheuquepil

11 años

Castro

Región de Los Lagos



★ PREMIO ESPECIAL NARRATIVA

El acompañante inesperado

Me contó mi abuela que cuando ella era pequeña, en un viaje que hizo su papá, del campo a Combarbalá, un espíritu se hizo pasar por un hombre y lo acompañó en su camino para protegerlo de unos conocidos que lo esperaban para asaltarlo. Al llegar a casa se dio cuenta, porque nadie llegó con él. Al día siguiente, los hombres que lo esperaban se hicieron los amables y fueron a su casa a preguntar por dónde había pasado, porque por el camino de siempre no vieron pasar a nadie.

María Paz Balcázar González

9 años

Coquimbo

Región de Coquimbo



★
EDUCACIÓN BÁSICA

★
PREMIO ESPECIAL TÉCNICA GRÁFICA

La cueva de los brujos

Aquelarre en la cueva de los brujos de San Julián, Ovalle. Cuenta la leyenda que esta cueva se conecta con la de Salamanca.

Constanza Belén Rojas Grenett
8 años
Ovalle
Región de Coquimbo



★
PREMIO ESPECIAL EXPRESIONISTA

Cosecha de trigo

Alegres campesinos trabajando en una calurosa tarde de verano, cerca de casa. Sector precordillerano de la comuna de San Fabián de Alico, Chillán, Ñuble.

Camila Ayelén Pérez Solís
12 años
Chillán
Región de Ñuble



★
EDUCACIÓN BÁSICA

★
PREMIO ESPECIAL PAISAJE

Renacer en Aconcagua

La vida renace en Aconcagua cuando despierta el durazno en flor, dando paso a la primavera que con su danza cubre los campos de colores a los pies de la majestuosa e imponente cordillera de los Andes.

Camila Oliva Millán Cheuquepil
11 años
Castro
Región de Los Lagos



★
PREMIO ESPECIAL COLOR

Las bellas aguas de Chiloé

En las tardes de Chiloé, los peces bailan en el mar. Muy felices se les ve cuando el sol se va a ocultar. Yo creo que ellos saben lo hermoso que es este lugar y por eso danzan sin parar.

Daniel Alonso Rivera Strauss
7 años
Maipú
Región Metropolitana



★
EDUCACIÓN MEDIA

★
PRIMER LUGAR NACIONAL

La espera de la añañuca

Mi dibujo está inspirado en la leyenda de la añañuca, que posiblemente debe su origen a un poblado de la comuna de Monte Patria, al interior del valle de Limarí, en la Región de Coquimbo. Ella es Añañuca, en su brazo derecho lleva el casco minero de su esposo, a quien esperó pacientemente en el desierto, pero que nunca volvió de su búsqueda de oro. Las flores rojas que ella lleva son añañucas que crecieron en ella el día de su muerte.

Constanza Sofía Arellano Donoso
14 años
La Serena
Región de Coquimbo



★
SEGUNDO LUGAR NACIONAL

El encuentro con el Trempulcahue

El dibujo está basado en el cuento contado por mi hermano mayor: el Trempulcahue, la Machi, el niño y la llanca perdida. En el dibujo se ve cómo nuestro abuelo se encuentra por primera vez con el espíritu en mitad del mar. En su mano está la llanca y la Machi está sentada sobre el Trempulcahue.

Johanán Magdiel Gaete Alarcón
17 años
Cañete
Región del Biobío



★ EDUCACIÓN MEDIA

★
TERCER LUGAR NACIONAL

Cosecha de uvas

Este dibujo representa a los trabajadores de la zona rural de Chile, que se encuentran presentes a lo largo del país en las labores del campo. En la cosecha trabajan estas esforzadas personas recolectando uvas con un recipiente en las manos, para que el fruto llegue sano a las mesas de los chilenos.

Lucía Cristina Guerra Molina
18 años
La Granja
Región Metropolitana

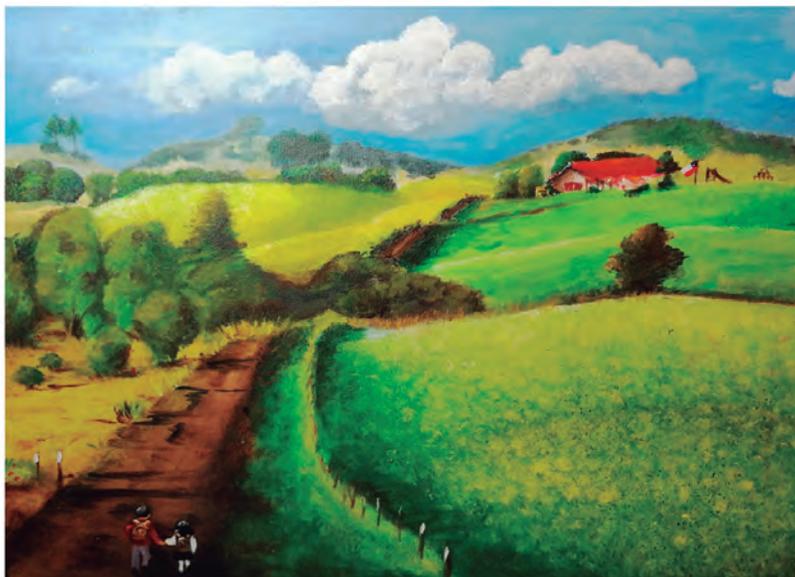


★
PREMIO ESPECIAL PAISAJE

Camino a la escuela

Al pensar en los campos chilenos, se me vienen a la mente imágenes de niños que día a día deben recorrer largas distancias para llegar a la escuela, atravesando grandes pastizales y caminos lodosos, sintiendo los múltiples olores, colores y sonidos del entorno, disfrutando lo que para muchos de nosotros solo se ve en tiempos de vacaciones: una constante conexión con la naturaleza.

Susana Sofía Monsalve Castillo
16 años
Concepción
Región del Biobío



★
EDUCACIÓN MEDIA

★
PREMIO ESPECIAL DIBUJO

Recolectores de Cochayuyo en Pichilemu

Cada vez que voy a la playa temprano, veo a los pescadores que ya están de vuelta, ordenando altos de cochayuyo para que se sequen al sol. Los admiro, porque son fuertes y silenciosos, tesoneros a toda prueba, y porque son capaces de encontrar extensas praderas marinas, allí donde una apenas distingue algo, y luego extraen todo el verde que guarda el azul del mar. Este es mi homenaje para ellos.

Maika Vera B.
14 años
Marchihue
Región del Libertador General
Bernardo O'Higgins



★
PREMIO ESPECIAL DIBUJO

Salitrera Santa Laura

Esta antigua oficina salitrera es un Monumento Nacional y Patrimonio Cultural de la Humanidad. Es administrada por la Corporación Museo del Salitre, ubicada en la comuna de Pozo Almonte, Región de Tarapacá. Es un reflejo del período de esplendor y contrastes que vivió la región entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, que en su mejor momento contó con una población de 425 habitantes.

Sofía Fernanda Loayza Behm
17 años
Antofagasta
Región de Antofagasta



★ EDUCACIÓN MEDIA

★
REMIO ESPECIAL COLOR

Lucha por cultivar

Con esta obra quise representar el sacrificio y la lucha de la gente campesina por lograr mantener sus cultivos, a pesar de la escasez de agua a consecuencia de los monocultivos de pino y eucalipto, que producen un gran impacto ambiental y social.

Isabella Valentina Bascur Aedo
16 años
Osorno
Región de Los Lagos



Melanie Patricia Cáceres Pachao
15 años
Pica
Región de Tarapacá

La paigasa (quema de ropa), ritual de entrega de pertenencias al difunto

Una de las ceremonias mortuorias de mi familia aymara es la paigasa o quema de ropa. Se celebra al séptimo día del fallecimiento de un ser querido, y consiste en reunir todas sus pertenencias y se velan durante todo el día con sus parientes y amigos, entre juegos, bromas, comida y oraciones. Al atardecer, se lleva todo en dirección oriente para ser quemado en una gran hoguera por cinco representantes de la familia, ya que el alma viene a retirar sus cosas y puede sentirse tentado de llevarse a un familiar. Los escogidos se tienen que esconder y ver las llamas de la hoguera viendo al difunto cómo recibe la ofrenda y si es que está intranquilo o buscando algo que le falte. Si todo se hizo bien, partirá en paz y feliz, cuidándolos desde el más allá.

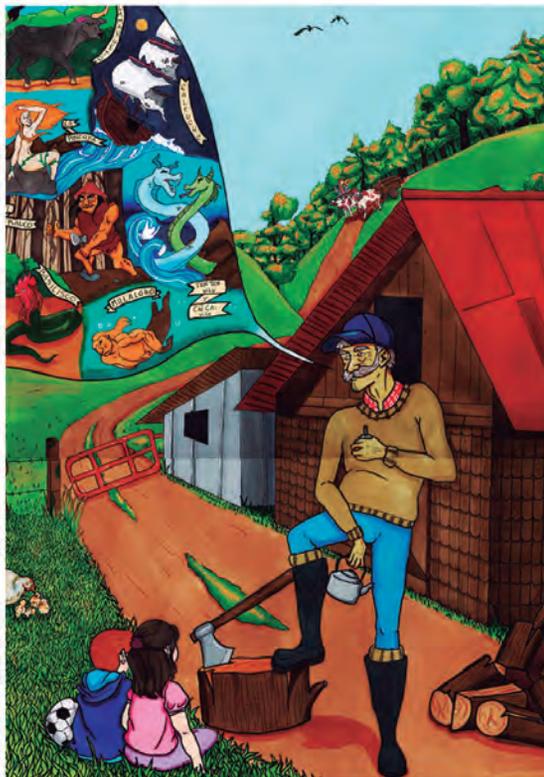
★
EDUCACIÓN MEDIA

★
PREMIO ESPECIAL TÉCNICA GRÁFICA

Recordando viejas tradiciones

En la obra se refleja un típico hombre de campo, quien también es un abuelo trabajador que se gana la vida vendiendo y cortando leña que la yunta de bueyes trae de los abundantes bosques sureños. Mientras, toma mate caliente y entretiene a sus nietos relatando la mitología chilota que, al igual como él lo hace ahora, le contaron de la misma manera en su niñez.

Valentina Sofía Barría Faria
16 años
Puerto Montt
Región de Los Lagos



★
PREMIO ESPECIAL ADAPTACIÓN VISUAL

Las lágrimas de la luna

Mi bisabuela solía contarle una leyenda mapuche a mi madre durante su niñez. En ella relataba que la luna y el sol gozaban de su amor, pero que debido a discusiones él empezó a salir de día y ella de noche. La historia cuenta que el sol se enamoró de una doncella y que la luna al darse cuenta lloró durante semanas. Cuando terminó de llorar, se percató de que convirtió su dolor en vida, dando origen a los bellos lagos del sur de Chile.

Lucía Cristina Guerra Molina
18 años
La Granja
Región Metropolitana



CONCURSO

↵ HISTORIAS DE ↵
NUESTRA TIERRA



CONCURSO

¡HISTORIAS DE! NUESTRA TIERRA

Los cuentos, poemas, fotografías y dibujos que conforman esta antología fueron escritos por niños, niñas, jóvenes y adultos de todo Chile para el concurso Historias de Nuestra Tierra, que organiza FUCOA gracias al apoyo del Ministerio de Agricultura.



FUNDACIÓN
FUCOA

Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA
Ministerio de Agricultura

www.concursosocuentos.cl